

MAX NETTLAU
EL HERÓDOTO
DE LA ANARQUÍA

RUDOLF ROCKER

Max Heinrich Hermann Reinhardt Nettleau (Neuwaldegg, 1865—Ámsterdam, 1944), dedicó su vida a reunir miles y miles de importantes documentos sobre el movimiento anarquista internacional y gracias a su compromiso aprendió múltiples idiomas desempeñando un papel importante en el acercamiento entre distintos movimientos locales.

Debido a sus biografías de personas como Mijaíl Bakunin, Élisée Reclus, Johann Most, Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Gustav Landauer o Jean Grave; sus múltiples obras como *Historia de la anarquía*, *La anarquía a través de los tiempos* o *Viaje libertario a través de América latina* y sus colaboraciones en medios impresos como *La Revista Blanca* y *La Protesta*, hicieron que Rudolf Rocker lo llamara "el Heródoto del anarquismo".

En 1935 la gestión de Annie Adama van Scheltema del Instituto Internacional de Historia Social, permite que su colección llegue a esta organización en Ámsterdam. El propio Nettleau se traslada a esta ciudad después del Anschluss; sin embargo a los pocos años presencia la ocupación del instituto por los nazis que resulta en el despojo de los documentos. Pasará sus últimos años en Holanda y muere creyendo perdido el trabajo de su vida. Su colección, que en su mayoría fue recuperada tras la derrota de los nazis, es en muchos casos el único registro material que queda de aquellos años.

La primera edición en castellano de esta biografía apareció en México en el año 1950 bajo el título *Max Nettleau. El Heródoto de la anarquía* y desde entonces no ha vuelto a tener reediciones por lo que se ha convertido en un documento de difícil acceso. Este es nuestro pequeño homenaje y reconocimiento a su trabajo.

Rudolf Rocker

MAX NETTLAU

El Heródoto de la anarquía

[Original: Rudolf Rocker (1950). *Max Nettlau. El Heródoto de la anarquía*, D. F., México: Ediciones Estela]

Traducción: Rodolfo Selke

Versión 1.0, Diciembre 2019

Diseño de portada: traVIHz.



Esta publicación se encuentra bajo la Licencia de Producción de Pares (Atribución—CompartirIgual—NoCapitalista). Se alienta su reproducción total o parcial y su uso comercial, siempre que este sea por colectivxs y trabajadorxs que posean en común sus medios de producción.

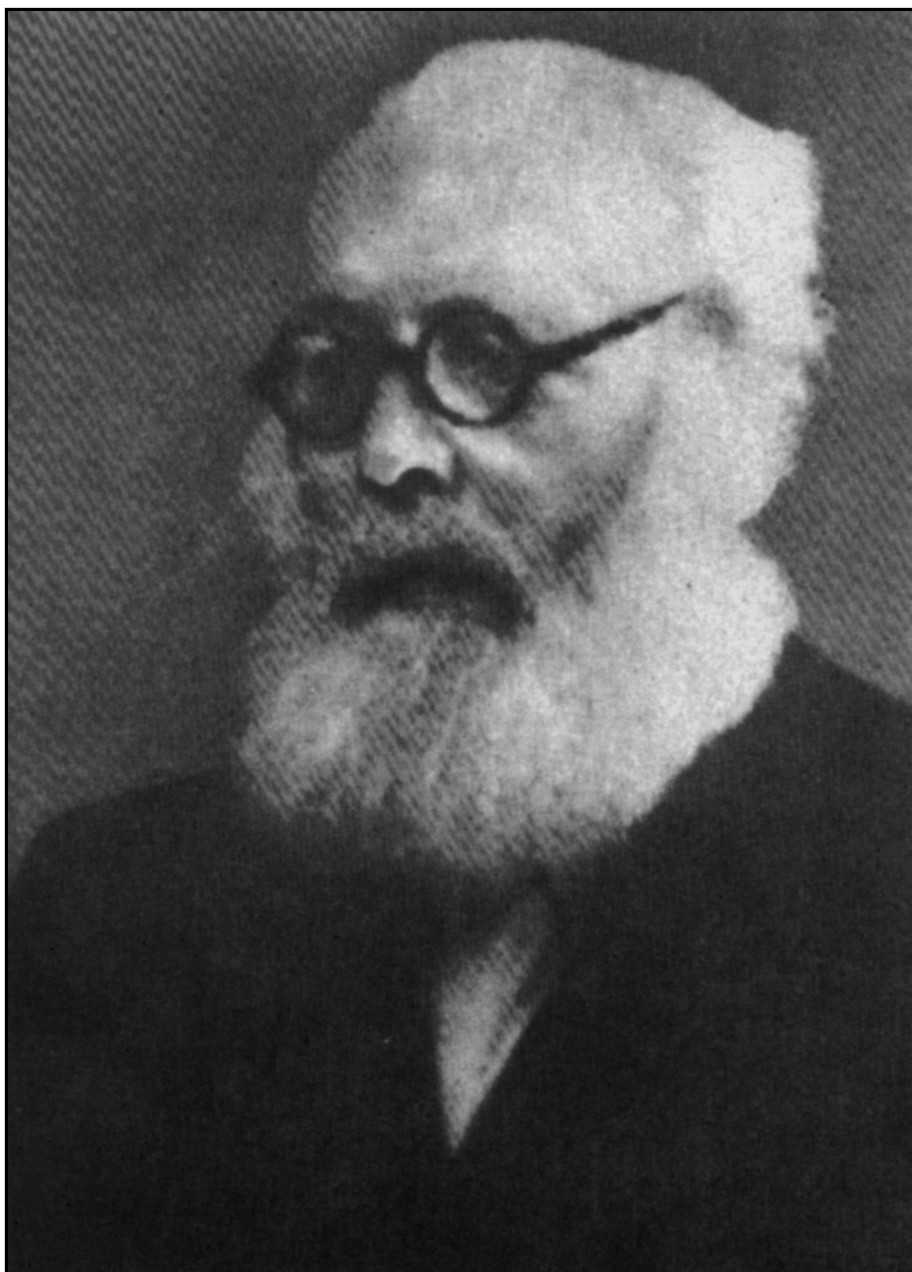
Para la versión completa de los términos y condiciones de esta Licencia consultar:

http://endefensadelsl.org/ppl_es.html

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho /biblioteca.html



Una de las últimas fotografías de Nettlau

Contenido

Sobre esta edición

Prefacio

PRIMERA PARTE

I. La juventud de Max Nettlau

II. Colaboración secreta en el Freiheit. La biblioteca de la Anarquía

III. Historia de una biografía. Miguel Bakunin

IV. Información de la influencia de Bakunin en Europa

V. Trabajos complementarios sobre Bakunin

VI. Biografías de Errico Malatesta y Élisée Reclus

VII. Trabajos biográficos menores

VIII. Historia del anarquismo

IX. Trabajos sobre temas diversos

SEGUNDA PARTE

I. Reflexiones históricas

II. El anarquismo en la concepción de Max Nettlau

III. Nettlau y el movimiento obrero

IV. Nettelau y el internacionalismo

V. Nettelau, defensor de los derechos de las minorías socialistas

TERCERA PARTE

I. Mis primeros encuentros con Max Nettelau

II. Nettelau y los compañeros alemanes residentes en Londres

III. Otras relaciones de Nettelau en Londres

IV. Nettelau, el hombre

V. Años difíciles en Viena

VI. Visitas a Berlín

VII. La gran colección de Nettelau

VIII. Nettelau trabajando

IX. Nettelau, la situación europea y el movimiento libertario en España

X. Nettelau teme por la obra de su vida

XI. Los años de miseria y de reacción

XII. Reflexiones sobre la decadencia de Europa

XIII. Nettelau y la guerra civil en España

XIV. Años postreros y muerte

Bibliografía de la producción literaria de Max Nettelau

SOBRE ESTA EDICIÓN

Parte del trabajo editorial de Lxs Nadie ha sido el rescate de publicaciones que documentan las prácticas anárquicas en nuestra América pero que, por estar agotadas hace décadas o por haber sido publicadas en geografías distantes, son prácticamente inaccesibles. A lo largo de estos años nos hemos dedicado a localizar material raro y con el afán de divulgarlo hemos seguido dos líneas de trabajo que, si bien están íntimamente ligadas, tienen distintos resultados.

Por un lado está la digitalización: esta consume mucha de nuestra energía y tiempo pues implica que una vez localizado el material lo escaneamos, corregimos el color, empaquetamos, etcétera; los archivos que resultan son alojados en la internet para su libre circulación. La otra línea es su publicación: para ello hacemos una selección de entre el material que digitalizamos, pues el publicar requiere aún más energía ya que es necesario releer los textos para evitar en lo posible los errores, comprobar y algunas veces completar referencias, maquetar, comparar ediciones, diseñar las cubiertas, imprimir, asistir a ferias, etcétera, etcétera...

El avance no siempre ha sido con la velocidad que anhelamos ya que las condiciones económicas y emocionales no siempre nos han sido favorables. La digitalización/publicación de este libro es un buen ejemplo de ello, al no tener acceso a una versión digital de buena calidad y a que los ejemplares que podrían ser usados para tal fin estaban, o bien en fondos reservados, o en un estado tal de

conservación que estresar el lomo en el escáner hubiera destruido el ejemplar, tuvimos que esperar hasta Buenos Aires [\(1\)](#) para tener un archivo con el que trabajar. Las diversas aventuras que ocurrieron entre Argentina y Chile —que quizás en algún momento sean narradas— atrasaron aún más la reedición de esta biografía.

Nuestra primera intención era hacer solo una versión digital directa del original pues nos parecía que un libro como este, que nos gusta por motivos que consideramos personales, no sería de mucho interés para nuestrxs compañerxs: es la biografía de un hombre de origen europeo “casi olvidado”, historiador de “movimientos sociales olvidados”. Sin embargo, durante el proceso de digitalización nos encontramos con que, debido al tipo de papel y la manera en que absorbía la luz, nos era menos complejo hacerle una reedición. Pero, en medio de la guerra en la que estamos ¿Valía la pena poner toda esa energía no ya en su digitalización sino en su publicación? ¿Era un aporte para el movimiento?

Después de muchas indecisiones y teniendo en miras la concreción de este proyecto resolvimos hacer esta versión para que circule por internet en un formato que permita su reproducción física si así se quiere. Es nuestro pequeño homenaje a la vida de Max Nettleau, y un reconocimiento a su trabajo de traducción y divulgación que protegió del olvido el pensamiento de una generación. Su colección, ahora en el Instituto Internacional de Historia Social en Ámsterdam es en muchos casos el único registro material que queda de aquellos años.

A menudo pensamos en Nettleau como guardián de la memoria de nuestra tribu, parte del linaje de cuentacuentos que nos ayuda a escuchar la voz de nuestrxs muertxs y nos llama a observar nuestra constelación.

Usando su conocimiento de múltiples idiomas fue puente internacional para los ácratas, haciendo de la traducción parte de su militancia por el ideal. Veía que ante la guerra permanente a la que estamos sometidos, la estrategia debía ser cambiante como cambiante es la vida misma; pero por sobre todo había que mantener la mente clara y el corazón llameante.

La única alegría que hoy le queda a uno son las hojas verdes, los gorriones y una que otra expresión bella de la vida. Pero eso no es en modo alguno una razón para ponerse melancólico. Tenemos en las entrañas el siglo XIX y ni miramos al malogrado XX.

Nadie puede robarnos el pasado y los sueños del futuro. Ese punto matemático que a cada instante se disuelve en nada, esa pura ficción, el presente, está continuamente muriendo en torno nuestro, y nosotros, en cambio no nos vamos todavía.

La versión manuscrita de este libro, *Max Nettlau, Der Mann und sein Werk* (Max Nettlau, el hombre y su obra), forma parte de la “Colección Nettlau”, en el Instituto Internacional de Historia Social: Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis. Apareció por primera vez en castellano en 1950 en México traducido por Rudolf Selke e impreso por Ediciones Estela. Si bien existen varias ediciones en otros idiomas [\(2\)](#) desde entonces no ha tenido reimpressiones.

La historia de esta biografía esta en el cruce de la densa red de revolucionarios que se articulaban entre América y Europa. Entre el ascenso del nacionalsocialismo, la desilusión del comunismo de

Estado, la Revolución en España y los refugiados internacionales que salieron huyendo de ahí. Entre la amistad de Rudolf Rocker con Max Nettlau, entre el exilio de Rudolf Selke [\(3\)](#) y las aún oscuras circunstancias que permitieron que apareciera impreso.

Este trabajo no sólo es una biografía de Max Nettlau, es testimonio y radiografía de esta compleja red.

RUDOLF ROCKER

MAX NETTLAU
EL HERODOTO DE LA ANARQUIA

*Primera edición española, traducida
directamente del alemán por
RODOLFO SELKE*

MEXICO, D. F.
1950

PREFACIO

Con este libro sobre la vida y la obra de Max Nettlau no he pretendido hacer una obra completa. Muchos documentos valiosos se han perdido a causa de la barbarie del Tercer Reich. No obstante, seguramente hubiera sido posible encontrar en Europa más material útil para mi trabajo, pese a que la gran catástrofe ha hecho desaparecer para siempre una gran cantidad del mismo.

De los viejos amigos de Max Nettlau casi nadie subsiste. Algunos desaparecieron durante la última guerra o inmediatamente finalizada. Por esta razón, me ha tocado a mí recoger los trabajos literarios creados incansablemente por Nettlau y reunirlos en este volumen, que, a pesar de ciertas lagunas, contiene mucho material completamente desconocido a las jóvenes generaciones del movimiento libertario. Pocos conocen los trabajos de Nettlau y su formidable extensión, porque muy pocas personas son atraídas al estudio laborioso y muchas veces ingrato de los trabajos históricos. Consideraré que esta obra habrá cumplido perfectamente su propósito, si tan solo una pequeña parte de mis lectores se sienten, incitados por su lectura, a conocer más de cerca las obras de este gran historiador del socialismo libertario.

El anarquismo tiene, quizá, un número relativamente mayor de personalidades destacadas que otros movimientos sociales. Y Nettlau es una de ellas, ya que las obras por él creadas y en su

especialidad, son insuperables y constituyen, tanto por su extensión como por la riqueza de su contenido, una fuente inagotable para la posteridad.

Nettlau no fue solamente un historiador, sino también un pensador original y sugestivo, que enriqueció el ideal libertario con aportaciones valiosísimas. Algunas de sus ideas, poco conocidas con anterioridad, han logrado actualidad, particularmente en estos días. Entre ellas, se puede mencionar su concepto sobre la significación de las clases en la evolución histórica de la humanidad, su repulsión del dogma sociológico sobre el desarrollo homogéneo de las instituciones sociales en diferentes partes del orbe y su defensa del derecho de las minorías en el seno del socialismo. Una de las características espirituales de Nettlau fue el rechazo absoluto de cualquier concepto basado en categorías abstractas de raza, clase, nación, oponiéndose a toda tendencia que pretendiera establecer sistemas rígidos, lo que según su criterio, sólo sirve para violentar el pensamiento libre e independiente y para restringir, con soluciones esquemáticas, toda la rica variedad de la vida social. Por ello, refutó particularmente el marxismo, cuyas premisas fatalistas han sido desastrosas para el socialismo, paralizando sus fuerzas más vivas y dinámicas.

Nettlau fue enemigo decidido de toda clase de sistemas, de tendencias unificadoras inflexibles, de organizaciones sin alma y de concepciones históricas preconcebidas y con pretensiones de explicar el desarrollo futuro de las actividades humanas. Tal inclinación le condujo a buscar, con preferencia, las huellas de los pensadores olvidados y gracias a sus incansables investigaciones, poner de actualidad las ideas de los precursores del socialismo libertario: A. Bellegarrigue, J. Déjacque, E. Coeurderoy y otros.

Nettlau fue un maestro que incitó a pensar, nunca pretendió conducir a sus lectores a un laberinto de nociones dogmáticas o a conceptos elaborados cuyas formas rígidas paralizan cualquier espíritu sano y vivaz. No creía en las verdades absolutas, siempre buscaba nuevos horizontes espirituales que aclararan por sí mismos las condiciones de la vida social y establecieran el enlace de los eslabones de la eterna cadena del pasado con el presente y el porvenir. Esta aversión tan pronunciada de Nettlau contra toda creencia dogmática, otorga a sus trabajos una nota muy particular.

Al fin, me es grato cumplir con el deber lisonjero de expresar las más cumplidas gracias a mis amigos y compañeros Siegfriedo Nacht, Joseph Ishill y Harry Kelly, que me facilitaron gustosamente sus archivos y cartas para mi trabajo. También agradezco a los compañeros Jacinto Huitrón y Agustín Souchy que, desde México, me facilitaron una parte del material bibliográfico en español, que no podía encontrar aquí. Y debo agradecer, particularmente, y de manera especial a la señora A. Adam van Scheltema—Kleefstra, que me proporcionara los valiosos datos sobre los últimos años de la vida de Nettlau en Ámsterdam.

Crompond, N. Y. 26 de marzo de 1946.

Rudolf Rocker

PRIMERA PARTE
SU OBRA

I

LA JUVENTUD DE MAX NETTLAU

El hombre, a los cincuenta años, ya no es sino una fortaleza asediada por la muerte, escribió antaño Turguénev. No puedo yo decir lo mismo de mí, a buen seguro porque las enfermedades, al contrario de lo que hicieron con el gran escritor ruso, no se me presentaron hasta haber cumplido los sesenta y nueve años de edad. Y aun más tarde, al aparecer los ineluctables achaques de la senectud, éstos no fueron tales que me indujesen a meditar demasiado acerca de la muerte. Meditación obvia e inútil, dicho sea de paso, puesto que en ella no se sale de nebulosas suposiciones, inaccesibles a la penetración filosófica. Venimos y nos vamos sin saber por qué. Hasta creo que la idea de lo que hemos dejado de hacer en vida nos puede perseguir con angustias harto más punzantes que la consideración del cercano fin de nuestro camino terrenal. Sólo es verdaderamente feliz quien en el ocaso de su vida está seguro de haber hecho lo mejor posible para abrir ante sí mismo y ante sus congéneres perspectivas más dilatadas y más altas de nuestra existencia espiritual y social. Quien siente así no ha de temer la muerte. Viene a él como una amiga: la del dibujo de Rethel, que delicadamente cierra los ojos al anciano campanero, musitando a su oído: “Acabaste de tañer la campana, viejo amigo; ahora te toca

el gran descanso”. La muerte no es el mal mayor: lo es la enfermedad que suele precederla, que nos quebranta física y moralmente, tornando un suplicio el último capítulo de nuestra vida.

Lo que sí noté fue una cosa: que al llegar el hombre a cierta edad se hace el vacío en torno suyo. Los viejos amigos y compañeros de la juventud se van uno tras otro. Es como andar en otoño por un bosque, cuando las marchitas hojas caen a tierra y la cubren. Toda una generación emprende el éxodo para hacer lugar a otra nueva. Casi todos mis viejos amigos de Francia partieron ya. De los que en Londres acompañaron mi mocedad nada más siguen con vida el bueno de William Wess, su hermana Doris, la fiel Nastia Shapiro y, quizás, la anciana compañera Ruderman. De los de la vieja guardia de Alemania ignoro quiénes habrán sobrevivido; cuando los recuerdo, se me contrae el corazón al pensar en las penas que habrán sufrido en el infierno del Tercer Reich; casi deseo que hayan fallecido mucho tiempo antes, para que, al menos, se hayan librado del continuo tormento de cada nuevo día.

Ayer fue domingo. Sentado a la sombra de un árbol añoso, en la pequeña finca de Harry, en Mohigan Colony, me acompañaban mis viejos amigos David Isavóvitz y Harry Kelly. Charlando de los tiempos idos recordamos a un hombre, Max Nettleau, de cuya muerte no nos enteramos hasta hace un par de días, por una breve noticia en New Leader. Había fallecido en julio de 1944; pero la triste nueva no llegó a nosotros hasta un año después.

He tratado a Max Nettlau durante medio siglo. Pocos compañeros pueden como yo estimar la inmensidad de trabajo que llenó la vida de este hombre incomparable. Si se exceptúa a Proudhon, no hay en la historia del anarquismo ningún otro que haya realizado una obra tan vasta. Nettlau fue el gran historiador del socialismo libertario, el Heródoto de la Anarquía, como solíamos llamarle en nuestros círculos. Su infatigable celo investigador encontró hallazgos que, sin él, seguramente hubieran permanecido para siempre enterrados en las grandes bibliotecas de Europa. De la capacidad de estudio de este hombre único no puede formarse idea quien haya leído alguno que otro de sus libros o de sus innumerables artículos, diseminados, a lo largo de media centuria, en revistas literarias o científicas de casi todos los países del mundo; sino quien conozca a fondo la labor completa de su vida. Personalmente, Nettlau no era conocido más que de un reducido núcleo de militantes. Nunca fue hombre de partido, ni tomó parte activa en las luchas de su tiempo; circunstancia feliz, pues de lo contrario nunca hubiera podido acabar lo que realizó. Estaba enterado, hasta en los pequeños detalles, de cuanto ocurría al Movimiento en los diferentes países; pero sus estudios no le permitían distracción alguna; la más mínima habría perturbado su infatigable trabajo.

Vi a Nettlau por primera vez en Londres, en 1895. Yo era inclinado a los estudios históricos e inmediatamente me sentí atraído por él. Desde entonces nos cruzamos abundante correspondencia, que no se interrumpió hasta la invasión de Holanda por los alemanes. Se me ha calificado con frecuencia de historiador de nuestro movimiento. La misma Emma Goldman, en el prólogo de su autobiografía *Living my Life*, llegó a escribir; “En todo cuanto se refiere a los asuntos europeos, pude dirigirme a los mejores historiadores de nuestras filas: Max Nettlau y Rudolf Rocker”. Reconozco, sin embargo que mi

nombre no se debe pronunciar al mismo tiempo que el de Nettlau. Ciertamente que no soy tan modesto como para ignorar que con mi tarea literaria presté más de un buen servicio al Movimiento Libertario; pero mi obra, comparada con la monumental labor de Nettlau, no merece ni siquiera mención. Ciertamente también que el mismo Nettlau manifestó por ella gran interés, y así lo atestiguan numerosas cartas suyas a mí dirigidas; pero bien poco pude enseñarle. Yo, en cambio, tengo una deuda infinita con el viejo amigo, a quien siempre consideré como uno de mis grandes maestros.

Max Nettlau nació en Neuwaldegg, lindo pueblo situado en el corazón del Wiener Wald, cerca de Viena, el 30 de abril de 1865; acababa, pues, de cumplir setenta y nueve años en el momento de su muerte. Su padre descendía de una antigua familia prusiana, a cuya nacionalidad no había renunciado, a pesar de su larga permanencia en Austria.

Durante nuestra amistad en Londres y, más tarde, en Berlín, Nettlau mencionó pocas veces algo que se relacionara con su juventud; ya que, por lo general, teníamos otros motivos más importantes que tratar. Solamente, de vez en cuando, se le escapaban algunas manifestaciones alegres, rememorando la vida libre de que gozó en casa de sus padres, dando a entender que su progenitor era un hombre de fuertes inclinaciones liberales.

Efectivamente, ciertos informes proporcionados por el propio Nettlau en su madurez, precisan el concepto liberal que

predominaba en su casa paterna, particularmente y de forma clara lo manifiesta en una carta dirigida al jurista liberal norteamericano Theodore Schroeder, con fecha del 14 de Julio de 1922, en respuesta a la pregunta que le hiciera sobre la influencia que la religión había ejercido en él durante su juventud. Dice así:

Nunca sentí la religión como algo sentimental, siempre observé que hombres religiosos tenían, por lo general, una educación defectuosa, que les impedía comprender y aceptar razones lógicas cuando se pretendía llegar a conclusiones elementales sobre este problema. Unos consideraban indiscutibles las revelaciones de la Biblia y negaban las del Alcorán u otros libros sagrados, mientras que los mahometanos afirmaban lo contrario. No darse cuenta de estas contradicciones es, visiblemente, la consecuencia de una errónea educación que sólo puede combatirse con mejores métodos de enseñanza.

Quizá yo vea este problema vinculado en demasía al punto de vista de mis propias experiencias infantiles. Tomando en consideración que usted se dedica especialmente a hacer investigaciones en este terreno, reuniendo documentos verídicos, creo le servirá de algo que yo le relate mis experiencias:

Me crié en un pueblo pequeño, muy cerca de Viena (en la actualidad es un suburbio), donde sólo vivían familias de religión católica. Mis padres, emigrados de Alemania, eran los únicos que profesaban la religión protestante de la escuela luterana. Por tal razón, la religión, tal como la practicaban el noventa y nueve por ciento de la población, no existía para mí. Esta situación no me producía molestia alguna, ni consideraba

que me portara mal; al contrario, sentía una agradable sensación al no necesitar asistir a la iglesia, ni hacer la señal de la cruz, ni verme obligado a saludar al cura o tener que confesarme, como debían hacer los demás. Me sentía libre. Mi padre, fue un agnóstico completo, que sólo por razones estéticas no rompió abiertamente con la iglesia, sintiéndose satisfecho con la fe en una inmortalidad poética. Mi madre perteneció de joven y durante unos años, a la comunidad religiosa de los hugonotes de Gnadau y creía en todas estas cosas, pero no sentía el afán de convertir a los demás. Sabía perfectamente que si ella no zurcía las medias o no estaba atenta a que no se vertiera la leche sobre el fuego, Dios no lo haría por ella. Es por esto que yo, aparte de ciertas expresiones populares como el gracias a Dios, etc., nunca escuché en mi casa nada sobre religión.

Mis padres dieron satisfacción a mi fantasía con los cuentos de Grimm, Robinson Crusoe, etc., entusiasmándome con estos libros desde muy temprana edad. Tenía entonces cinco años, más o menos. Mi padre alejó de mí todo concepto supersticioso y me explicaba de una manera razonable lo que las gentes ignorantes contaban en mi presencia. Mi madre se sirvió de una mitología propia, a la manera de La Señora Holle o la caza salvaje, y si ciertas mañanas había una sorpresa agradable para mí, como por ejemplo en la Navidad, ella me contaba que los duendes habían dejado por la noche aquellos obsequios. Yo nunca creí, realmente, que aquello fuera cierto y pronto me di cuenta que era ella misma, mi padre o el carpintero quienes habían comprado los regalos. Es así que, tempranamente, comprendí que tales cosas sólo sucedían en los cuentos, pero no en la vida real. Además, siendo muy niño,

tuve ocasión de leer los primeros relatos de la mitología griega y las sagas heroicas de la mitología nórdica y mi fantasía se desarrollaba entre Perseo, Hércules y Thor.

Más tarde, me dieron a leer los primeros relatos bíblicos, hasta Moisés con el fin de que no ignorara esta materia en los exámenes de la escuela, cosa que nunca ocurrió. Pero cuando comparé las leyendas hebreas con el heroísmo de las sagas griegas y nórdicas, me parecieron inferiores y no me dejaron impresión alguna.

Con respecto a los dogmas religiosos tenía que aprender de memoria ciertas partes del catecismo luterano, lo que no me gustaba, porque el método repugnante de aprender de memoria no tiene nada de atractivo para los pobres niños que placen de ocuparse de otras cosas. De la misma manera tenía que aprender de memoria los versos del Nuevo Testamento, cosa que valoricé por su volumen. Una línea la consideré como soportable; dos, como regular; tres o más, como insoportable. Mientras tanto, leí sobre la Reforma religiosa, vi reproducciones de dioses egipcios e hindúes y me acostumbré a calibrar todas estas cosas con la misma medida. Me dijeron que todo paganismo era falso, que toda superstición no tenía fundamento, que los milagros sólo se producen en los cuentos y que los católicos rechazaban el protestantismo y los protestantes el catolicismo. Entonces ¿qué restaba para mí? Nada, sencillamente, por lo que miré estas cosas con cierta superioridad, tratándolas como resultado de la imaginación y la superstición, para lo que tenía, a lo sumo, un interés estético.

Cuando, aproximadamente, tenía siete años y medio, descubrí en la biblioteca de mi padre un pequeño libro; fue el de Luciano sobre *Conversaciones entre Dioses*. Leí esta formidable obra satírica y ella destruyó el resto de respeto que, tal vez, sentía ante los dioses y diosas griegas. Y eso fue ya el fin.

La enseñanza religiosa en la escuela, era una rutina colectiva y, por casualidad, dadas las condiciones locales, no era obligatoria ni tenía aplicación práctica. Nuestros maestros eran indulgentes, en lo que a cuestiones religiosas se refiere, y cuando teníamos que explicar las pruebas demostrativas de la existencia de Dios, bastaba con desarrollar una de las tres pruebas —la teológica, la ontológica o la cosmológica— ya que una prueba era suficiente. Si no me equivoco, a mí me tocaba la prueba cosmológica. La retenía en la memoria una o dos semanas y luego la olvidaba tan radicalmente que ya no podía reconstruirla.

Lo mismo ocurría con la mayoría de jóvenes de mi edad. Durante el tiempo de mi enseñanza escolar no conocí a nadie que estuviera impresionado de una manera profunda por la enseñanza religiosa; a pesar de que, tal vez, ninguno poseía los conocimientos fundamentales de mitología que yo había asimilado, lo que me daba la posibilidad de juzgar, desde el comienzo, las doctrinas hebrea y cristiana.

No obstante, me explico que los niños que nunca oyen otra clase de conversaciones y están exclusivamente educados en concepciones bíblicas y cristianas, lleguen finalmente a creer en estas cosas, de la misma manera que en los resultados de matemática o geografía. ¿Y por qué no? Esto demuestra que

todo ello se hace con un fin determinado, por un método intencionalmente desviado. Una educación que abarque todas las mitologías o se base en cuentos, unida a conocimientos etnográficos e históricos y con manifestaciones estéticas (sinopsis de las sagas griegas, nórdicas y otras, así como las creaciones orientales, hebreas, hindúes, etc.) probablemente obtendría los resultados que yo pude observar en mí mismo. Tal método sería una base apropiada para la educación, con el objeto de eliminar completamente la influencia bíblica, cristiana y religiosa en general, como lo ha sido en mi caso. Al mismo tiempo, tal higiene espiritual unida a una información general verdaderamente amplia, sería un método que estimularía el espíritu crítico y favorecería la independencia espiritual.

Es así que Nettlau tuvo la gran suerte, según su propia revelación, de estar libre, en su juventud, de toda creencia dogmática. En otra ocasión nos describe la manera como se despertó su espíritu revolucionario. En un trabajo titulado *Rusia y el Socialismo*, nos habla de la profunda impresión que le causó la ejecución del zar Alejandro II. Escribe:

Nos hemos formado al lado de las tempestuosas olas de la revolución rusa. Hemos presenciado la tercera ola que se llevó al zarismo, muchos de entre nosotros han visto la segunda ola, la de 1905, que lo socavó y los más viejos, recordamos el asalto heroico, cuando la cabeza extrema del poderío ruso, el Zar mismo, halló el fin de su destino, el 15 de marzo de 1881. Recuerdo muy bien aquella memorable mañana.

Mi padre me despertó con estas palabras: “Dormilón. ¡Han matado al Zar! Yo, poseído de la más pura alegría, salté de la

cama y me puse a bailar por la habitación. Entonces me contó mi padre que, en 1855, al propalarse la malicia de la muerte del emperador Nicolás, todo el mundo mostró su satisfacción. Pronto me enteré, leyendo la historia de la revolución, de cuántas esperanzas había despertado en Rusia la muerte de Alejandro I, de la sublevación, en 1825, de los decembristas, del martirio y la deportación, por treinta años, de los mejores espíritus del país.

Tenemos, pues, al joven Nettlau, inflamado a los quince años de ideas revolucionarias: es muy comprensible que la heroica lucha de los revolucionarios rusos, que asombró al mundo entero, tuviera una profunda resonancia en el espíritu del adolescente, sobre todo cuando gran parte de la Europa de entonces estaba dominada por una reacción triunfante.

Nettlau tuvo la posibilidad de gozar de una excelente instrucción. Después de haber terminado, en 1882, sus estudios secundarios en un colegio privado de Viena, cursó filología en varias ciudades alemanas: a los veintitrés años obtuvo el título de doctor, en la universidad de Leipzig, siendo su tesis una disertación muy erudita, titulada *Contribución a una gramática de la lengua cimbria*. En una de sus escapadas a Berlín me regaló un ejemplar de tal trabajo, hoy inexistente, víctima de la destructora saña de los nazis junto con numerosas cartas y otros documentos de inestimable valor. Al dármelo, me dijo, con buen humor:

—Ya ve usted, mi querido Rocker, como toda mi vida me he dedicado a temas impopulares: primero, los idiomas célticos; más tarde, Bakunin. Pero no estoy arrepentido de ello.

Nettlau, en efecto, escribió la extensa *Vida de Bakunin*, precisamente en una época en que la memoria del gran revolucionario, eclipsada por el marxismo, sólo se conservaba viva en las naciones latinas.

Nettlau fue uno de los raros anarquistas alemanes de la vieja generación que no pasaron por la escuela marxista. Casi todos nos familiarizamos con el socialismo a través de la socialdemocracia, y no llegamos a los conceptos libertarios sino gradualmente y a costa de dolorosos conflictos íntimos. Muchos de los viejos compañeros alemanes nunca lo lograron por entero, y así Gustav Landauer tenía razón cuando, refiriéndose a ellos, los tildaba de “socialdemócratas estropeados por veleidades anarquistas”. El que Nettlau no experimentara tal evolución debióse a la circunstancia de vivir en Austria en el momento de su ingreso al movimiento socialista.

A la sazón los radicales austríacos no podían militar abiertamente en el anarquismo, porque se lo prohibía la ley. Por eso se encubrían con los nombres de socialistas revolucionarios o, simplemente, radicales, para diferenciarse de los moderados o socialdemócratas que, durante largo tiempo, representaron una minoría en el movimiento obrero austríaco, hasta que, a raíz de los atentados de Antón Kammerer y Hermann Stellmacher, en diciembre de 1883 y enero de 1884, respectivamente, y no obstante obedecer tales hechos a la determinación particular de los hombres aislados y ser completamente ajenos al movimiento avanzado, fue suprimido con férrea mano el partido radical. Sólo entonces, al tener los radicales

que abandonar sus actividades públicas por la fuerza de infames leyes represivas, la socialdemocracia los fue paulatinamente reemplazando en Austria.

Hacía tiempo que el gobierno tenía concebido el plan de acabar con los radicales, ante el continuo crecimiento del número de sus partidarios en los medios obreros; fenómeno debido, en gran parte, a la bárbara persecución del Movimiento. Este, que disponía ya de algunas publicaciones en provincia, se creó en Viena gracias al *Zukunft*, un bien dirigido órgano central, a cuyo frente estaba Josef Peukert; hay que confesar que este periódico, durante toda su existencia, no hizo muy buenas migas que digamos con el Fiscal: apenas si apareció una edición que no exhibiera en sus columnas la ominosa palabra “confiscado”. Pero este mismo hecho contribuyó poderosamente a aumentar su popularidad, ya que los continuos atropellos de la policía acabaron por dar a los obreros consciencia de su condición de clase oprimida. A medida que aumentaban las represiones contra el *Zukunft*, los radicales se crecían difundiendo clandestinamente la *Freiheit* (“La Libertad”), de Johann Most, quien, por su participación en el movimiento obrero austríaco en la séptima década del siglo XIX, gozaba de gran prestigio.

En 1882, Josef Engel y Franz Pfleger, afiliados al partido radical, consumaron un audaz atraco contra el fabricante de calzado Josef Merstallinger, al que narcotizaron con cloroformo, con la esperanza de apoderarse de gran parte de su dinero... aunque apenas si encontraron un par de cientos de coronas. La causa de semejante acto fue la condena del radical Johann Richter a la bárbara pena de doce años de prisión por haber impreso un folleto clandestino, del que no se logró difundir ni siquiera un ejemplar; Engel y Pfleger, irritados por la monstruosa sentencia, llegaron a la conclusión de

que, para que no le ocurriera lo mismo al *Zukunft*, no había más remedio que el de instalar una imprenta clandestina, y, faltos de recursos, pensaron en el golpe a Merstallinger, que no gozaba de buena reputación entre los obreros vieneses.

La policía no esperaba mejor ocasión para intervenir teatralmente. El director del *Zukunft*, Josef Peukert, y veintiocho de sus compañeros fueron encarcelados, encausados en un proceso por alta traición y robo. Tras siete meses de prisión preventiva, se celebró la vista, que se prolongó desde el 9 hasta el 23 de marzo de 1883. Por más que el fiscal se esforzó en exagerar la acción de Pflieger y Engel, presentándola como una gran conjuración política, le fue imposible probar que el hecho estuviera relacionado con el movimiento radical. Los autores del atraco fueron condenados a quince años de cárcel, un tal Berndt, que había desempeñado el papel de principal testigo de cargo contra sus dos amigos, se libró con dos años de prisión, y los demás acusados tuvieron que ser absueltos. Josef Peukert fue el único procesado que habló ante el tribunal, y, en un mordaz discurso, vapuleó la pérfida conducta del gobierno en aquel asunto. El poder, pues, obtuvo precisamente lo contrario de lo que se proponía: el proceso causó enorme sensación y contribuyó en alto grado al triunfo de la propaganda radical. La ignominiosa derrota del gobierno en aquellas memorables audiencias ganó para el socialismo libertario nuevos adictos, no ya de entre los proletarios, sino también de entre las filas de la juventud estudiantil.

Tales fueron las circunstancias que decidieron a Max Nettlau, ya predispuesto desde hacía tiempo, a entrar como miembro en nuestro Movimiento, al que tan eminentes servicios habría de prestar.

II

COLABORACIÓN SECRETA EN EL FREIHEIT.

LA BIBLIOTECA DE LA ANARQUÍA...

Max Nettlau había tenido una infancia envidiable. En su mocedad no conoció la miseria. No careció de los medios precisos para adquirir una instrucción completa y múltiple, y pudo elegir los estudios que respondían a sus inclinaciones. Y a los más tiernos años de su vida ya le cautivó el gran ideal al que rendiría emocionado tributo hasta su último suspiro. Nada hay más deplorable que una juventud huérfana de inquietudes y de ideales. Así lo comprendí yo desde muy joven, pues siendo niño tuve que pasar muchas horas tristes y penosos días, y sólo la feliz circunstancia de entusiasmarme desde la edad de quince años por las ideas socialistas, me alentó a sobrellevar la carga de mi existencia, dándole interés y finalidad.

A la muerte de su padre heredó Nettlau una pequeña fortuna. Lo justo para permitirle llevar una vida modesta y procurarse cuanto necesitaba para sus estudios históricos. Eran muy limitadas sus ambiciones económicas, pues cifrando su máxima felicidad en poder vivir independiente, libre para seguir sus inclinaciones y aficiones predilectas, prescindía gustoso y voluntariamente de todo gasto superfluo. Durante sus años de estudiante universitario ya se había dedicado a intrincadas investigaciones históricas, de las que más

tarde haría la preocupación central de su vida. En esta ardua labor, sus amplios conocimientos de la lingüística fueron para él de suma utilidad, ya que, además de su idioma natal, hablaba bien el francés y el inglés, y llegó, con el tiempo, a dominar casi todos los idiomas europeos. Y por si esto no fuera suficiente para calificarle como magnífico políglota, ya en sus tiempos de estudiante se había familiarizado —como modestamente me dijo en cierta ocasión— con el sánscrito y los lenguajes célticos.

Solamente un hombre en posesión de tan amplio saber lingüístico podía dar cima a aquella inmensa obra de historiador que realizara Max hasta el fin de su existencia. Recuerdo un pequeño episodio que me impresionó profundamente y que evidenció el gran conocimiento y dominio que nuestro compañero poseía de muchos de los idiomas de Europa. Poco después de la publicación de mi obra *Vida de Most*, (1924), un periódico socialista de Praga insertó una extraña reseña del libro, la cual yo no podía leer por estar escrita en checo. Al poco tiempo Nettlau me vino a visitar a su paso por Berlín, y como manifestara gran interés por mis trabajos literarios, le mostré la referida crónica. “¿Sabe usted lo que dice este artículo?” —me preguntó.— “No —contesté,— no soy tan listo”. Entonces él tomó el periódico y me leyó el texto en perfecto alemán y sin el menor titubeo en su rápida traducción.

Por el año 1888 Max había concebido el plan de escribir una biografía de Bakunin, proyecto que tomó forma un año más tarde. La poderosa e interesantísima personalidad del gran revolucionario y sus incesantes actividades en muchos países de Europa, ejercían una enorme atracción sobre el joven investigador, el cual se lanzó, lleno de entusiasmo y fervor, a una afanosa y metódica búsqueda de todo documento o información relacionada con su héroe.

Fue en tan ingente tarea, y durante el transcurso de la misma, que Max Nettlau se compenetró y familiarizó con la historia y evolución de las doctrinas libertarias y sus actividades anteriores y posteriores a la época de Bakunin, llegando a ser la mayor autoridad en esa materia, como lo demostró la publicación de sus primeros artículos en el periódico *Freiheit* editado por Most, congratulándose este último de haber incorporado a su publicación tan valioso colaborador. La primera colaboración del joven historiador en el periódico de Most, fue en el mes de enero de 1890 y con enjundioso estudio titulado: “Joseph Déjacque, precursor del anarcocomunismo”. [\(4\)](#)

Un segundo trabajo de la pluma de Nettlau es el valioso ensayo titulado “Sobre la historia del anarquismo”, publicada igualmente en el *Freiheit* entre el 19 de abril y el 17 de mayo de 1890, y en el mismo año como cuaderno XVI de la *Biblioteca Internacional*, editado por Most con el nuevo título “La evolución histórica del anarquismo”. Debido a la circunstancia de que viviera Nettlau en Viena, donde a la sazón era sañudamente perseguida toda actividad libertaria, se vio nuestro amigo obligado a mantener en secreto su colaboración en el *Freiheit*, no firmando sus artículos para este periódico; motivo por el cual su pequeña, pero sumamente substancial obra histórica se atribuyó a Most, ya que éste había sido el autor de todos los cuadernos publicados anteriormente por la Biblioteca Internacional, con excepción de “Dios y el Estado” de Bakunin. Y transcurrieron treinta y cuatro años hasta que yo revelé el nombre del verdadero autor en mi libro sobre Most.

Fue, si bien recuerdo, en diciembre de 1891, cuando aquel excelente ensayo de Max Nettlau llegó por primera vez a mis manos. Por entonces me hizo una impresión tanto más poderosa cuanto

que, en aquellos tiempos, la literatura libertaria en idioma alemán se limitaba a un par de docenas de pequeños folletos introducidos clandestinamente en Alemania. La lectura de “La evolución histórica del anarquismo” me impulsó a realizar un estudio más detenido de la historia de nuestro movimiento. Y no fui yo solo. La pequeña obra estimuló también grandemente a Rudolf Lange y a otros muchos compañeros de la vieja generación del anarquismo alemán.

Más tarde, en 1891, Nettlau publicó en el *Freiheit* una atinadísima serie de artículos denominada “Reflexiones sobre la socialdemocracia alemana”, en la que vaticinó, con extraordinaria visión, tantos acontecimientos futuros. Igualmente apareció en el *Freiheit* —enero-abril de 1891—, con el título “A propósito de la biografía de Bakunin”, la documentación inicial para la biografía del gran revolucionario ruso. Una traducción en checo de esos estudios preliminares fue publicada, en 1895, en *Deniche Listy*, de Nueva York. Esta versión apareció en el mismo año en un folleto y con el título “Zivotopis Bakuninuv”, siéndole atribuida por entonces a J. Nekvasil, error que fue aclarado más tarde por el propio Nettlau, pero sin que éste se diera a conocer como el autor de la obra.

En 1895, animado por Elíseo Reclus, emprendió Nettlau la publicación de una colección biográfica completa de la literatura anarquista que había aparecido hasta entonces en los diferentes países, incluyendo en ella periódicos y revistas. Esta obra, de verdadero valor y que evidenciaba los amplios conocimientos de su autor, fue publicada en el año 1897 en Bruselas por la *Bibliothèque des Temps Nouveaux*, bajo el título de “Bibliographie de l'Anarchie” y con una introducción de Reclus, formando un volumen de 294 páginas. Ningún otro escritor de nuestro campo ideológico podía haber realizado tan meritorio trabajo de investigación y recopilación.

Nadie, sino un sabio dotado de la tenacidad, del afán investigador, del entusiasmo y del gran conocimiento de múltiples idiomas, cualidades todas que poseía en alto grado Max Nettlau, podía llevar a feliz término tan prodigiosa tarea. Elíseo Reclus, tan parco en el elogio, decía en el prólogo por él escrito para la obra de Nettlau: “Yo, por mi parte, confieso que jamás había creído que fuésemos tan ricos. La importancia de la presente colección, que dista de ser completa, fue para mí una verdadera sorpresa”.

No fue sólo para Reclus una agradable sorpresa la aparición de “Bibliographie de l'Anarchie”. Kropotkin, Malatesta, Nieuwenhuis, Landauer y tantos otros que supieron apreciar el valor de aquella magnífica labor, compartieron la opinión de Reclus. Todos admiraban la minuciosidad, el método y la inagotable paciencia del autor, para quien todo obstáculo no era sino un aguijón que multiplicaba su energía creadora. Cierta día que hablaba del libro de Max con Malatesta, éste me dijo sonriendo: “¡Sólo un alemán puede realizar tal cosa!”, aludiendo con esta frase a esa solidez que tantas veces se ha concedido a los sabios alemanes. Nettlau, en efecto, la poseía en grado sumo y sabía aprovecharla para una labor digna de todo encomio. Su precioso libro fue de gran valor para nuestro movimiento, ya que él estimuló y orientó a otros muchos compañeros en sus trabajos de divulgación libertaria.

Nettlau nunca daba por terminado su trabajo. Durante toda su existencia no cesó un solo día de enriquecer su archivo. Cuando en el año 1926 yo le escribí preguntándole si no creía que había llegado el momento de hacer una nueva edición de su ya agotada “Bibliographie de l'Anarchie”, Max me contestó: “Hace tiempo que hubiéramos debido hacerlo. Tengo ya material suficiente para llenar dos tomos; pero ¿dónde encontrar en estos tiempos un editor

dispuesto a correr tal riesgo?” En 1896 fue Elíseo Reclus, en particular, quien se encargó de reunir los fondos necesarios para la primera edición. Hoy ¿quién se encargaría de tal tarea?

Un año después se presentó la oportunidad de utilizar una parte de la nueva documentación adquirida y ordenada por Nettlau. Los editores del diario ácrata *La Protesta*, de Buenos Aires, celebraban por aquel entonces el trigésimo aniversario de la fundación de su periódico, y, con tal motivo, editaban una gran memoria, *Certamen Internacional de La Protesta, 1897—1927*, en la que se incluyó un extenso trabajo documental de Nettlau: “Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914”.

Ya hemos señalado la destacada peculiaridad de Max Nettlau de no considerar como terminadas ninguna de sus investigaciones históricas, ya se tratara de su excelente biografía de Bakunin, de las de Reclus y Malatesta o de la historia del anarquismo. Su búsqueda de nuevos documentos e informaciones era incesante, llegando, por lo tanto, a ser considerado el más prestigioso perito en la materia, cuya opinión era consultada no sólo por el reducido círculo de nuestros escritores, sino también por muchos historiadores sociales ajenos a nuestros principios ideológicos.

Otro de los rasgos característicos de nuestro compañero era el saber descubrir algún interés en los más sencillos hechos históricos, pues para él no existían hechos sin importancia. En 1923, cuando yo completaba con un apéndice mi biografía de Most, me escribió Nettlau:

He leído su adición con gran interés. ¡Así se hacen las cosas, mi querido Rocker! Siga recogiendo con ahínco más material para una segunda edición de su hermoso libro. Para los

trabajos históricos no hay término. Tal pequeñez, que para el noventa y nueve por ciento de lectores no tiene ninguna importancia, le dirá un centésimo de algo, y es precisamente este algo, por pequeño que sea, el que cuenta.

Antes de estallar la primera guerra mundial, Nettlau había organizado de tal manera su vida que le permitía pasar unos meses en París, otros en Londres y el resto del año en Viena. La mayor parte de este tiempo lo dedicaba a la afanosa lectura documental en la “Bibliothèque Nationale”, en París, o, bien, en ese inmenso depósito de libros que es el “British Museum” de Londres. Solamente cuando sus quehaceres le llevaban a otros países, desviábase de esa regla. Su existencia estaba metódicamente normada hora por hora, ya que cada hora del día pertenecía a su abrumador trabajo de investigador. Hasta sus momentos de ocio los solía pasar en compañía de viejos amigos, deseoso de recibir de ellos informes al día de las actividades de nuestro movimiento. Sus informantes en Londres eran los compañeros Dave, Kropotkin, Merlino, Malatesta, Tarrida del Mármol y otros de cuyos nombres no quedó constancia. Y llevado de su insaciable afán informativo, mantenía asidua correspondencia con los compañeros veteranos de los más diversos países del mundo. ¡Lástima de que todos no procediéramos con el mismo tesón y responsabilidad que él! ¡Cuántos valiosos documentos han desaparecido para siempre por múltiples causas, cuando en manos de Nettlau todos ellos se hallaban tan fielmente guardados como si hubieran estado en el seno de Abraham!

III

HISTORIA DE UNA BIOGRAFÍA. MIGUEL BAKUNIN

Cuando en su juventud Max Nettlau preparaba su monumental Vida de Miguel Bakunin, tropezó con enormes dificultades hasta conseguir llevar a feliz término tan admirable obra. Aunque en aquellos días el nombre de Bakunin era bien conocido en toda Europa, pues ya en 1864 el gran diccionario de Brockhaus le dedicaba una página entera, —mientras que ni en la edición de 1866 de esa célebre enciclopedia no se hacía la menor mención de Carlos Marx—, no existía, sin embargo una relación detallada y minuciosa de la agitada vida del gran revolucionario ruso, así como ningún testimonio escrito de la interesantísima evolución de su pensamiento ideológico. No había más que algunas breves reseñas, basadas sobre informaciones de carácter personal y haciendo mención de determinados episodios de sus actividades subversivas. Los trabajos en aquella época alrededor de la poderosa personalidad de Bakunin, se limitaban a un ensayo biográfico, más o menos extenso, de Alejandro Herzen publicado en el *Kolokol*, (1862), y otro del mismo autor publicado bajo el título de “Bakunin y la causa polaca”, (1870). Un estudio más amplio sobre Bakunin y el asunto de Polonia apareció, a mediados de la séptima década del siglo pasado, en la revista sueca *Afelojanden*, denominado “Expedición polaca y Bakunin en Estocolmo”. Un “Recuerdo de Miguel Bakunin” fue

publicado en 1876, algunos meses después de la muerte del gran pensador libertario, y debido a la pluma de Arnold Ruge, en la revista vienesa *Neue Freie Presse*.

A estos trabajos se sumaban algunos artículos de revistas, como el de Ch. Alerini en el *Bulletin de la Fédération Jurassienne*; el de F. Turati, que apareció en el periódico *Sperimentale*; el cariñoso recuerdo de Adolfo Reichel, fiel amigo de Bakunin durante toda su vida, en *La Révolte*, (1893); un estudio del conocido revolucionario ruso Debogory—Mokriewich, que fue traducido, en 1895, por la *Revue Blanche*; otro de A. Mitkey (Arturo Arnould), en la *Novelle Revue*, (París, 1892); un trabajo publicado en la *Revue Socialiste*, (1895), así como numerosas notas dispersas en publicaciones francesas, italianas y españolas. La mayor parte de estos trabajos habían caído en completo olvido cuando Nettlau se enfrentó con la confección de su biografía.

En el año 1877 Andrea Costa intentó publicar una vida de Bakunin, de la que sólo un pequeño fragmento se editó en Bolonia. A juzgar por las páginas publicadas, Costa no dominaba el tema. Añadamos la introducción Histórico—biográfica de M. Dragomanov en su valioso libro *La correspondencia político—social de Bakunin con Herzen y Ogariov*, y, por otra parte, las innumerables referencias tanto de la prensa reaccionaria como de la literatura marxista, basadas estas últimas, exclusivamente en el infame libelo *L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs*, repleto de mentiras, que había sido escrito por Marx, Engels y Lafargue a raíz del Congreso de La Haya, (1872), con el fin premeditado, según declaración de Engels, de “acabar con Bakunin”. Estas falsedades y calumnias de los corifeos marxistas fueron desmentidas hace tiempo por historiadores, del mismo campo

marxista, del rango de Franz Mehring, Eduard Bernstein y Otto Ruhle. Sólo desprecio merecen las falsedades que inserta Jaeckhs en su libro *La Internacional*, que pinta a Bakunin como “un criminal político, con los ojos fríos y acechantes de una fiera”; el mismo desprecio nos inspira la nauseabunda elucubración del socialista español, Francisco Mora, por sus falsedades sobre Bakunin en su *Historia del Socialismo Obrero Español*, (Madrid, 1902).

Max Nettlau apenas si tenía, al comenzar su valiosísima biografía de Bakunin, predecesores dignos de mediana consideración, y fue preciso que realizara una trabajosa búsqueda documental en múltiples países. Tuvo que examinar detenidamente uno por uno todos los documentos e impresos de los tiempos de la Primera Internacional, lanzándose a la persecución de infinito número de documentos desaparecidos o nunca publicados. Lo que aquella penosa tarea significaba, sólo lo puede apreciar quien se haya ocupado en alguna ocasión en tan ardua tarea. Nettlau, llevado de su incontenible pasión de investigador, se vio obligado a realizar gran número de viajes para ver y consultar personalmente a numerosos conocidos de Bakunin que aun vivían dispersos en el mundo entero. Concienzudamente nuestro joven historiador iba anotando, en forma taquigráfica y en evitación de todo olvido o equivocación, todas y cada una de las numerosas conversaciones sostenidas con amigos o adversarios de Bakunin. Su sistema taquigráfico lo había aprendido en el método Cabelsberg, el cual perfeccionó y adaptó para su exclusivo uso, tropezando con casi insuperables dificultades de traducción toda persona que tratara de leer sus anotaciones. Una vez hablando de sus trabajos, Nettlau me dijo: “Estoy tan atareado, que aun no he tenido tiempo de transcribir mis notas taquigráficas, con las cuales podía llenar tomos enteros. Sin embargo, es preciso que lo haga para que pueda servir a futuros

investigadores". Ignoro si su abrumadora labor diaria le permitió hacerlo.

He aquí a un hombre absorbido en su tarea con una dedicación y amor tales, que llegó a ser el fundamento mismo de su existencia. Esta pasión desbordante por su trabajo de investigación, mantuvo siempre alerta su atención para la difícil búsqueda de toda clase de documentos, cartas y numerosos manuscritos de todas clases relacionados con su biografiado, cuya valiosa información, así como la más detallada biografía de éste, divulgó por doquiera a los pocos años del fallecimiento de Bakunin.

Esta inmensa labor de investigación tuvo que pagarla de su propio peculio, y sin esperanza alguna de ver su ardua tarea debidamente recompensada. Lo cual, tal era su desprendimiento, le tenía totalmente sin cuidado. Su trabajo llevaba la recompensa en sí mismo: la satisfacción de haber realizado una labor útil. Y como por aquel entonces disponía de los medios necesarios para consagrarse con toda tranquilidad a sus más caras aficiones, el problema económico le importaba poco o nada.

Hubo, sin embargo, una circunstancia que dificultó mucho su trabajo. Al dar comienzo a su gran empresa, Max Nettlau era un desconocido, cuya existencia ignoraba el gran conglomerado de compañeros. Aun más tarde, cuando Kropotkin, Malatesta, Dave y, sobre manera, Reclus lo recomendaron a sus viejos amigos para que le facilitaran su cometido, no dejó de tropezar con ciertos obstáculos. Así vemos como James Guillaume se mantiene, en los primeros tiempos, en una fría reserva, actitud tanto más molesta para Max, por cuanto esperaba de Guillaume valiosos datos, por haber actuado éste, desde el principio al fin, en las filas de la Internacional y asistido a todos los congresos de la misma. Nettlau

no ignoraba la gran amistad que le había unido a Bakunin, el cual tenía en gran aprecio la clara inteligencia de Guillaume. [\(5\)](#)

Después de dedicar unos cinco o seis años a seleccionar y examinar el inmenso material de información adquirido en tan afanosa búsqueda, Nettlau procedió, al fin, a escribir su obra. Ante la imposibilidad de encontrar un editor, hizo imprimir en multicopista cincuenta ejemplares, (1896—1900), los que distribuyó entre sus más preciados amigos y a las más importantes bibliotecas europeas y americanas. La obra apareció en alemán, con el título *Miguel Bakunin. Su Biografía*; la componían tres tomos “in folio” y un total de mil doscientas ochenta y dos páginas. Pocos son los que pueden valorar en su verdadero valor la inmensidad de los datos históricos reunidos y sabiamente empleados en aquellos tres tomos.

Esta obra de Max Nettlau ofrece a los historiadores un inapreciable caudal de información histórica absolutamente inédita. Todas las biografías posteriores de Bakunin, y la mayor parte de cuanto desde entonces se ha publicado en torno a la Primera Internacional, se basa en los documentos que el celo de Nettlau arrancó al olvido. Tanto es así, que sólo los meritorios trabajos del historiador ruso A. Korniloff, que consiguió acceso a los archivos de la familia Bakunin, contienen datos y hechos que Nettlau, como es natural, no podía conocer.

Korniloff es el autor del libro titulado *La familia Bakunin. Juventud de Miguel Bakunin*, cuya obra fue publicada en 1914, y ofrece muchos aspectos insospechados de la mocedad del pensador libertario. La cuestión de si este escritor ruso, en su segundo tomo, *Años de peregrinación de Miguel Bakunin*, aprovechó o no el trabajo de Max Nettlau, es algo que se sustrae a mi juicio, ya que ignoro el idioma ruso. Lo cierto es que nuestro amigo rindió alto tributo de

admiración a la obra de Korniloff, quien tuvo la atención de enviarle dos tomos de la misma. El profesor Korniloff murió en 1925, año en que apareció el segundo tomo de su obra, y si acabó o no el tercero, es cosa que ignoramos.

Como suplemento a su *Vida de Bakunin*, Nettlau escribió (1903—1905) otros cuatro volúmenes, a los que incorporó cuantos datos había hallado él mismo u otros investigadores durante el espacio de tiempo transcurrido. Estos no estaban destinados a la publicación. Eran materiales que debían ayudarle a completar su obra y proporcionar información a futuros investigadores. Estos estudios los continuó durante todo el resto de su vida, y es de suponer que aquellos cuatro tomos no fueron los últimos.

La vida y actividades de Bakunin, lo mismo que el conjunto histórico de los movimientos revolucionarios del siglo XIX, preocuparon la atención de Nettlau toda su vida. Constituían, por así decirlo, el eje central de su producción. Entre el año 1924 y el 1927, hizo una revisión completa de la biografía de Bakunin, suprimiendo algún que otro detalle de importancia secundaria y enriqueciendo su conjunto con numerosas modificaciones, repartiendo su contenido en cuatro tomos de unas cuatrocientas hojas impresas aproximadamente. Esta, por lo que yo sé, fue la última y definitiva versión que nuestro amigo diera a su magnífica obra y la forma en que debía, ser editada por *La Protesta* de Buenos Aires, habiendo los compañeros de este periódico concebido el plan de publicarla como Suplemento de *La Protesta*, en cuadernos de treinta y dos páginas. El primero salió el 15 de febrero de 1930, con la traducción castellana de Abad de Santillán. Por el momento no me ha sido posible comprobar cuántos de estos cuadernos fueron publicados. De cualquiera manera, la dictadura militar en la Argentina ha

desbaratado bruscamente la publicación de la obra, así como la suspensión de *La Protesta*.

Fue una verdadera desgracia que las circunstancias denegaran a Max Nettlau la satisfacción de ver su gran obra totalmente impresa. En 1932, a sugerencia mía, nuestro Comité de ediciones, en Berlín, acordó publicar el libro de nuestro amigo. Ya con antelación habíamos publicado cinco trabajos debidos a su infatigable pluma. Inmediatamente me puse en relación con él para que estudiara nuestras proposiciones. Tal noticia la recibió con gran alegría, ya que me contestó había comenzado, hacía tiempo, a revisar la primera versión original de la obra y se proponía completarla con nuevos e importantes datos. Poco después se abatía sobre Alemania el terror del Tercer Reich, poniendo fin a nuestros planes.

En el año de 1935 parecía ofrecérsele, una vez más una nueva oportunidad de ver su obra publicada; esta vez en una condensada edición francesa. Tan poco esta vez se lograron sus deseos, las negociaciones con el editor francés fracasaron.

Con fecha 1 de julio de 1936 me escribía Nettlau desde Barcelona: "*Miguel Bakunin. La Vida de un Rebelde*, en dos tomos, como mi Reclus, está siendo traducida del francés y aparecerá en la primavera de 1936, presentada por la editorial de la Revista Blanca. Constituye la tentativa de realizar una obra de fácil lectura y entrará en los problemas y objetos de controversia. Orobón no ha podido traducirla...". (6) Esta vez también la guerra civil española frustró la impresión de la obra.

Dos breves biografías de Bakunin, por Nettlau, han aparecido en alemán y en español. La primera, de 64 grandes páginas, en Berlín en el año 1901, con el título de *Michael Bakunin. Eine biographische*

Skizze y un sustancioso prólogo de Landauer: la segunda, *Miguel Bakunin. Un esbozo biográfico*, en México (1925). Una reedición de esta última se hizo, unos años más tarde, por la editorial La Protesta, en Buenos Aires. Y, para terminar, recordaremos la versión italiana del ensayo alemán, la cual fue publicada en 1904, en Mesina, con un prefacio de Elíseo Reclus.

IV

INFORMACIÓN DE LA INFLUENCIA DE BAKUNIN EN EUROPA

Además de las obras biográficas mencionadas sobre Bakunin, Max Nettlau escribió una serie de estudios y ensayos dedicados a la influencia ejercida por el pensador ruso en los países de Europa. Figuran entre estos estudios, los cuatro extensos trabajos de investigación publicados, sucesivamente, en los años 1912, 1913 y 1929, en el *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, del profesor Grünberg, y que dan a conocer las relaciones de Bakunin, a través de su correspondencia, con personas italianas, españolas y rusas durante el período de la Primera Internacional. Con estos materiales se imprimieron un número reducido de folletos. Posteriormente, los dos estudios referentes a España, completados por numerosas adiciones, se publicaron en Buenos Aires por la editorial de La Protesta, (1925), con el título: *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España*.

Publicado por la misma editorial apareció, en 1930, otro tomo, *Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España*. Los dos constituyen un verdadero filón de valiosísimos informes de aquella fase en la evolución del movimiento obrero español.

El último de los libros citados fue resultado de una curiosa coincidencia. Allá por los años 1923—1924, trabajaba yo con frecuencia en los ricos archivos del partido socialdemócrata, en Berlín, recogiendo información para mi biografía de Most. En una de estas visitas, el archivero, mi amigo Paul Kampfmeyer, me relató que todos los documentos del Consejo General de la Primera Internacional, antes en poder de Federico Engels, habían sido trasladados, a la muerte de éste, al archivo del partido en Berlín. Como es de suponer, esta noticia estimuló grandemente mi interés, rogándole inmediatamente al archivero que me buscara una parte de los documentos relacionados con España, precisamente, se hallaba en completo desorden y se veía claramente que no habían sido consultados por nadie hasta entonces. Así encontré toda una valiosa colección de escritos y cartas de Francisco Mora, Pablo Lafargue, José Mesa y otros más dirigidos a Engels, fechadas de los años 1870 a 1873. Todas ellas daban luz sobre lo ocurrido, en aquel entonces, en el seno de la Federación española de la Internacional. Eran todos aquellos documentos de la época en que Carlos Marx y Engels preparaban su gran golpe contra Bakunin y la fracción federalista de la Internacional, y provocaba la división del movimiento obrero mundial, cuya escisión se consumó en el Congreso de La Haya (1872).

Engels, que en aquellos años fue secretario de correspondencia del Consejo general en Londres para las Federaciones de España e Italia, trataba, por todos los medios, de atraerse a los españoles. Tenía buenos motivos para ello, pues la Federación española era la más fuerte y activa de la Internacional y, además, casi la única que enviaba con puntualidad ejemplar sus cotizaciones. Estas fueron las razones fundamentales por las cuales, la tristemente célebre Conferencia de Londres (1871), donde Anselmo Lorenzo representó

a la Federación española, se apresurara a brindarles a los internacionalistas ibéricos un voto especial de “gratitud”.

Con el fin de predisponer a la Federación española en favor de las intenciones del Consejo General, éste despachó a España al yerno de Marx, Pablo Lafargue, el cual, por haber nacido en Cuba, conocía el idioma español. Lafargue llevaba la misión de organizar a los contados partidarios de Marx en España, y con ello poder colocar la Federación española bajo la órbita del mencionado Consejo General. Ante el completo fracaso de esa maniobra, el yerno de Marx fundó, con los pocos amigos que encontrara, la “Nueva Federación de Madrid”, que creó su propio órgano de divulgación, titulado *Emancipación*, y que, al poco tiempo y con la ayuda de los republicanos burgueses, intentó crear un partido obrero.

Quienes están familiarizados con la historia de la Internacional en España, saben con cuán ignominiosos procedimientos se trató de provocar una escisión en el movimiento obrero español. Tampoco ignorarán la infame carta que Engels escribiera, a espaldas del Consejo General, al Consejo Federal español con el propósito de intimidarle, y que produjo el efecto contrario de revelar a los españoles las verdaderas intenciones de Marx y Engels. En esta lucha, los marxistas llegaron tan bajo en sus procedimientos, que los redactores de su órgano, *Emancipación*, denunciaban públicamente a los miembros de la Alianza al gobierno español. (7) Tan vil acción les sirvió para poco, y con ella no pudieron impedir que los cuatro delegados, que España enviara al Congreso de La Haya, fueran elegidos entre los partidarios del ala federalista. Después de la expulsión de Bakunin y Guillaume, por una mayoría ficticia, fruto de inmundas maquinaciones de los marxistas, los españoles abandonaron el Congreso con los demás delegados de la fracción

federalista, para firmar, en Saint Imier, aquella célebre alianza de solidaridad, que recibiría en diciembre de 1872 el voto entusiasta de una aplastante mayoría en el Congreso de la Federación ibérica en Córdoba.

Así fue como, hojeando aquellos amarillentos papeles de los archivos de los socialdemócratas alemanes, comprendí enseguida que aquel hallazgo constituía un valioso tesoro para Max Nettlau. Escribí sin pérdida de tiempo a nuestro amigo, y al que tuve la satisfacción de saludar en Berlín a los pocos días.

Inmediatamente Nettlau se puso a trabajar en los mencionados archivos. Lo primero que hizo fue poner en orden aquel caos de documentos heterogéneos. Otras muchas semanas las pasó haciendo anotaciones detalladas de todo cuanto había de interés en todos aquellos escritos. Fruto de esa labor fue el ya mencionado libro *Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España*, el cual debe considerarse como valioso suplemento a los dos tomos del *Proletariado Militante*, escrito por Anselmo Lorenzo.

Recopilando las informaciones publicadas en revistas españolas, alemanas y de otras nacionalidades sobre el movimiento obrero español, Nettlau compuso el libro *Historia de la Internacional y de la Federación de Trabajadores de la Región Española desde 1868 a 1889*, obra que se conserva hasta la fecha en manuscrito.

En el año 1929 apareció en Génova, editada por *Il Risveglio*, una obra de Nettlau en italiano, titulada *Bacunin e l'Internazionale in Italia del 1864 al 1872*, que prologó Malatesta. Como todos los libros de nuestro amigo, esta obra contiene valiosísimos informes históricos. Su publicación se debe a los esfuerzos mancomunados de

Malatesta, Bertoni, el doctor Paoli Flores y otros amigos italianos del autor.

A todos aquellos trabajos sobre Bakunin y sus actividades en Europa hay que añadir las ediciones de las propias obras del revolucionario ruso, complementadas de magistrales introducciones y notas explicativas de Nettlau. Debido a sugerencias de Reclus, publicó en 1895, en París, un libro de escritos inéditos de Bakunin, entre otros el fragmento “Federalismo, Socialismo y Antiteologismo”, el cual escribió el pensador ruso en nombre de la “Liga pro Paz y Libertad”, y que dejó inconcluso; así como de un extenso escrito que era la continuación de *Dios y el Estado*. Este libro fue prologado por un largo y sustancioso trabajo de Max Nettlau. Esta colección de escritos constituye el primer tomo de la edición de las “Obras de Bakunin”, continuada posteriormente por Guillaume, y terminada de 1907 a 1913 con cinco importantes volúmenes. Desgraciadamente la publicación de los tomos finales de la edición francesa fue impedida por el comienzo de la primera guerra mundial.

Nuestra casa editorial en Berlín, editó entre 1921 y 1924, una versión alemana en tres tomos de las “Obras completas” de Miguel Bakunin, que debía ser seguida de otros dos tomos. El prefacio se reservó, como es natural, a Nettlau. A él se deben también la traducción alemana de la mayor parte del segundo tomo y de todo el tercero, como así mismo los prólogos y numerosas notas explicativas. El primer volumen contenía una colección de los más importantes fragmentos de los últimos trabajos de Bakunin, los cuales eran un boceto de las ideas que pensaba desarrollar en su obra capital, y que no tuvo tiempo de escribir debido a sus continuas actividades revolucionarias. El segundo tomo recogía todo lo que escribió el infatigable rebelde durante su participación en la

Internacional y en el movimiento obrero. El tercero es de gran valía para el investigador, pues incluye muchos de los más antiguos documentos sobre su vida en el extranjero después de su fuga de Siberia. Ofrece este tercer tomo, además, interesantes relatos de las luchas internas en la Internacional, así como sus relaciones personales con Marx y sus partidarios, descritas en su correspondencia con los compañeros; como también notas aclaratorias sobre el papel que desempeñara en La Alianza; su respuesta al panfleto de Marx, Engels y Lafargue, publicada en el *Journal de Gêneve*; su conmovedora carta de despedida a sus amigos de la Federación del Jura, y otros interesantes escritos.

En el año 1926 Max Nettlau se encargó de la edición de un número extraordinario del *Syndikalist* y de una memoria ilustrada, “Unser Bakunin” con la que nuestra editorial conmemoró el quincuagésimo aniversario de la muerte de Bakunin.

De igual importancia fue la labor de Nettlau en la edición española de las “Obras completas de Miguel Bakunin”. Nuestro amigo ordenó el contenido de las obras y enriqueció su texto con notas históricas y comentarios. Esta edición se publicó en 1924-1929 en la editorial del periódico argentino *La Protesta*. Debía de abarcar, en los diez volúmenes proyectados, la producción integral de Bakunin, incluyendo sus escritos en idioma ruso y alemán. Desgraciadamente tan meritoria empresa no llegó más allá de la impresión del quinto tomo, pues la oleada reaccionaria que invadió la Argentina la interrumpió. El mencionado tomo quinto contiene la obra *Estado y Anarquía*, ya publicada (1872) en Zurich en su versión original. Abad de Santillán la tradujo al español de la traducción francesa de nuestro amigo A. Schapiro. Gracias a esta edición española, muchos lectores conocieron parte de la labor literaria de Bakunin. Yo mismo

tuve por ella la oportunidad de conocerla. Nettlau, como primer biógrafo del pensador ruso, redactó el prólogo y un *Postscriptum*.

Durante la guerra civil, nuestros compañeros españoles proyectaron la edición completa de las obras de Bakunin. Llegaron a publicar seis grandes y magníficos volúmenes. Nettlau terminó también el manuscrito para el séptimo pero éste se extravió —según me informó D. Abad de Santillán— al final de la guerra de España, en Barcelona.

V

TRABAJOS COMPLEMENTARIOS SOBRE BAKUNIN

La labor de Nettlau como biógrafo de Bakunin en manera alguna se limita a las obras que en páginas anteriores hemos señalado. Gracias a su metódico y perseverante entusiasmo investigador conocemos una serie de fragmentos, desaparecidos unos e inéditos otros, debido a la pluma del revolucionario ruso así como numerosos artículos y ensayos sobre interesantes períodos de la vida de su biografiado. Casi todos ellos fueron publicados en periódicos y revistas tales como *Freiheit*, *La Société Nouvelle*, *Freedom*, *Les Temps Nouveaux*, *Dokumente des Sozialismus*, *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, *El Suplemento de La Protesta*, *La Revista Blanca*, *Der Syndikalist*, *Die Internationale*, y otros. Así mismo publicó, por primera vez, en *La Société Nouvelle* de Bruselas (julio— agosto de 1894) un extenso manuscrito de Bakunin dirigido a la revista belga *Liberté*, fechado en 1872 —escrito que no fue terminado por su autor—; el escrito es de una importancia muy especial porque aclara el desarrollo del pensamiento del internacionalista ruso en aquella época. De cartas, escritos y otros documentos de un período anterior, se llega a la conclusión de que Bakunin fue partidario resuelto del materialismo histórico, y que otorgaba, sin celos de ningún género, a Marx el mérito de la concepción de esta doctrina. Pero también es evidente que nunca la

interpretó en el sentido dogmático de los marxistas, pues éste pugnaba abiertamente con su instinto rebelde a todo sectarismo y con sus incesantes actividades revolucionarias.

En el artículo que fue publicado en la revista *Liberté*, Bakunin ya emprendía, por primera vez la crítica de los fundamentos del materialismo histórico. Señaló que en la evolución histórica intervienen también otras fuerzas que los factores puramente económicos de un período dado, fuerzas que se compenetran mutuamente y que, íntimamente asociadas, se sustraen a toda separación. Mientras admitía, como lo hizo anteriormente, que el Estado en sus diversos aspectos surge como producto inmediato del sistema de propiedad que prevalece en un determinado período, opuso que, una vez nacido, se convierte en artífice y mantenedor de los monopolios económicos, influyendo así, en forma decisiva, en todo el sistema de la economía. Atacaba también la doctrina de la lucha de clases, a la que oponía su concepción de lucha de masas, evidentemente más amplia y que unía en la acción revolucionaria al obrero, al campesino, al intelectual y a cualquier exponente de no importa qué condición social, pero sí deseoso de conducir a la humanidad a un porvenir más feliz. Las teorías marxistas, en su criterio cerrado de reducir todos los acontecimientos históricos a meros intereses de clase, acabaron por hacer de la historia una imagen tan deformada, como la que hicieron de la naturaleza los discípulos del llamado *darwinismo social*.

Ofrece aquel manuscrito otro significativo testimonio: Ni Bakunin ni sus compañeros se propusieron nunca, como lo afirmaron obstinadamente sus adversarios, imponer a la Internacional sus concepciones libertarias. Por el contrario, Bakunin defiende insistentemente el derecho de los obreros alemanes a conservar sus

opiniones y métodos peculiares. “En la Internacional —escribe— tienen cabida todas las escuelas del socialismo, y el camino para rectificar desviaciones es la propia experiencia, con sus prácticas, quien lo ha de señalar”. Reclamando, igualmente, este derecho para sí y para los obreros de las secciones federalistas. Y es que precisamente ese derecho de libre determinismo ideológico, que los estatutos de la Internacional garantizaban a sus miembros de todos los países y que eran el fundamento de su existencia, estaba en peligro de ser suprimido. El Consejo General de Londres, influenciado por Marx, maniobraba para conseguir este propósito, como lo demostró las decisiones tomadas en la Conferencia de Londres y el Congreso de La Haya. El Consejo General, al imponer a todas sus Secciones el deber de participar en la política parlamentaria de cada país, no solamente violaba las normas estatuidas sino que fomentaba las causas de un futuro cisma. Mientras los antiguos estatutos permanecían firmes, el temor de la escisión no existía, y las divergencias de principios o de táctica, fortalecían la evolución intelectual de la Unión, apresurando el esclarecimiento íntimo de sus adictos. Sólo la bárbara violación de los derechos reservados a cada federación, podía provocar una ruptura abierta.

En 1896, Nettlau publicó, también por primera vez un fragmento biográfico de Bakunin: *Histoire de ma Vie. Bakunin*, insistentemente animado por varios amigos y especialmente por A. Herzen, pensaba a menudo en escribir su biografía, pero nunca tuvo oportunidad de hacerlo. Aquel documento fue, durante muchos años, la única referencia aclaratoria de la juventud de Bakunin; hasta que más tarde, y gracias a la labor del profesor A. Korniloff, se descubrieron nuevos y amplios datos referentes a este período.

Nettlau escribió en la revista *Documente des Sozialismus*, un interesante artículo titulado: “Miguel Bakunin en los años 1848-1849”. Aquella época de la vida de Bakunin no solamente nos muestra la acción revolucionaria del gran rebelde, sino que también esboza, con rasgos acusados, las ideas que le harían opositor de Marx. El que Marx difamara despreciablemente a Bakunin, es demostración del rencoroso carácter de aquél, [\(8\)](#) pero también un detalle fútil en lo que se refiere al verdadero conflicto. Lo que importa realmente son las ideas que dominaban a los dos hombres en 1848.

Ya por aquel entonces Marx padecía de la incurable rusofobia de la que fue víctima el resto de su vida. Cualquier manifestación por la independencia de los eslavos de Austria y Hungría le era antipática, considerándola como una maniobra para favorecer los intereses de la política exterior del zarismo. A excepción de los polacos, odiaba a todas las naciones de raza eslava. En un artículo, publicado en el *Neue Rheinische Zeitung* del 14 y 15 de febrero de 1849, con el título de “El paneslavismo democrático”, afirmaba que “el odio a los rusos” era “la primer pasión revolucionaria de los alemanes”, a la que desde la revolución, vino a sumarse “el odio a los checos y croatas”. Con toda la soberbia del nacionalista alemán, hablaba de “chechos, panduros, croatas y demás inmundicia”. Negaba que los eslavos de Austria y los balkanes hubieran poseído una historia propia, y que nunca habían dado pruebas de talento para la literatura, la política, el comercio y la industria, ya que carecían de las condiciones propicias a una existencia independiente. Les decía sin rodeos que debían estar agradecidos a los alemanes porque éstos se molestaron en civilizarlos un poco, ya que ellos no poseían la menor aptitud para crearse una cultura autónoma. Incluso defendía la opresión alemana de los pueblos eslavos, en interés de la civilización. Ante estos

excesos, un conocido marxista ruso, G. Steklov, no pudo menos que observar: “(Marx) aduce pruebas de la especie que habitualmente sirven para justificar la política colonial” [\(9\)](#). Marx termina su artículo con las palabras: “Lucha, lucha implacable de vida o muerte contra el esclavismo traidor a la revolución; lucha de exterminio y terrorismo, no en interés de Alemania, sino en interés de la revolución”.

Estos hechos merecen ser destacados, pues fueron la causa del primer antagonismo entre Marx y Bakunin. El paneslavismo de Bakunin inspiraba desconfianza al socialista alemán, lo mismo que todas las aspiraciones de liberación de los pueblos eslavos. Sin embargo el paneslavismo no fue, en sus orígenes, sino un producto secundario del gran despertar del espíritu nacional en la Europa de comienzos del siglo XIX. Es significativo que el que diera a conocer la cultura eslava no fuera otro que el gran escritor alemán J. G. Herder, uno de los más insignes representantes del pensamiento liberal en Alemania. No se puede negar, sin embargo, que el gobierno ruso se valió de aquella idea como instrumento de sus intenciones imperialistas en los Balkanes, dirigidas especialmente contra Austria, exactamente de la misma manera que los dos Napoleones y Lord Palmerston se valieron de las aspiraciones nacionalistas de los polacos, italianos, húngaros y griegos para afianzar los intereses políticos de Francia e Inglaterra en el continente europeo.

Mas el proyecto de una Federación Eslava de Bakunin, no tenía el menor parentesco con los cálculos imperialistas del zarismo. Lo que anhelaba por entonces era la caída de las monarquías rusa, austríaca, prusiana y turca, últimos vestigios del absolutismo en Europa. Así lo atestiguan todos sus escritos de aquella época, tales como sus “Fundamentos de una nueva política eslava” (1848), su “Manifiesto a los eslavos” (1849) y sus artículos publicados en la

prensa polaca, checa y alemana. Decía a los eslavos que sus verdaderos aliados los encontrarían sólo en los partidarios democráticos de Europa y, sobre todo, de Alemania, Hungría y Austria. En modo alguno era ésta una tarea fácil, pues no pocos demócratas en aquellos países abrigaban, con respecto a los eslavos, los mismos prejuicios que Marx. Pero Bakunin sabía que únicamente los esfuerzos mancomunados de la democracia europea para establecer una Federación de Repúblicas Europeas, podían salvar la revolución libertadora. “Es un deber sagrado, el deber de todos los luchadores de la revolución y de los demócratas de todos los países, llegar a un entendimiento, —escribía el pensador ruso. Es el único camino para combatir y vencer al enemigo común de nuestra libertad”. Bajo ese aspecto, Bakunin estaba más autorizado para hablar “en interés de la revolución” que lo estuvo Marx cuando amenazó a los pueblos eslavos con el exterminio, actitud que difícilmente podía estimular en éstos su interés por la revolución.

Un gran número de importantes ensayos sobre Bakunin, fueron el fruto de la larga colaboración de Nettlau en el *Suplemento de La Protesta*. Mencionaré aquí tan sólo sus estudios: “La Obra de Miguel Bakunin”, descripción sustancial de la labor de Bakunin en conjunto, (28 de junio de 1926); “Nuevas investigaciones sobre la vida de M. Bakunin”, (6—13 de septiembre de 1926): “Bakunin, La Baronata y la insurrección de Polonia, 1874”, o “Un Romance Histórico”, (30 de septiembre de 1929), y “La Memoria justificada de Bakunin sobre La Baronata”, (31 de octubre y 14 de noviembre de 1929), estudio que arroja una luz insospechada sobre la estancia de Bakunin en la casa de campo “La Baronata” de Carlo Cafiero, cerca de Locarno.

Hay, además, trabajos tales como “Bakunin y Garibaldi en 1864”, (*Almanaque de la Novela Ideal*, Barcelona, 1928); estudios

publicados en la *Revista Blanca*, de los que sólo cito: “Alrededor de Miguel Bakunin y Gaspar Sentiñón”, (noviembre de 1926); “Michael Bakunin und der Syndikalismus” (*Die Internationale*, Berlín, mayo—junio de 1928); y “Aeltere und neuere Arbeiten ueber Bakunin”, en la misma revista (septiembre de 1930).

Cuando, en 1921, el gobierno bolchevique descubrió en un archivero secreto del jefe del “Tercer Departamento”, en San Petersburgo, la “Confesión” de Bakunin, que éste había escrito durante su cautiverio en la fortaleza Pedro y Pablo (1851) al emperador Nicolás I, se levantó un tremendo escándalo, el cual, sin embargo, pronto se calmó al publicar el profesor Korniloff, en su segundo libro, un número considerable de documentos de la familia Bakunin, y, entre otros, la conmovedora carta que Bakunin pasara en secreto a su hermana durante una visita en la fortaleza (1854). Ese mensaje aclara satisfactoriamente las circunstancias en las que se escribió la “Confesión”.

El historiador ruso, V. Polonski, en quien nadie sospecharía grandes simpatías hacia Bakunin y sus ideas, tampoco tardó en ver las cosas en su verdadera forma. He aquí lo que escribe al respecto: “Si antes de la publicación, por Korniloff, de la mayor parte de los documentos del archivo Piarmushino todavía era posible entrar en discusión sobre si Bakunin disimulaba o no, si quiso engañar a Nicolás, o si su confesión fue sincera; hoy, en presencia de las cartas escritas en la fortaleza, desconocidas hasta ahora, ya no puede haber discusión. Bakunin aceptó el riesgo con un valor extraordinario”.

Ello no obstante, un tal Kurt Kersten, en su prefacio, por cierto muy imaginativo, a la edición alemana de la “Confesión”, publicada en Berlín (1926), no tuvo escrúpulo alguno en desenterrar una

vergonzosa cantidad de fábulas refutadas debidamente hace mucho tiempo. El hecho era tanto más lamentable cuanto que la editorial, responsable de la publicación del libro, tenía la reputación de ser una empresa seria, especializada en la edición de obras políticas e históricas. Ya anteriormente, en la primavera de 1926, Kersten había publicado, en una revista berlinesa, un ensayo sobre la "Confesión", que le valió una merecida respuesta de Nettlau y M. P. Saschin, contenida en la memoria "Nuestro Bakunin", de cuya divulgación se encargó nuestra casa editora. Después de este varapalo Kersten insistió en la publicación de sus fantasías, lo cual obligó a Nettlau a escribir: "todas esas descripciones de un Bakunin perseguido por las furias y huyendo ante el aspecto de su "Confesión" son invenciones confeccionadas al estilo de las novelas de baratillo".

Con este motivo, Nettlau publicó en *Syndikalist*, febrero de 1927, una crítica de la edición alemana de "Confesión", crítica en la que demostró la total falta de responsabilidad del historiador Kersten. Lo que más indignó a nuestro amigo era la increíble desfachatez con que el pretendido historiador ponía en tela de juicio las aclaraciones de Saschin, que fue el más antiguo amigo de Bakunin y persona muy estimada por Nettlau. Por todo lo cual, Nettlau enfocó todo el grueso de las baterías de sus argumentos y escribía:

Kersten persiste en decir: 'Ni siquiera sabemos si Bakunin habló alguna vez de la "Confesión" a sus amigos; únicamente el amigo Saschin lo pretende saber. Pero ese Saschin nos demuestra, con sus publicaciones, que no sabe nada'. ¿Por qué descarta el Dr. Kersten el detallado relato de ese Saschin de forma que hace dudar de su veracidad? ¿Con qué intención silencia el doctor que ya en 1908 también Z. Ralli —que aún vive— cita la "Confesión", la cual mencionó Bakunin en una

conversación tenida con Ralli, hecho que yo cité? Igualmente deseáramos saber lo que quiere decir Kersten con su frase: 'Bakunin se mostraba evasivo cuando hablaban de ella (la Confesión)'. Hemos de preguntar ¿quién habló de ella? ¿Ante quién se mostraba evasivo Bakunin? Sin otras indicaciones más precisas, la difusa fraseología del Dr Kersten nos parecen lugares comunes de folletón, de la misma calidad que el fantasma, la maldición, las tinieblas, el Satanás de Milton y la sombra amenazadora, expresiones de que está sembrada su Introducción.

Que Kersten negara que Bakunin hubiera hablado de la "Confesión" a sus amigos, parece extraño, ya que el mismo doctor alude a la larga carta dirigida por el revolucionario ruso a Alejandro Herzen, fechada el 8 de diciembre de 1860 desde el lugar de su destierro, Irkutsk (Siberia). Esta carta era bien conocida desde la publicación (1895) de la correspondencia de Bakunin con Herzen y Orgariov, que editó el profesor Dragomanov. Ignoramos si Bakunin mencionó la "Confesión" ante sus dos amigos después de su fuga de Siberia o durante su estancia en Londres, ya que no hemos hallado ninguna alusión a este hecho en los documentos de Herzen ni de Ogariov. Mas esto no es una prueba de que Herzen no tuviera conocimiento del asunto, como lo afirma Kersten. Pero aun suponiendo que Herzen, contrariamente a lo que sugiere aquella carta de Irkutsk, no hubiera pedido nunca a Bakunin le explicara lo referente a la "Confesión", de la lectura de la mencionada carta se colige que el pensador ruso no tenía interés alguno en ocultar lo sucedido. Que es así lo demuestra la conversación que, sobre tema tan traído y llevado, tuvo con sus íntimos amigos Saschin y Z. Ralli.

Nettlau ha contribuido en mucho, con su meticulosa labor investigadora a dar luz sobre el asunto de la “Confesión”, como ya hemos demostrado anteriormente, y como lo podemos comprobar por las notas con que enriqueció la versión francesa de este documento, publicado en París en el año 1932 con un prólogo de F. Brupbacher. [\(10\)](#)

De una admirable perseverancia en su trabajo, Nettlau no se cansó nunca de buscar nuevas fuentes de información, y perfeccionar así lo ya creado. El mismo describe el gradual desarrollo de su gran biografía de Bakunin con estas palabras:

Tropecé casi al mismo tiempo, a fines de la novena década, con *Dios y el Estado*, de 1882, la *Memoria sobre la Alianza*, de 1873, y la *Memoria de la Federación del Jura*, sintiéndome con estos valiosos hallazgos tentado de explorar la vida de ese hombre, del que me eran conocidos sus pasos en Praga y Dresde, deseaba conocer sus actividades en los años 1848—49. El “Catecismo Revolucionario” lo había descubierto en el *Freiheit*, periódico que vi expuesto y que compré en un quiosco de Zurich. En 1890 comencé mi trabajo de investigación, puesto que por aquellas fechas ya leía un poco el ruso. Me procuré también el libro en sueco (me lo prestó Kropotkin) que me informó sobre los años 1863—1864, escribiendo después, de manera precipitada, el ensayo “En torno a la biografía de Miguel Bakunin”, (*Freiheit*, enero—abril, 1891). En diciembre del mismo año, Reclus me facilitó los primeros contactos con personas bien informadas. Gracias a Vladimir Burzev me enteré, en el Museo Británico, de muchas cosas rusas. En diciembre de 1892, así como en el año siguiente, estuve, por primera vez en Suiza, provisto de una

carta de Kropotkin para los viejos "jurassiers". En 1899 me trasladé a Italia acompañado de una carta de Malatesta para los veteranos compañeros de allí. Entretanto, estudié los manuscritos de Bakunin, los documentos de Skukovski, los de Ginebra y del Jura, cartas de Bakunin halladas en diversos lugares, y hablé con buen número de personas, entre las cuales con Adolfo Reichel y A. Vogt, veteranos ambos de la quinta década del siglo pasado".

Allá por el último decenio del siglo XIX comenzaron las publicaciones de documentos y memorias íntimas, y, sobre todo, la extensa correspondencia con Herzen y con Ogariov, así como las memorias de León Mecknikov, de Zamfir C. Arbure (Ralli) y de otros. A base de esta documentación, unido a una colección de periódicos, revistas —fechadas en la quinta década del siglo pasado—, y de libros en ruso, tales como Belinski, de Pypin, y sobre manera de cartas e indicaciones verbales, escribí la primera biografía de nuestro hombre. En total un cuaderno de 1281 páginas escritas en letra pequeña, obra de la que existen unos cuarenta ejemplares.

Aunque después de esto me dediqué a otro tema (partiendo de Buonaroti), descubrí muchos documentos sobre Bakunin, especialmente durante mi segundo viaje a Italia. Gracias al hallazgo de el diario de Bakunin, escrito desde los años 1871—1872—1874, muchos acontecimientos de aquella época han quedado bien aclarados. Publiqué en *Oeuvres y Société Nouvelle* (1895) algunas partes de los manuscritos, cosa que beneficiará las ediciones de Berlín (2 tomos) y de Buenos Aires (5 tomos)".

El trabajo de 1896—1900 y las ediciones manuscritas, no han sido esfuerzos perdidos, ya que, más tarde, fueron aprovechados en la obra de cuatro tomos de James Guillaume: *La Internacional, documentos y recuerdos*, (París, 1905—1910); así como del empleo que tuvieron en el pequeño, pero varias veces traducido, estudio de Victor Dave: *Michel Bakunin et Karl Marx*.

Por otra parte, he de consignar con satisfacción, que Guillaume me facilitó sus propias memorias e impresiones, las cuales son de gran valor informativo. El mismo concurso recibí de M. P. Saschin.

Hice además una recopilación de las relaciones italianas, españolas y rusas de Bakunin durante el período de la Internacional, para el Archivo del profesor Grünberg (1912—1913 y 1915).

Mientras tanto, desde 1909, se investigó brillantemente la juventud de Miguel Bakunin, gracias a los trabajos del profesor Korniloff: *Años de juventud* (1915) y *Años de peregrinación*, que abarcan el período del destierro en Siberia. V. Polonski, N. Riasonov y otros investigadores publicaron también numerosos documentos inéditos, por los que tuve conocimiento de muchos hechos interesantísimos.

Pese a las lagunas existentes, procuré aprovechar para la nueva *Biografía*, escrita en 1923—1925, toda la documentación a mi alcance y a expensas de la reproducción de manuscritos y documentos que no incluí en la primera versión. Espero completar cada uno de estos tomos con un capítulo que comprenderá los hechos y datos, averiguados

posteriormente, o sea, de 1925 a 1930, pues su número crece continuamente.

Gracias a estos trabajos se pudo detener el escándalo producido con la publicación de la ya famosa [\(11\)](#) “Confesión” y se destruyó la estúpida leyenda forjada al rededor de la personalidad de Bakunin.

Me faltan aún las actas de los juicios de Dresde y Praga, de los años 1849—1851. Esa documentación pensaba redactarla el profesor Grünberg pero sus muchas actividades, primero, y después su enfermedad, lo impidieron. Así, durante muchos años, me abstuve de intervenir. Ahora ya es tarde, ya que no existe perspectiva alguna de publicación para los trabajos terminados, excepto en la lejana Argentina.

VI

BIOGRAFÍAS DE ERRICO MALATESTA Y ÉLISÉE RECLUS

Aunque la biografía de Bakunin es la gran pieza central de la producción literaria de Max Nettlau, en modo alguno agotó el campo de sus investigaciones históricas. Por el contrario, sus trabajos sobre Bakunin contribuyeron a abrirle el camino hacia la existencia de otras figuras insignes y guiarle por los intrincados senderos de la historia del anarquismo.

En 1922 Max Nettlau publicó, en lengua italiana, una biografía de Malatesta, *Vida y pensamiento de Errico Malatesta*, que forma parte de las ediciones de *Il Martello*, de Nueva York. En 1889 conoció en Londres a Malatesta, al regreso de éste de su destierro en América del Sur (1885—1889). He aquí lo que refiere nuestro amigo sobre tal encuentro:

Fue entonces cuando lo vi por primera vez, con motivo de las sesiones que, por aquellos días, celebraba el Consejo de la Liga Socialista. Además de los miembros de la Liga, asistían visitantes y delegados de diversos países. Malatesta penetró en el salón en compañía de otro italiano. Se sentó silenciosamente.

Yo estaba junto a Víctor Dave, el cual ya se había entrevistado, en la mañana, con el revolucionario italiano. Por

las indicaciones que me dio Dave identifiqué la persona de Malatesta. La presencia de éste en Londres me causó extrañeza pues, aunque no lo conocía más que a través de su colaboración en periódicos y revistas, sabía que desapareció de Europa por haber emigrado al continente americano. Dave recordaba haberle visto en Londres con motivo del Congreso celebrado en 1881, y también retenía en la memoria la actuación de Malatesta en el período de la Internacional. Para la mayoría de los asistentes a las sesiones de la Liga, el pensador italiano era un desconocido. Esto ocurría con William Morris, al cual le fue presentado, pocos días después Malatesta, mas el pensamiento de uno y otro estaban demasiado distanciados para que llegasen a intimar. Aquella tarde, Dave me dijo que Malatesta, era aficionado a estudiar el pasado del anarquismo. Recomendación peregrina en verdad, pues Malatesta era un joven de treinta y cinco años, y, sin embargo, era a mis ojos, junto con Dave —que, desde fines de 1887, no se había cansado de contarme los acontecimientos de la Internacional belga— uno de los prestigios del anarquismo internacional. Ya había visto a Kropotkin (1888), pero éste no me atraía sino como hombre de ideas, asumiendo, para mí, un interés retrospectivo solamente diez años después, cuando sus *Memorias* y mis estudios históricos hicieron revivir en su persona el pasado del movimiento.

Veíanse allí otros muchos viejos socialistas, asiduos concurrentes a todas las conferencias de la Liga Socialista: el anciano E. Craig, de la Ralahine Colony en Irlanda, Jeanne Deroin, del movimiento femenino socialista parisién desde 1848 —sección de Hammersmith—, el viejo comunista alemán

Friedrich Lessner, de Blomsbury, Dan Chatterton, Charles Murrey, y otros veteranos chartistas del grupo Bronterre O'Brien, así como el pequeño francés Lassassie, que representaba las tradiciones de Joseph Déjacque y de Coeurderoy, sin compartir sus ideas. Y, por último, tuve la satisfacción de conocer una de las más grandes personalidades anarquistas, al ya desaparecido Malatesta.

Malatesta me invitó a su casa situada en Fulham, y expresó su deseo de que yo viera sus viejas revistas.

Así me encontré un día en su pequeña y casi vacía quinta de Hannel Road 4, donde él y algunos compatriotas acababan de instalarse con la imprenta de la "Asociation". Malatesta me mostró un verdadero tesoro: una caja repleta de impresos, que hubo de abandonar en Londres (1883) y que contenía todo cuanto él había coleccionado hasta entonces. Me regaló algunas ediciones de revistas, que todavía conservo, y me prestó otras, de las que hice extractos. Muchas cosas quedaron sin tratar, entre otras, un grueso legajo de cartas de Cafiero a Malatesta, las cuales, sin duda, hubieran proyectado luz sobre no pocos sucesos ocurridos desde 1879, y que ya no se conocerán nunca con exactitud, pues todos aquellos papeles desaparecieron, en 1893, durante un incendio en la habitación de Malatesta, en Islington. Pérdida irreparable que dificultó mucho la reconstrucción de sus recuerdos a pesar de su buena memoria. Memoria que yo aproveché con frecuencia para mis averiguaciones en torno a la época de Bakunin, así como de las actividades del propio Malatesta en aquellos años. Admiré su paciencia, siempre dispuesta a retrotraerse al pasado, si esto podía servir a mi curiosidad.

Este es Nettlau. En lo anteriormente transcrito tenemos un fiel testimonio de la minuciosidad y paciencia que caracterizaban sus estudios. Estoy seguro de que tuvo un día amargo al saber del siniestro que destruyó los papeles de Malatesta y que le ocasionó más de una noche de desvelo.

Nettlau sentía por Malatesta una verdadera veneración. Le encantaba la modesta honradez y el franco carácter del italiano, cualidades que conquistaron la amistad de quienes tuvieron la dicha de conocerlo. Nettlau descubrió en él a uno de los pocos depositarios fieles de los ideales de Bakunin, al que se parecía por su espíritu ardiente. Sobre todo apreciaba la gran experiencia y el sentido práctico que poseía Malatesta, los cuales le servían para orientarse y salir airoso en cualquier situación por difícil que fuera. La correspondencia entre los dos hombres sobrevivió a la primera guerra mundial y continuó después del retorno de Malatesta a Italia, finalizando en 1932, fecha del fallecimiento del inolvidable revolucionario italiano. El fraternal afecto que por él sentía Nettlau, se manifiesta claramente en el admirable libro que escribió sobre su vida.

Lo mismo que la de Bakunin, esta biografía no la daba Nettlau por concluida mientras vivió. Una y otra vez recogía documentos nuevos para incorporar a las sucesivas ediciones: la alemana, *Errico Malatesta. Das Leben eines Anarchisten*, publicada, en 1922, por nuestra casa editorial, apareció considerablemente aumentada; la española, que data del año siguiente y que fue publicada por *La Protesta*, con el título *Enrique Malatesta la vida de un anarquista*, alcanzaba ya las proporciones de un tomo de 264 páginas; una versión inglesa, *Errico Malatesta. The Biography of an Anarchist*, apareció en 1924 con una introducción de Hippolyte Havel en las

ediciones de "Freie Arbeiter—Stimme" de Nueva York. Esta última disgustó grandemente a Nettlau, pues el traductor había suprimido, arbitrariamente, gran parte de la tan laboriosamente recogida documentación. Mutilación de la que no eran culpables los editores. Nettlau me escribió dolido: "La gente en América parece creer que mi misión consiste en escribir libros para que ellos puedan reducirlos a folletos".

A la muerte de Malatesta nuestro amigo escribió, para la *Revista Blanca* de Barcelona, una serie de valiosos ensayos sobre los últimos años de la vida del anarquista italiano, con notas y datos que no figuran en la biografía concluida cuando aun vivía Malatesta. Estos estudios aparecieron en 1933, en un libro publicado por la misma editorial con el título *La Vida de Enrique Malatesta* y prologada por Federica Montseny, constituyendo una digna conclusión de la obra biográfica anterior.

En 1928, nuestra casa editorial de Berlín publicó la magnífica biografía *Élisée Reclus. Anarchista und Gelehrter, 1830—1905*, debida a la pluma de Max Nettlau. El gran tomo de 345 páginas es uno de los libros más hermosos e impresionantes del autor. Cada uno de sus renglones atestiguan el amor y la devoción que sentía Nettlau frente a la egregia personalidad del gran geógrafo, filántropo y luchador de la libertad. Y es que ese hombre, que conocía tan íntimamente y cuyo primer encuentro ya había causado una impresión imperecedera en el joven Nettlau, fue el que, entre todos los anarquistas de la vieja generación, estuvo más cerca de él espiritualmente. Admiraba en Reclus la amplitud de su cultura, su falta de prejuicios e innato amor a la libertad, virtudes puestas de relieve en primer lugar en sus libros científicos, sobre todo en su genial *El Hombre y la Tierra*. Pero lo que más le atraía en Reclus, era

el hecho de que supiera supeditar toda su vida a sus convicciones, y que nunca titubeara cuando se trataba de aceptar, con resolución las consecuencias de su fe. Escribía Nettlau emocionado:

Él es a mis ojos el hombre que más fervorosamente se identificó con la humanidad, y en su amor por ella están inspirados los objetivos de sus investigaciones científicas, aproximándolos, con infinito tacto y ternura, a todas las mentes humanas. Todo ello realizado con clara inteligencia y a través de un tema inmenso: desde los comienzos de la formación del globo terráqueo, hasta los fenómenos y sucesos, tanto físicos como sociales, del mundo entero. Y además, expuso los resultados de sus estudios en un estilo literario estéticamente elevado. De modo tan maravilloso obtuvo acceso al desenvolvimiento y al por qué de las cosas, y si esto le ha conducido hacia metas y deseos más libertarios, ¡muy bien!, nos alegramos de ello, pues constituye una confirmación valiosa de nuestras propias esperanzas. Hay millares de eruditos profesionales acaso superiores a Reclus, por el número de trabajos ya realizados; pero son poco los que, como él, puedan ser comparados a los Herder, Forster, Humboldt y otros sabios de visión universal, y especialmente llenos de hondo amor y respeto hacia el hombre. Siendo anarquista Reclus, no podía ser de otro modo. No podía señalar límites ni a sus vastos conocimientos, a su espíritu solidario, ni a su libre e integérrimo pensamiento. Por eso fue el anarquista más íntegro y consecuente que pude imaginar... Bajo ese aspecto, “la anarquía —escribía ya en 1851—, era para él la expresión más elevada del orden”, y no se le ocurrió ponerle a esa anarquía nuevas barreras, o estrecharla en beneficio de ningún programa como se ve en muchos, que no

dudamos obren de buena fe, que quieren el practicismo y la precisión para servir a la causa.

A fin de ilustrar el modo de pensar del sabio libertario, Nettlau cita en su libro la breve carta que Reclus escribiera, el 4 de diciembre de 1901, a los editores de *Huelga General*, de Barcelona, Anselmo Lorenzo y Francisco Ferrer. Este mensaje no sólo confirma el juicio enunciado por Nettlau con respecto a Reclus, sino que, además, da a conocer el carácter del pensador francés, razón por la que creo conveniente reproducirle aquí:

Queridos compañeros. Tenemos la costumbre de exagerar tanto nuestra fuerza como nuestra debilidad. Así se nos antoja, en tiempos revolucionarios, que hasta la más ínfima de nuestras acciones ha de tener consecuencias incalculables, mientras que en ciertos momentos de inactividad, nuestra vida, aunque enteramente consagrada al trabajo, nos parece estéril y vana, e incluso creemos que un viento de reacción nos va arrastrando consigo.

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer para conservar nuestra fuerza espiritual, nuestra actividad moral y la fe en la justicia de nuestra lucha?.

Os dirigís a mí para que os participe mis experiencias de los hombres y de las cosas. Pues bien, como anciano hablaré a los jóvenes diciéndoles:

Aprended con juicio y perseverancia. El entusiasmo y la abnegación, aun la muerte misma, no son los únicos medios para servir a nuestra causa. Es fácil dar la vida, mas no lo es siempre conducirse de tal manera que nuestra vida sirva de enseñanza. El revolucionario consciente, más que un hombre

de sentimientos, es el hombre de la razón, cuyos esfuerzos por un orden de mayor justicia y más solidaridad se fundan en el conocimiento preciso y vasto de la Historia, la Sociología y la Biología y, apoyado por la inmensa fuerza de su saber, procura, por decirlo así, ajustar sus opiniones personales al conjunto de la ciencia humana aguantando la lucha.

Evitad los nacionalismos; no reconozcáis patrias, ni partidos; no seáis rusos, ni polacos, ni eslavos: sed hombres ansiosos de la verdad, desprendidos de todo pensamiento interesado, de toda especulación hacia los chinos, los africanos o los europeos. El patriota acaba por aborrecer al extranjero y por perder el sentido de la justicia que iluminó sus primeros entusiasmos.

¡Ni señor, ni caudillo, ni apóstol cuyas palabras se veneran como el evangelio! Huid de los ídolos y buscad en la voz del amigo más querido, del preceptor más docto únicamente la verdad. Si sentís dudas, consultad vuestra conciencia y examinad lo oído de nuevo.

Rechazaréis toda autoridad, más acostumbraros a tener profundo respeto hacia la convicción sincera. Vivid vuestra propia vida, pero reconocerle a cada cual la libertad de vivir la suya.

Cuando os precipitáis a la lucha deseosos de sacrificaros en defensa de los explotados y humillados, ¡está bien, Camaradas!, presentadle generosos la frente a la muerte. Cuando preferáis la lenta y paciente labor por un porvenir más feliz, ello me parece todavía mejor. Que ésta sea vuestra tarea en cada instante de vuestra noble vida. Mas si optáis por ser

pobres entre los pobres en completa solidaridad con los que sufren, entonces vuestras vidas brillarán como una luz bienhechora, como un ejemplo perfecto, como una enseñanza fecunda.

¡Saludos, compañeros!

Élisée Reclus.

Como todos los libros de Nettlau, también éste es de una gran riqueza documental. Por él desfilan aspectos de la vida de Reclus, adentrándose en el pensamiento humanista y universal, así como en la grandiosa obra científica de este hombre ejemplar. Una edición española apareció en 1928—1929, hecha por *La Revista Blanca* de Barcelona. Consta de dos tomos y se titula *Elíseo Reclus. La Vida de un sabio justo y rebelde*. Si bien, el tamaño de los dos volúmenes es menor que el del único tomo de la edición alemana, incluyen mucho material inédito, por lo cual resulta la más completa.

VII

TRABAJOS BIOGRÁFICOS MENORES

De los estudios biográficos menores de Nettlau sólo citaré aquí sus ensayos sobre Ernest Coeurderoy, el veterano de la Federación del Jura, George Herzing, Víctor Dave, Fernand Pelloutier, Voltairine de Cleyre, Saverio Merlino y Luigi Galleani. A excepción de Coeurderoy, Nettlau había conocido personalmente a todos estos hombres y también a Voltairine. Estaba familiarizado con el papel de cada uno en el movimiento libertario. Así, pues, fue con gran competencia como describió a sus lectores la vida de estos luchadores y el fondo histórico de su acción.

Figuran entre los campeones del anarquismo moderno, además de Proudhon, los tres franceses Anselme Bellegarrique, Joseph Déjacque y Ernest Coeurderoy. De este trío literario, Bellegarrique ha sido hasta hoy el menos conocido. Sabemos que nació entre 1820 y 1825, probablemente en el sureste de Francia; pero no sabemos el día y lugar de su nacimiento. En su *Bibliografía de la Anarquía*, Nettlau ya había desenterrado gran número de sus escritos perdidos, algunos de los cuales han sido reeditados luego en Francia y España. En el primer tomo de su gran *Historia del Anarquismo*, le consagró todo un capítulo que resume cuanto se ha podido averiguar sobre la vida de Bellegarrique.

Acerca de Joseph Déjacque, mencioné ya que Nettlau había publicado un estudio en 1890, en el *Freiheit* de Most. También se ocupa largamente de él en su *Historia del Anarquismo*. Estos trabajos arrojan nueva luz sobre la agitada existencia de ese precursor del anarcocomunismo y su producción literaria. Mucho de lo referente a Déjacque y Coeurderoy lo supo Nettlau por el socialista francés Lassasie, que vivía en Londres desde 1858 y a quien le debemos el que los escritos de Déjacque hayan llegado a nosotros. Lassasie ya había comunicado algunos hechos sobre Déjacque a Benoit Malón, que éste aprovechó en su *Historia del Socialismo*. “Yo, por mi parte —escribe Nettlau— recibí en 1889 comunicaciones similares a través de Lassasie. Escribí, por primera vez, sobre Déjacque en el *Freiheit*. Relaté después la vida de Coeurderoy en la reimpresión de *Jours d’Exil* (Días de Exilio). Reuní, con respecto a uno y otro, todos los documentos impresos accesibles, ya que el aislamiento y el olvido en que habían caído las vastas ideas de estos hombres, despertaron en mí un particular interés”.

Una profunda impresión le produjo a Nettlau, por su originalidad, el joven médico francés Coeurderoy, escritor en extremo talentoso, cuyos numerosos escritos de la primera época figuran hoy entre las piezas más raras de la literatura libertaria. Al igual que Déjacque, fue un solitario, ajeno a todo partido político, circunstancia que explica mejor que nada el olvido en que había de quedar. Su libro *¡Hurra! ou la Révolution par les Cosaques*, publicado en Londres, en 1854, causó entonces alguna sensación, ya que predijo la destrucción de la civilización occidental, de la que, según anunciaba su autor, brotaría un mundo nuevo. Estas ideas, que hoy vemos como frutos naturales de la derrota de las revoluciones europeas de 1848—1849 y de la desesperación de la generación contemporánea que engendró, no

constituyeron empero, la verdadera médula de la rica producción de Coeurderoy.

“No reside en esto la significación de Coeurderoy —dice Nettlau—, sino en la abundancia de ideas anarquistas que él no se cansaba de exponer en sus *Días de Exilio*. Esos recuerdos e impresiones de Francia, Suiza, Inglaterra, España, Piamonte y Saboya representan la obra más completa de crítica social y de perspectiva del futuro anarquista que había sido escrita hasta entonces. El autor prevé el anarquismo más libertario que se puede imaginar... Coeurderoy no regresó a Francia después de la amnistía de 1859.

Murió en circunstancias trágicas en una aldea de Ginebra. De su vida, desconocida aun en algunos aspectos, desde 1856, incluso en lo que a su paradero en estos años se refiere, estoy ahora informado, por lo menos hasta poder afirmar que los papeles y cartas que dejara están destruidos. Si se ha publicado algo después de 1856, es seguro que no se ha encontrado huella de ello. Sus escritos del período entre 1852 y fines de 1855, son hoy perfectamente conocidos; por su labor literaria, se saca la conclusión de que fue el primer anarquista que se creara una tribuna libre y que se expresara sin trabas.

Debido a la iniciativa de Nettlau, se editó en París, 1910—1911, una reimpresión de la obra capital de Courderoy, *Días de Exilio*, en tres gruesos volúmenes. Para esta edición, Nettlau escribió una importantísima introducción histórica, “Nota biográfica sobre Ernesto Courderoy”, que suma 96 páginas.

De todos los amigos extranjeros que conociera Nettlau durante las primeras épocas de su vida, el anarquista belga, Víctor Dave, fue el más antiguo. Su primer encuentro con él tuvo lugar en Londres, en 1887 y le unió a Dave una amistad que terminó sólo con la muerte de éste. Dave, testigo ocular de toda la historia de la Primera Internacional, le proporcionó una información abundante y valiosa sobre la Federación belga y le hizo entrega de muchos documentos medio olvidados, los cuales fueron de suma utilidad para su obra biográfica sobre Bakunin. Cuando Nettlau lo conoció, Dave tenía ya tras sí una vida muy agitada. No solamente había tomado parte muy activa en el antiguo movimiento socialista de Bélgica y Holanda; sino que además, estuvo en contacto estrecho con el círculo londinense de Johann Most y fue, principalmente, bajo su influencia como evolucionara hacia el anarquismo. En 1881, Most le envió a Alemania para que organizase allí el movimiento clandestino de su grupo. Dave cayó en manos de la policía, y pasó por el primer proceso de alta traición abierto por la Ley contra los socialistas. Se comportó con entereza y valentía ante sus jueces, los cuales le condenaron a dos años y medio de presidio. [\(12\)](#)

Hasta el último momento de su vida, Dave permaneció leal a sus convicciones. Murió en París, un día de noviembre de 1922, en la mayor pobreza. Nettlau le rindió un caluroso homenaje con un extenso escrito que apareció en las ediciones del 23 y 30 de julio del año siguiente del *Suplemento de La Protesta*. Una traducción al yiddish de este trabajo fue publicada por el periódico de Nueva York *Freie Arbeiter—Stimme*, al que Nettlau había enviado una copia del original.

En la misma revista se publicó, en diciembre de 1926 a enero de 1927, su excelente estudio sobre Fernand Pelloutier, divulgado,

inmediatamente después, como folleto con el título *Fernand Pelloutier en la evolución del Sindicalismo*. Este trabajo apareció en alemán en nuestra revista mensual berlinesa *Die Internationale* (noviembre de 1927—marzo de 1928) con el título “Fernand Pelloutier in der Entwicklung des Syndikalismus”.

Pelloutier, el inteligente autor de la magnífica *Historia de las Bolsas del Trabajo* y de otros muchos escritos, quien falleció en 1901 a los treinta años de edad, fue, sin duda alguna, el cerebro mejor dotado que produjera el sindicalismo francés. Merced a sus incansables esfuerzos, las uniones obreras galas se libraron de la tutela política de los partidos socialistas, aspirando, por vía del federalismo y la acción directa, a una reorganización de la sociedad sobre bases de grupos de productores libres. Pelloutier, afiliado en principio al guesdismo —marxismo francés— se separó de él al darse cuenta de su esterilidad, para pasar a las filas del anarquismo, doctrina que respondía a todas sus concepciones respecto al movimiento obrero.

El estudio de Max Nettlau, además de un conmovedor relato de la vida de ese idealista aquejado por las enfermedades y la extrema pobreza, que había de tomar, en los postreros años de su existencia, pedacitos de hielo para contener las hemorragias y resistir el esfuerzo físico que le exigía su presencia en los Congresos, constituye una descripción valiosa del movimiento obrero francés desde la quinta década del siglo pasado hasta nuestros días.

El *Suplemento de La Protesta* publicó en sus ediciones del 31 de marzo y el 16 de abril de 1928, un magnífico ensayo de Nettlau titulado “En recuerdo de Voltairine de Cleyre, anarquista americana, 1866—1912”. Es uno de los ensayos más hermosos que escribiera, a la vez que la biografía mejor y más completa que ha sido publicada

de aquella maravillosa mujer. Nuestro amigo, que conoció a Voltairine en 1897 durante su estancia en Londres, tuvo admiración por su idealismo y la fuerza de su carácter y una estimación sincera por ella; cariño que se demuestra claramente en cada una de sus cálidas palabras. Describe sus orígenes, el mundo extraño en que ella pasó su juventud, su evolución moral que, finalmente, después de los trágicos sucesos de Chicago de 1887, la conduciría al anarquismo. Fascinada por las ideas individualistas de Benjamín Tucker, había atravesado por una crisis espiritual que la fue acercando al pensamiento de Reclus y de Kropotkin, ideas que compartió hasta el fin de su vida. A esta evolución de su pensamiento contribuyó el que, siendo americana nativa, recibiera, como casi todos los precursores del anarquismo americano, el influjo de las tradiciones libertarias de su país. Pinta Nettlau un cuadro muy sugestivo de esa insólita evolución del pensamiento libertario en los Estados Unidos, desde Josiah Warren hasta las diversas tendencias mutualistas, reservando un lugar particularmente destacado a Dyer D. Lum, el íntimo amigo de Voltairine. En aquella atmósfera espiritual, Voltairine desarrolló sus aptitudes de inteligente oradora y de una poetisa filosófica, cuya mirada de vidente no era nublada nunca por la prosa vulgar de la vida cotidiana. "En suma —dice Nettlau— fue, por su pensar y obrar, uno de los mejores entre nosotros, uno de los más modestos y sencillos, así como la más armoniosa encarnación de la gran idea de la vida y del espíritu libre".

Otro trabajo valioso de Nettlau apareció en 1930 en *El Suplemento de La Protesta*, titulado "Saverio Merlino. Algunos informes sobre su vida y sus ideas". Merlino no fue solamente una de las figuras más eminentes del socialismo italiano, sino del movimiento anarquista en su totalidad. Sus vastos conocimientos en economía, de los problemas sociales y de idiomas hacían de él un escritor fecundo en

extremo. Aparte el gran número de sus grandes obras, tales como *¿Socialismo o monopolio?* y *L'Italie telle qu'elle est*, ha producido una multitud de artículos, la mayoría de ellos traducidos a diversos idiomas. Muchos de sus antiguos trabajos, los conocemos debido al mencionado estudio de Nettlau. Este rindió un alto tributo a las magníficas aptitudes de Merlino, y conservó su amistad aun cuando, posteriormente, el italiano se separó del movimiento anarquista buscando otros caminos ideológicos. Esta actitud fue también la de Malatesta. Uno y otro comprendían que Merlino, al obrar como lo hizo, obedecía a una convicción sincera, como lo demuestra el hecho de que su afecto hacia los viejos compañeros no se entibió nunca. Este, lo mismo que todos los trabajos biográficos de Nettlau, ofrece amplias perspectivas de la historia de los movimientos revolucionarios en Italia y en otros países. Una impresión extractada del mismo apareció en *Internationale* (octubre de 1930) con el título "Eien Erinnerungsblatt für den alten Anarchisten Dr. Francisco Saverio Merlino (1856—1930)".

En 1932, Nettlau publicó en la edición de enero de la misma revista su estudio "Luigi Galliani (1816—1931)". Galliani, muerto el cuatro de noviembre en una aldea italiana, fue una de las figuras más románticas del anarquismo italiano. Tenía apenas veinte años cuando dejó el estudio de la jurisprudencia para consagrarse a la causa libertaria. Orador apasionado y brillante periodista, se convirtió, durante la novena década del siglo pasado, en uno de los más prestigiados propagandistas del Norte de Italia. Huido de su país por la represión, se estableció, en 1889, en París, donde encontró a Malatesta, Merlino, Cipriani Schicchi y otros exiliados italianos. Después del arresto de Merlino en 1890, Galliani juzgó prudente alejarse de Francia; pasó a Suiza, donde trabó amistad con Elíseo Reclus, quien, durante un tiempo, aprovechó sus aptitudes para los

trabajos preliminares de su gran Geografía Universal. En noviembre de 1891, Galliani fue expulsado de Suiza, y, de regreso a Italia, hizo una intensa propaganda entre el proletariado fabril del Norte de Italia, labor que era interrumpida ocasionalmente por breves condenas.

En enero de 1894, Galliani fue detenido de nuevo y esta vez se abrió, contra él y treinta y cuatro de sus compañeros, un proceso motivado por el drástico artículo 248 del Código penal italiano, el cual definía como crimen el profesar ideas anarquistas. Los acusados fueron presentados como una pandilla de malhechores. Pietro Gori pronunció su célebre discurso de defensa, que circuló más tarde, en folleto, entre los compañeros italianos de América. Galliani pasó cuarenta y dos meses en prisión. Deportado a la isla de Pantelaria, logró escapar a principios de 1900. Huyó a Túnez y de allí a Egipto. En el verano de 1901 se trasladó del Cairo a Londres. Tras breve estancia en Inglaterra, emigró a los Estados Unidos, donde ejercería, durante diez y ocho años, una poderosa influencia entre la población italiana como orador y como escritor. Fue redactor, primero, de la publicación *La Questione Sociale*, de Patterson, Nueva York, y después de *Crónica Subversiva*. Entre sus trabajos principales destacan "Figure e Figuri", "La Fine dell' Anarchismo?" y "Contro la Guerra, Contro la Pace, Per la Rivoluzione Sociale".

El semanario que publicaba Galliani fue clausurado después de la entrada de Estados Unidos en la primera guerra mundial. El y otros compañeros italianos fueron deportados a Italia. Aunque la diabetes había socavado su salud, continuó sirviendo a la causa en el nuevo ambiente bélico. En 1922, un manifiesto dirigido a los soldados le valió a este infatigable revolucionario, ya gravemente enfermo, una condena de prisión de catorce meses. Cuando fue puesto en

libertad, el fascismo ya se había adueñado del poder; siendo acusado, al poco tiempo, de pretendidos insultos a Mussolini, por lo cual fue deportado a las Islas Lipari, donde su enfermedad se agravó de tal manera que, al cabo de un par de años, las autoridades fascistas se vieron obligados a trasladarle a la aldea de Caprigliola, en las montañas de la provincia de Carrara. Allí murió Galliani, un año y medio más tarde, a la edad de setenta años.

Ya que hablamos de los pequeños trabajos biográficos de Nettlau, conviene recordar su nota necrológica a la muerte de Thomas Keell, el viejo compañero inglés, leal servidor del movimiento por más de cuarenta años, y que desde la guerra sudafricana hasta 1927, había administrado, con honradez e inteligencia, el periódico londinense *Freedom*. Este escrito, que por breve, no era menos sustancial y emotivo, apareció primero en *Spain and the World* (Londres, 15 de julio de 1938). Poco después el autor me envió el texto inglés a Nueva York, enriquecido con nuevas adiciones, que fue publicado en el *Freie Arbeiter—Stimme*. Nettlau, como asociado íntimo del grupo del *Freedom*, escribió durante muchos años en ese periódico sobre el movimiento internacional. Mantuvo con Keell, hasta la muerte de éste, continua correspondencia, admirando en él la devoción y habilidad que consagrara a la administración del periódico y la redacción del mismo. “Publicación dichosa fue *Freedom*, —escribía— que tanto significaba para Kropotkin y que se hacía eco de sus mejores aspiraciones. Y es que gozó del cariñoso cuidado de dos hombres notables entre los exponentes más prácticos de la idea libertaria: el americano (americano en el mejor sentido de la palabra) Harry Kelly, de Saint Louis, y del recto y auténtico inglés Thomas Keell, de Londres”.

VIII

HISTORIA DEL ANARQUISMO

En octubre de 1923 le escribí a Nettlau, que residía en Viena, preguntándole si le agradaría escribir, para nuestra editorial, una *Historia del Anarquismo* de trescientas páginas aproximadamente. Yo ya había discutido con los compañeros de la editorial la necesidad de llevar a cabo tal empresa, siendo aceptada por todos la idea. En mi carta me referí también al olvidado folleto que publicó Most, en 1890, como uno de los ejemplares de su "Internationale Bibliothek". Aconsejé a nuestro amigo que transformara el mencionado folleto en un libro más amplio. Al poco tiempo recibí contestación de Nettlau aceptando mi propuesta sobre la *Historia del Anarquismo*, diciendo en cuanto a la referencia al folleto: "Pero, mi querido Rocker, ¿por qué recoge áscuas sobre mi cabeza mencionando aquel despreciable folleto que tuve la mala idea de escribir? Hoy todavía no le perdono a Most que publicara tal aborto, en lugar de haberlo tirado al cesto de los papeles, sitio que debió de ser su merecido destino".

Prorrumpí en carcajadas al leer estas palabras. Evidentemente no se le alcanzaba al bueno de Nettlau lo que su aborto significó para nosotros, los jóvenes de aquel entonces. La literatura libertaria era todavía tan limitada por aquella época en Alemania, que el ya referido folleto, sin ser un trabajo perfecto, fue acogido por todos

nosotros como verdadera guía de nuestro movimiento a través de la historia. En consideración a lo expuesto, le escribí: “Despreciable o no, querido Nettlau, escríbanos un libro como ese aborto y nos daremos por más que satisfechos.” [\(13\)](#)

Algún tiempo después, me comunicó que había empezado el trabajo y que éste progresaba sin dificultad. Medio año antes publicó en la revista francesa *L’Idée Anarchiste*, un esbozo sobre la evolución del anarquismo, que fue reproducido poco después, debidamente ampliado, en el *Suplemento de La Protesta*. Con estos estudios preliminares y los innúmeros materiales de que disponía, la nueva tarea no podía costarle mucho trabajo. En la primavera de 1925, remitió el original que pasó en seguida a la imprenta. Así nuestra editorial pudo poner a la venta, aquel mismo año, el valioso *Vorfrühling der Anarchie* (“Primavera de la Anarquía”). En este libro —un tomo de 225 páginas— no agotaba el tema que Nettlau se había propuesto. En efecto, me comunicó que aún le quedaba documentación suficiente para completar un segundo volumen. Inmediatamente, le contesté que continuara su labor para imprimir el segundo tomo de que nos hablaba.

El *Vorfrühling* constituye un verdadero tesoro de datos históricos, comprobados todos ellos con una fiel indicación de las fuentes de origen. Principia con una breve introducción, “Orígenes de la libertad y de la autoridad”, y expone, en los cinco capítulos iniciales, las primeras tradiciones de la idea libertaria, desde el estoico griego Zenón, hasta la doctrina del gnóstico Corpócrates de Alejandría; las sectas cristianas de la Edad Media, tales como la Hermandad del Libre Espíritu y los discípulos de Pedro Chelcicky de Bohemia, a quien Tolstoi consideraba como su maestro; así como a Rabelais, La Boétie y Diderot. Desde estos últimos pisamos terreno firme, pues de los

antiguos sólo se han conservado algunos fragmentos de sus escritos, ya que muy importantes documentos fueron destruidos en la terrible persecución de la herejía. A continuación se señalan los precursores de la época de la Revolución francesa, destacando Sylvain Maréchal. El desarrollo de la idea libertaria en Inglaterra, desde Gerard Winstanley hasta la aparición del tratado de Edmond Burke, *A Vindication of Natural Society*, la primera obra esencialmente ácrata.

Los capítulos X, XI y XII examinan los aspectos libertarios del fourierismo, de Roberto Owen y de otros representantes del antiguo socialismo inglés, hasta William Thompson, John Grey, etc. El capítulo siguiente se dedica a Josiah Warren y el anarquismo individualista en América y Europa; la influencia de la doctrina de Proudhon en diversos países, Max Stirner y sus seguidores, así como una reseña de las corrientes antiautoritarias de mediados del siglo XIX. Después vienen los estudios sobre A. Bellegarrique, J. Déjacque y E. Coeurderoy. El capítulo final ofrece una descripción del anarquismo desde 1848 hasta Bakunin y la Internacional, completado por un relato sobre las actividades del pionero del socialismo libertario en Italia, Carlo Pisacane. De esta manera, este primer tomo termina con la relación de hechos hasta el año 1864.

El libro fue bien acogido por los historiadores académicos. Así, el profesor Gustav Mayer, agudo investigador que descubriera tantos nuevos hechos de la vida de F. Lassalle y de Federico Engels, publicó una reseña del libro en *Frankfurter Zeitung* que termina con las siguientes palabras:

Si bien no logra en todo momento presentar al lector una época en el lugar que ocupa dentro de la historia del espíritu, sin embargo llega, con pasmoso dominio del tema, a extraer

de millares de periódicos, revistas y folletos, dispersos y extraviados, valiosas informaciones, constituyendo un inapreciable tesoro documental y convirtiendo el libro en un vivero para todo investigador de la época comprendida entre la gran revolución inglesa y la rusa, atento a las corrientes y conceptos de la libertad como realización de reivindicaciones absolutas.

Y el Dr. Kersten comentaba en *Die Welt* de Berlín:

Nadie como Nettlau está llamado hoy a escribir semejante Historia. Posee los conocimientos más completos, es un investigador paciente y celoso, buen conocedor de los archivos; pertenece él mismo al movimiento anarquista, y se encuentra relacionado con sus correligionarios de todos los países. Era obligado, pues, que el libro de Nettlau alcanzara el mérito de ser un "vademécum" de primer orden. Encontramos en él una increíble multitud de nombres y títulos nuevos y recibimos información de los destinos de tantos anarquistas de los que no se sabe de dónde vinieron ni a dónde fueron.

Un año después recibimos de Nettlau el original del segundo tomo, el cual apareció en 1927 con el título *El Anarquismo desde Proudhon hasta Kropotkin. Su evolución histórica en los años 1859-1880*. También ese volumen contiene una documentación numerosísima, reunida y utilizada, por primera vez, metódicamente ordenada. Mientras el anterior libro ofrecía esencialmente una historia de las ideas libertarias desde los tiempos más remotos, hasta los albores de los grandes movimientos sociales del siglo XIX, éste representa una magnífica exposición de todas las aspiraciones libertarias activas en el seno del socialismo internacional,

comenzando con la destacada figura de Proudhon y terminando con la aparición del anarcocomunismo, personificado en F. Dumartheray, C. Cafiero, Elíseo Reclus, y, sobre todo, en Kropotkin.

Principia el segundo tomo con un sugestivo relato de la múltiple actividad de Proudhon durante los últimos años de su vida (1859—1864), dándonos a conocer con claridad meridiana las aspiraciones del gran pensador francés, cuyas ideas federalistas y antinacionalistas hoy se presentan ante nuestra mirada tan juveniles y vivaces como si fuesen de reciente creación. A la preciosa descripción de los movimientos federalistas y mutualistas de aquella época, sigue un resumen de las actividades de Bakunin desde los comienzos de sus actividades revolucionarias hasta 1864, así como el desarrollo de sus concepciones sobre la asociación y el federalismo hasta el año 1867. Después de un análisis concienzudo del ascendiente que ejerciera Proudhon sobre César De Paepe, los hermanos Reclus y en ciertos medios del proletariado y de la juventud universitaria de Francia, se aclaran los orígenes de la Primera internacional. El capítulo sexto contiene una exposición de la actitud del proudhonismo frente a la cuestión polaca; así como de los comienzos del anarquismo colectivista en diversos países desde 1864 al 1868. En otros tres capítulos se examina la evolución interna de las ideologías que bullían en el seno de la Internacional hasta el Congreso de Basilea en 1869, período culminante de la asociación obrera. El décimo capítulo trata de las repercusiones de la guerra francoprusiana en cuanto al desarrollo del obrerismo europeo; de la Comuna de París y de los conatos revolucionarios de Bakunin en Lyon y Marsella. Los dos siguientes capítulos están dedicados a las luchas intestinas de la Internacional; la tentativa del Consejo General, manejado por Marx y Engels, de dar a aquélla un carácter centralista e imponer a las Federaciones la participación obligatoria

en el parlamentarismo; así como la resistencia de las Federaciones a las maniobras e imposiciones marxistas, y la escisión de la Internacional durante el Congreso de ésta en La Haya, 1872.

A continuación, se hace la historia de la Internacional antiautoritaria, desde la alianza concertada entre las organizaciones federalistas en Saint Imier (1872), hasta el postrer Congreso de la misma en Verviers (septiembre de 1877). Los últimos capítulos describen la evolución del anarcocomunismo en sus diversos aspectos nacionales; la primera intervención de Kropotkin, y su manifiesto sobre la "Idea anarquista desde el punto de vista de su realización práctica"; y, finalmente, la fundación de *Révolté*, en Ginebra, y la actuación de la Federación del Jura.

Tampoco este tomo, que contenía la historia del anarquismo hasta el año 1880, marcó el fin de la obra de Nettlau. Me escribió el autor que su trabajo se extendería cuando menos a un tomo más. Circunstancia que le causaba cierto enojo, pues sabía que nuestra editorial no podía obtener ganancia alguna de la publicación de estos libros, dado el reducido círculo que se interesaba por tales investigaciones, las cuales, más que leídas, debían ser estudiadas a fondo. Empero, lo que nos importaba principalmente era poner el cuantioso material informativo de esta obra, al alcance del público. Como nuestra empresa no perseguía fines lucrativos, aceptamos gustosos cubrir los gastos de la edición con los beneficios producidos por otras obras.

Así, pues, tranquilicé a nuestro amigo, aconsejándole que continuase su labor sin otro género de preocupaciones. Nettlau escribió entonces un tercer volumen, *Anarquistas y socialistas revolucionarios. La evolución histórica del anarquismo en los años 1880—1886*, el cual fue publicado en 1931 por nuestra "Gilde

freiheitlicher Bucher—freunde", en el mismo formato de los dos primeros tomos.

Este tercer volumen era digna continuación de los dos anteriores, pues iban incluidos en él documentos en gran parte inéditos. Los tres primeros capítulos tratan de la actuación de Kropotkin en Ginebra, Londres y Thanon, desde 1880 hasta el célebre proceso de Lión en 1883; la actuación de Paul Brousse en el movimiento anarquista suizo y francés, y de otros muchos sucesos de trascendental importancia.

El cuarto capítulo ofrece un cuadro histórico del anarquismo francés contemporáneo desde 1877, de los congresos socialistas de 1880—1881 y de la labor de divulgación hecha por Luisa Michel. El quinto contiene la historia de la Internacional en Italia y la defección de Andrea Costa. El sexto la de la sección española desde 1868 y su transformación en la Federación Nacional de los Trabajadores de España, en 1881. Los siguientes dos capítulos son una descripción de los comienzos del movimiento en los países de lengua alemana, de las concepciones ideológicas de Eugenio Dühring; la fundación del *Freiheit* en Londres, por Johann Most, y las actividades de éste desde 1879 a 1881. En tres capítulos adicionales, se hace el relato de los orígenes y deliberaciones del Congreso socialista revolucionario de Londres, (1881), a base de documentos inéditos.

El capítulo XII informa sobre el movimiento anarquista en Francia desde 1881 hasta 1885, los procesos de Lión y París, y la situación en la Suiza Occidental hasta el traslado de *Révolté* de Ginebra a París (marzo de 1885). En el siguiente capítulo encontramos descritos el movimiento italiano en los años 1881—1884; la estancia de Malatesta en Egipto (1882); la fundación de *Questions Socials* en Florencia, y la actuación de Merlino entre 1885 y 1889. Después se

hace un resumen de la evolución de la Federación nacional española de 1881 a 1886; las controversias entre los partidarios del anarcocomunismo y el anarquismo colectivista, y los resultados del Congreso internacional anarquista de Barcelona, (julio de 1885). La parte dedicada a España es de una importancia capital, ya que Nettlau, durante su visita a Barcelona en 1928 y en otras posteriores, pudo estudiar los viejos archivos de la Internacional española y de las Secciones nacionales ulteriores, los cuales, por haber sido bien guardados por los compañeros españoles, no habían caído nunca en poder del gobierno.

El capítulo XV contiene una exposición de la propaganda anarquista en Alemania, Austria—Hungría y la Suiza alemana de 1881 a 1886. El siguiente trata de los comienzos del socialismo contemporáneo en Inglaterra: La Liga Social; el pensamiento de William Morris y de Edward Carpenter; Henry Seymour y su publicación *The Anarchist*, llegando hasta la constitución del grupo de Kropotkin Freedom en 1886.

El capítulo XVII comprende una exposición de los movimientos anarquistas y socialistas revolucionarios en los Estados Unidos: la actuación de Most en América; el Congreso de Pittsburgh (1885); los sucesos de Chicago en 1886 a 1887 y las repercusiones internacionales que éstos provocaron.

Concluye el tercer tomo con una descripción del Anarquismo francés hasta 1885; de los años de prisión de Kropotkin y de la vida de Elíseo Reclus en aquella época tan fecunda para nuestros ideales.

Un cuarto tomo, escrito mientras tanto por Nettlau, *La época de florecimiento de la Anarquía: 1886—1894*, debía aparecer en otoño de 1933 publicado por nuestra casa editorial. Mas estaba condenado

a no ver la luz. En marzo de aquel año, la barbarie se adueñó de Alemania. Nuestra organización dejaba de existir legalmente, y cuanta existencia había de los libros de nuestra editorial, pereció en las hogueras encendidas por los bárbaros de la camisa parda.

En el número de abril de 1932 de nuestra revista mensual *Die Internationale*, el mismo Nettlau hizo una extensa exposición del contenido de este tomo y de los otros dos que debían seguirlo. En los cuatro capítulos iniciales, proponíase relatar la evolución teórica de Kropotkin, la colaboración de éste en *Le Révolté*, *La Révolte* y *Freedom*, sus estudios en *The Nineteenth Century*, sus obras posteriores, *Campos, Fábricas y Talleres; Apoyo Mutuo*, y los tratados sobre ética. El quinto da cuenta de la actitud crítica de F. S. Merlino ante el anarcocomunismo, —compartida en frecuentes ocasiones por Malatesta—, y su posición frente al terrorismo individual como táctica de lucha. Era este último problema, en aquellos días, muy discutido en los medios ácratas de muchos países, ya que esta táctica se había extendido mucho como respuesta al terrorismo de la reacción.

Los siguientes dos capítulos ofrecen datos interesantísimos sobre las polémicas ideológicas que, desde 1886, se desarrollaban en el seno del anarquismo español, y especialmente, sobre las pugnas entre “comunistas” y “colectivistas”, libradas, principalmente, en publicaciones como *El Productor*, *Acracia* y *La Justicia Humana*, las tribunas doctrinales de Antonio Pellicer, Paraire, Tarrida del Mármol, Pedro Esteve, Ricardo Mella y de otros militantes.

Ofrecen un interés muy especial los cuatro grandes capítulos sobre el progreso del movimiento francés en aquellos años. Vemos los infatigables esfuerzos de los periódicos *Le Révolté* y *La Révolte*, espejos fieles de las ideas de Kropotkin; la aparición de *Père Peinard*,

de Emile Pouget, “el representante del anarquismo militante popular”, según lo denominaba Nettlau; la actuación de Sebastián Faure, el orador más brillante que tuvo el movimiento libertario francés; la propaganda de Carlos Malato; las discusiones entre los partidarios de Kropotkin y Reclus, “que consideraban como fundamento de toda libertad, la responsabilidad personal”, y los llamados individualistas, “quienes no reconocían más que derechos, rechazando cualquier concepto del deber u obligación”.

A continuación, presenciamos el “período de los atentados”, desde Duval hasta Caserío, y las controversias a que dieron lugar. Es un momento significativo el que fuera en aquella época de febril propaganda —y que también fueran los años de mis juveniles actividades— la que atrajera hacia el anarquismo a un nutrido sector de las letras y artes francesas. Nettlau describe esa era del despertar libertario en Francia y en otros países así:

Encontraban los contemporáneos un vivero de ideas ético—libertarias en las obras del recién fallecido filósofo J. M. Guyau, cuya ética admiraba y aceptada Kropotkin; así como una rica fuente de cristicismo en los escritos póstumos de Leverdays. La literatura y arte nuevos se avivaban con elementos del anarquismo, de matices comunistas o individualistas. Entonces fue cuando Oscar Wilde escribió: “Antes, fui poeta y tirano. Ahora soy artista y anarquista”. Era aquella la edad de oro de simpatías anarquistas, brindadas a los hombres de acción, como los Ravachol y los Vaillant. Mencionemos tan sólo a Madame Séverine y Octavio Mirbeau, Laurent Tailharde, Paul Adam, Camille Mauclair, Pierre Quillard, Bernard Lazare, Maurice Barrés, Maximilien Luce, Steinlen, y el incomparable período de combate *L’En*

dehors, de Zo d'Axa, que agrupaba en torno suyo anarquistas militantes, escritores, artistas y hombres independientes, como lo era el propio editor.

El capítulo XIII se ocupa del movimiento italiano desde el 1º de mayo de 1891, hasta principios del año 1894; de las actividades de Malatesta, Merlino, Paolo Schicchi, Molinari, Pietro Gori y Luigi Galliani, así como del gran movimiento de los peones de Sicilia y Massa—Carrara y de las sañudas persecuciones de entonces. El siguiente, hace el resumen del anarquismo ibero de la última década del siglo XIX: la sublevación de Jerez; los horribles suplicios aplicados a los anarquistas andaluces; los atentados de Barcelona; los bárbaros martirios de Montjuïc, con la ejecución de seres inocentes, forzados por el tormento a declararse autores de delitos no cometidos, terrorismo gubernamental al cual puso término las protestas internacionales y la acción vindicativa de Angiolillo.

El tema de los dos últimos capítulos lo forman el desarrollo de la idea libertaria en Inglaterra; el socialismo de William Morris; el pensamiento de Auberon Herbert, Oscar Wilde y los tolstoianos ingleses. El final del libro contiene una apreciación crítica de los conceptos económicos de Kropotkin.

Completando la *Historia del Anarquismo*, Nettlau había preparado dos tomos más. De acuerdo con sus propias indicaciones, el quinto ofrecía una apreciación y exposición histórica del sindicalismo francés, tal como lo conceptuaban Pelloutier, Pouget, Griffuelhes y otros; aspectos del contemporáneo anarquismo ruso y la narración de las tentativas de Kropotkin de fomentarlo desde el extranjero; una descripción del movimiento de Los Jóvenes en Alemania, hasta Gustav Landauer; un boceto histórico de la evolución de las corrientes anarquistas en Austria, Bohemia, Hungría, la Suiza

Occidental, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia; y finalmente, una larga exposición de las ideas de Tolstoi y la resonancia que tuvieron en el mundo.

El sexto tomo describe las recientes fases del movimiento libertario en Europa, Estados Unidos, el Oriente, Argentina, México, Portugal, Brasil y Australia, terminando con la reseña de los ensayos de una pedagogía libertaria, inspirados en los métodos de Francisco Ferrer.

Se pensaba en un séptimo volumen, conteniendo apéndices y rectificaciones. Ignoro si Nettlau lo terminó y si trataba aun, en los últimos años de su vida vividos en Holanda, de continuar su Historia desde el año 1914 hasta los tiempos presentes. Según me escribió mi amigo A. Müller—Lehning desde Inglaterra, poco después del comienzo de la segunda guerra mundial, parece que el "International Institute for Social History" de Ámsterdam, depositario de la inmensa colección de obras reunidas por Nettlau en el curso de su vida, había concebido el plan de publicar todos los tomos inéditos de la *Historia del Anarquismo*. Pero la guerra y la invasión alemana de Holanda impidieron esta plausible empresa. Sabemos que los manuscritos están en buenas manos, y podemos esperar que, una vez normalizada la vida de Europa, se proceda a la publicación completa de esa trascendental obra de Max Nettlau.

Un extenso resumen de los tres tomos ya publicados, apareció en castellano en la *Revista Blanca*, siendo posteriormente reproducido, (1936), en forma considerablemente aumentada por la "Gilda de Amigos del Libro" en Barcelona. Esta edición lleva el título *La Anarquía a través de los tiempos*.

IX

TRABAJOS SOBRE TEMAS DIVERSOS

Ademas de los grandes trabajos históricos de Max Nettlau, existen un gran número de ensayos impresos o manuscritos, en los que el historiador del anarquismo ha consignado sus opiniones sobre problemas del movimiento y otros temas. A título de curiosidad mencionaré uno de sus primeros escritos publicados, por primera vez en *Sozialist* de Gustav Landauer, en Berlín (1896), y que forman parte de una serie de artículos bajo el título "El Congreso de Londres. Aclaración de lo que sucedió durante el mismo". Este trabajo, publicado sin la firma del autor, fue atribuido a Landauer, probablemente porque éste también había publicado, en aquel tiempo, una exigua relación. "De Zurich a Londres", que fue presentada como informe de Alemania a aquel Congreso. Se debe, sin embargo, a la pluma de Nettlau, quien habiendo asistido al Congreso internacional socialista de Londres (1895) como observador, dio sus impresiones en aquel folleto, agotado desde hace mucho tiempo.

El 5 de diciembre de 1899, durante una de las veladas mensuales del grupo Freedom, en Londres, Nettlau leyó un trabajo suyo, que fue publicado, en 1900, con el título "La responsabilidad en la lucha obrera", teniendo como suplemento el ensayo del mismo autor "La Socialdemocracia alemana y Eduardo Bernstein". De todos los escritos menores de Nettlau, éste alcanzó mayor divulgación, pues

fue traducido a diez o doce idiomas y sigue siendo reeditado en la actualidad.

El segundo tomo de *Aportaciones a la historia del socialismo, sindicalismo y anarquismo*, libro publicado por nuestra editorial de Berlín en 1926, ha sido ordenado por Nettlau y contiene, además de algunos trabajos suyos, colaboración de Emma Goldman, Alexander Schapiro, Harry Kelly, Luigi Bertoni, W. C. Owen, Thomas Keell, M. Insidin y C. J. Bjorklund.

En 1928 apareció en Barcelona *Crítica Libertaria* de Nettlau, una colección de ensayos antiguos sobre el sindicalismo, el comunismo y el individualismo. La segunda parte de la misma, "Desde Austria", ofrece una versión española de sus "Cartas desde Viena", presentadas al lector en la revista francesa *Les Temps Nouveaux* (diciembre de 1919) y que dan luz sobre las condiciones políticas y sociales en la Austria contemporánea.

Al reunirse en uno de los suburbios de Londres (1925) la Conferencia Internacional de adversarios de la guerra (War Resisters), el conocido humanista libertario rumano Eugenio Relgis, hizo la sugestión de fusionar a todas las sociedades antimilitaristas existentes en los diversos países, en una Internacional Pacifista, a fin de dar principio a un movimiento unificado de los intelectuales y obreros contra el peligro de guerras futuras. Relgis había consignado sus conceptos en varios libros. Los expuso nuevamente en un resumen titulado *L'Internationale Pacifiste* (París, 1929). Poco después emprendió una encuesta internacional, interpelando a los adversarios de la guerra del mundo entero. El resultado de aquella encuesta fue publicada, en 1931, en *Voies de la Paix*, libro que apareció en varias traducciones. Contiene un extenso memorandum de la pluma de Max Nettlau, rectificado y aumentado

posteriormente, y que fue editado, aquel año, como *Cuaderno n° 102 del Groupe de Propagande par la Brochure*, de París, con el título "La paix mondiale et les conditions de sa réalisation". En ese escrito, de reducido tamaño, pero de rico contenido, Nettlau emprende un análisis a fondo de las causas de la guerra y de la historia contemporánea, llegando a la conclusión de que la política de predominio de los grandes Estados, con la complicidad forzada o voluntaria de los pequeños, desemboca indefectiblemente en conflictos bélicos mientras no se produzca un cambio en la estructura de los pueblos, como ya lo expusiera Proudhon, en 1863, en su libro *Du principe fédératif et de la nécessité de reconstituer le Parti de la Révolution*. El librito de Nettlau, reproducido por revistas de idiomas diversos, podría, aun hoy, abrir los ojos a los que creen que la paz mundial puede ser mantenida por los esfuerzos de dos o tres potencias. Se concibe, pues, que el proyecto de Relgis no encontrara la aprobación de Nettlau. No creía éste que una unión internacional de pacifistas que, en su mayoría, carecían de ideas claras sobre el problema cardinal y los verdaderos orígenes de las guerras, pudiera desempeñar un papel decisivo en la prevención de las mismas.

En 1934, la casa editorial de Buenos Aires Imán publicó el *Esbozo de historia de las utopías*, libro de 101 páginas escrito por Nettlau. Ya en sus prólogos a las ediciones españolas de *L'Humanisphère*, de J. Déjacque, y de *News from Nowhere*, divulgadas por la editorial de *La Protesta* (la cual también publicó en las páginas de su "Suplemento" el *Esbozo* ya mencionado) Nettlau había señalado la importancia de tales utopías. En el citado trabajo, emprendió un resumen histórico del tema, que atestigua elogiosamente su erudición en ese terreno. Opinaba que en manera alguna debían menospreciarse estas utopías, ya que respondían a cierta inclinación humana, activa en

todo individuo no corroído por el escepticismo, estimulando la imaginación y despertando el deseo de elevarse a niveles más altos de la prosaica vida cotidiana. Cualquier idea, mientras no haya sido realizada, es una utopía. Sin estas fantasías no puede nacer ninguna realidad nueva. Es la misma intención que hace que una obra de arte sea lo que es, y que, al penetrar más profundamente en las masas populares, provoca fuerzas capaces de tender puentes hacia el porvenir y de materializar los idealismos. Coincide Nettlau aquí con Landauer cuando dice: "Toda utopía conduce a otra, y cada utopía engendra otra nueva. En ese cambio eterno reside el contenido entero de la historia."

Un escrito de Nettlau en español titulado "Origen del Socialismo" y publicado en Montevideo a principios de 1930 nunca ha llegado a mis manos; pero supongo que se trata de una recopilación de artículos publicados anteriormente por Nettlau en el suplemento de *La Protesta* de Buenos Aires o en la *Revista Blanca* de Barcelona.

Un volumen extenso titulado *De la Crisis Mundial a la Anarquía* fue publicado en Barcelona en 1934 por el diario *Solidaridad Obrera*. Se trata de trabajos históricos y polémicos publicados antes y después de la primera Guerra Mundial en revistas de diversos países condensados con nuevas aportaciones en este libro.

L'Homme. Une vie es una contribución valiosa a la edición especial de *Les Temps Nouveaux* (París, marzo de 1921), dedicado a la memoria de Kropotkin. Es una apreciación de la personalidad del gran pensador ruso. En la segunda parte, "Son oeuvre", se consigna una relación bibliográfica de la producción literaria de Kropotkin, incluyendo sus trabajos científicos para las revistas geográficas rusas, alemanas, inglesas y francesas desde 1861; así como la enumeración

de todas sus obras filosóficas, sociales e históricas desde 1873 hasta su fallecimiento.

Nettlau prestó también valiosos servicios al excelente Joseph Ishill, al componer éste su *Peter Kropotkin, the rebel. Thinker and Humanitarian*, un tomo de 208 páginas magníficamente editado, en Nueva York en 1923, en el colaboraron casi todos los viejos amigos de Kropotkin. La aportación de Nettlau se titula "Kropotkin at Work".

En 1931, la casa editorial "Probusshdenie", de Detroit, lanzó un lujoso tomo, en lengua rusa, como homenaje a la memoria de Pedro Kropotkin. También en esta edición Nettlau colaboró de manera destacada, enriqueciéndola con la aportación de documentación abundante e inédita. Además de las "Cartas de Kropotkin a Jean Grave", insertó sus estudios "La última palabra de Kropotkin sobre la revolución rusa" y "Conceptos de P. A. Kropotkin sobre la vida y la educación en sus cartas de 1876—1914". Tan sólo el segundo de los dos trabajos suma 89 páginas.

También participó Nettlau en la edición de Joseph Ishill del libro *Élisée and Elie Reclus in memoriam* (1927); escribió, para ese magnífico tomo, su importante ensayo "Élisée Reclus and Michael Bakunin". [\(14\)](#)

Contribuyó asimismo a la *Enciclopedia Anarquista* de Sebastián Faure, que, por desgracia, quedara incompleta, con numerosos trabajos históricos. Mencionaré luego su contestación a la encuesta sobre "la situación revolucionaria creada por la crisis del capitalismo y la tarea de los anarquistas en la reconstrucción de la sociedad", encuesta realizada, en 1926 por el grupo español "Los Iconoclastas", de Steubenville, Ohio, y en la que participaron numerosos Compañeros conocidos, entre otros: M. Buenacasa, L. Arango, D. A.

Santillán, Jean Grave, Federica Montseny, W. C. Owen, M. Pierrot, P. Reclus, Ch. Malato, L. Bertoni, G. Damiani, Lu—Chien—Bo, R. Rocker y L. Fabbri. La mayor parte de las respuestas fueron recogidas en 1927, por el *Suplemento de La Protesta*; el resto apareció, en 1928, en *Revista Única* del mencionado grupo, para la que Nettlau, además de la suya, escribió un comentario explicativo.

Hállanse, entre la documentación de Nettlau, no pocos manuscritos inéditos de gran valor. Habiendo terminado la primera versión de su gran biografía de Bakunin, es grandemente atraído por la interesante personalidad de Miguel Buonarroti, a quien Bakunin denominara “el conspirador más grande de su siglo”. Como resultado de sus meticolosas investigaciones escribió la extensa obra *En torno a la historia de las sociedades secretas del período comprendido entre la era de Babeuf y los años posteriores a 1830*, de la que sólo existe el manuscrito original. Estaban en poder de Nettlau numerosas cartas de la correspondencia entre los anarquistas alemanes J. Most y Johann Neve, para cuya publicación había preparado una substancial introducción y muchas notas. El libro debía aparecer publicado por nuestra editorial berlinesa, pero ese plan ya no tuvo realización.

Nettlau mantuvo, a lo largo de medio siglo, relación epistolar con muchos compañeros de todos los países del mundo, y tan copiosa correspondencia reserva, por sí sola, a los futuros investigadores un tesoro de información sobre diferentes aspectos de nuestro movimiento libertario. Ignoro de momento cuantos manuscritos, documentos inéditos y la naturaleza de los mismos, dejara Nettlau a su muerte. Tampoco estoy enterado de la producción literaria de los últimos años de su vida, pues la invasión de Holanda por los nazis puso término a nuestra correspondencia.

Después del aplastamiento del anarquismo alemán en 1933, Nettlau comprendió que cualquier nueva publicación de sus trabajos históricos era insegura, puesto que no se podía predecir por cuánto tiempo se prolongaría la barbarie del Tercer Reich. Ya desde fines de la primera guerra mundial la situación económica de nuestro amigo se había vuelto precaria, pues la modesta fortuna heredada, que le había permitido proseguir libremente sus estudios, se evaporó durante el período de la inflación. Por eso la publicación de sus trabajos por nuestra editorial tenía para él una doble importancia: realizaba el mayor anhelo de su vida y, al mismo tiempo, le proporcionaba algún ingreso económico, ya que nuestro movimiento estaba en condiciones de pagarle, modestamente, su producción literaria y su colaboración en nuestra revista. La edición de algunos de sus libros en la Argentina y en España, ayudó también al alivio de sus penurias, permitiéndole consagrarse a su trabajo. Al producirse la supresión de nuestras actividades en Alemania por el terror nazi; así como el cierre, a los pocos años después, de la editorial de La Protesta por la dictadura militar argentina, Nettlau nuevamente fue presa de la miseria, pues ya no le quedaba, para la publicación posible de sus libros, más que España. Se comprende el descorazonamiento de nuestro amigo al ver como sus esperanzas se hundían, unas tras otras, en la victoriosa marcha de la reacción. No obstante tan triste perspectiva, en 1935 hizo una postrera tentativa de interesar a sus amigos en aquellos países donde aun no habían desaparecido las condiciones precisas para la libre divulgación de la literatura libertaria.

En una extensa declaración, resumiendo los resultados de su producción histórica, expresó las melancólicas consideraciones siguientes:

En las circunstancias que actualmente tengo que vivir, casi me está cerrado el acceso a una parte de mis propios archivos y a los de las grandes bibliotecas del extranjero. Uno tras otro van muriendo mis viejos y mejor informados compañeros, sin que pueda reseñar sus memorias y experiencias de militantes. Al principio, a pesar de todo, no me faltó la documentación precisa, y, entre 1922 y 1931 pude publicar cierto número de trabajos de carácter histórico, gracias a la ayuda de las editoriales *Syndikalist*, en Berlín, de *La Protesta*, en Buenos Aires, de *Revista Blanca*, en Barcelona, y de *Risveglio*, en Ginebra. Mas, desde 1931, el interés por la publicación de estudios de investigación histórica ha disminuido considerablemente. Lo lamento desde un punto de vista puramente objetivo, pues aquellos amigos y compañeros que, durante muchos años, me ayudaron a recoger, —algunos continúan ayudándome hoy— los materiales necesarios, lo hacían con la esperanza de que todos aquellos esfuerzos servirían para elaborar una historia del anarquismo limpia de versiones erróneas, del balasto legendario y de retóricas perogrulladas.

Nadie, por supuesto, está obligado a prestar atención a tantos datos, cuyo número yo ya había limitado por falta de espacio. Sin embargo, ello no es una razón para que nos contentemos siempre con pobres trozos de la leyenda y de las descripciones puramente retóricas; máxime cuando vemos que otros movimientos que aspiran a la pervivencia en la historia, no escatiman esfuerzos para conseguirlo. Un ejemplo lo tenemos en la labor realizada, en ese aspecto, por el socialismo político. El más lerdo puede observar fácilmente que, en la inmensa literatura escrita en torno del socialismo,

el anarquismo es presentado, invariablemente, como una aberración, o, a lo sumo, como una rama muerta, cuya desaparición total no es sino cuestión de tiempo; en tanto que el triunfo de las tendencias reformistas y estatal, así como del bolchevismo son presentadas como el resultado fatal de la evolución histórica. La cada día más poderosa propaganda autoritaria no cesa, ni cejará, en su empeño de descrédito de nuestras ideas. Es preciso que no lo olvidemos, como los libres pensadores no deben cerrar los ojos ante la intensa propaganda de los clericales.

Quienes posean alguna inclinación por las investigaciones históricas, comprenderán la necesidad de realizar un trabajo metódico y veraz sobre la historia de las ideas libertarias; así como limpiar la memoria de Bakunin, la Alianza y a nuestro movimiento en general de las mentiras que sobre ellos han lanzado los marxistas. En una palabra, lo que insisto en señalar es la necesidad de realizar una tarea, reconocida urgente por muchos de nuestros compañeros, y que, sin duda alguna, hubiera encontrado actualmente un apoyo mayor si el campo de nuestras actividades no estuviera reducido hoy a tan angosto espacio.

Más de una vez se me ha reprochado el que haya escrito la mayor parte de mis trabajos históricos en alemán, mi idioma natal. Lo hice porque los compañeros de *Syndikalist* de Berlín, fueron, por entonces, los únicos en toda Europa que me ofrecían la oportunidad de publicar mis obras. Ello, empero, no impidió que los compañeros Santillán y Orobón Fernández aprendieran ese idioma y que tradujeran una parte de mis trabajos al castellano... Si alguien me hubiera ofrecido editar

aquellos libros en inglés o en francés, a buen seguro los habría escrito en estos idiomas. Mas tal cosa no se le ocurrió a nadie, ni se hizo ninguna traducción, excepto al español. Por lo tanto, no se me puede reprochar el que aprovechara cualquier ocasión para ver mis obras impresas. Nunca dejé de advertir que estaba dispuesto a revisar y completar aquellas versiones que se hicieran en otras lenguas, tal como lo hice con las ediciones españolas de mis biografías de Malatesta y de Reclus. ¿Qué más puedo hacer? A la generación de aquellos años le faltaba el interés por tales empresas, y no he podido comprobar un despertar de este interés en ningún país, como no fuera entre los de habla española y entre los compañeros alemanes, estos últimos perseguidos en la actualidad por las hordas nazis.

¡Cuántas veces propuse a los compañeros de los diversos; países que formasen grupos especiales para la publicación de manuscritos inéditos! Todo en vano. Y ahora que desde 1933 se han confiscado en Alemania todos los libros no vendidos, sin que antes se hiciera una tentativa de sacar al extranjero una parte, siquiera, de ellos, ya no es posible conseguir ningún ejemplar de aquellas obras. [\(15\)](#)

¿De veras debemos resignarnos a tal estado de cosas y aceptar tranquilamente el perderlo todo de esa manera? Yo nada puedo hacer para remediarlo. Al escribir estos renglones, recuerdo cierto hecho que me alegró mucho. Malatesta, que entendía el inglés, decidió al final de su vida aprender también el alemán, lo suficiente al menos para poder leerlo. Así, pudo leer mis obras históricas, según me escribió. Tal esfuerzo ¿les costaría más trabajo a los jóvenes de lo que le costó a él?

¡Cuántos idiomas he tenido que emplear para poder recoger y aprovechar la documentación de aquella investigación verdaderamente internacional!

Francamente, no sé qué hacer con todos esos materiales y manuscritos inéditos para conservar cuanto se refiere a la historia de las ideas anarquistas. En 1924 todavía había cierto interés por tales cosas; interés del que en 1934 ya no se advierte huella alguna.

Este llamado de Nettlau, por supuesto, ya no podía tener éxito, ya que, después del sangriento derrocamiento de la República Española por las hordas de Franco y sus aliados fascistas, Hitler y Mussolini, también este puerto de refugio dejó de existir, perfilándose la sombra de la nueva guerra mundial que empeoró la situación. Hay algo muy trágico en el hecho de que Nettlau nunca tuviera la dicha de ver impresa más que una parte insignificante de su inmensa obra. Por el presente esbozo de ésta, apenas concebimos cómo un solo hombre pudo realizar tan enorme trabajo en el transcurso de su vida. Debe tenerse en cuenta que no se trata, en manera alguna, de literatura de propaganda, sino de valiosos escritos científicos, cuya composición le costó al autor un esfuerzo inmenso de celo, laboriosidad, tiempo y paciencia. Sólo un hombre como él, que había puesto su vida entera al servicio de una gran causa y que estaba dotado por la naturaleza de un gran entusiasmo de investigador que casi no tiene precedente, pudo lograr lo que él logró. Con razón el conocido escritor ruso B. Nikolayevski, en una nota necrológica publicada en *Socialisticheski Vestnik* del 8 de julio de 1945, le llama "el primer pionero en el campo de la investigación histórica de los movimientos socialistas y anarquistas internacionales".

Fue Nettlau un historiador de incorruptible honradez, ansioso siempre de separar la verdad pura de la leyenda que la envuelve. Por eso apreciaba tanto el detalle más insignificante, pues a menudo le permitía aclarar el intrincado caos de los hechos desconocidos. Ese insistente ahondar en los sucesos, aparentemente desprovistos de importancia, explica, sin duda, por qué la obra de Nettlau ha encontrado tan pocos lectores. No constituye, por cierto, una lectura para espíritus superficiales, y es preciso para su estudio una verdadera vocación investigadora que incite a penetrar en esa inagotable senda de fechas, notas y relatos. Mas, hecho esto, sale uno ampliamente recompensado con una información certera sobre distintos asuntos, derivada en su mayor parte de fuentes originales. Y es que las obras de Nettlau están repletas de una cantidad abrumadora de documentos clásicos, a los que sin él muy pocos de sus lectores hubieran encontrado acceso. Precisamente en esto consiste el elevado mérito de su labor: haber dejado firme y bien jalonado la historia del movimiento anarquista, facilitando grandemente la labor de los presentes y futuros historiadores.

Terminaba de escribir la primera parte de mi libro, dedicada a la obra de Max Nettlau, cuando, por conducto de nuestra compañera Mollie Steimer recibí, procedente de Ámsterdam, un relato fiel que contiene datos precisos sobre los últimos años de nuestro inolvidable amigo y de las circunstancias que rodearon su muerte. Hace algún tiempo Mollie, por intermedio de la Cruz Roja, se había dirigido al Institute for Social History en Ámsterdam, para averiguar la suerte de Nettlau. Recibió entonces; con gran retraso, la aludida carta fechada el 23 de julio de 1945, escrita por la bibliotecaria del Instituto, señora A. Adama van Scheltema—Kleefstra, que había estado al cuidado de Nettlau hasta el día de su muerte. Inmediatamente yo escribí a la mencionada señora, rogándole me

comunicara todo lo relativo a los últimos años de Nettlau. Recibí de ella una extensa carta, fechada el 2 de octubre de 1945, en la que tuvo la amabilidad de informarme de lo ocurrido. El lector encontrará ese relato en la tercera parte de mi libro. Aquí me limitaré a indicar que en aquel último período de su vida, Nettlau se limitó a escribir sus *Memorias*, apoyado por un sinnúmero de notas que había recogido cuidadosamente durante su vida. “Por lo que a las *Memorias* de Nettlau se refiere —escribe la señora Van Scheltema—, puedo decirle que el manuscrito se compone de 26 blocks, así como de otros 9 conteniendo trabajos preliminares y notas; en total, unas 3.500 páginas escritas con letra menuda.

Ese manuscrito se encontraba en la biblioteca del Instituto en el momento de la invasión alemana de Holanda. El Instituto fue ocupado enseguida militarmente y todas sus valiosísimas colecciones, incluyendo el manuscrito de Nettlau y todas sus notas, fueron robadas por los nazis. Actualmente la administración del Instituto está tratando de averiguar el paradero de los tesoros robados y existen, por lo tanto, esperanzas de recuperarlos. Nettlau intentó, tiempo después, reconstruir sus *Memorias*, pero ello debió serle muy difícil, dada su avanzada edad y la falta absoluta de sus anotaciones y documentación.

Como yo supiera por la carta de la señora Van Scheltema a Mollie Steimer que a la muerte de Nettlau, mandó sacar una fotografía del muerto, le rogué que me la enviase, y recibí de ella la siguiente respuesta:

Siento no poderle enviar la fotografía hecha a la muerte del Dr. Nettlau, debido a que el profesor Posthumus desea insertarla en el primer anuario que el Instituto vuelva a editar. Se publicará allí junto con un sumario redactado por el Dr.

Nettlau en marzo de 1940 a instancias mías y que él mismo tituló: *Datos biográficos y bibliográficos*. Allí encuéntrase reunido todo lo referente a sus trabajos. Pero adjunto a la presente carta una ampliación de su última fotografía— pasaporte de marzo de 1939.

Gracias a estas comunicaciones he podido ofrecerle al lector un examen completo, aunque breve, de la obra literaria de nuestro inolvidable amigo.

SEGUNDA PARTE

EL IDEARIO POLÍTICO—SOCIAL DE MAX NETTLAU

I

REFLEXIONES HISTÓRICAS

Si queremos seguir de cerca las ideas de Max Nettlau, distintas en muchos aspectos de las de conocidos pensadores socialistas y anarquistas, es preciso familiarizarnos con sus conceptos en un terreno que dominaba más que ningún otro: el de la Historia. Era Nettlau un adversario resuelto de todas las denominadas concepciones de la historia o tentativas de interpretación filosófica de procesos históricos a base de hipótesis preconcebidas. Ya había expuesto su opinión sobre ese punto en la segunda versión de su biografía de Bakunin, y a menudo, volvía a referirse a ello en sus escritos posteriores; lo hizo más detenidamente en un extenso estudio titulado *La era de la migración de las naciones, a la luz de la investigación moderna y del pensamiento social*, trabajo que le había sugerido la gran obra del catedrático vienés Alfonso Dopsch: *Los fundamentos económicos y sociales de la evolución cultural europea desde César a Carlomagno* (Viena, 1918—1920). Decía Nettlau:

Sigo pensando que el historiador no puede hacer otra cosa que interpretar con sumo cuidado las fuentes informativas y proyectar sobre ellas todos los conocimientos disponibles, procurando llenar los huecos con hipótesis prudentes. Para esto se necesitan imparcialidad, honradez y conocimientos; y, favorecidos por la buena suerte, hallar y reunir los más

disparos detalles para llegar al esclarecimiento de nuevos y seguros hechos. En tamaña empresa, la búsqueda unilateral en pos de objetivos predeterminados, ya sean económicos, políticos o sociales, sólo falsificará de antemano el resultado. Este no sería entonces si no lo que un investigador determinado haya introducido, bajo el impulso de un punto de vista personal, en un asunto alejado de él y cuya verdadera naturaleza no puede ser reconstruida, dado que las fuentes no son seguras.

Y es que Nettlau comprendía que todas las llamadas concepciones de la historia no son sino el fruto de determinadas corrientes y formas de pensar contemporáneas, por cuya razón no pasa de ser relativa su validez, siendo siempre suplantadas por otras, nacidas de nuevas condiciones existenciales y, por ende, agentes de sedimentos espirituales distintos. La concepción teológica de la Historia que tuvieron el obispo francés J. B. Bossuet y sus predecesores, no fue más que un intento de interpretar los hechos históricos según la Biblia y los santos padres, fuentes que durante muchos siglos han influido hondamente en el pensamiento de la humanidad. El despertar de las ciencias naturales modificó radicalmente el concepto de religión. La creencia en la arbitraria intervención de fuerzas sobrenaturales en los fenómenos de la naturaleza y la actuación del hombre, se sustituyó con la doctrina de la evolución gradual desde formas primitivas hasta organizaciones cada vez más altas y complejas. Esta nueva concepción se extendió rápidamente al campo de la Historia, induciendo a las mentalidades estudiosas a examinar con más amplitud las pretendidas causas y leyes de los fenómenos históricos. En esta labor, como es natural, desempeñó un papel importante la preconcebida opinión de cada uno respecto a las leyes de la naturaleza, más o menos influenciados por conceptos

tradicionales. Así, según la propia confesión de Darwin, la teoría demográfica de Malthus tuvo mucho que ver con su concepción original de la lucha por la existencia en la naturaleza. Esto prueba que, aun el científico más audaz, no puede sustraerse por completo a los influjos de determinadas corrientes contemporáneas, y que las ideas tradicionales sobreviven en los conceptos nuevos, desapareciendo sólo gradualmente.

De ahí que los partidarios del Darwinismo social, que veían en la lucha por la existencia una de las leyes más importantes de la naturaleza, no tardaran en proclamar el triunfo del fuerte sobre el débil como ley fundamental de la historia humana, derivando todos los males de la sociedad de esa pretendida ley que lo justificaba todo. Kropotkin al intentar, con su doctrina de la ayuda mutua, reducir esa concepción a la justa verdad que contenía, se hallaba bajo la influencia de ideas humanitarias y socialistas preconcebidas y que, según la observación muy acertada de Eduardo Bernstein, le permitieron profundizar sobre la esencia intrínseca de la naturaleza, y llegar así al descubrimiento de que la asociación de las especies más débiles físicamente, y la solidaridad natural que de ella resultaba, constituían una segunda forma de la lucha por la existencia, hecho que los darwinistas de la vieja escuela habían pasado por alto. Se repitió aquí lo que había ocurrido en la pugna de Godwin. Proudhon y otros contra la teoría malthusiana: fue su humanismo lo que los impulsó a examinar más de cerca la doctrina demográfica del economista inglés y evidenciar el carácter superficial de la misma.

Con la aparición del socialismo moderno y de los movimientos sociales de principios del siglo XIX, la atención de la humanidad se concentró en grado creciente sobre la estructura económica de la

sociedad, tanto más cuanto que los defensores de la doctrina socialista se percataron de que los cambios políticos por sí solos no podían resolver los grandes problemas de la economía. Y es que la apreciación adecuada de la importancia de las condiciones económicas es fundamentalmente inherente a la esencia del socialismo. Equivale, por lo tanto, a una deliberada mixtificación pretender que Marx fue el primero en descubrir esta verdad convirtiéndola en base de una ciencia. Era conocida mucho antes de que él la formulara. Toda una sucesión de grandes socialistas, tales como Saint Simon, Victor Considérant, Luis Blanc, Proudhon y otros ya la habían señalado en sus escritos, y es cosa sabida que el estudio de los mismos condujo a Marx al socialismo. Lo que le separa de sus predecesores es el que diera a aquella concepción la validez de una ley natural, cosa harto comprensible en un discípulo de Hegel como lo era Marx, que nunca pudo librarse de las acrobacias dialécticas de su maestro. Sólo el filósofo de lo absoluto, el inventor de las necesidades históricas y de las misiones históricas pudo inducirle a declarar con tanta seguridad de sí mismo: "La forma de producción de la vida material determina el proceso de vida social, político y espiritual en cuanto tal. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia: es, al revés, su existencia social la que determina su conciencia."

Tal afirmación va más allá de una insistencia legítima en las condiciones económicas como una de las fuerzas motrices de la evolución social: es el fatalismo hegeliano transferido a lo económico. No existe hoy hombre sagaz que desconozca la imposibilidad de comprender una época sin tener en cuenta sus bases económicas, o atribuyéndolas sólo un papel secundario en el proceso general. Mas no por eso obraríamos de una manera menos superficial, al admitir como principio de la Historia únicamente la condición económica,

elevándola a la importancia de punto central de todos los procesos sociales, en cuyo torno gravita todo y bajo cuya influencia todos los fenómenos existenciales reciben su forma peculiar. Tamaño concepto es tan insuficiente como fatal, pues lejos de adelantar nuestra inteligencia en los procesos históricos, sólo la perturba. No hay lugar a duda que no existe apenas acontecimiento histórico en el que no hayan intervenido causas económicas. Pero también no es menos cierto que no son estas causas las únicas determinantes, ni, en manera alguna, las decisivas. En todos los hechos de la vida social, pasados o presentes, intervienen una diversidad de causas, que resulta imposible separar claramente unas de otras. Se trata siempre de interacciones de causas varias, con frecuencia perceptibles, pero que se sustraen al cálculo y a la medida de los métodos científicos.

Es, por lo tanto, una insolente presunción cuando Jorge Plejanov, una de las luminarias de antaño del marxismo, afirma: "La revolución en la ciencia social provocada por Marx puede compararse a la causada en astronomía por Copérnico"; o cuando Karl Kautzky declara: "El descubrimiento de las leyes motrices de la forma de producción capitalista por Marx, representa, a su manera, una realización tan imperecedera como el descubrimiento de las leyes que rigen la gravitación de los astros por Kepler y Newton"; o cuando Engels osa aseverar que con el descubrimiento de esas supuestas leyes, "el socialismo se ha convertido en ciencia".

Lo limitado de la concepción materialista de la Historia, decantada durante decenios por los marxistas como única clave para la comprensión de la Historia, resulta del sólo hecho de que sus partidarios se basaban, en determinada hipótesis sin preguntarse siquiera si había lugar a hablar de leyes de los procesos sociales, cuando en realidad se trataba solamente de fenómenos nacidos de

aspiraciones puramente humanas y que, por esa razón, bien podían no tener semejanza alguna con los de la naturaleza física. Tan falsa premisa de una física social encierra, además, otra insuficiencia: tan pronto como nos acostumbramos a comparar las causas de los procesos históricos con los que rigen la naturaleza, estamos demasiado inclinados a suponer a algún factor fundamental, eje de todo cuanto sucede, la ley de gravitación, por decirlo así, que mantiene la sociedad en su órbita, y que ha de ser considerada como el verdadero motor de la evolución histórica. Una vez aquí, descuidamos, con facilidad aun mayor, todas las demás circunstancias de la formación histórica y las interacciones que la provocan. Ello resulta tanto más funesto cuanto que los hechos históricos, siendo el producto de motivos y finalidades humanas, se descifran con menos facilidad que las leyes físicas, accesibles éstas al cálculo científico y por ende, explicables en sus efectos.

Todo aquello son cosas que para la mayoría de nosotros ya no constituyen misterio alguno. Mas no fue siempre así. Casi todos estuvimos dominados en la juventud por las ideas del materialismo económico, y lo que por entonces nos separaba de los marxistas era la convicción de que no interpretaban correctamente la concepción materialista de la Historia, o que su táctica desmentía sus propias conclusiones. Es, pues, uno de los más grandes méritos de Max Nettlau el que haya sido uno de los primeros historiadores socialistas de lengua alemana, que adoptaron desde un principio una actitud escéptica frente a la concepción histórica de los marxistas. Prontamente se percató de que la aplicación de esa doctrina a la historia conduciría inevitablemente a generalizaciones sin fundamento y a conclusiones falaces, sobre todo tratándose de épocas algo remotas, apenas explotables a la luz de fuentes de información escasas y vagas; alteradas, además, por apasionadas

tendencias nacionalistas, tal como sucede hoy en día. En su ensayo sobre la edad de las migraciones, Nettlau nos muestra las circunstancias en las que se formaron muchas de las llamadas fuentes que servirían de base a investigadores posteriores:

Entre las naciones mediterráneas, tan beneficiadas culturalmente por el Asia Occidental y Egipto, los griegos y los romanos se habían encumbrado a la hegemonía espiritual y material, y la historia universal antigua tal como ha llegado a nosotros se funda —si dejamos a un lado la de Oriente— en las representaciones y conceptos de sus rigurosamente patrióticos escritores, para quienes todo pueblo no absorbido por sus propias naciones era un pueblo adverso, un pueblo bárbaro; aun cuando este adjetivo no tuviera en aquellos tiempos el significado de tosquedad y crueldad que se le atribuye en nuestros días (véase Dopsch). Los escritores cristianos, estaban ya influenciados por este modo de ver los hechos, odiaban, por su religión, a los bárbaros como paganos. Los reseñadores bizantinos de la literatura clásica y los cronistas de su edad de oro se hallaban bajo la impresión del empuje de las naciones eslavas y orientales contra el Imperio del Oeste; así como bajo el terror de la oleada turca, que provocaría la caída de Bizancio; la Europa medieval conoció las devastadoras y rapaces incursiones de los nómadas asiáticos, y durante los siglos del Renacimiento, cuando se empezó a comprender y admirar los restos de la civilización antigua, su interpretación se vio influenciada, en lo referente a lo político y a la psicología nacional, por la amenaza turca desde Oriente, y las resistencias germánicas a la omnipotencia de la segunda Roma, la papal, desde el Norte, —resistencias que continuarían en las campañas italianas de

los emperadores, en las guerras imperiales de las postrimerías de la Edad Media y en la acometida directa del protestantismo contra el poderío de la Iglesia como también por aquel estado de animosidad en el interior de Europa, que, debido a las rivalidades entre el bando hispano—alemán y el francés, conduciría a guerras siempre renovadas, produciendo la inclinación a considerar y a representar a cualquier pueblo extraño como una nación inferior y agresiva.— La impresión causada por las artes y otras realizaciones de los antiguos pueblos mediterráneos fue, por lo demás, tan abrumadora que los humanistas y la cultura alemana que en ellos se inspiraba, aceptaron también la tendenciosa concepción grecorromana, y en la que nosotros fuimos educados.

Los bárbaros —continúa escribiendo Nettlau— tenían, para los patrióticos escritores griegos y romanos, otro papel que representar además que el de ser despreciados y sometidos. En alas de la fantasía descubriase, de cuando en cuando, en aquellos lugares de bárbaros, un estado de paradisíaca inocencia, costumbres purísimas, o bien el comunismo de una edad de oro; los tales descubrimientos se hacían con el objeto de que sirvieran de ejemplo para el propio mundo depravado. Así vemos a un Tácito componer su célebre *Germania*, de la misma manera que el criticismo de salón francés del siglo XVIII inventaría al noble hurón, al inocente tahitiano, etc..., y que las gentes, mientras menos cuidaban de cambiar su modo de vivir, más se entusiasmaban poéticamente por algún idílico pueblo de pastores. Estas fantasías seudohistóricas influyeron igualmente en la mentalidad de las generaciones posteriores, siendo esos relatos tomados en sentido literal, y aun exagerados y generalizados, por doctos pedantes faltos en

absoluto del sentido del humor. De este modo, trastornando en forma increíble la cronología de los hechos, la humanidad se creyó transportada a la realidad palpable de aquellos estados de primitivismo.

Con el despertar de las ciencias, se intentó averiguar la verdadera condición de los pueblos no clásicos, de la que sólo se sabía por descripciones tendenciosas y ajenas, ya que estos pueblos no habían dejado literatura propia. Esta última circunstancia no constituye una prueba de inferioridad: ¿Dónde está la literatura de todas aquellas naciones más estrechamente emparentadas con los romanos? Allí estaba el latín y las lenguas de los oscos, los umbros y demás pueblos itálicos de los cuales no llegaron a sobrevivir sino algunas muestras primitivas, tales como las escasas inscripciones conocidas. Los idiomas no itálicos, sin haber dejado una literatura propiamente dicha, revelan ya, en los monumentos más antiguos que de ellos se conservan, un desarrollo finísimo: así lo gótico, lo eslavónico, el viejo arte irlandés, etc. Además, su literatura oral primitiva, tal como se manifiesta en la saga heroica y en expresiones político—históricas o económicas, está compuesta en una forma tan refinadamente tendenciosa y patriótica como la clásica de los pueblos grecorromanos. Así, pues, la ausencia de una literatura tiene aquí, a todas luces, otras causas que la hostilidad hacia la civilización y la falta de aptitudes para la cultura.

Nettlau llegó a la conclusión de que todo cuanto la investigación científica contemporánea —la etnografía, la antropología, la geografía histórica, la lingüística y la arqueología— llega a descubrir acerca de las costumbres y condiciones económico—políticas de los

tiempos remotos, nos viene a trazar sendas más seguras y dignas de crédito "que la distante reverberación de todas aquellas cosas en los tradicionales documentos de la antigüedad clásica y cristiana, y en piezas de evidencia similares", en gran parte influidos por ideas contemporáneas y sometidos, después, a causa de opiniones preconcebidas, a generalizaciones sin fundamento, inspiradas por los deseos más que por los hechos.

Cuán acertado era el criticismo de Nettlau con respecto a las fuentes tradicionales de la Historia, lo han venido a demostrar, de la manera más elocuente, los conceptos tendenciosos empleados en la actualidad. Cuando leemos lo que centenares de autores, y entre ellos no pocos historiadores de profesión nos hablan sobre la barbarie innata y la incapacidad cultural de los alemanes y los japoneses, citando como ejemplo el culto a Wotan, nos damos cuenta cabal de cómo crean semejantes "fuentes" históricas, admitiendo, en ese punto al menos, que el escepticismo de Nettlau se aproxima a la verdad.

Del mismo modo que Nettlau se negó siempre a creer que las formas económicas y de producción de una sociedad sea la única explicación a todos los procesos políticos, sociales y espirituales de la misma, asimismo no llegó nunca a persuadirse de que la evolución de la humanidad, en conjunto, se haya realizado a base de unas pretendidas leyes conducentes en todas sus partes a instituciones sociales símiles, de cuyas formas primitivas se ha creído, aun en las épocas más recientes, descubrir ciertos vestigios entre algunos pueblos primitivos. La creencia en un analogismo universal del desarrollo de las instituciones humanas ha sido alimentada, principalmente durante la octava década del siglo XIX, por toda una serie de sociólogos como Sumner Maine, Von Hauxthausen, E. de

Lavelaye, G. L. von Maurer y, en particular, por Lewis H. Morgan. Hoy, a la luz de los nuevos conceptos, muchas de esas teorías deben considerarse como enteramente anticuadas.

Al lado de la *Propiedad primitiva* de Lavelaye, la que ejerció un ascendente particularmente duradero fue la sustancial obra *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization* del sabio norteamericano, L. H. Morgan. Este, habiendo vivido durante muchos años en medio de los iroqueses de Norteamérica, había emprendido investigaciones muy extensas sobre los clanes matriarcales de los indios norteamericanos y las costumbres e instituciones sociales que de ellos resultaron. Mediante comparaciones con las constituciones gentiles de los griegos, romanos, eslavos y otros pueblos antiguos, Morgan llegó a la conclusión de que aquellos y éstos tenían nexos íntimos, reveladores de una evolución simultánea de la cultura humana desde la sociedad primitiva hasta la civilización moderna. Lo realizado por Morgan en la investigación de las instituciones sociales, costumbres y usos de los indios de Norteamérica constituye ciertamente una verdadera proeza. Mas sus conclusiones han sido refutadas desde hace mucho tiempo por los, cada vez más amplios y certeros, descubrimientos en ese terreno; pues resultó, con evidencia creciente, que no existió en tiempos de los griegos y romanos pueblo alguno, dentro de la civilización conocida por entonces, que no poseyera un concepto diferente, más o menos desarrollado, de la propiedad. Lo que Morgan, Laveleye y tantos otros interpretaban como los postreros vestigios de una sociedad primitiva, —el reparto periódico de las tierras laborables, practicado entre algunas naciones, o la posesión común de bosques y pastos—, no era, en manera alguna, remanente de un primitivismo prehistórico, sino resultado inmediato de una evolución mucho más

reciente, pero en verdad todo ello impropio para saber la verdad sobre las instituciones sociales de tiempos tan remotos, de los que sólo se han conservado algunas osamentas, armas y herramientas de piedra.

Morgan mismo sentía que, a fin de cuentas, sus conclusiones no se fundaban sino en unas hipótesis más o menos ingeniosas, y así lo advirtió destacadamente en su obra. Ello no obstante, Federico Engels, acaso porque se diera cuenta de que al marxismo de entonces le faltaban fundamentos sociológicos, inmediatamente se mostró dispuesto a aceptar aquellas precipitadas conclusiones como hechos, aunque no pasaban de meras conjeturas, faltas de confirmación por investigaciones más serias. Con la seguridad de sí mismo que lo caracterizaba, escribía en su conocido libro *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, remedo casi por entero de la obra de Morgan: “Constituye un gran mérito de Morgan el haber descubierto y reconstruido, en sus líneas principales, aquellos fundamentos de nuestra historia escrita, y el haber encontrado en los clanes matriarcales de los indios norteamericanos, la clave que nos permite descifrar los enigmas más importantes, y hasta ahora indescifrables, de la historia griega, romana y alemana más antigua.”

Con razón, pues, escribió Max Nettlau:

Cuando pensamos en los más viejos documentos mesopotámicos y egipcios anteriores en muchos milenios a la era de Julio César, y que atestiguan ya unas condiciones de propiedad arregladas hasta en el menor detalle, al modo burgués; cuando recordamos cuán minuciosamente todo aquello estuvo ordenado en el mundo griego, romano, fenicio y cartaginés un milenio antes de César, entonces parece

cronológicamente absurdo suponer que algunos elementos del primitivismo hubieran subsistido todavía, en el mundo centroeuropeo, en los tiempos de César y en los más recientes de Tácito. Las rutas del comercio y la navegación penetraban por todos los lados en la Europa central, despertando, en las capas sociales acomodadas, necesidades que apresuraban el advenimiento de un régimen cada vez más individualista.

Aquellas gentes envidiaban de Roma sus riquezas, y deseaban crearse, dentro de su propia nación, una posición tan privilegiada como la que gozaban los opulentos y poderosos romanos en el mundo de su dominación. Esta condición, precisamente, fue la que indujo a los señores germanos pobres, antes que sufrir la proletarización en su país, a buscar en la esfera romana niveles superiores de vida como soldados, colonos, pequeños empleados, etc. Como consecuencia de las largas guerras y del continuo estado de alarma bélica frente a los romanos, nacieron unas formaciones militares al mando de jefes, que iban en detrimento de la antigua libertad local y de la independencia de decisión de cada miembro de la comunidad libre, tomando por modelo la rigurosamente disciplinada organización del imperio romano. De esta manera, se produjo una asimilación por las privilegiadas clases germánicas de los conceptos político—sociales de Roma, así como un gradual despojo de los derechos de los humildes.

En tales condiciones, la ancestral y viril ira ante la incontenible expansión de la Roma sojuzgadora del universo, degeneró en envidia y rivalidad de los caudillos dentro de las tribus germánicas. El mando supremo se le concedía, por lo

general, al caudillo militar más afortunado, con lo cual se seguía el patrón romano. El triunfo de estos métodos lejos de traer la liberación, sólo consagró la dictadura propia de los conquistadores militares, quienes ahora se apoderaban de la administración, repartiéndose las tierras de germanos y romanos —política puesta en práctica con toda legalidad, al modo romano—, prodigándose beneficios a las tropas de élite, que ya habían sido ricas con anterioridad y cuyos jefes llegaron a convertirse en reyes de cada día más tiránicos poderes, destruyendo hasta los últimos vestigios de la antigua libertad comunal.

Los nuevos señores no tomaron de las instituciones y desarrollo cultural del imperio romano más que aquello que iba en beneficio propio, con modificaciones tendientes a consolidar su dominio y a eliminar lo que quedaba de las libertades romanas. Estas últimas, que aun subsistían en la autonomía de las ciudades y municipios, fueron sustituidas por el gobierno del comes o regidor, asistido en sus funciones de mando por un obispo, bajo cuya protección solían colocarse los desposeídos. Allí, donde antes había prevalecido la asamblea germánica de los libres, se establecieron los señoríos territoriales, el feudalismo, las jerarquías militares y la administración del rey. De esta manera, los pueblos germanos y romanos acabaron, unos y otros, por perder sus derechos y libertades. Por el contrario, la realeza, los jefes militares, la Iglesia y la nobleza rural pasaron a ser las fuerzas dominantes. Al lado de ellos se mantuvieron el comercio, la industria y el capitalismo usurero, ya que las clases gobernantes no se oponían a esas actividades económicas y estrictamente burguesas, con tal de que se desarrollasen

sobre bases de servidumbre tributaria y de completa obediencia. La Iglesia era uno de los principales factores en juego para mantener al pueblo resignado en su mísera situación, y para contentar a los desposeídos procuraba mitigar la extrema miseria con obras piadosas. Así es como se llegó a la constitución de la degradante clase de siervos de la gleba.

Tal explicación de los procesos históricos de aquellos tiempos, consecuencia de los hechos descubiertos y cuidadosamente comprobados, por el profesor Dopsch y otros, nos ofrecen un cuadro más real de las condiciones sociales en que se basaron todos los sistemas de gobierno hasta hoy. Esta explicación es más lógica que la de la evolución idéntica y sujeta a una sola ley de todas las instituciones humanas; concepto que se apoya en meras hipótesis y que, en definitiva, emana del deseo de justificar determinadas ideologías. Tiene además la gran ventaja de enseñar prácticamente la estrecha interacción de los fenómenos económicos, políticos e intelectuales, poniendo de relieve cómo las aspiraciones al poder de los jefes militares, príncipes de la Iglesia y señores territoriales han sido, en verdad, los que crearon y fortalecieron los monopolios agrarios, imprimiendo así a las instituciones económicas su carácter peculiar. Para el que no repara en estas cosas, el pasado quedará siempre como libro cerrado con siete sellos; indescifrable aun para la más sutil dialéctica.

No merecen menor atención las comparaciones que establece Nettlau entre el período de las migraciones y los movimientos sociales de la actualidad. La lucha de los pueblos oprimidos contra el insaciable afán de poderío de Roma fue, seguramente, lucha revolucionaria nacida del ardiente anhelo de libertad y de una vida

mejor. Mas esas aspiraciones se estancaban a medida que los jefes militares, caudillos que habían conducido victoriosamente la lucha de las masas de oprimidos contra el imperio romano, se contaminaban a su vez de la ambición de dominio: librando a sus compatriotas del yugo romano sólo para sustituirlo con otro, el de su propia hechura. El socialismo moderno también ha sido, en sus orígenes, un grito de las masas oprimidas ante la creciente tiranía económica y política de una advenediza burguesía. Mas aquí también la paulatina adaptación de los dirigentes a la mentalidad burguesa y a las ambiciones de dominio del Estado, acabó por desviar un movimiento alentado otrora por las más grandes esperanzas. Ello no es, en manera alguna, hecho casual, pues cualquier grupo dirigente, por digno de confianza que sea, indefectiblemente degenera en casta dictadora tan pronto como llega al poder. Nettlau dice:

Es hora de rebelarse, pues hoy nos encontramos atascados en condiciones análogas a las del período de las migraciones. En todas partes el socialismo ideal de abnegados luchadores, ha abandonado el campo a individuos quienes, al igual que los caudillos germanos que, recurriendo a la astucia y la violencia, se incrustaron en el organismo romano, no están procediendo sino por el logro de sus ambiciones de poderío, dejando a un lado los intereses del pueblo.

Por doquiera el poder, y a veces un poder omnímodo, está en manos de los líderes más mañosos y, a la vez, más brutalmente exclusivistas, disputándose este poder con los adalides nacionalistas. Nadie ha sido tantas veces ministro como Briand. Ningún déspota ha ejercido, desde hace tiempo, un poder tan ilimitado como el de Mussolini. Nadie, desde los

días de Nicolás I, ha gobernado con tan pocas trabas como Lenin y Stalin. Nadie pisoteó jamás a los polacos en la forma que lo hace Pilsudski. La Inglaterra burguesa acepta, transitoriamente, a los gobiernos socialistas, ya que éstos aceptan tal como es el imperio británico. También Alemania tiempo ha que tiene sus socialdemócratas gobernantes. Todo ello demuestra que, del mismo modo que la germanidad dominadora acabó por asimilarse a la conquistada Roma imperial, a la cual relevó llevando a germanos y romanos de la majada al río y trocando la férula por el knut, así el socialismo ya está emprendiendo el mismo camino: el de la caída vertical. [\(16\)](#)

A lo dicho por Nettlau podría agregarse que, a semejanza de los jefes de las tribus del período de las migraciones, Hitler, Mussolini y Stalin han salido de las capas más bajas, del seno mismo del pueblo. Prueba de que la ambición de poder no es prerrogativa de una clase social determinada; siendo esta ambición de dominio la que, en muchos casos, hace del revolucionario de ayer el déspota de hoy. Así fue antaño, así es hoy y así será siempre si los pueblos no se deciden a tomar sus destinos en sus propias manos, abriéndose, con su esfuerzo y determinación, nuevos caminos hacia un porvenir mejor.

Max Nettlau, el idealista y el historiador, tenía fe en esas posibilidades de redención de los pueblos. Su elevado humanismo y su claro discernimiento no permitía que su visión de la Historia, fuera turbada por ningún sectarismo. El dogma del pecado original, según el cual todo gobierno constituye una necesidad para refrenar la bestia en el hombre, no tenía para él fundamento lógico alguno: opinión que extendía para rechazar, igualmente, la fe fatalista en el mecanismo de las fuerzas productoras, “esas tendencias que obran y

se imponen con férrea necesidad" según decía Marx. Mecanismo que, en el concepto de los marxistas, limitaba el contenido de la Historia a la lucha de clases, lucha que no cesaría hasta que la burguesía gobernante no encuentre, como consecuencia de la siempre creciente proletarización de las masas, su "propio enterrador y la evolución social llegue, lógicamente, al socialismo que pondrá fin a toda clase de gobierno y a la explotación del hombre por el hombre".

Nettlau veía en la Historia algo más que eso. Captaba en el desarrollo de los procesos históricos, no sólo la pugna permanente de los antagonismos de clase, sino también el crecimiento gradual de aspiraciones y anhelos de superación humanista y culturales comunes; aspiraciones éstas desligadas de los intereses de castas y clases, nacidas de la convivencia social misma y fortalecidas por la experiencia legada por generaciones pasadas. Sabía nuestro amigo que ni el más bárbaro despotismo era capaz de suprimir por completo en el hombre esas aspiraciones de superación e impulsadoras del progreso humano. Si la "bestialidad congénita del hombre", ideada por Hobbes, o el "pecado original", proclamado por los teólogos, fuesen de veras elementos inalterables de la naturaleza humana, la tiranía más implacable no conseguiría mantener a los hombres en sociedad. El solo hecho de que la convivencia entre los hombres se basó en todo tiempo en acuerdos mutuos, reflejo de la conciencia ética y social del ente humano, refuta la peregrina teoría de la bestialidad innata en la naturaleza humana. El anhelo de independencia y seguridad es propio de todos los seres humanos y forma, incluso, el fundamento primitivo de la lucha por una mayor libertad de todos los grupos sociales frente a la acción restrictiva del poder. Y cuando el hombre se percata de que los derechos y libertades conquistadas a las castas gobernantes en el decurso de los

tiempos, sólo van en beneficio de determinado grupo de privilegiados de nuevo cuño, se considera como un agravio a la colectividad. Incluso ese “prurito libertario de enderezar entuertos”, como lo denominó Nettlau, no es más que la instintiva necesidad de mayor independencia y libertad de acción, “pues todo organismo necesita de una libre esfera de movimiento, sin la cual el estancamiento y la decadencia son inevitables”.

La historia —dice Nettlau en la introducción de su Historia del Anarquismo— registra que, dentro de breves períodos de aparente calma, cuando parece que un sistema o doctrina de dominación va a imponerse para siempre es cuando en realidad se inicia la desintegración y la decadencia como consecuencia lógica de su falta de impulso, ya que lo que no avanza retrocede en la marcha constante del progreso. Son consideradas como normales las épocas de lucha continua, ya sea este constante luchar por la defensa de alguna independencia o autonomía, o bien por un afán de expansión de dominio o conquista de mayores privilegios. Así vemos como el señor feudal guerreaba contra reyes, ciudades y aun contra el mismo Estado por la defensa de sus privilegios, o bien contra sus vecinos más débiles para hacerlos víctimas de sus rapiñas. La incipiente burguesía de las ciudades medievales luchaba contra la nobleza, los monarcas y el Estado centralizador por no ignorar que todos ellos eran sus enemigos irreconciliables. Estas grandiosas luchas de la burguesía en Italia, Holanda, Inglaterra, Francia y América, entre el siglo XV y el XVI, y en el resto del mundo durante el XIX, acabaron por asegurarle el dominio del poder, el cual hoy ejerce el capitalismo internacional. Poder que, desde hace

tiempo, muestra los característicos síntomas de su desintegración.

Nettlau veía en esas luchas incesantes que la historia registra, una prueba de que, a la larga, desaparecerá el actual sistema social burgués, ya que cada día resulta más difícil excluir a las grandes masas populares de los beneficios de la cultura espiritual y material. Si bien no podemos predecir los derroteros futuros del desarrollo histórico, sin embargo podemos afirmar que en muchos aspectos de la vida humana se ha producido un cambio favorable a un grado mayor de libertad y de equidad social. La presión del reglamento y la tutela autoritaria se ha relajado notablemente ante el impulso de conceptos nuevos en el orden ético y social. Hoy existen mil cosas que se han convertido en hábitos humanos, indestructibles por ningún despotismo y contra los cuales se han estrellado incluso los ensayos más recientes de absolutismo bajo la forma del Estado totalitario, ya que los medios más bárbaramente represivos resultan, en la actualidad, impotentes para detener el cada día más imperioso afán de libertad que late en el pensamiento de las clases populares y que inducía al hombre a luchar contra la tiranía, para dar expresión a su afán de libertad personal y a la cooperación solidaria.

Aquí —como decía Nettlau— sería preciso investigar en detalle la historia del libre pensamiento; la de cada una de las ciencias; la de las muchas instituciones, costumbres y modos de pensar; la de los sistemas internacionales; la de la literatura y el arte en todos los países; como también de la historia de las luchas, movimientos y tentativas de organización políticas y sociales. Tan escasa como resulta una comprensión cabal de la libertad política y social, cuan innúmeros y evidentes son los nobles y abnegados esfuerzos para la eliminación de la autoridad en otros terrenos.

Partir de esas aspiraciones y de las asociaciones e instituciones defensoras de la libertad y las conquistas del pasado, y lo que de ellas nacieron, sería, en opinión de Nettlau, la primera tarea de un verdadero socialismo popular, prometedor de triunfos incomparablemente más grandes que los que pudieran ofrecer la actuación de Iglesias políticas y la lenta asimilación a la política de poderío de las castas y clases gobernantes, la cual sólo prolongará el ciclo de ceguera, arrastrando a la humanidad hacia senderos que cada vez, la desvían más de su gran meta de la liberación social. Esa verdad encierra infinitamente más lógica que la cuestión del pan para las multitudes hambrientas; verdad que expresa la comunión estrecha con todas las fuerzas creadoras de la sociedad y con los resultados espirituales, éticos y culturales que ellas produjeron en el curso de la historia, ella fue el fundamento de la concepción de Nettlau y de las aspiraciones libertarias, por las cuales luchó nuestro amigo en el transcurso de su vida.

II

EL ANARQUISMO EN LA CONCEPCIÓN DE MAX NETTLAU

Si bien Nettlau ha sido esencialmente historiador de las ideas y movimientos libertarios, sin embargo intentó con frecuencia poner en claro su modo de concebir el anarquismo. Lo hizo en una serie de ensayos y artículos en los que no olvidaba nunca el aspecto crítico del tema. Nettlau veía en el anarquismo la expresión consciente del anhelo humano de libertad en todos los campos de la actuación individual y colectiva; anhelo que rechaza cualquier tutela, aspirando a una condición en la que el hombre pueda desarrollar plenamente todas sus aptitudes y fuerzas creadoras, y donde su natural sentir y pensar no tropiece con ningún límite. Tal situación no será realidad hasta que el deseo de libertad del hombre sea compartido con sus congéneres y se base en una solidaridad mutua, sin privilegios ni desigualdades irritantes de castas o clases. Y es que toda libertad, todo derecho, aun cuando sean reivindicados y obtenidos con los medios más revolucionarios, acaban en la opresión e injusticia, si benefician sólo a grupos determinados y no a la colectividad en general.

La significación histórica del socialismo reside, según Nettlau, en que combate la injusticia económica y sus inevitables consecuencias en la vida social, aspirando a hacer de disfrute común los frutos del trabajo de la sociedad. Pero se ha de tener presente que la

aspiración más sincera a la igualdad económica, conduce inevitablemente a otra esclavitud tal vez peor si se descarta la libertad individual y se trata de constreñir la multiplicidad de las necesidades, y anhelos humanos sujetándolos a normas fijas. Un socialismo sin libertad individual no es sino una modalidad de la tiranía. Así como una libertad sin responsabilidad personal y solidaria engendra nuevos privilegios e injusticias. Es la conjunción de la libertad y la solidaridad colectiva la que dará la solución a los problemas sociales que hoy arrastramos. Por lo tanto, quienes descartan la libertad como mero prejuicio pequeñoburgués, como lo hizo Lenin, no comprenderán jamás ni el socialismo ni la justicia social. El ejemplo de Rusia ofrece la mejor prueba de ello.

Los movimientos sociales desde 1917 —escribe Nettlau— como todos los anteriores a esta fecha, en su fracaso de la consecución de verdaderos objetivos socialistas no demuestran, en manera alguna, que el socialismo resulta incompatible con el humano anhelo de libertad, sino que un socialismo que no responda a tal aspiración no es viable aun cuando cuente con todos los recursos de violencia e imposición. Y es que todo organismo necesita de una libre esfera de movimiento, sin la cual el estancamiento y la decadencia son inevitables. Esto lo han comprendido todas las clases sociales, aun cuando hayan usurpado el más omnipotente poder imaginable. El anhelo de libertad contra el abuso y el privilegio, no es sino la perpetua lucha por la extensión y el fortalecimiento de la misma en tanto que los sistemas rígidos del socialismo autoritario tratan de contener el impulso hacia la implantación de la verdadera justicia social. Es ilusorio creer que el hombre pueda renunciar a este anhelo de superación, puesto que al obrar así se privaría del avivador

elemento libertario. Por ello se explica que todo intento del socialismo autoritario para conseguir sus fines dictatoriales, tropieza siempre con la desconfianza de los pueblos, desconfianza que está inspirada en el certero instinto de libertad.

Por esa razón, el anarquismo era para Nettlau poco menos que una imagen, fiel en lo posible, de la sociedad perfecta del futuro, — ya que la perfección absoluta es una quimera, dado que la libertad busca incesantemente nuevas formas de expresión— una tendencia determinada dentro de la evolución social de la humanidad, que en todo tiempo, según nos informa la tradición, encontró, y encontrará, defensores conscientes.

Al fin y al cabo —opina Nettlau— podemos apreciar cuán insignificantes resultan nuestros conocimientos respecto al sinnúmero de años de la prehistoria, ya que no poseemos ningún dato ni evidencia exacta de lo que aconteció. Es en la leyenda, en las mitologías griegas y otras y en la propia Biblia donde encontramos reflejadas las luchas contra los desmanes de la autoridad. Los héroes de estas epopeyas libertarias son vejados por sacerdotes y bardos serviles; pero los pueblos les rinden, dentro del fantástico encanto de la leyenda, el merecido y eterno homenaje. Así: los ángeles precipitados de los cielos por rebeldes, Luzbel —la figura bíblica predilecta de Bakunin— portador de la luz; los derroadores de los titanes, arrojados del Olimpo; los humanos expulsados del Paraíso y malditos por Jehová, en castigo de haber comido el fruto prohibido del Árbol de la Sapiencia, o Prometeo, condenado al suplicio por Zeus, porque puso el fuego sagrado al alcance de los mortales. Todos son símbolos legendarios de la rebeldía

humana, grandiosas personificaciones de, para nosotros desconocidas, epopeyas libertarias de los tiempos anteriores a la historia.

El anarquismo, como lo concebía Nettlau, no era un sistema cerrado, dogmático, ajeno a la evolución; sino una forma del pensamiento, sensible a toda posibilidad en que el humano anhelo de libertad encuentre una expresión consciente y elevada. Bajo ese punto de vista, Nettlau contemplaba todas las concepciones y proyectos económicos que pretenden dar al hombre mayor libertad personal e independencia. El mutualismo, el colectivismo o el comunismo no eran, a sus ojos, sino medios conducentes a este fin, que habían de ser puestos a prueba, y que no pueden pretender una validez indiscutible. Por esta razón mantuvo su independencia ideológica, denominándose sencillamente anarquista, coincidiendo con su amigo y compañero Tarrida del Mármol, quien, a principios de la última década del siglo pasado, proponía un anarquismo sin adjetivos.

Nettlau no creía en la unidad del orden económico, y rechazaba, como incompatible con la libertad, todo sistema de economía dirigida. En verdad, no ha habido nunca una economía homogénea, ni en la época feudal ni en las que le precedieron. Tampoco el capitalismo ha sido jamás un sistema homogéneo. Lo que se entiende por ese inadecuado concepto, no es otra cosa que la actividad del capital para obtención de intereses y beneficios basada en la propiedad privada. Pero cuanto a las formas de la producción y del comercio se refiere, existe en el sistema capitalista un escalonamiento variadísimo: desde la gran propiedad agraria al cortijero arrendatario y pequeño cultivador; desde la gran planta industrial al artesano que trabaja en su propio hogar; así como el

sistema del contratista que explota la mano de obra, no siendo él más que un obrero calificado. Una prueba más de que no existe esa unidad económica, es la lucha que los pequeños industriales y el comercio al por menor sostienen hoy contra la economía dirigida de los poderosos carteles y trusts, remedos éstos del procedimiento de los grandes Estados modernos, cuya evolución conducirá, no al socialismo como creían los padres del materialismo histórico, sino a la peor de todas las tiranías económicas: al capitalismo estatal.

Opinaba Nettlau que en un verdadero sistema socialista se conservaría la diversidad de las formas de producción, ya que ellas se compenetrarían entre sí; insistiendo en que tal diversidad era fundamentalmente necesaria para dejar libre el paso a la evolución y proteger, así, la economía del anquilosamiento. Lo que propugna el socialismo no es la homogeneidad económica, sino únicamente la organización social de la producción y el consumo en una forma que garantice a cada miembro una parte equitativa del producto, y no permitir que nadie se enriquezca con el producto del trabajo de la colectividad. Para un verdadero socialista la economía debe ser un medio para satisfacer las necesidades del hombre y garantizar la independencia personal del mismo. Así lo entendía Proudhon al oponerse al proyecto de organización del trabajo, que ideara Luis Blanc. Con tal motivo escribió Proudhon estas transcendentales palabras: "Cuando ustedes hablan de organizar el trabajo, significa lo mismo que si se propusieran saltarle los ojos a la libertad."

Nettlau comprendía que el dogma de la homogeneidad de la economía no podía tener otra consecuencia que la de paralizar las fuerzas vivas y creadoras de la vida económica y de obstruir sus múltiples posibilidades de formación. Sólo al desconocimiento de esta verdad se debe que muchos socialistas de hoy vean, en las

teorías monopolistas del capitalismo moderno, el paso previo para la realización del socialismo, no percatándose de que si esas tendencias llegaran a triunfar, acabarían en un avasallamiento de los pueblos sin precedentes en la historia.

Cuando el imperialismo capitalista aspira a una uniformidad general, tanto en lo moral como en el sentido del gusto, con el fin de colocar los artículos standard; cuando el ideal del capitalista, por ejemplo, el norteamericano, ha llegado a ser el que cada norteamericano use el mismo tipo de ropa, consuma la misma clase de víveres y profese las mismas opiniones que posibiliten el intercambio con cualquier otro conciudadano, exactamente como las partes de las máquinas producidas en serie, como irónicamente decía van Doren, es entonces cuando vemos que hay socialistas que propugnan por que el hombre sea convertido en un ente uniforme, sin pensamiento ni libre determinación, en hombre—máquina, como lo desea el Estado y la burocracia en su función de contribuyente y gobernado: obediente autómata a los controles de mando.

Nettlau era enemigo resuelto de las denominadas teorías unitarias, cualesquiera que fuese el sector ideológico que las propusiera; su prevención a estas teorías le llevaba a sospechar en una intención exclusivamente proselitista, con el fin de aumentar el número de los afiliados de un partido a expensas de la independencia de los demás. En efecto, todas esas propagandas de unificación se proponen, por bien intencionadas que sean, la imposición absoluta de una sola idea o tendencia, inspirada en el viejo fanatismo exclusivista: "Yo soy tu Dios, el único verdadero y al que debes adorar solamente".

Es en la diversidad de las ideas, de pensamientos, de iniciativas y actuaciones donde precisamente radica la fuente perpetua de todo progreso ético y social y el avance hacia formas más elevadas de vida. Así como la Naturaleza, ignorando la homogeneidad, crea un número infinito de especies y familias que forman un todo multiforme, igualmente existe en la historia de las sociedades humanas una riquísima diversidad en todos los estratos de la actividad social en los idiomas, las artes, la religión, la ciencia y la filosofía, las costumbres, las tradiciones, los sistemas del Derecho y las instituciones: una infinita gama de estructuraciones y modalidades que se resiste a cualquier norma rígida, a cualquier intento de ajustarla a un patrón único. Ello explica también por qué en tiempos en que esa multiplicidad de las expresiones vitales humanas, favorecida por la impotencia de los grupos gobernantes para reducirla, tropezaba con un mínimo de liberalidad, la cultura vivía momentos de apogeo; mientras que en períodos de desenfrenado despotismo, invariablemente se producía un marcado descenso cultural en todos los aspectos. La cultura y el intelecto humano necesita de la libertad para poder manifestarse en toda su amplitud y maravillosa diversidad.

El peor enemigo de la libertad y de todo progreso social es el dogma, consecuencia, en la mayoría de los casos, del fanatismo en la creencia unitaria de la posesión de la verdad absoluta, válida para todos e indiscutible, y, por esa misma razón, destinada a convertirse en el enemigo jurado de todo progreso. Cualquier despotismo, sea religioso, político u otro, debe menos su existencia a brutales medios de imposición que a la sorda fe en su irrevocabilidad, que alimentada y fortalecida sistemáticamente por los gobernantes, termina por instituirse en fundamento de la educación, en hábito y tradición. Tan pronto como esa fe irreflexiva pierde su predominio y el respeto

servil de las multitudes se va derrumbando, la fuerza por sí sola ya no basta para mantener el prestigio de las instituciones tradicionales. Estas cederán tarde o temprano ante conceptos nuevos y tentativas de renovación social, ya que han perdido sus soportes morales, infundiendo a sus propios defensores la indecisión y la debilidad, por lo que se ven obligados a adaptarse a las nuevas condiciones.

Las revoluciones no eliminan de golpe los viejos conceptos y tradiciones y no pueden impedir los efectos de ciertas supervivencias, en las que subsiste la mentalidad del tipo humano acostumbrado a dominar, y que no desaparecerán sino gradualmente. Así el dogma de la unidad resurge con diferente etiqueta, y los nuevos dueños del poder se inclinan fácilmente a rodearle de la aureola de la infalibilidad; hasta que ese nimbo, a su vez, palidece ante nuevos cambios. Esto no sólo se refiere a Iglesias y Estados, sino igualmente a los partidos políticos y movimientos sociales que creen poseer la verdad absoluta y pretenden imponerse a las demás tendencias, por más que la historia demuestre que ninguna pretensión de dominio ilimitado ha escapado al fracaso final, provocando invariablemente una nueva reacción y reveses desastrosos, como hoy lo vemos en Rusia. Allí, en lugar de aceptar la idea de que es la diversidad de los fenómenos sociales la que ofrece la mejor garantía de una próspera cooperación de todos, el bolchevismo, como los sistemas anteriores, no supo hacer otra cosa que intentar una quimérica unidad que, enemiga declarada de ninguna otra experiencia, le impide distinguir la paja del grano.

Los procedimientos aplicados hasta ahora —dice Nettlau— corresponden enteramente a la actual mentalidad del hombre, dominada por el Estado y la religión. Todo Estado es

exclusivista: todo cuanto existe fuera de su ámbito tiende a sojuzgarlo, a someterlo a su tutela, y, a ser posible, a incorporarlo a él.

Toda religión pretende poseer la verdad indiscutible, y la que se halla fuera de su dogma no es sino ignorancia y herejía. Cada nación es la más noble. De modo análogo, toda tendencia socialista es la que representa, en su criterio partidista, la verdadera doctrina y táctica revolucionaria, y considera un deber sagrado la imposición de las mismas. El socialismo ¿permanecerá siempre dentro de ese círculo mágico, conducente a inútiles disputas, continuos rencores o a la dictadura? ¿Se decidirá a romper el sortilegio?

De quien aspira siempre a la exclusividad en una forma u otra, apenas se puede esperar equitativa comprensión para la convicción ajena. La intolerancia será la característica destacada de su pensamiento y de sus obras, por más que hable de la libertad, inconcebible ésta sin tolerancia y derechos iguales para todos. El mayor progreso ha sido realizado, precisamente, en aquellos terrenos en que el pensamiento logró con éxito más rotundo librarse de la tutela externa, reconociendo en la diversidad la condición necesaria de los procesos naturales. Mientras que en las otras esferas el espíritu retrógrado, el prejuicio y la intolerancia continúan imperando, con el resultado de cerrar el paso a cualquier nueva perspectiva de evolución.

Lo primero es válido no solamente para la ciencia, sino también para todos los aspectos del arte y la literatura y para todos los campos del pensamiento independiente e imparcial; y asimismo para las innúmeras asociaciones voluntarias que, cada una a su manera de ser, existen unas al lado de otras,

completándose y desarrollándose solidariamente, con espíritu resueltamente adverso a la tiranía de las viejas tradiciones y de las formas inmutables. Aun los pensadores más independientes están, sin duda alguna, expuestos al prejuicio y las influencias intelectuales del medio ambiente social, las cuales frecuentemente se perciben en sus ideas. Empero, como en su esfera de actividad no disponen estos pensadores de ningún poder para imponer sus conceptos particulares a los demás, el efecto de aquellos no será nunca tan funesto como en el mundo de la política, donde la coacción y la violencia siguen dominando y la intolerancia hacia la opinión ajena tiene fuerza de ley. Por muy influenciado que resulte el servidor de la ciencia por las doctrinas autoritarias, no le queda otro recurso que el de defender sus ideas con las armas de la lógica y la discusión, tolerando la oposición de donde quiera que venga. Cualquier otra conducta es inconcebible. Una dictadura en la ciencia es tan inimaginable como en el arte, la literatura o cualquier otro campo del pensamiento humano. Una teoría científica o escuela artística surge, a menudo, de determinadas corrientes contemporáneas y llegan a tener influencias poderosas; mas no pueden suplantar las tendencias rivales por la fuerza y tienen que enfrentarse a ellas en un plano de igualdad. Ninguna teoría dentro de la ciencia representa la ciencia entera; ninguna escuela artística puede presumir de abarcar totalmente el arte. Cada una forma parte de un amplio conjunto, derivadas de las tendencias que lo integran. Ahora bien, un estado en que múltiples tendencias e individuos actúen en cooperación al servicio de una finalidad, disfrutando de derechos iguales, educa al hombre en la tolerancia y comprensión. Es en este

ambiente de respeto mutuo entre los hombres, donde el acuerdo libre y la solidaridad son las bases de la convivencia, la libre investigación y la actividad creadora son verdaderas fuentes del progreso.

El que tal condición haya de producir resultados idénticos en lo económico y en lo social es una verdad reconocida ya por muchos y atestiguada por miles de asociaciones e instituciones en todos los campos sociales. Explica, asimismo, por qué sistemas de poderío tan señalados como la Iglesia y el Estado, han tenido que hacer, en el transcurso de los tiempos, contra su deseo, concesión tras concesión. Han pasado los tiempos en que el pensamiento humano se hallaba completamente sojuzgado por conceptos teológicos, pudiendo la Iglesia imponerle al hombre las verdades eternas de la divina providencia mediante la inquisición y el quemadero. Todos los grandes movimientos de la democracia y el liberalismo contra el despotismo de los príncipes en los siglos XVII, XVIII y XIX, nacieron de la necesidad de mayor libertad económica y política. Todas las conquistas espirituales y sociales en las tres últimas centurias se lograron, no porque la Iglesia y el Estado renunciaran a sus privilegios y poderío, sino debido al impulso irresistible de la evolución universal de la cultura.

Todo cuanto los hombres han consignado en la Declaración de los Derechos del Hombre y en las nuevas constituciones desde la caída del absolutismo monárquico, se inspiraba en la idea de dar bases sólidas a esas conquistas sociales y políticas, para impedir cualquier retroceso a eras de esclavitud e intolerancia. En esta labor se demostró, en múltiples

ocasiones, que el Estado no era el instrumento apropiado para defender los derechos conquistados por el pueblo. Verdad que ya había sido reconocida por los adalides del liberalismo en Europa y América, los cuales, por tal razón, deseaban limitar los poderes del gobierno al mínimo. El Estado constitucional se redujo, en definitiva, a la división del poder ejecutivo y el legislativo; pero ni así se logró eliminar el resabio del yugo de la tutela, al que sólo se le dio una nueva fachada para cubrir su desnudez. Fue precisamente en la época de la democracia formal cuando el centralismo político tuvo su más conspicuo florecimiento, convirtiéndose, debido al nuevo espíritu nacionalista, en el precursor del Estado totalitario. El que esto pudiera suceder se debió, más que a ninguna otra causa, a que las tendencias totalitarias entraran en la lid política en nombre de la democracia y la unidad nacional, y manejando el señuelo de la liberación de los pueblos; pero, en realidad, estas doctrinas sólo condujeron a una mayor atomización de la humanidad en grupos antagónicos, ahondando las divergencias entre los pueblos y recrudeciendo los odios raciales, las disputas de orden económico y de mercados, todo lo cual lanzaba a los pueblos, con demasiada frecuencia, a dirimir sus cuestiones y rivalidades con la guerra.

Todo despotismo es odiado cuando se le reconoce como tal; pero siempre embaucará a multitud de gentes si, aquellos que lo personifican, logran darle un barniz de democracia y rodearlo con el nimbo de la libertad. El lema de los jacobinos de la República una e indivisa, causó, en el terreno político, las mismas desgracias que el capitalismo estatal, enmascarado de socialismo, en nuestros días. El hecho de que la humanidad no

haya podido recuperar un estado natural de equilibrio durante los tres últimos siglos, y se haya visto sacudida continuamente por conmociones revolucionarias y contrarrevolucionarias, prueba lo falso de esa unidad con la que se pretende afinar todas las expresiones vitales de los pueblos en una sola ruta. Todo lo que se ha conseguido con este funesto empeño es retrasar la evolución de la sociedad hacia verdaderas metas de libertad y equilibrio social. Y es ésta la causa de esas conmociones, que sobrevienen siempre que los procesos naturales de desarrollo social han llegado a un estado tal de ahogo, que tienen que crearse una atmósfera de mayor libertad por la fuerza.

Más ni la revolución puede crear nada nuevo por sí sola. Realiza solamente, en grado más o menos completo, lo que en la conciencia humana haya tomado forma de determinada convicción, impartiendo a la revolución su meta y orientación. Y es que la revolución no es sino cierta expresión del proceso social, y sólo se convierte en hecho cuando la resistencia de las viejas autoridades a toda innovación se hace insoportable. Por mucho que una revolución triunfante pueda impulsar el progreso social, será siempre una lamentable necesidad por el número de víctimas que cuesta. Así lo comprendía incluso Bakunin, quien fue designado, por los que ignoraban su pensamiento, como “revolucionario por amor a la revolución”.

Las revoluciones sangrientas —escribía Bakunin— son en algunos casos necesarias debido al espíritu obtuso de los hombres; pero son siempre lamentables como una desgracia, no sólo por las víctimas, sino también para la pureza y elevación de la causa en cuyo nombre se realizan. Los actos de

venganza personal y el derramamiento de sangre quizá no puedan ser evitados, equiparándolos a los estragos causados por una tormenta; mas ello no será nunca moral ni útil. Jamás partido político alguno ha sido aniquilado por la matanza. Este bárbaro procedimiento ha resultado ineficaz para acabar con las clases privilegiadas como individuos. El privilegio encarna menos en los hombres que en la posición usurpada por las clases privilegiadas merced a sus instituciones, principalmente el Estado y el monopolio de la economía. Para realizar una revolución eficaz es menester atacar las causas y sus relaciones mutuas, eliminando las instituciones de la explotación y de la tiranía. Sólo por este procedimiento se evitará destruir vidas humanas y exponerse a la inevitable reacción que provoca toda matanza en cualquier sistema de sociedad. Mas para poder proceder con sentido humano y no comprometer el triunfo de la revolución, es preciso ser implacable con respecto a símbolos, privilegios e instituciones. Ahí está todo el secreto de toda verdadera revolución.

Max Nettlau compartía este concepto bakuniniano. Como historiador había penetrado en las causas y esencias que germinan las conmociones revolucionarias, razón por la cual rechazaba la fe en una revolución que de la noche a la mañana trasladara a la humanidad, en un salto imposible de tiempo, a un milenio de progreso y libertad, calificándolo de mesianismo religioso propio de siglos pasados, y que fatalmente conducía a conclusiones falaces. Pues la revolución como tal no crea nada nuevo. Sólo quita del paso lo viejo y podrido, despejando el camino hacia nuevas realizaciones. Y el valor y la utilidad social de esas realizaciones dependerá siempre de la madurez de pensamiento y de la voluntad creadora de los revolucionarios. Por eso Nettlau rechazaba la infantil idea de un

derrocamiento completo de la vieja sociedad, mediante el cual surgiría milagrosamente, de las ruinas, la sociedad nueva. Como conocedor de la Historia, sabía que ésta sólo nos habla de continuidades y transiciones, y nunca de rompimiento radical con el pasado y todas sus formas tradicionales de la vida social. Ni las más grandes conmociones históricas han podido romper los nexos de continuidad de la plasmación social. Todo cuanto lograron fue darles rumbos nuevos.

En verdad, ningún sistema es tan despreciable que los hombres se vean obligados a renunciar al patrimonio que les deja. Y es que la sociedad no es, de ningún modo, tan sólo una eterna repetición de formas de gobierno que se concatenan como los eslabones de una cadena sin fin: es el organismo fecundador de toda nuestra civilización, la cual no puede perpetuarse de generación en generación y producir formas nuevas si no por medio de la convivencia social de los hombres. Acumula, en cualquier época, multitud de conocimientos y experiencias que nos traspasan la continuidad de la cultura humana y de las que nosotros no podemos prescindir, pues nos son tan necesarias como el aire y el pan. Aunque los frutos de la evolución cultural no benefician por igual a todos los componentes de la sociedad, porque las instituciones de una autoridad determinada lo impiden, sin embargo no es posible que nadie se sustraiga a su influencia ni a los cambios sociales que engendran.

Todo hombre, sea cual sea el estado social a que pertenezca, se caracteriza por el ambiente social y la época en que vive. Por eso, la influencia de la sociedad en conjunto resulta incomparablemente más fuerte que los sedimentos producidos por los antagonismos de clase y los intentos de segregación artificial del nacionalismo.

Siempre es la cultura espiritual de la época en que nos desarrollamos la que nos imprime el sello más indeleble, hallando su expresión en el pensamiento filosófico, la ciencia, el arte y en los conceptos éticos de la era. Se han hecho intentos de crear una cultura proletaria, un arte proletario y hasta una moral proletaria, lo cual equivale a fantasear con una concepción nacionalista del universo, con una teoría de evolución burguesa o con una matemática o física aristocrática. El que un artista o escritor elija sus temas en la vida de los trabajadores, no convierte su obra en arte proletario, como no lo es el pensamiento de un moralista que dedica sus reflexiones éticas a las clases humildes, abogando por la justicia social.

Nettlau, que siempre consideraba a la sociedad en su conjunto total, daba tan poco crédito a las denominadas misiones históricas de ciertos grupos sociales, como a la existencia de pueblos escogidos, aunque reconociera que tal grupo ideológico podía, favorecido por determinadas circunstancias, influir y determinar en su sociedad, y hasta extender estas influencias a otros pueblos.

Para nuestro amigo la evolución social no era un proceso mecánico, que procede de manera uniforme en todos los lugares y con arreglo a leyes fijas. Para él este proceso era un devenir gradual, más o menos acelerado, o retrasado en algunas ocasiones, por convulsiones políticas o sociales; pero determinado siempre por el grado de entendimiento humano existente. Esa verdad explica la presencia, en todo período histórico, de miles de fenómenos de la mayor diversidad, activos ora como supervivencias del pasado, ora como núcleos de formas nuevas y compelidos a la mutua aceptación de una manera u otra mientras no se produzca otro cambio. Es verdad que la voluntad humana no puede crear normas nuevas de existencia caprichosamente y cuando así lo desea; pero no es menos

cierto el que, en muchos casos, las condiciones más propicias no se aprovechan por no existir esa voluntad innovadora y cuando los hombres no saben estar a la altura de las circunstancias, —verdad conminada cabalmente por los acontecimientos de la primera guerra mundial.

Precisamente porque Nettlau no se dejaba embaucar por la teoría de la revolución social como panacea de todos los males de la humanidad, consideraba que el éxito de toda innovación violenta de la sociedad y el valor del avance que se realice, corresponde siempre al nivel cultural de sus promotores. No le descorazonaron ni le hicieron dudar de la firmeza de sus ideales los reveses políticos o sociales, aunque lamentara y sufriera en propia carne las consecuencias de los mismos. Así lo demostró en aquellos días terribles en que el fascismo se adueñó del poder en Italia y en Alemania; en el aplastamiento de la revolución española, última esperanza de Europa, sofocada con el exterminio de cientos de miles de españoles; o en los angustiosos días precursores de la segunda guerra mundial. Acababa yo de enviarle la edición inglesa de mi libro *Nacionalismo y Cultura*, al que me respondió Nettlau con una larga carta en la que expresaba su modo de ver la situación creada en Europa:

Zurich, 18 de febrero de 1938.

Querido R. R.: Me encuentro en viaje a Ámsterdam, viaje que he realizado por motivo de mis libros; desde anteayer soy huésped del doctor Brupbacher, el cual me pide que le salude en su nombre.

El buen Doctor se conmovió mucho cuando le describí el efecto de su carta a usted. He observado que el doctor

Brupbacher está muy inquieto por los acontecimientos internacionales que se avecinan. El no cesa de hacer algo de manera individual o en colectividad.

No está en sus manos poder hacer cosas grandes, pero si todos se mostrasen tan activos como él, estaríamos en situación mejor. De esto puede Ud. Estar seguro. [\(17\)](#)

Ha tratado Ud. toda la evolución de la Humanidad en su libro y señalado cuán lento es el progreso.

Pero ¿cómo hubiera podido ser más rápido en los doscientos años de este último ciclo? Sencillamente no hubo el impulso, las fuerzas necesarias. La técnica puede multiplicar las fuerzas mecánicamente; la publicidad, *bourrer les crânes*; el fanatismo puede hacer cera y pabilo de millones; pero las fuerzas espiritual y éticamente valiosas no se producen de una manera tan mecánica. La naturaleza misma no está adaptada para tal cosa: hay inmensas estepas de hierba, pero no campos de orquídeas. El telescopio y el microscopio de los siglos XVI y XVII no han hecho al hombre, colectivamente, más inteligente, a pesar de los records de la velocidad en la técnica de hoy en día. Los campos de patatas y centeno no podían producir rosas de la noche a la mañana, por la sola razón de que ello hubiera sido más hermoso; tampoco surgió de las multitudes un socialismo verdadero por la sola razón de que tal hecho hubiera sido beneficioso, razonable y ético.

De la misma manera que en el Sur o en el clima alpino, las plantas producen flores más bellas y vigorosas, así nació el anarquismo meridional, alpino o subalpino al lado del socialismo de las estepas y del gélido sindicalismo

escandinavo. Estocolmo, Barcelona, y otrora el Jura, son los que engendraron esas tres formas. París, en cambio, ofrece una verdadera mescolanza de gran urbe, algo muy revuelto. En nuestros medios, Karlsruhe y Maguncia han producido otros tipos que Berlín y la Alemania central [\(18\)](#). Inglaterra produjo muchas cosas bellas. Y es que la historia del espíritu es también historia natural, y así pueden sobrevenir catástrofes como la de dejar que las ratas de los canales, o sea todas las fuerzas destructoras y fascistas, destrocen las rejas del alcantarillado; enorme imprudencia cometida por la megalomanía del proletariado. Ahora esas ratas están devorando, cual plaga de langosta, cuanto hay en la tierra, y cazando a los hombres como lobos. Infinitas oportunidades han sido desaprovechadas o mal empleadas. Y lo peor es que nadie tiene la honradez de reconocer esta realidad, sino que continúan masticando el viejo repollo y trillando la paja vieja, por lo que no se vislumbra término a esta situación.

Como Ud. ha observado —lo cual señala con acierto en su folleto, que recibí por conducto de *Freie Arbeiter—Stimme* [\(19\)](#), dentro del pretendido socialismo, uno se enfrenta casi siempre con enemigos comunistas, trotskistas, estropajos de la ralea de los... *embusqués*, o entes completamente absorbidos por lo local. Así que ¿de dónde podemos esperar que venga algo útil? Comienzos magníficos los de España en 1936; no perdidos, ciertamente, pero lo mismo que las heladas destruyen la flor del manzano, así el socialismo político, bien lo sabe Ud., obstaculizó allí el progreso del movimiento.

Su folleto es de gran valor, pero ¿quién podría convencer a...? [\(20\)](#) Esa clase de gente sigue cabalgando en sus principios, su caballito de madera. Los demás no significan nada. Hombres buenos van a batirse. Otros ayudan sin ostentación. Todo es poco. Un país se está desangrando desde hace diecinueve meses —y no es el único.

¿Qué ha de ser de Viena y de mí? ¿Habré de compartir la suerte de R. R. o de E. M.? [\(21\)](#) Tengo deseos de saberlo. De cualquier manera ya no se habla de mí. Es lo mejor que me puede ocurrir. Sé que Ud. sabrá contestar a mis cartas con habilidad, lo que es más necesario que nunca para mi seguridad. Que crean que, viejo y con mala salud, voy de acá para allá, pero alejado de toda actuación, como se debe vivir ahora en Europa. Y que no hablen de mí, es lo único que deseo.

El socialismo ha perdido en estas circunstancias todo su valor de actualidad. Toda la casa, la tierra entera arde, y el que se aparte de la labor común o se distraiga con otros temas, incluso el socialismo, no coopera, no ayuda y se vuelve nocivo. Como durante una epidemia, una inundación u otros desastres, se precisa la cooperación de todos. El haber edificado el ideal sobre el espíritu de clase, fue una locura, manía de exclusivismo que condujo al presente marasmo.

De Saint Simon a Marx: una caída desastrosa de la que Bakunin no pudo salvar más que una parte, y de ésta sólo unas porciones de España son las que existen aún para nosotros.

Todo lo demás —bueno para reformas, como Kropotkin admitía siempre todas las reformas con tal de que no pretendiesen ser socialistas a lo socialdemócrata— sólo ha tenido el mérito de crear algunos elementos humanos, y de éstos hay que partir. El resto es hoy maculatura, los hombres y los escritos, los programas y las organizaciones.

Esta carta fue escrita en los momentos en que Nettlau experimentó la más grande decepción de su vida, lo cual se advierte claramente en cada renglón. En cada palabra late la pena de un hombre que sabía que, después de la derrota de la revolución española, ya no existía en Europa fuerza capaz de enfrentarse a la barbarie del fascismo. Sabía que estaba de por medio algo más que el porvenir del movimiento obrero y los intereses de clase: lo que estaba en peligro era el patrimonio cultural de muchos siglos de labor, heredado por la Humanidad de generación en generación, en su espinoso camino desde un pasado remoto hasta nuestros días. Comprendía, según me decía en una de sus últimas cartas: “que la más bestial codicia, cual gigantesco e insaciable vientre, es, en realidad, el causante de la barbarie de hoy.”

Por estas razones, Nettlau tenía tan mal concepto de lo que denominaba socialismo de estepas, algo que crecía sólo en anchura y no en profundidad, y que “contentaba a sus adictos con santos folletos al modo de las congregaciones religiosas, creando una uniformidad de pensamiento incapaz de producir nada grande, y que, a fin de cuentas, no era más que un instrumento de predominio de ciertas camarillas”. Era una degeneración del socialismo, que sofocaba cualquier ideal y que, consciente e inconscientemente, había contribuido a la gran crisis cultural. Ese descenso de verdaderos valores éticos inhabilitó al socialismo para la creación de

algo verdaderamente revolucionario e innovador, aun cuando los acontecimientos sociales, después de la primera guerra mundial, le ofrecieron una oportunidad que no se presenta con mucha frecuencia en la historia. Por eso, lo único que logró en Rusia fue sustituir un despotismo ancestral por otro de flamante etiqueta; en Alemania, devolver, por su increíble ineptitud y falta de decisión, el poder a la reacción, hasta que finalmente el Tercer Reich, la barbarie moderna, hundió en la ruina y la desesperación a Alemania y lanzó al mundo a la más terrible conflagración bélica, cuyas consecuencias nadie es hoy capaz de predecir.

Fue esto lo que hizo decir a Nettlau que, en esas circunstancias, el socialismo había perdido todo su valor de actualidad. En efecto, toda la casa, la tierra entera ardía. No se trataba ya de una cuestión de clases: toda la civilización estaba amenazada y todos los problemas sociales habían perdido su sentido mientras las ratas no fueran recluidas a las alcantarillas y muladares de la sociedad.

Nettlau combatía todo dogma, como petrificadas verdades de ayer, y de las cuales no podían surgir nuevas formas de existencia, siendo un obstáculo a todo progreso. En la opinión de nuestro amigo, no había sistema o doctrina social lo bastante amplio para abarcar todos los aspectos de la vida humana, ya que la evolución social no conoce término alguno, siendo la vida misma un cambio eterno, una renovación continua. Cuanto más multiformes sean las relaciones, más grande es el progreso en general. Las pretendidas verdades absolutas son siempre funestas y reaccionarias, pues son contrarias al pensamiento, el cual aspira a lo ilimitado y no tolera ser aprisionado en la camisa de fuerza de los dogmas. Toda idea, incluso el anarquismo, puede convertirse en dogmática si no sabe renovarse. El nombre o la etiqueta, por sí solo, no ofrece ninguna

garantía contra la osificación ideológica y la esclerosis del pensamiento. Es por lo que Nettlau siempre lamentaba el que tantos compañeros se contentasen con el anarcocomunismo, en lugar de examinar una y otra vez las ideas, adquiridas y de buscar nuevos caminos, evitando así el entorpecimiento mental.

Los mejores creían en Kropotkin como los otros en Marx — me escribió en cierta ocasión meditando en cosas pasadas,— y hasta un Elíseo Reclus les parecía sospechoso. Y eso que Kropotkin mismo tenía un espíritu mucho más amplio y juicioso que el de sus admiradores, y el verdadero obstáculo lo eran las buenas gentes que no conocían de él más que unos pocos folletos, con cuyo bagaje intelectual les bastaba para renunciar, por el resto de sus vidas, a pensar por sí mismos, exactamente lo mismo que los marxistas o los creyentes con la Biblia.

Ninguna idea, ningún movimiento ideológico escapará a esta suerte si no se examinan incesantemente a sí mismos, ensanchando su campo de visión doctrinal, haciéndose cargo de todas las nuevas conquistas del pensamiento y, con ello, descubrir nuevos horizontes. Porque es preferible cometer errores que renunciar al pensamiento propio. Todo yerro puede ser rectificado y remediado por la experiencia; para el pensamiento anquilosado no hay remedio. Ningún conocimiento nuevo tiene verdadero valor si no se compenetra con la conciencia del hombre y es de provecho para la colectividad en general. Así lo comprendían, en opinión de Nettlau, todos los grandes pensadores del siglo XVII, los enciclopedistas franceses y los filósofos liberales y sociológicos de Inglaterra. Por eso arremetieron, con el hacha de su crítica, contra todos los conceptos tradicionales, y, atentos siempre a darle al pensamiento humano un

lógico punto de partida, buscaban afanosamente los cauces del progreso en interés de la sociedad en conjunto. Lo mismo anhelaban los precursores del socialismo, razón por la cual hacían hincapié en el carácter ético de sus aspiraciones. Aun no se pensaba en los conceptos abstractos de la clase, raza o nación, pues se sentían vinculados al género humano en general, al que era preciso elevar moral y culturalmente para que se compenetrara con el socialismo. Entonces coincidían con Gustavo Landauer cuando decía: "El socialismo es la tendencia de los hombres de voluntad solidaria para crear cosas nuevas por amor a un ideal".

Tal modo de pensar cambió más tarde, cuando la evolución intelectual se concentró, con ritmo creciente, sobre la ciencia aplicada y la técnica, y perdieron de vista, muchos de los exponentes de esa evolución, los valores éticos y los de la sociedad colectivamente vista. Así se angostó el progreso general, reduciéndose primordialmente a las esferas de la técnica y la industria, y eliminando, gradualmente, de las aspiraciones progresistas las reivindicaciones de carácter ético y social, relegándolas al lugar de los abstractos artículos de fe. Por eso hemos visto que la evolución técnica e industrial no ha mejorado la situación del pueblo trabajador, como lo había soñado Saint Simon. Esta evolución tecnológica carecía de las premisas éticas precisas para que su labor beneficiara a la sociedad en su conjunto.

Y es precisamente en la época del tecnicismo cuando surgen las teorías más insociales, cual si se pretendiera armonizar la conciencia humana con la mecanización: la teoría demográfica de Malthus, declarando inevitable la pobreza y tratando de convencer a los desposeídos de que "la mesa de la vida no estaba puesta para todos"; el darwinismo social, que pretendía convertir el derecho del

más fuerte en la ley natural de la sociedad; la doctrina nietzscheana de la voluntad de poder, que conceptuaba a la compasión con el estigma del crimen. Sin olvidar todos los nuevos sistemas de economía política, que desconociendo las esencias morales y creadoras del trabajo humano, sólo lo justipreciaban como una mercancía más. Pero lo más lamentable es ver como un pretendido socialismo científico declara que tal evolución técnica —que en realidad era la transformación de los procesos de trabajo sobre bases de mecanización al servicio del gran capitalismo—, es el escalón necesario para la realización del socialismo, fatalismo dictado por las leyes naturales de la evolución histórica y que no puede desviar la voluntad humana. Este fatalismo económico no fue ajeno al engendro de aquel desolador “socialismo de estepa”, el cual sólo piensa en fórmulas, por ser incapaz de toda inquietud elevada y propia, ya que carece de fe en sus propias fuerzas. “Quien no piensa por sí mismo, ha de supeditarse al pensamiento ajeno”, —decía Nettlau— y acaba por ser conejillo de Indias para los experimentos de la política de turno.

Nettlau no era fatalista; pero sabía que no se podía lograr nada nuevo sin principios morales y un pensamiento independiente, y que, aun en las circunstancias más favorables, cualquier transformación social fracasaría si faltaba el espíritu de audacia, idealismo y voluntad de acción. Por más que los representantes del dogma rígido y de los conceptos de evolución mecánica, lo calificaran de sentimentalista, él sabía que el idealismo era la expresión más elevada de la ética, la que, justamente por aspirar a lo imposible, crea lo posible y estimula continuas inquietudes de superación.

Su anarquismo era la lucha contra todo dogmatismo, aun del que se pudiera manifestar en el propio campo ácrata; rebeldía serena, pero inquebrantable, de ardiente inconformidad ante los hechos consumados y ante la resignación fatalista de las multitudes; ferviente defensor de la libertad por íntima convicción, sabiendo que es ella, la libertad, el manantial inagotable del que brotaron todos los grandes cambios que registra la Historia y la fuerza motriz que impulsa al hombre en su afán de progreso.

III

NETTLAU Y EL MOVIMIENTO OBRERO

La visión que tenía Nettlau del obrerismo era notable por diversos aspectos, y difiere considerablemente de los conceptos sostenidos por numerosos socialistas, e incluso anarquistas. Su posición en este punto es consecuente con su lema del progreso en toda la línea, que nunca perdía de vista, pues opinaba que protegía al movimiento obrero de la parcialidad y del formulismo estéril, los cuales necesariamente lo arrastrarían a reveses de todo género. El olvido del progreso en general y la limitación de la política a los intereses de clase produjo, a la larga, resultados funestos, causando una confusión de conceptos que impedía “ver el bosque a través de los árboles” y que, a menudo, originaba conclusiones completamente incompatibles con las esencias del socialismo.

La idea socialista —me escribió Nettlau en cierta ocasión— pertenece a la humanidad entera, por tener como fundamento el mejoramiento de ésta. Tal aspiración sólo puede lograrse elevando el nivel moral colectivo, ya que no es exclusivo de la clase obrera, como los medios de producción no es ético que pertenezcan a determinados individuos. Tanto el progreso como los medios de producción deben ser para todos, y sólo así es beneficioso

colectivamente el tecnicismo, el trabajo y la cultura; por la misma razón que lo nocivo es la pereza y la mente obtusa.

El concepto de clase no era para él más que un expediente teórico, tan inseguro y problemático como el de raza. El límite donde termina una clase y comienza otra es, en la generalidad de los casos, tan difícil de determinar como la transición de una a otra raza humana. Y es que estas teorías no designan más que una clasificación global, de la que nunca se podrán deducir conclusiones seguras y válidas en la condición del individuo. Tales nociones, puramente abstractas, conducen siempre al propio engaño y a un retorcimiento del pensar, del que los marxistas son un caso típico. El antagonismo de clases salta a la vista cuando un representante de la alta banca o el gran capitalismo industrial es confrontado con un simple jornalero. Mas, entre el obrero y el potentado capitalista de nuestros días, hay un escalonamiento de clases y subclases difíciles de determinar y clasificar, ya que éstas, igual que el humilde trabajador, están sujetas a un salario y bajo la explotación del gran capital. Ni siquiera los mismos obreros forman una clase social homogénea, pues se dividen en grupos de intereses diversos y, frecuentemente, antagónicos: el artesano independiente y el jornalero; el empleado técnico y el comercial; el capataz y el obrero fabril. Y no olvidemos la rivalidad entre el obrero ocupado y el sin empleo; que se manifiesta en el deseo del uno de conservar su puesto, y del otro de desplazarle en el afán de hallar ocupación a sus brazos. Fue en las prolongadas crisis industriales que se produjeron después de la primera guerra mundial en casi todos los países, en las cuales se pudo observar a qué extremos llegaba ese conflicto de intereses.

Pero el peor de los engaños es creer que de la pertenencia de un hombre a tal clase, se pueden deducir determinadas disposiciones

intelectuales y morales. El solo hecho de que una mayoría de los pensadores socialistas fueran de origen de clases acomodadas, fenómeno manifiesto con relación a los impulsores de pretéritos movimientos populares, debía obligarnos a examinar las teorías con más detenimiento, en lugar de contentarnos con superficiales generalizaciones. De ser la tan cacareada conciencia de clase una realidad y no una colosal alucinación, hace tiempo que ya se hubiera acabado con el capitalismo y sus instituciones de dominio y explotación, pues no se concibe sistema alguno capaz de resistir la presión de millones de obreros políticamente organizados en el mundo entero, cuando a éstos los anima una conciencia clara y la voluntad de acción revolucionaria. El que tal cosa no haya ocurrido hasta ahora, es la mejor prueba de que la denominada conciencia de clase no es más que una frase vacía, buena para embaucar a incautos; pero endeble ante un examen serio.

Lo que ha tenido mayor influencia en el proletariado son las instituciones y corrientes culturales contemporáneas, en cuyo ambiente se desenvuelve, las cuales tienen más arrastre que sus intereses de clase. Así lo han demostrado los años que siguieron a la primera guerra mundial. El rápido crecimiento del fascismo en casi todos los países no fue, como los movimientos de la reacción en tiempos pasados, la obra de un reducido núcleo de individuos, sino un movimiento de multitudes que contaba con la adhesión de grandes sectores de la población trabajadora. Y fue precisamente en Alemania, donde más que en ninguna parte se fantaseaba de la conciencia de clase del proletariado, donde una pandilla de gangsters de la política pudo asaltar el poder sin encontrar resistencia y desafiando a millones de trabajadores organizados. Este hecho, por sí solo, basta para demostrar la falsedad de la tan traída y llevada conciencia clasista.

No se diga que los obreros fueron engañados, pues tal argumento ratifica la opinión de que el pertenecer a determinada clase no crea, en manera alguna, una conciencia específica ni distinta de la de otros grupos sociales. La teoría de una conciencia proletaria es un mito semejante al de las fórmulas del moderno alquimismo racial, el cual pretende haber hallado, en el origen antropológico del hombre, la razón discriminatoria de razas.

Lo que el hombre es como ente racional no se determina por el grupo social a que pertenece, sino por lo que ha sabido hacer de sí mismo. No se puede desarrollar ningún sentimiento de personalidad si se carece de inquietudes morales y afanes de superación. Sin estos acicates éticos el hombre es un muñeco subordinado a la disciplina estúpida, a la atrofia mental, fácil de manejar y moldear por los jefes de la Iglesia, el Estado o el Partido. El hombre que no tiene criterio propio servirá siempre de pedestal de las ambiciones ajenas.

El procedimiento eficaz para fabricar en serie conciencia clasista lo ha patentado, en estos veinticinco años últimos, el marxismo moscovita. En el Kremlin, la conciencia de clase se destila como en una fábrica de licores, siendo embotellada y rotulada con arreglo al uso que se le destina. Al desgraciado a quien de esta manera se le confecciona la tal conciencia, será el altavoz de las ideas de sus mentores, y condenará hoy lo que exaltó ayer, sin que le inquiete el temor al ridículo, pues no es más que un autómatas al que no se puede pedir cuenta de sus actos y palabras. Recibe órdenes o consignas de los sabios del Kremlin, instrucciones que acata sin la menor duda ni averiguación. Sólo así puede explicarse el hecho de que los malabaristas del circo ruso, desparramados por el mundo —y que en realidad no son más que agentes del Estado ruso—, motejaran la segunda guerra mundial como crimen imperialista, y a

Roosevelt y Churchill como neofascistas; para más tarde, cuando Hitler viola el pacto de no agresión establecido con la Rusia soviética e invaden el territorio ruso las huestes nazis, justificar esa guerra declarándola de liberación de las naciones del terror fascista; ese mismo fascismo que Molotov, con eufemismo diplomático, definió anteriormente como cuestión de gusto. Los conscientes de clase se tragaron esta rueda de molino con la misma naturalidad con que, anteriormente, se habían tragado las más absurdas y contradictorias consignas de Moscú. Para cerebros de mentalidad tan monstruosamente deformada, no se conoce remedio.

Del mismo mal se han visto aquejadas las demás tendencias marxistas del movimiento obrero, debido a sus manejos con la infecciosa teoría de la conciencia de clase.

Afirmamos que es absurda la teoría de que la clase social por sí misma posea conciencia o cualidades psíquicas peculiares. En todas las esferas de la sociedad existen individuos con ideas, disposiciones y conceptos a cual más diversos. En el proletariado encontramos reaccionarios, filisteos y obtusos incurables. Y en él, igualmente, surgen hombres con inteligencia despierta, profundo sentido humano y elevado idealismo.

Si un obrero se distingue por sus inquietudes intelectuales, su amor a la libertad y a la dignidad humana, no debe esos preciosos dotes a su condición social, sino a su desarrollado sentimiento de la propia estimación y a su íntima convicción de la justicia, virtudes que imparten, a su actuación y pensar, un contenido y una finalidad.

En las luchas obreras por mejoras de salario hemos visto como los huelguistas han tenido que enfrentarse, en muchos casos, con enemigos pertenecientes a su misma clase —rompehuelgas,

esquiroles. Se puede argüir que el rompehuelgas suele ser un desgraciado al que la miseria impele a traicionar a sus camaradas. No negaremos esta realidad; pero también es una realidad que hay individuos que hacen del esquirolaje una profesión, ofreciendo sus viles servicios a la burguesía: como lo hacen los denominados sindicatos amarillos, los *pinkertons* y otras organizaciones de parecido pelaje, constituidas todas ellas para dificultar al obrero la lucha por el pan cotidiano. Esto es un testimonio más de que la formación moral del hombre no la determina su condición social.

Si las castas privilegiadas y dominantes no contaran más que con sus propias fuerzas para mantener sus privilegios, hace mucho tiempo que el sistema actual sería cosa del pasado. El que las clases privilegiadas recluten sus esbirros y guardias en las filas del proletariado, es otra demostración de que la conciencia de clase no pasa de ser una cómoda hipótesis. Y que esto fue en todas las épocas lo podemos constatar en las páginas de la Historia: todas las tiranías políticas y dogmáticas hallaron, entre las clases oprimidas, su apoyo más valioso.

Si el movimiento socialista, no obstante sus gigantescas organizaciones, va perdiendo gradualmente su capacidad revolucionaria, se debe principalmente, según Max Nettlau, a que los socialistas se acomodaron, en casi todos los países, a las instituciones y la política de los Estados capitalistas; constituyéndose, en diferentes ocasiones, en los forzados defensores de estos sistemas con los cuales nada tenían de común sus aspiraciones. Al tratar de conquistar el poder político para la realización del socialismo, fueron ellos los conquistados por el Poder. La rutina del parlamentarismo acabó por desfigurar sus aspiraciones, minimizando su programa socialista hasta tal grado, que en la

actualidad son un partido más en el fuego político al uso de los Estados capitalistas. Y cuando el tan ambicionado Poder se les vino a las manos, después de la primera guerra mundial, nada verdaderamente socialista fueron capaces de realizar; para ser más tarde barridos por el aluvión fascista, al que no fueron capaces de detener.

Nettlau veía en el obrerismo un magnífico instrumento para una finalidad más elevada. Nunca le consideró, en sí mismo, como un fin o agente exclusivo de la liberación social de la humanidad. En su opinión, los sindicatos obreros eran un arma de lucha necesaria dentro del orden capitalista, un dispositivo de protección inmediata contra los abusos del capital y del Estado. Como tal, Nettlau los apreciaba plenamente. Empero, porque sabía que las meras luchas por un salario mejor, sean cual fueran las proporciones que alcancen estas luchas, no pueden derrocar jamás el sistema capitalista, conceptuó la educación revolucionaria y socialista de los trabajadores como la labor más importante. Cuanto más claramente comprendiesen los obreros que no eran sino una parte de la sociedad, y que su emancipación plena sólo pueden lograrla con la liberación de la colectividad entera, tanto más fecunda y decisiva resultaría su influencia sobre el progreso en general. Mientras los sindicatos se limiten a procurar a sus afiliados las pequeñas mejoras posibles dentro del orden capitalista, éste no tendrá ningún temor por la estabilidad de sus instituciones, ya que el mejoramiento económico es uno de los fundamentos del sistema burgués. El anhelo de todo capitalista es, en definitiva, el de producir con el menor costo y vender al precio más alto posible. Por su parte el obrero, que dispone únicamente del valor de su trabajo, procura obtener, por iniciativa personal o a través de su sindicato, el realizar su producción con la mayor cotización. En ambos casos se sigue un

procedimiento enteramente capitalista, el cual nada tiene de común con las ideas socialistas. Uno y otro, capitalista y obrero, persiguen beneficiarse personalmente, sin importarles que este beneficio sea a expensas del consumidor. Y las cosas no pueden suceder de otro modo, mientras el trabajador se vea obligado a buscar su sustento dentro del sistema económico actual. Ni los sindicatos obreros animados por verdaderos principios revolucionarios podrán, por sí solos y en las actuales circunstancias, cambiar fundamentalmente el sistema económico de especulación que hemos expuesto, Pero lo que sí pueden los sindicatos es aleccionar a los obreros demostrándoles que la liberación y dignificación del trabajo será una realidad, cuando éste beneficie a la colectividad en general. La gran mayoría de las organizaciones del mundo entero cifran sus aspiraciones en conquistar el derecho del free bargaining (contrato libre) con el patrono; dándose por satisfechas cuando ese derecho no es mermado por las intervenciones del Estado. Tales actitudes no conducen a verdaderos cambios sociales. Conducen, por el contrario, a un ajuste cada vez más sólido del sistema actual, pues hace que el proletariado discurra por los senderos característicos del capitalismo. Lo que realmente necesita el proletariado es una evolución de su conciencia social y tener comprensión de su responsabilidad ante la sociedad, dando de lado una artificial clasificación de grupo, que por adjetivarse proletaria, no demuestra su eficacia.

El sindicato de tipo común queda satisfecho con poder trabajar en las condiciones estipuladas entre su sindicato y el patrono. Sus intereses, en la generalidad de los casos, no son siquiera de clase; sino simples intereses profesionales. Nada le importa de la utilidad social del producto que elabora, ya que la responsabilidad no es suya. Día tras día salen de sus manos laboriosas productos y

materias que son nocivas para la sociedad y que socavan la salud de sus congéneres. Es absurdo atribuir al capitalismo todos los males e injusticias, Cuando uno mismo no tiene sentido de responsabilidad para juzgar, en interés de la colectividad, el beneficio o utilidad del trabajo en que nos ocupamos. Pero esa cualidad de responsabilidad moral no surge por generación espontánea en el hombre. Es preciso adquirirla en un constante proceso de superación cultural. Sólo se llega a la dignidad de hombre, en todo su valor de ser racional, cuando se tiene un concepto claro de la responsabilidad de nuestros actos. Y el hombre así dotado, no dará, en ningún momento o circunstancia, su conformidad al absurdo estado de cosas que hoy impera en la sociedad humana.

Fueron estos problemas los que Max Nettlau planteó en una de las reuniones mensuales del Grupo Freedom, celebradas en Londres. Al poco tiempo su disertación fue publicada en folleto titulado *Responsability and Solidarity in the Labour Struggle*, siendo traducido a numerosas idiomas. Es uno de los escritos menores de Nettlau más difundido. Nettlau expuso sus puntos de vista respecto al obrerismo, en los días en que el sindicalismo revolucionario estaba en pleno auge en Francia. También en otros países los trabajadores se mostraron asequibles a esta teoría, provocando una verdadera elevación ética del proletariado. La acción directa, como contrapartida a la vacua actuación parlamentaria de los partidos socialistas, interesó por entonces a amigos y enemigos. Muchos problemas que habían caído en olvido desde los días de la Primera Internacional, renacieron para ser reconsiderados en miles de actos públicos, artículos de prensa y folletos. Debatíanse los temas de la huelga por solidaridad, el sabotaje, la huelga general revolucionaria, el militarismo y otros de no menor interés. Hasta en las moderadas Trade—Unions de Inglaterra se hacía sentir la influencia de las

nuevas ideas, estimuladas por la Sindicalist—League, fundada por Tom Mann, Guy Bowman, Ted Legatt, Robert Williams y otros líderes sindicales británicos. Este grupo de luchadores no se proponía destruir las antiguas Uniones; sólo aspiraban a infundir a estas organizaciones ideas nuevas y métodos más eficaces de lucha. El éxito de su labor se reveló, un par de años más tarde, en los grandes movimientos huelguísticos que sacudieron a toda Inglaterra y cuyos resultados prácticos abrieron los ojos del proletariado hacia nuevos conceptos en su actuación.

Repetimos que fue en esa época de efervescencia obrerista, cuando Nettlau planteó sus opiniones sobre el obrerismo, temas que hasta entonces apenas si habían sido tratados. Recordó a los trabajadores que la defensa de sus intereses no lo era todo; que tenían además una responsabilidad ante la sociedad. Les demostró que podían, aun dentro del orden social presente, combatir ciertos males que contribuían continuamente a la degeneración moral y física del pueblo. Atacó la inmoralidad del trabajo antisocial, realizado por cientos de miles de seres humanos, que rebaja la dignidad de las masas al escalón más denigrante sólo para multiplicar las ganancias del patrono.

Estoy hablando —escribe— de la gran masa de obreros que hoy degradan la dignidad de su trabajo en la construcción de casas insalubres o en la producción de ropas y alimentos de la más ínfima calidad, los cuales son un verdadero insulto para la consideración y la salud colectivas. ¿Quiénes son los que edifican los slums (barrios bajos)? Peor aún ¿quiénes son los que, edificando viviendas infectas, sirven de continuadores de la inicua explotación de los humildes? ¿Quiénes fabrican las telas innobles, los productos alimenticios inmundos, de los

que son únicos consumidores los pobres? ¿Quién engaña al pueblo vendiéndole productos y alimentos de la peor calidad, engaño que sólo conduce a enriquecer al burgués? Esta labor antisocial, grandemente perjudicial para la colectividad, y sobre todo para los pobres, la realizan miles de trabajadores sindicados de la industria de la construcción y de la textil. El fraude, el engaño al comprador lo realizan los empleados de los almacenes y tiendas. A mí me indigna semejante proceder. Y no valen las excusas mientras no se reconozcan los errores y se demuestre con hechos que hay el deseo de remediarlos.

Sabemos las disculpas que alegarán los afectados por mis palabras: "Tengo que hacerlo, pues no soy libre para escoger mi trabajo. Si yo no lo hago lo hará otro. Yo no saco de ello ningún provecho; prefiero realizar un trabajo más útil, pero no lo encuentro. Yo no tengo ninguna culpa; la responsabilidad es del patrón, que es quien me ordena lo que he de hacer".

Son las mismas excusas que aduce cualquier mercenario, y mientras sean aceptadas como justificante, las cosas seguirán tal como están y no veremos nunca llegar la hora de la justicia, y la explotación del hombre por el hombre y las iniquidades que hoy presenciamos no tendrán término. Tan inicuo es el envenenamiento lento por malos alimentos, como el asesinato de huelguistas por los esbirros del capitalismo. Uno y otro caso son verdaderas vergüenzas para la Humanidad, a las cuales hay que poner fin antes de pensar en ningún otro mejoramiento.

Es esto lo que yo entiendo por responsabilidad del obrero en su actividad productora. Y afirmo que denigra más al obrero irresponsable de su trabajo que a las víctimas que

ocasiona su falta de escrúpulos. Nadie pone en duda que el policía o el soldado, por su oficio de cazadores de hombres en que siempre interviene la brutalidad y el homicidio, forzosamente se degradan y embrutecen. No vacilo en declarar que es el mismo caso de los obreros ocupados, de manera continua, en ramos de la industria y del comercio que viven del engaño y el fraude a la sociedad... Creo muy difícil que estos individuos puedan curarse de la secuela, que en su moral, deja esta práctica diaria. Todos los obreros aborrecen al espía y al delator, y tienen la más dura condenación para el esquirol. Ese aborrecimiento hay que extenderlo a todo trabajo antisocial, a toda labor que perjudica y arruina la salud del pueblo.

Es mi deseo encontrar métodos de lucha, comprendidos y aceptados por las grandes multitudes del pueblo y susceptibles de establecer un verdadero vínculo que una al pueblo, contra sus depredadores, con finalidades de dignidad, libertad y solidaridad colectiva. Creo que la huelga es un método eficaz y que los obreros deben emplear para manifestar su repugnancia a todo trabajo o labor considerada antisocial. En resumen: Mi propósito es establecer una cooperación más estrecha y solidaria entre los trabajadores y la generalidad de la población consumidora. Ello resultaría altamente beneficioso para todos y determinaría un cambio sensible en la conducta egoísta del capitalismo. No ignoramos que una acción de la naturaleza señalada no extirparía de raíz las injusticias y males sociales. Ninguna huelga puede conseguir tal meta, como no sea una huelga general que, merced a circunstancias propicias, se convirtiese en revolución social. Pero la práctica continua de estos actos de protesta en

beneficio de la sociedad, servirían para atraerse la simpatía y adhesión del pueblo.

Por desgracia el concepto de responsabilidad y de propia estimación es cosa poco común entre las grandes multitudes de víctimas del sistema actual. Despertar las conciencias a esos conceptos de superación ética debe ser una de las tareas primordiales de los sindicatos y de los socialistas.

Opinaba Nettlau que los obreros eran los primeros en beneficiarse con tales acciones, creando entre productores y consumidores un estrecho lazo de solidaridad, el cual apenas si hoy existe. El éxito de tan plausible empresa sería de consecuencias más útiles que las de andar invocando una inexistente conciencia de clase. Si es inevitable que el obrero venda, en las actuales circunstancias, el esfuerzo de sus brazos, que por lo menos haga cuanto le sea posible por no vender su conciencia y su dignidad. Lo cual ocurre hoy, por desgracia, con mucha frecuencia, sin que las organizaciones obreras tomen ninguna medida para acabar con ello.

En mi opinión —escribía Nettlau— se trata, en primer lugar, de despertar en ellos (los trabajadores) la propia estimación de su dignidad. Logrado esto, serán ellos los que por propio impulso rechazarán realizar ningún trabajo dañino para el pueblo, de la misma manera que rehúsan hacer el bajo papel de esquirol o de delator. Es cómodo decir: Eliminen primero el sistema capitalista, que el sentimiento social surgirá después espontáneamente. Pero ¿quién acabará con ese sistema? A nadie de nosotros nos convence la teoría marxista de que los capitalistas acabarán por devorarse entre sí, librándose el mundo del último de su especie.

Uno de los aspectos más admirables de Nettlau era el de que no dudara nunca en decir sus cuatro verdades a los obreros, censurando todo aquello que lo mereciera en la actuación de éstos. Desdeñaba adular a los obreros, como es costumbre de los demagogos, quienes lo aprueban todo cuando se trata de hierba crecida en campo proletario. Y es que para él, la medida de todas las cosas lo era el hombre y no la clase. Sentía el mayor aprecio para el obrero como individualidad consciente que, desafiando penalidades y miseria se afanaba por adquirir una amplia cultura con que ensanchar sus horizontes morales, poniéndola al servicio de la liberación humana. En cambio, profesaba una opinión muy baja respecto al proletariado que dejaba transcurrir toda su vida indiferente a toda causa noble, al igual que el burgués común, atento únicamente a su estúpido egoísmo. Por eso, Nettlau exigía a los obreros más altura de pensamiento, más responsabilidad social, fundido todo ello por el espíritu de rebeldía contra toda injusticia, pues ellos serían los más beneficiados en caso de una revolución social. Lo que les proponía no era cosa imposible, sino el resultado lógico de sus meditaciones encaminadas hacia un porvenir más digno, hacia la liberación humana, metas que no es posible alcanzar sin espíritu solidario y de abnegación. Un socialismo que embauca al hombre con lejanas promesas sin incitarle a salir al paso de los abusos e inmoralidades del actual sistema, no tenía a sus ojos más valor que las falaces promesas de las religiones.

El que quiere crear algo nuevo debe estar animado de íntimo entusiasmo. Lo que parece imposible a los espíritus pusilánimes, es, en muchos de los casos, carencia de voluntad creadora y de impulso moral. La magnitud de los medios nace siempre de la magnitud del pensar y de la convicción íntima que se tenga de la obra que se quiere emprender. El que se contenta con amontonar imposibles,

acabará por perder toda aptitud de realización, aun teniendo a su disposición la organización más fuerte del mundo. Hasta la organización más poderosa es puesta fuera de combate cuando carece del *élan* que da alas a la voluntad y evita el anquilosamiento orgánico. El número por sí solo no cuenta, según señala Nettlau acertadamente en su ensayo titulado "Sobre los límites de la organización" (*Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires). Donde la organización se convierte en finalidad, que es lo que ocurre a la mayoría de las agrupaciones obreras, fenece el espíritu idealista y se atrofia el pensamiento. El infinito cúmulo de ceros no creará jamás un denominador. La organización o sindical no pasará de una entidad mecánica, sin alma, por grande que sea el número de sus afiliados, mientras no evolucione en asociación viva, en donde cada miembro realiza una función y es parte responsable de la comunidad. Donde esto no ocurre, el hombre no es un asociado con derechos y deberes iguales. Es instrumento dócil en manos de los líderes, en los cuales delega todos sus derechos y su responsabilidad; un subordinado que se resigna a que otros se erijan en albaceas de sus destinos. La sagacidad con que Nettlau planteó estos problemas fue demostrada por los acontecimientos de estos últimos treinta años. Toda la hueca palabrería de la lucha de clases, de la solidaridad internacional y otros tópicos no menos manidos, se puso en evidencia por su ineficacia al estallar la primera guerra mundial, pues vimos como las organizaciones obreras hacían el juego a los Estados beligerantes. Tampoco el movimiento obrero fue capaz de impedir el desarrollo del fascismo, causa inmediata de la segunda guerra mundial. Nettlau no encontraba otra explicación lógica a tan lamentable fenómeno, que la asimilación gradual del obrerismo del ideario nacionalista. Razón por la que no disimulaba su escepticismo frente a todos los denominados movimientos de masas, en los que la cantidad

aumenta a expensas de la calidad. Sería erróneo, sin embargo, colegir de este escepticismo que Nettlau repudiara la acción de las multitudes. Aplaudió siempre estas acciones cuando las vio poseídas e impulsadas por un elevado espíritu de regeneración social.

Desde este punto de vista juzgó nuestro amigo el sindicalismo. Reconocía plenamente sus méritos y cualidades, pero tampoco silenció sus censuras cada vez que lo estimó útil para los intereses de este movimiento. Su opinión sobre este tema la expone en su boceto biográfico de Fernand Pelloutier:

Es indudable que Pelloutier realizó, en el breve transcurso de su existencia, una gran obra. Creó lo que tantos socialistas habían soñado, planeado y predicado: la agrupación efectiva de grandes núcleos obreros para la lucha contra el capitalismo y el logro de la emancipación por sus propios medios y esfuerzos. Cuando tan loable obra comenzaba a dar sus frutos, fue obstaculizada por la acción nefasta de los liderillos políticos, quienes desorientaron al obrero y le hicieron perder, apenas despierto a las nuevas concepciones socialistas, lo único que puede liberarle y que ni el capitalismo puede arrancarle: la confianza en su propia fuerza. Procedieron estos políticos del mismo modo que lo hacen los sacerdotes de todas las sectas religiosas, los cuales se autoproclaman mediadores entre los creyentes y dios; es decir, como diputados ante el Estado y el capitalismo. Una vez conseguido el voto del trabajador, no se preocupaban para nada de su miseria, como no sea para engañarle en las próximas elecciones. Era preciso poner fin a esa burla que se hacía con el pueblo. Así lo sentía por aquel entonces todo hombre honrado de Francia, desde Vaillant, quien expresó su protesta

lanzando una bomba que, no haciendo ninguna víctima, en cambio le llevó al cadalso; hasta los allemanistas, élite del proletariado parisiense que se enfrentó espontáneamente al parlamentarismo; así como lo mejor del obrerismo, que no quería seguir siendo juguete de los políticos. Todos respondieron a la iniciativa de Pelloutier y sus amigos, impartiendo a sus Bolsas de Trabajo y a la Federación lo que podemos llamar el verdadero sindicalismo revolucionario. Fue, primordialmente, un proceso de depuración moral efectivo: se eliminaron las telarañas y los parásitos. El diputado, acostumbrado a encontrar allí sus electores más sumisos, fue desplazado por completo; se puso fin al vergonzoso compadrazgo con los caciques locales, consejeros municipales, etc. Por fin, el obrero se percató de que es el trabajo —manual, intelectual o artístico— el fundamental pilar de la sociedad; y los parásitos de ésta la burguesía, el rentista y todo el aparato del Estado con su cohorte de zánganos. Todo socialista auténtico sentía esta verdad, pero sólo los anarquistas lo expresaban públicamente desde hacía tiempo. Y ahora, a mediados de la última década del siglo XIX, grandes núcleos obreros se aprestan a organizarse para seguir estas ideas.

Aquello fue una gran sorpresa para todos. Recuerdo que fue al comienzo del verano de 1894, cuando estando yo en Londres nos anunció Emile Pouget, director del periódico *Père Peinard*, buen conocedor del obrerismo francés, el cambio producido: la liberación de los sindicatos del yugo guesdista; el antiparlamentarismo de los ya mencionados allemanistas y la resuelta y acertada actuación de Pelloutier. Kropotkin se entusiasmó. Tcherkesov se sintió en el séptimo cielo.

Malatesta se mostró más escéptico, opinando que todo aquello no evitaba la revolución. Los compañeros ingleses del Grupo Freedom manifestaron alegría y abrigaron grandes esperanzas. Todos interpretaron los acontecimientos como demostración evidente de que los anarquistas estaban en buen camino y que el pueblo trabajador, guiado por su instinto, secundaba esta labor. No podía ser de otro modo, puesto que la anarquía y la evolución natural en todo organismo sano, se completaban entre sí para formar un todo armonioso.

Nettlau describe a continuación las duras luchas que fue preciso librar:

Hasta que las nuevas corrientes ideológicas penetraran incluso en la CGT. Expulsado el adversario de su primera posición —el guesdismo—, hubo que enfrentarse y tomar por asalto otro reducto —el reformismo. Por algún tiempo pareció que las tendencias revolucionarias habían triunfado en el seno de la CGT; pero éstas declinaron bajo los turbios manejos de León Jouhaux.

Haré una observación —prosigue Nettlau—, que creo errónea la versión de que Pelloutier había dado contenido anarquista al sindicalismo. Lo que hizo fue proclamar una verdad —aun cuando ésta disguste a algunas gentes—: que el trabajo, una vez libre de los obstáculos y parásitos (Estado y capitalismo), mostrará la tendencia natural a organizarse, libre e inteligentemente, sobre bases de mutualismo y solidaridad y con arreglo a las características que determina cada labor. Por lo tanto, es sindicalismo en cuanto al procedimiento, y anarquía porque es un estado natural de libertad y

cooperación, estado que se establecerá espontáneamente, después de eliminados los obstáculos, entre hombres sensatos. Así como la ciencia y las artes se han liberado del dogma religioso, de la rigidez de las reglas pedantes y de una moral estulta, así el trabajo acabará por librarse de sus tiranos el capital y el Estado. Todo aquello que dificulte esta liberación habrá que calificarlo lógicamente como factor reaccionario. Y esta misión poco loable ha sido, y sigue siendo, la del socialismo político.

Así, pues, no era posible que nadie injertara el anarquismo en el sindicalismo, ya que ambos son inherentes. Inversamente, fue empresa harto inútil y de corta visión querer introducir el sindicalismo dentro de la ideología ácrata, cuando era indudable que, una de las formas de organización del trabajo en un régimen de libertad, había de ser sindicalista; sin excluir, claro está, otros sistemas de libre cooperación, ¡Cuántas discusiones se hubieran evitado si estos temas hubiesen sido explicados con la penetración de Proudhon y Bakunin, con la claridad de los viejos internacionalistas como De Paepe y Guillaume, o con la convicción de un Pelloutier y de otros más modernos!

Tampoco el sindicalismo ha dejado de tener sus fallas. Las cometió poco después de la desaparición de Pelloutier. Pronto se dejó llevar por un deplorable exclusivismo, que tuvo su expresión en el lema: “El sindicalismo se basta por sí mismo”; fanfarronada que recuerda el “orgullo comunista de la infalibilidad”, observado en muchos de sus compañeros por el propio Carlos Marx —el de la primera época—, o la arrogante insuficiencia de la socialdemocracia alemana de los tiempos

de Engels—Kautsky, pareja a la soberbia bolchevista. Tal actitud conduce indefectiblemente al aislamiento moral, al estancamiento y a la atrofia; destino al que no escapó el engreído sindicalismo de aquellos años. Y este no era, en modo alguno, el pensamiento del Pelloutier que yo conocí.

La advertencia de Nettlau, apenas escuchada por aquellos días, no era infundada. El lema El sindicalismo se basta por sí mismo, se empleó, en principio, para expresar que el sindicalismo no necesitaba de la tutela de ningún partido político, y en este caso era sensata la frase. Pero más tarde se intentó interpretarla en el sentido de que el sindicalismo lo era todo, teórica y tácticamente hablando; no necesitando de ninguna influencia ideológica o doctrina social. Esto demostraba un exclusivismo y una presunción que no podía dar ningún buen resultado. Y fue, en efecto, censurado por muchos compañeros activos del movimiento. Yo mismo he declarado, en uno de nuestros congresos alemanes y en ocasión en que se abordó esta cuestión: “Nada se basta por sí mismo; ni siquiera dios, pues en tal caso no hubiera creado el mundo”. El solo hecho de que el sindicalismo no ha creado sus principios socialistas ni sus métodos, sino que no hizo más que discurrir por un camino que otros le han allanado, es la mejor demostración de que sensatamente no se puede hablar de “bastarse por sí mismo”. Ningún movimiento social puede alardear de tal suficiencia. Depende siempre de influencias externas, ya que tiene que estar atento a la evolución cultural de la humanidad en todos sus aspectos, y ha de hacerlo así si no quiere anquilosarse, como ocurre a todas las sectas religiosas, donde los adictos creen poseer la verdad absoluta. La independencia de una organización obrera es siempre conveniente y se debe conservar en todo momento; pero eso no significa, ni mucho menos, que se baste por sí sola. Ello sería

verdad en el caso, poco probable, de verdadera infalibilidad y que fuera totalmente ajeno a toda influencia e inquietudes que puedan emanar del medio ambiente que le rodea. Cuanto más se compenetre un movimiento social con este medio ambiente, en sus inquietudes y necesidades, mayor será el servicio que prestará a la causa de la liberación humana. El dogmatismo, el hermetismo frente al mundo que nos rodea y la suficiencia son obstáculos en el camino de la superación individual y colectiva. Estos exclusivismos son fomentadores del absolutismo, especialmente en una época tan dada al autoritarismo como lo es la nuestra. Nosotros debemos aclamar toda acción contra el privilegio económico y la tutela política, aun cuando los métodos empleados no se ajusten exactamente a los nuestros. Tomar lo bueno de dondequiera que venga y contrarrestar poder a la reacción en todos los terrenos y con todas las fuerzas afines; esta ha de ser hoy la tarea de todo movimiento libertario y de todo hombre amante de la libertad. Y, sobre todo, estar atentos siempre al progreso general de la sociedad y prestar apoyo decidido a todo cuanto sea capaz de acelerarlo. Muchos de los saltos atrás que se han registrado en la evolución de la humanidad, evolución o progreso en toda la línea que el siglo XVIII había auspiciado, se debe tanto al dogmatismo fatalista de Marx y al exclusivismo de clase, como a la estúpida codicia de la burguesía.

Nuestra consigna ha de ser la negación del particularismo y la suficiencia, y sí la cooperación con todos los grupos que, cada uno a su manera, se encaminen hacia la misma meta de liberación humana. Diversidad no es sinónimo de dispersión insensata de fuerzas. La diversidad es creadora de la experiencia aleccionadora, sin la cual no hay progreso social posible. Y, simultáneamente, crea la tolerancia mutua y fortalece el sentimiento de equidad y

solidaridad, virtudes todas precisas para apresurar la evolución hacia una sociedad libre.

Tal era, en resumen, la posición adoptada por Nettlau con respecto al obrerismo. Puede haber pasado por alto algún que otro detalle, ya que no tomó nunca parte activa en las luchas cotidianas. Empero, su misión de historiador, le permitió comprender el mecanismo de esas luchas mejor que muchos de los que participan activamente en ellas, ya que esa misma dedicación a la actividad no les permite captar las perspectivas generales de la evolución social.

De todos los movimientos obreros el que más atraía la atención de Max Nettlau, era el español. Estimaba en él la inteligencia con que había sabido matizar las aspiraciones libertarias de los obreros hispanos, con las características de un verdadero movimiento popular; y principalmente porque había creado, en su opinión, las condiciones propicias para una liberación general de todo el pueblo. Así, en mayo de 1932, me decía en una carta:

El dogmatismo marxista, que juzga el estado general de un movimiento obrero según el desarrollo industrial del país de referencia, no ha tenido, afortunadamente, ninguna repercusión en el obrerismo español. Los obreros españoles no sólo han vinculado sus aspiraciones a las viejas tradiciones federalistas de su país, si no que han dado al concepto de solidaridad colectiva una interpretación más elevada de la que se conoce y practica en otros, países, en los cuales se limita a simples intereses profesionales. Sus innúmeras huelgas exigiendo la libertad de los presos políticos —que en las condiciones actuales del obrerismo en los demás países, serían consideradas impracticables y utópicas—, demuestran su alto espíritu solidario. Verdad es que su técnica orgánica no

puede compararse con la alemana. Mas, por esa misma razón, han conservado un espíritu vivo que no ha podido adormecer ni corromper ninguna dinastía de líderes.

El excesivo tecnicismo orgánico ha hecho olvidar a los trabajadores de otros países —sobre todo en Alemania— a pensar por cuenta propia, perdiendo la voluntad de acción. Y es que el sentimiento solidario y la dignidad representan conceptos de educación revolucionaria más eficientes que todos los formulismos dogmáticos o unas enmohecidas teorías clasistas.

Son hoy los obreros españoles los únicos casi que mantienen vivo el espíritu de la Primera Internacional, lo cual produce resultados esperanzadores.

El mejor resumen de las opiniones de Max Nettlau sobre el obrerismo, lo ofrece su extenso estudio *Miguel Bakunin y el sindicalismo*, que concluye así:

Tengo, pues, la impresión de que muy poco del pensamiento y la voluntad de Bakunin ha quedado vivo en nosotros. Por grande que haya sido el desarrollo de las organizaciones y fuerzas revolucionarias y la ciencia del socialismo, el poderío del capitalismo, del Estado y de la reacción toda ha crecido en proporción igual. Y sin embargo, hoy como antes, el proletariado tiene en sus manos la clave de la situación: puede liberarse en cualquier momento si tal es su deseo, y no es fácil que llegue jamás a estar mejor organizado, mejor preparado para realizar esta misión, ni más explotado de lo que lo es hoy. Por ello que Bakunin aun nos podría dar muchas lecciones. Entre los adalides de la libertad

fue él el que concedió mayor importancia a la gran misión que espera al proletariado. Tomemos del gran idealista ruso el ejemplo de su energía de su voluntad de acción, y sigamos adelante nuestra tarea libertadora. Tal debía de ser hoy el verdadero anhelo de todo sindicalista.

IV

NETTLAU Y EL INTERNACIONALISMO

Del mismo modo que Nettlau demostró su independencia de criterio al opinar sobre el anarquismo y el obrerismo, así juzgó la cuestión del internacionalismo, tanto en su aspecto teórico como — que es lo importante— en su practicismo y contradicciones. Al igual que Proudhon, Bakunin y Kropotkin, no juzgaba los hechos únicamente bajo el ángulo de vista de una idea determinada, sino en sus conexos orgánicos y presumibles consecuencias. Así logró un campo de visión más amplio del que tienen muchas gentes, que se conforman con rudimentarios principios, y, desinteresándose del desarrollo íntimo de los hechos, juzgan los efectos globalmente con un criterio parcial o dogmático. En esta tarea le fueron de gran utilidad a Nettlau sus amplios conocimientos de los idiomas y las investigaciones que realizó para la obra monumental a la que había consagrado su vida. Al investigar en todos sus detalles el desenvolvimiento de las ideas y actividades libertarias en los diferentes países, se vio obligado a prestar atención a las circunstancias históricas en que éstas se producían. Así logró impartir a sus investigaciones carácter de visión universalista, limpia de toda tendenciosa prevención.

En un trabajo muy interesante, titulado *Nacionalismo e Internacionalismo*, Nettlau examina los orígenes de los pequeños

pueblos y de las grandes nacionalidades. Demuestra que ningún pueblo representa una especie política o cultural peculiar, sino que todo conglomerado nacional ha sido consecuencia de guerras, invasiones y de la fusión con otros grupos étnicos. Colige, por lo tanto, que todas las teorías sobre la existencia de naciones originales no son más que fantasía o mito, aceptados tácitamente como verdad demostrada. Si esto es aplicable a los pequeños grupos nacionales, tanto más validez tiene con respecto a los grandes, ya que cada uno de ellos no es sino una forma de expresión del Estado moderno, consecuencia de la política de unificación, de ambiciones de dominación y conquista, las cuales plasmaron en un conjunto político de múltiples pueblos de origen diverso. No es, pues, el llamado sentimiento nacional innato en el hombre. Es producto de la educación, como lo es el religioso. Así lo revelan claramente las consideraciones de Nettlau sobre las causas y evolución de las tendencias nacionalistas:

Desde tiempos remotísimos ya existían ideas religiosas, normas jurídicas y administrativas de índole despótica, así como estudios astronómicos de carácter primario; además cada pueblo tenía sus leyendas en las que glorificaba sus hechos guerreros, en forma análoga a la propaganda moderna del patriotismo por la escuela, la prensa y otros muchos medios de divulgación. Esta fue una de las fuentes del nacionalismo. Cuando los filósofos y los artistas griegos dieron al pensamiento y a las artes un gran esplendor, —sobre todo en las bellas artes, este esplendor fue un verdadero y fiel canto de la belleza humana—, vemos que esa brillante evolución filosófica y artística ensoberbeció al pueblo griego, y a tal extremo llegó su orgullo de suficiencia cultural, que escarnecía a las ramas menos favorecidas del conglomerado

nacional, donde tiene su origen el denigrante adjetivo de beocios o espartanos incultos, y a los demás pueblos, situados fuera de su zona de influencia, como bárbaros. Ahí tenemos otra fuente del nacionalismo. Este orgullo y soberbia nacionalista sufrió la afrenta de ver a la altiva Atenas dominada por Esparta. Más tarde, toda la Hélade se encontró bajo la férula de los semibárbaros macedonios. La desesperada defensa contra el despotismo persa dio alas al patriotismo belicoso, exaltando el orgullo de proteger unas instituciones en cierto modo libres. La cooperación y la solidaridad humanas eran desconocidas en aquella era, donde la esclavitud fungía con rango de institución respetada. Los pueblos se veían obligados a vivir arma al brazo, pues de no hacerlo así eran víctimas propiciatorias del saqueo, la destrucción y la servidumbre. Un rayo de luz en ese panorama sombrío fueron las federaciones de pueblos, las alianzas y tratados de defensa mutua, que tuvieron su principio en la salvaguardia del desarrollo comercial de Grecia.

Pronto, empero, Grecia se convirtió en parte del gran imperio de Alejandro de Macedonia. Más tarde, fue parte integrante de la dominación romana, y los patriotas griegos se resignaron de la pérdida de su independencia, esperanzados en que su superioridad cultural les garantizaba trato de preferencia dentro del imperio romano. Acabaron, en su mayoría, siendo imperialistas convencidos, en fomentadores de un internacionalismo falso: la solidaridad de los pueblos dentro del imperio y frente a los Bárbaros.

El cristianismo, que en su primera época de secta perseguida era una esperanza para los pueblos oprimidos y

para los seres humanos que sufrían el dolor de la esclavitud, degeneró pronto, bajo el control de un sacerdocio ambicioso, en una teocracia tiránica que doblegó a los pueblos, dentro y fuera de las fronteras romanas, a su yugo dogmático. Una vez más surgió un imperio universal con un patriotismo común, el de la religión oficial y la sañuda persecución de todo disidente —hereje, librepensador, pagano, es decir, de cualquier heterodoxo—, aquende o allende de las fronteras. En interés de la nueva fe absolutista se abandonó la antigua cultura, se abrió un abismo de odio entre Occidente y Oriente, se realizaron las Cruzadas con sus secuelas de horror. Y, transcurridos catorce o quince siglos, esa dictadura dogmática se consolidó nuevamente con la inquisición y los jesuitas. El movimiento cismático de la Reforma no modificó esta situación de sectarismo y odio, ya que a los protestantes de hoy en día los vemos arrastrar voluntariamente el yugo religioso.

Así se desconocieron, por más de un milenio, los antiguos conceptos universalistas del humanismo y el incipiente pensamiento cultural. Parecía como si la antigüedad no hubiera dejado más patrimonio que la ambición de dominio de Roma, la violencia y la crueldad. Por ello, cualquier Estado bárbaro, fuera grande o pequeño, únicamente aspiraba a ser una nueva Roma, y con las mismas características de aquel imperio en cuanto a rapacidad y hostilidad hacia los demás pueblos. Sólo la omnipresente Iglesia era respetada, pues ésta, lo mismo que hoy el capitalismo, contaba con un poderío que la hacía temible como enemigo. Los pueblos, en aquel tiempo, no eran nacionalistas ni internacionalistas, puesto que estos conceptos no significaban nada para ellos. No conocían

más que la servidumbre y la obediencia, siendo arrastrados a las guerras que el ansia de botín de los caudillos o el fanatismo de los sacerdotes fomentaba.

Verdad es que las ciudades intentaron llevar una existencia independiente, obteniendo, circunstancialmente, ciertas ventajas gracias a alianzas concertadas entre sí. Los campesinos se rebelaron contra la dura servidumbre a que estaban sujetos, rebeliones que estallaron en diferentes ocasiones. Todos estos intentos de liberación fueron sofocados por diversos procedimientos, y los Estados modernos, erigidos sobre las ruinas de las pequeñas nacionalidades e independencias locales, establecieron el cada vez más metódico régimen de fuerza de los siglos XVI—XVIII.

De esta manera, una inmensa parte de la humanidad resultó despojada de su pequeña patria, y sujeta a una burocracia que la gobernaba a capricho desde lejanos centros imperialistas. En estas circunstancias se beneficiaron algunas poblaciones, bien por su proximidad a las capitales imperiales o bien por su docilidad a la política de predominio. Y fueron estas poblaciones privilegiadas las que fomentaron el denominado sentimiento de Estado, renunciando a la antigua independencia local u olvidándose de ella. En otras, en cambio, las heridas recibidas no se cicatrizaron, y la nostalgia de lo perdido y el deseo de revancha constituyeron una nueva fuente de nacionalismo".

Así, pues, los intereses dinásticos, las intrigas de la diplomacia y la ambición de dominio han sido los fundamentos de los Estados modernos. Factor coadyuvante al

establecimiento de estos grandes Estados fue la influencia creciente de la economía, manifiesta desde que la producción traspasó los límites medievales de la industria y la autarquía local. Se impusieron las esferas de influencia apropiadas a las necesidades vitales de cada Estado. Ello se realizó primero en Francia, Austria—Hungría e Inglaterra— Escocia—Irlanda, y, durante el siglo XIX, en Alemania e Italia. Y hacía tiempo que eran una realidad en España y en Rusia. Turquía, tras una etapa de conquistas, entró en un período de continuas pérdidas territoriales. Los Estados escandinavos acabaron por verse reducidos a su extensión primitiva. Polonia fue, durante más de un siglo, borrada del mapa como nación soberana... Ante tales acontecimientos, el nacionalismo permaneció callado, puesto que hasta los más ardientes defensores de esta teoría se beneficiaron económicamente con tal situación.

Nettlau nos da, a continuación, informes de como frente al nacionalismo surgió otra teoría más universalista, atenta a los intereses de la Humanidad en su conjunto y que, exaltaba los puntos de contacto de todos los grupos humanos, demostraba que la evolución del progreso, en todos sus aspectos, no se podía confinar en los límites artificiales de ninguna clase de fronteras. Esa orientación, auspiciada ya por los humanistas de los siglos XV y XVI y promovida por el despertar de las ciencias naturales durante el siglo XVII, así como su aplicación, más tarde, en la técnica industrial, puso de manifiesto lo que había de mezquino en todo sistema de exclusivismo nacionalista. El nacionalismo imperialista tomó impulso con la degeneración de la Revolución francesa en dictadura militar bajo las órdenes de Napoleón. Fue este militar ambicioso el que sometió a su dominio grandes extensiones territoriales del continente europeo, acabando con la independencia de muchos

pueblos. Como reacción del yugo napoleónico, nació el llamado nacionalismo cultural, que “buscaba consuelo tanto en el cultivo romántico de la historia, tradición y peculiaridades locales, como en la evocación de pasados períodos de florecimiento de las artes y la literatura, de las canciones populares y de sus leyendas”. Si las cosas no hubieran pasado de ahí y se hubiese comprendido que, como decía Herder, “cada pueblo es una cuerda en el arpa de Dios”, una nota de la gran armonía universal, no hubiera alarmado a nadie; la diversidad de la vida popular en cada pueblo y nación debía contribuir a dar al progreso general un aspecto más rico en matices. Lamentablemente no sucedió así. De las peculiaridades tradicionales, y sobre todo de los diferentes dialectos de uso regional, se dedujo la necesidad de crear Estados particulares para cada grupo etimológico. El resultado fue una mayor división económica y política, introducida ya en Europa por los grandes Estados. Así el nacionalismo cultural adquirió, gradualmente, carácter de nacionalismo político, fenómeno instigado, en la generalidad de los casos, por las grandes potencias, las cuales se valían de las pequeñas naciones para el logro de sus ambiciones de hegemonía político—económica. Así lo atestigua la política seguida por los dos Napoleones, por Lord Palmerston y otros estadistas en los casos del pangermanismo, paneslavismo y otros movimientos similares.

Tanto la suerte de los nuevos Estados surgidos en la primera guerra mundial, así como la pugna de las grandes potencias por las esferas de influencia, pugna que continúa después de la segunda conflagración mundial y que cubre la historia contemporánea, ha demostrado, con claridad meridiana, que por este camino no se llegará jamás a la verdadera independencia e igualdad de trato de los diversos grupos nacionales.

Con tales medios no sólo se atomiza cada vez más la esfera económica general y se imposibilita una economía equilibrada, que es, a fin de cuentas, el fundamento de toda independencia cultural y social auténticas de los pueblos; sino que, los así libertados pueblos, no habrán conseguido mayor seguridad, ni más posibilidades de desarrollo para su llamada vida nacional, ya que el nuevo Estado suele seguir por las mismas sendas del antiguo, y la dominación extranjera es substituida, invariablemente, por la de una casta autóctona. El derecho de las minorías, defendido con tanto ardor por el nacionalismo cultural, deja, en los más de los casos, de ser respetado tan pronto como la nacionalidad oprimida logra constituirse en Estado propio. Es un hecho que la situación de las minorías en los nuevos Estados nacionales surgidos después de la primera guerra mundial, no sólo no mejoró, sino que, en muchos aspectos, se agravó a causa del recién despertado egoísmo nacionalista. Igualmente es una farsa la tan cacareada independencia de los pueblos de la Unión Soviética, ya que todos ellos están sujetos a los dictadores del Kremlin. La mejor prueba de la falta de libertad de esos pueblos, lo ofrece la represión sangrienta ejercida por los dictadores rusos en la República Socialista de Georgia.

Hemos de reconocer que Checoeslovaquia fue una excepción honrosa, lo cual fue debido, principalmente, a la amplia visión política y la gran influencia moral de Masaryk, que, en política, discurrió por las mismas sendas que Jefferson, y se inspiró en unas ideas muy distintas de las que animaban a la mayoría de los estadistas europeos. Empero, ni el mismo Masaryk, que no fue nunca plenamente comprendido por sus partidarios, logró poner freno a las rivalidades entre checos y eslovacos. El hombre que declaró: "La democracia es el intercambio de ideas". "Los Estados

sólo se conservan vivos por los ideales a los que deben su existencia". "¡Jesús y no César!". "La historia nos enseña que todos los Estados perecen por el chauvinismo político o religioso, o bien, por un chauvinismo de raza o de clase". "La revolución es legítima como medio de autodefensa. Humanidad no es pacifismo a cualquier precio". "Arrebatos sentimentales no son programas". Este hombre, Masaryk, ha sido siempre un extraño para su pueblo, como ha sucedido, en todo tiempo y en todo país, con los verdaderos pensadores.

Incluso en la actualidad se está dando un paso más hacia el nacionalismo. Inténtase poner fin al problema de las minorías expulsando a millones de seres humanos de sus antiguos hogares; lo que nos recuerda los bárbaros métodos de Atila, de Gengis Kan o de Tamerlán, solo que hoy se hace en nombre de la democracia y con el pretexto de libertar al mundo del fascismo.

Para los ciudadanos de los grandes países, la unidad política y nacional no ofrece garantías de seguridad personal o de mayor libertad. En tiempo de paz, ha de comprar esa pretendida seguridad con interminables preparativos militares a costa de una siempre creciente carga de impuestos; y basta con que sus gobernantes pierdan los estribos, para que estos pueblos sufran la misma suerte de ruina y miseria que hoy sufren los de Alemania o el Japón. Todo ello demuestra —y la Historia lo atestigua— que este problema no puede ser resuelto bajo el sistema de los Estados modernos. Nettlau tenía razón cuando decía:

El federalismo, la libertad y la paz se complementan; lo que ocurre igualmente con la soberanía del Estado, la coacción y la guerra. La primera serie se funda en la igualdad: igualdad para todos los signatarios de lo acordado libremente; respeto a la

libertad de los demás como si fuera la propia; estimación de la vida ajena como de la propia. La segunda serie es fruto de la desigualdad, el privilegio, la violencia y la imposición del derecho del más fuerte. Toda la historia antigua, y especialmente la contemporánea, se desarrolla dentro de la órbita de la segunda serie, que encaja con el nacionalismo belicoso y chauvinista, con el Estado centralista y soberano. La idea de Estado ha tenido siempre acalorados defensores: a más Estados, más burócratas y nuevas castas de políticos y gobernantes. —¿Qué más queréis? El capitalismo se sirve del Estado para proteger sus intereses y evitar toda competencia exterior. La clase obrera y los hombres de pensamiento libre, picando en el anzuelo de la independencia patria, se dejan encarcelar en el nuevo Estado, que, en muchos casos, es más tiránico y explotador que los sistemas de dominación extranjera.

Nettlau estudia también el problema del idioma, el cual, en su carácter de filólogo, le era bien conocido. A ese problema, al ser ventilado por la mayoría de los nacionalistas como punto de partida de sus aspiraciones, se le dio una importancia exagerada. Nettlau demostró que no se debía juzgarlo únicamente desde el abstracto punto de vista jurídico, sino teniendo en cuenta el valor práctico de todo idioma. Toda lengua es, en realidad, un medio de expresión para nuestro pensamiento y sentir, y, por tal, un medio para fines más elevados, como es facilitar el desarrollo de la cultura en todas sus manifestaciones. Esto es lo más importante, y sólo esto. No es el idioma como tal lo que importa, sino la idea y el pensamiento que expresa.

En verdad, el idioma no ha constituido nunca un problema serio ni siquiera para los pueblos sojuzgados por una dominación extranjera. Es el nacionalismo el que ha hecho un problema de ello. El vernáculo de ningún pueblo ha sido nunca afectado seriamente por un régimen de conquista. Aun allí donde el conquistador ha cometido la imprudencia de oponerse a su uso en los territorios conquistados, consiguió, en la generalidad de los casos, exactamente lo contrario de lo que pretendía: que el idioma se convirtiera en símbolo de la resistencia de los pueblos sojuzgados. En aquellos casos en que un idioma desapareció, ello se debió a otros motivos y circunstancias, y que afectaron, muchas veces, a los conquistadores y a los conquistados.

Las civilizaciones superiores crean, naturalmente, idiomas más desarrollados que las primitivas. A este hecho no pudieron sustraerse ni los conquistadores victoriosos cuando al abandonar, durante y después de las migraciones, sus antiguos lares, invadieron países que ya habían alcanzado un mayor nivel cultural. Así los godos, normandos, francos y otras innumerables tribus que, por la fuerza de las armas, habían ocupado la Galia, Italia, Sicilia y la Europa sudoriental y sudoccidental, perdieron gradualmente el uso de su propia lengua y adaptáronse al idioma de los pueblos por ellos dominados. Son numerosísimos los casos que como éstos nos presenta la Historia, y todos demuestran que la influencia cultural resulta infinitamente más poderosa que la fuerza de la espada. Lo que peligra realmente en los pueblos bajo la dominación extranjera, no es el idioma de éstos, sino el desarrollo económico y social, sobre todo tratándose de pueblos que ya gozaban de derechos y libertades indicadores de un progreso social, progreso y conquistas culturales de los que se vieron desposeídos por el empuje guerrero de los bárbaros invasores.

La desintegración de Polonia como nación no ha podido eliminar la lengua polaca. El pueblo se sublevó contra los métodos de opresión de los déspotas extranjeros, los cuales grababan su economía y obstaculizaban el desarrollo colectivo. Cuando un siglo después Polonia recuperó su soberanía, la independencia no le devolvió el uso de su propio idioma, el cual no había perdido nunca. Libre Polonia de la dominación extranjera, cayó en la dictadura nacionalista de Pilsudski y sus generales, tiranía que no resultó, por cierto, menos dura que la dominación rusa, austríaca o prusiana. Lo mismo se puede señalar de Hungría, Yugoslavia y los Estados Bálticos. Verdad es que hay quienes aseguran, con conmovedora ingenuidad, que el yugo de los tiranos propios no es tan irritante para los pueblos como el de los extraños. Ya hace cien años que el gran burlón Enrique Heine señalaba "que los alemanes, preferían ser fustigados con su propio látigo a serlo con uno de procedencia extranjera". Por lo tanto, para los que piden poco a la vida, basta el látigo nacional.

Nos dice Nettlau que ha sido el egoísmo localista, el fermento de todo movimiento nacionalista, el que hizo del idioma la manzana de la discordia entre los pueblos. La unificación idiomática de extensos territorios de Europa y América ha sido, indudablemente, de gran utilidad al progreso cultural universal, y, además, facilitó el desarrollo del comercio y estimuló las relaciones entre los pueblos. La difusión de lenguas literarias de carácter universal, tales como el inglés, francés, español, italiano y el ruso, en manera alguna desplazaron los vernáculos locales; éstos continúan desempeñando su misión en las relaciones cotidianas de las correspondientes localidades. Las lenguas universales ofrecen, a los que las conocen, mayores oportunidades de mejorar su cultura y de divulgación de su pensamiento e ideas.

El que hasta la fecha no se haya llegado, en la enseñanza pública de cada pueblo, a que se conozca, además del idioma nacional, una de las lenguas universales —de preferencia el inglés por estar muy difundido en todos los continentes—, debe atribuirse principalmente a las estrechas y mezquinas aspiraciones del nacionalismo, para el cual el idioma no es un medio para el intercambio de ideas, sino un instrumento al servicio de intereses políticos. Y como en cada país existen varios dialectos, es muy posible que cualquier cambio político los eleve a la condición de lenguas nacionales; así el proceso de atomización lingüística cada día irá en aumento. Con ello no sólo se crean nuevos obstáculos a la fraternidad entre los pueblos, si no que se perjudica enormemente a los pueblos pequeños más que a nadie, por haberse olvidado, según señalaba Nettlau, “que los hombres no se agrupan a la manera de un museo etnográfico, sino que desean moverse libremente por la Tierra”.

La estolidez nacionalista, en su afán de crear divisiones artificiales, llega al extremo de tratar de imponer a sus propios pueblos un idioma que le es extraño. Es lo que se está haciendo hoy en Irlanda, donde, oficialmente, el antiguo dialecto irlandés trata de desplazar al idioma inglés. El inglés es la lengua que habla más del noventa y cinco por ciento de la población de Irlanda, y, en cambio, el dialecto irlandés, es una lengua muerta que el mismo De Valera, primer gobernante del Estado libre del Eire, habla con gran dificultad.

Un ejemplo similar lo ofrece la introducción del neohébreo entre la población judía de Palestina. Hace siglos que los judíos de la Europa occidental y central han adoptado los idiomas de las naciones en las cuales viven, y en cuya cultura han participado con sus mejores esfuerzos. Para los llamados judíos orientales y establecidos en Rusia, Polonia, Hungría y Rumania, que desde

muchas generaciones representan el grueso del elemento judío en Europa, el yiddish es el idioma natal, el cual ha producido, en los últimos ochenta años, una literatura que puede compararse honrosamente con la de otro cualquier pueblo pequeño. No obstante ello, a los representantes del sionismo político no les pareció bueno el vernáculo de su propio pueblo y lo trataron con profundo desprecio. Tal hecho no tiene explicación desde el punto de vista nacionalista, sobre todo teniendo en cuenta que los judíos orientales, gran núcleo del sionismo, entienden en materia de lengua hebrea, poco más que los pueblos no judíos. Ni en Irlanda ni en Palestina había necesidad alguna que justificara tal paso. Fue obra del nacionalismo extravagante, que para lograr sus fines es capaz de los mayores absurdos.

Ciertamente que Nettlau hubiera sido el último en denegar a un pueblo el derecho a una lengua propia; pero condenaba que éstas se usaran como disfraz de nuevos sistemas de dominación, y que, como ocurre muchas veces, se intente enjaular a los pueblos en territorios idiomáticos reducidos para ahondar más en las diferencias de los mismos. Sabía que tales aislamientos obstaculizaban el desarrollo de los pequeños pueblos, siendo, por lo tanto, aprovechados para las ambiciones de las grandes potencias, así como instrumento de la reacción y el clericalismo como ocurre en Irlanda, Croacia, Eslovaquia y otras zonas idiomáticas reducidas. Comprendía Nettlau que las sendas tradicionales no podían jamás ofrecer una salida de este laberinto de contradicciones nacionalistas. Todo cuanto el nacionalismo logró crear fue una exasperación de los antagonismos y un desmenuzamiento, cada vez mayor y más desastroso, de la economía general, siendo las nacionalidades pequeñas las más perjudicadas.

Al igual que Proudhon, Pi y Margall, Bakunin, Pisacane, Ferrari y otros espíritus avanzados de últimos de siglo, Nettlau se inclinaba por una cooperación federativa de los diversos grupos nacionales, como único medio de modificar las condiciones políticas, económicas y sociales en una forma que permitiese, a cada uno de los pueblos, ser amo en su casa y disfrutar, al mismo tiempo, de las ventajas de una economía universalista. Asociación y no centralismo; trabajo solidario y no antagonismo; unión orgánica en interés de todos y no aislamiento; en lugar de privilegios irritantes, derechos iguales para todos y plena libertad para cada grupo nacional dentro de una convivencia federativa, libre de límites artificiales y basada en las necesidades mismas de la humana naturaleza, resolviendo cada problema en la forma adecuada que cada uno de ellos requiera, dejando siempre el camino libre a toda evolución. Este era, en el concepto de Max Nettlau, el único derrotero que conducía a una humanidad libre, y que hoy, cuando el nacionalismo desemboca en la barbarie del Estado totalitario, es más preciso que nunca para salvar al mundo de un desastre.

Nettlau se daba cuenta de que toda la estructura de la vida moderna se orienta hacia una solución internacional. Por un lado, los múltiples inventos y descubrimientos de la ciencia y su aplicación en los terrenos de la técnica y la producción, el desarrollo del comercio internacional y otras manifestaciones del progreso están previniendo, con creciente apremio, por un cambio del estado de cosas existente. Por otro lado, esa evolución es continuamente obstaculizada por la acción atomizadora de los sistemas territoriales económicos, lo cual conduce a una cadena de crisis económicas y que, sumados a los crecientes gastos de una desenfrenada carrera de armamentos entre los Estados, amenaza alcanzar, a la larga, proporciones verdaderamente catastróficas para la humanidad. Sin

embargo, como Nettlau no era fatalista, admitía que un cambio de rumbo era posible si los hombres se proponían con tesón tal tarea. Y ello sólo era posible mediante una sincera cooperación internacional. Para lograr este fin no bastan unas cuantas resoluciones de congresos internacionales, que, en los más de los casos, no pasan de ser mera palabrería. Es precisa la acción práctica y la promoción de todo cuanto conduce realmente por el camino del internacionalismo:

Pues con todo respeto a las diversidades locales, es evidente que éstas, confrontadas con los predominantes factores comunes a todos los hombres, no tienen la importancia que les dieron los representantes de los intereses locales, los nacionalistas y los defensores del Estado. Todo se desarrolla conforme a la experiencia internacional científica y técnica, y todo lo local ha de ajustarse a estas condiciones generales.

Hay costumbres locales; pero la lógica, la mecánica y las responsabilidades intersociales son problemas de orden internacional.

Lo que más apesadumbraba a Nettlau era la circunstancia de que el internacionalismo, motivado por el uncimiento del movimiento obrero socialista al carro del Estado, forzosamente había de perder cada día más su efectividad práctica, convirtiéndose el obrerismo, en la mayoría de los países, en parte integrante y colaboradora de la política nacionalista de sus gobiernos. Hoy las cosas han llegado al extremo de que el movimiento obrero casi ha dejado de ser un factor en la defensa del internacionalismo. En las horas decisivas, siempre está al lado de sus respectivos gobiernos y facilitándoles a éstos su juego criminal con los destinos de los pueblos. Lo que el

obrerismo ganó numéricamente, desde los días de la Primera Internacional a la fecha, lo ha perdido en contenido ideológico, en alteza de miras. Sin la progresiva descomposición moral del socialismo y del obrerismo, es inconcebible que hubiesen podido ocurrir las grandes catástrofes sociales de los treinta años últimos.

La fundación de la Primera Internacional permitió, por vez primera, la coalición de los obreros de los más diversos países para la defensa de principios universales, y desarrolló, así, un elemento nuevo en el seno del movimiento obrero. Durante los primeros cinco años de su creación estas aspiraciones fueron muy difusas. Los congresos de Bruselas (1868) y de Basilea (1869) ofrecieron ya un aspecto muy distinto. "En aquel período —dice Nettlau— la cuestión polaca, que tanto había conmovido los espíritus en 1864, la política antirrusa de Marx y el mazzinismo se vieron relegados completamente a un segundo plano, y los congresos se consagraban, cada vez con más interés, a la elaboración de un ideario socialista común a las diferentes tendencias que en ellos se manifestaban". Por desgracia, la guerra franco—alemana, y, poco después, la escisión en el congreso de La Haya (1872) pusieron brusco término a aquella prometedora evolución, dando comienzo a la división del movimiento obrero.

Así, pues, —escribe Nettlau— el internacionalismo de la Primera Internacional tuvo poco tiempo y oportunidad para adquirir fundamentos más sólidos y un desenvolvimiento más amplio. Lo impidió el apasionado partidismo de cada Sección en cuestiones nacionales y el problema de la guerra, así como el antagonismo en materia de ideologías y en métodos de organización. También la clase obrera, con sus mejores exponentes y animada de un ideal socialista, ha sido, y sigue

siendo, influenciada por las corrientes sociales y políticas de su tiempo; siendo muy pocos los que saben elevarse por encima del nivel cultural e ideológico de su época. Es precisamente en los mejores pensadores en quienes más actúa el pasado y el medio ambiente general, ya que el estudio y la experiencia les permiten conocerlos en toda su importancia, ¡Cuán vivo estaba ese pasado en Bakunin, en Marx y en Kropotkin! El que más lo amplió fue, acaso, Elíseo Reclus, por su intimidad con el vasto imperio de la geografía, gracias a la cual sus ideas fueron más humanas y libres entre las profesadas por los libertarios de su tiempo.

Los obreros, en su mayoría, desean siempre dos cosas: cifran sus esperanzas en una futura sociedad socialista, pero quieren vivir decentemente en la actual. Por legítimo que sea este último anhelo, por mucho que contribuya esta satisfacción relativa a despertar y conservar en los obreros la fuerza y voluntad combativas, implica, sin embargo, que los intereses obreros coincidan con los de la burguesía, el Estado y la nación. Poco o nada cambia ese hecho la pugna política, la lucha de clases o el idealismo de individualidades aisladas. El social—patriotismo se funda en que, según la opinión generalizada, un país victorioso suele ofrecer condiciones de trabajo mejores, puesto que puede imponer a los vencidos su voluntad tanto en lo económico como en lo político. Y, en efecto, nunca se olvida de hacerlo".

¿Qué queda entonces del internacionalismo? Nada más que la etiqueta, de la que puede hacer uso, con igual derecho, una fábrica de calzado por tener sucursales en varios países, como las organizaciones obreras internacionales por componerse de

patriotas de diversos países. El socialismo autoritario que acepta el Estado, conduce directamente, según escribió Bakunin en 1872: a la edificación de nuevos Estados nacionales, independientes, rivales y mutuamente hostiles, o sea, a la negación del internacionalismo en la humanidad... Y esto no admite ninguna salida, pues aun dentro de una federación de los Estados existentes, las viejas hegemonías se perpetuarían a causa de la desigualdad de las fuerzas. Sólo la completa destrucción de aparato estatal y la eliminación simultánea de los monopolios y privilegios económicos, puede crear la más elemental convivencia socialista entre los hombres, y la única que merece el calificativo de internacionalismo. Pero ¿quiénes desean de verdad tal cosa, excepto los anarquistas?

Tampoco, según mi parecer, puede el sindicalismo escapar a esta alternativa. Si se considera ligado a los intereses de una población territorial determinada, queda uncido a los intereses del Estado y con ello perpetúa las causas que motivan las guerras. Sólo renunciando a los fáciles triunfos y solidarizándose con los trabajadores de otros países más pequeños para derribar las barreras entre los pueblos y establecer, frente al enemigo común —el capitalismo y el Estado—, la cooperación y la fraternidad, es como habrá colocado la primera piedra de una verdadera sociedad libre y universalista. Ha de aprender a ser justo y noble y no reconocer la supremacía creada por la competencia capitalista, la política imperialista del Estado y las guerras; y menos aprovecharse de esa supremacía, aceptando la división de la humanidad como un hecho justo. De lo contrario será cómplice de los Estados imperialistas y responsable de que la

Humanidad siga dividida y los hombres destruyéndose entre sí por absurdos antagonismos y diferencias.

No debe interpretarse mal lo anteriormente expuesto por Nettlau. Lo que anhelaba no era en manera alguna la renuncia del obrero a las luchas locales por un mejoramiento de su situación y de las condiciones de trabajo. Nadie mejor que él comprendía la necesidad de tales luchas. Empero, juzgaba la lucha por el pan de cada día con un criterio más elevado. Deseaba ensanchar la esfera de acción del obrerismo y demostrarles que su condición de explotados no podía ser mejorada exclusivamente por medio de triunfos locales, cuando al conseguirlos olvidaban los intereses de la humanidad en general. La clase obrera en los países ricos y poderosos puede, frecuentemente, obtener condiciones de vida más ventajosas; pero, en la mayoría de los casos, esta ventaja se consigue porque el monopolio económico y la egoísta política de dominación de los Estados poderosos obstruyen el desarrollo económico de los pueblos pequeños, para con ello mantenerlos en una situación de despiadada explotación de coloniaje. Las conquistas que así se logran son, para los obreros, victorias de Pirro; pues se logran a expensas de los más débiles, dejando intactos los fundamentos del injusto orden existente. La actitud debida es, más bien, asistir a los débiles con una actuación obrera internacional conducente a una nivelación universal de las condiciones sociales, de manera que la renovación de la sociedad en sentido socialista no tropiece con el bajo nivel de preparación de los pueblos sujetos al coloniaje.

Con estas consideraciones, Nettlau no se dirigía sólo a los indiferentes dentro de la clase obrera, que pasan su vida sumidos en una sorda insensibilidad para cuanto ocurre en torno suyo. Pensaba, asimismo, en el movimiento obrero, sindical y político que tan

cómodamente se ha instalado en la mayoría de los países al socaire del Estado y olvidándose del carácter universal de la liberación social; y que creen haber cumplido con su deber haciendo protestas de adhesión a la solidaridad internacional, sin que los hechos valoricen sus palabras. No es de extrañar, en tales circunstancias, que en países que contaban con millones de obreros organizados y con un sistema capitalista quebrantado, como en Alemania, el movimiento socialista resultara incapaz del menor acto renovador y que, más tarde, capitulara sin resistencia ante una pandilla de aventureros resuelta a adueñarse del Poder. Habiéndose solidarizado incondicionalmente con las castas gobernantes durante la primera guerra mundial, hasta el extremo de aprobar las anexiones de territorios pertenecientes a otros pueblos, se concibe que el obrerismo no contara con espíritu y fuerza para contener la reacción nacionalista que él había alentado tan torpemente. Y es que el socialismo alemán había olvidado los ideales internacionalistas y no educó al obrero en esas ideas. Tal error lo pagó muy caro. Y fueron los obreros los que más sufrieron las consecuencias.

Ello es valedero no sólo para el obrerismo alemán, sino para todos los países donde el proletariado se somete a las maquinaciones del Estado nacionalista, con descuido del principio de evolución internacional en toda la línea. Fue el obrerismo organizado el que facilitó el triunfo del fascismo en España, país en el que el pueblo luchó dos años y medio, con heroica determinación, contra la reacción interior y exterior, teniendo que capitular al fin por no contar con la ayuda del obrerismo internacional. Y sin embargo, dependió de los grandes sindicatos obreros del Transporte el que a Franco y a sus cómplices se les cortara el suministro de material bélico. Las grandes sindicales se contentaron con las declaraciones de neutralidad de sus gobiernos respectivos. Pero tan bochornoso

proceder tuvieron que purgarlo más tarde, ya que el triunfo del fascismo en España fue la antesala de la segunda guerra mundial, verdad que ha reconocido recientemente el estadista norteamericano Sumner Wells.

Una de las grandes conquistas de las revoluciones libradas durante los siglos XVII, XVIII y XIX fue la desaparición del feudalismo, el cual, por muchos siglos, había mantenido al hombre sujeto a la gleba, negándole la libertad de residir donde mejor le pareciera. Mas este derecho de libertad individual, reconocido internacionalmente, se ha convertido en una ilusión más, como lo demuestran las prohibiciones de inmigración en aquellos países, cuyos territorios inmensos y poblaciones escasas, podían acoger millones de nuevos habitantes. Y se dio el caso de que quienes con mayor ahínco defienden estas prohibiciones, han sido los obreros organizados de Norteamérica y los gobiernos obreros de Australia y Nueva Zelanda. Las consecuencias de esta actitud, las hemos visto durante la segunda guerra mundial, cuando hubiera sido posible salvar millones de seres humanos perseguidos y que fueron asesinados porque se les cerraron todas las puertas y se los abandonó a su suerte. Hemos visto como el gobierno laborista de Inglaterra ha dificultado a los judíos la inmigración a Palestina, respondiendo a las mismas razones imperialistas que hubieran sido buenas para los conservadores. Sin embargo, nos extrañaron grandemente las protestas de los llamados liberales y organizaciones obreras de Estados Unidos ante la conducta inglesa, mientras su país se niega a acoger a los perseguidos. Sólo protestan para librarse cómodamente, y a expensas de otros, de su deber de humanidad.

Los obreros favorecían la limitación de la inmigración para protegerse contra la competencia de la mano de obra barata. El que

juzga todos los problemas desde un punto de vista puramente nacional y se muestra sordo a todo sentimiento auténticamente humano, tal vez apruebe esta conducta; quizá también apruebe el que por doquiera se pongan trabas a la libertad de movimiento y nos aproximemos gradualmente a un nuevo feudalismo, tal como existió en el Tercer Reich y sigue existiendo en Rusia, bajo la llamada dictadura del proletariado. Es un hecho que en la sobrepoblada Europa anterior a la primera guerra mundial, cualquier persona podía trasladarse de un país a otro sin perjuicio para el movimiento obrero, ni amenaza para el nivel de vida de las multitudes productoras de los países económicamente avanzados. Si los obreros organizados del mundo hubieran conservado y fortalecido aquel espíritu universalista de la Primera Internacional, a buen seguro que se habría establecido ya hace tiempo una nivelación de las condiciones sociales en todos los países y los obreros no tendrían que temer la competencia de la mano de obra extranjera. La democracia francesa declaró en su Constitución de 1793: "El pueblo francés dará asilo a los desterrados de su patria por defender la causa de la libertad; en cambio negará este asilo a los tiranos". Hoy la conducta de la democracia parece consistir en acoger a cualquier tirano, si éste cuenta con los medios económicos requeridos; mientras niega todo apoyo a los perseguidos por el despotismo por tener que ganarse éstos la vida con su trabajo.

La caída del obrerismo en la mezquina esfera del estólido nacionalismo, después del avance conseguido hace ochenta años, se puede considerar como una verdadera desgracia. A ello se debe principalmente el que la reacción nacionalista tomara auge, y pudiera lanzar al mundo a un caos de sangre, lágrimas y barbarie. Se ha cumplido literalmente lo que vaticinó, tiempo ha, el poeta

austríaco Franz Grillparzer: "El camino de la nueva cultura va del humanismo, a través de la nacionalidad, a la bestialidad."

Nettlau tuvo el gran acierto de señalar una y otra vez el peligro de las tendencias nacionalistas, sin dejar de culpar a los trabajadores, lo mismo que a los demás grupos de la sociedad, del auge y desarrollo de tales tendencias funestas para la humanidad. Nunca, empero, perdía nuestro amigo las esperanzas y seguía bregando contra la corriente. Sabía que vivir es luchar, y que un porvenir digno para el hombre no se obtiene sin combatir. Escribía en una de los períodos más desoladores de la presente decadencia social:

A pesar de todo debería intentarse un despeje de la tenebrosa situación actual. No es posible que el sentido ético y el más elemental humanismo se hayan extinguido por completo en el socialismo y en el pueblo. No todos han silenciado la voz de su conciencia en ese triste período de 1914—1918, para no ser hoy más que un político, un mercachifle, un bruto sin moral. Quienes crean que la depresión ética peculiar de los años 1931—1932 les excusa el atender a la voz de su conciencia, es porque no han poseído nunca conciencia.

Hoy más que nunca se precisa que cada cual afirme sus ideas humanistas y proclame y sostenga su dignidad de hombre racional. De la destrucción y de las ruinas no saldrá ninguna revolución redentora, y sí un recrudescimiento de los odios y antagonismos, de lo cual saldrán triunfantes los más bárbaros. Una organización es como un andamio, el cual por sí solo no crea una construcción: lo que cuenta es la calidad del material aun cuando la construcción no pase, al principio, de ser pequeña. Los graves problemas que enfrenta la

humanidad actualmente se hacen cada día más embarazosos. Y estos arduos problemas han de ser resueltos con medios nuevos, donde la ética y la lógica sean los factores orientadores. Es una crisis total de la presente organización de la sociedad humana.

Sólo una voluntad ética puede vencer esta crisis... Nuestros mejores programas son inoperantes, pues presuponen la existencia de hombres capaces y resueltos a secundarlos. Y estos hombres no existen. Los programas son comprensibles para cierto número de hombres; pero se cuentan por millones los que no entienden el lenguaje de los programas mejor trazados. En tiempos normales es fácil desconocer este aislamiento, mas en la actualidad, el abismo que nos separa de las grandes multitudes, se pone de manifiesto en todas sus dimensiones. En los últimos meses cuarenta millones de alemanes han manifestado, por medio del voto, su voluntad y deseos. ¿Cuántos de estos votantes pensaron en nuestras ideas, o cuántos de ellos tenían conocimiento de ellas? Estas son realidades que no deben ser pasadas por alto. Encierran para mí la enseñanza de que toda tendencia progresista se enfrenta siempre con dos tareas primordiales: La primera consiste en su propia formación, extensión y actuación, y, además, en la creación de una esfera de actividad, dotada de suficientes medios sociales, de libertad de movimiento y de expresión. La segunda ha de tener por objeto promover el progreso ético general para posibilitar la existencia de todas las ideas y tendencias avanzadas. Es iluso creer, y así lo demuestra la experiencia, que es posible barrer con todo lo existente para que florezca una tendencia ideal. No, tal hecho no se producirá mientras la humanidad, en su mayoría, no

haya alcanzado ciertas metas de progreso, gracias a las cuales las ideas redentoras puedan avanzar y difundirse para su desarrollo. Este no lo encontrará en un desierto de arena, y sí allí donde, con múltiples esfuerzos, se haya labrado y abonado.

Esta segunda tarea ha sido grandemente descuidada, por creer que todo se podía conseguir concentrando nuestra atención y esfuerzos en la primera. Habíamos arreglado, así, el más bello de los jardines, pero en medio de un desierto, las masas de arena del cual amenazan cubrir nuestra obra por no haber rodeado a ésta de la debida zona protectora de hierba. Tales zonas protectoras de las borrascas del desierto reaccionario lo constituían el humanismo del siglo XVIII y el liberalismo del XIX. Se ha renunciado prematuramente al uno y al otro en la creencia de que las tendencias más avanzadas ya no tenían necesidad de esas fuerzas auxiliares. Ahora la reacción está en marcha y es cada día más acusado el peligro de su triunfo. Creíamos encontrarnos sobre un suelo de cultura; hoy advertimos cuán débil es la consistencia cultural de ese suelo. El espacioso mundo en que nos formamos los que hoy somos mayores de edad, nos ha sido robado; la juventud de hoy, que se cría como pájaro de jaula, ni lo ha conocido siquiera. Si aquella atmósfera de humanismo y liberalismo no era un estímulo para una actuación y un pensar de más elevados vuelos, confieso ignorar lo que son experiencias y estímulos. El pensamiento libertario y la conducta ética son factores inseparables; no se limitan a meros programas, sino que han de contar con fundamentos generales de existencia para que prosperen. Bien recientes tenemos casos que demuestran la verdad de lo dicho. Aquel

puerto, hormigueante de socialistas y comunistas, en el que se embarcó, sin obstáculos, material de guerra; y aquel pueblo de la montaña catalana que se lanzó, a la primera indicación, a implantar, apacible e íntegramente, el ideal anarquista. Son estos contrastes los que revelan cuán bellas disposiciones existen latentes en la conciencia del hombre, así como la necesidad urgente de hallar los medios, a despecho de las consignas de partido, de despertar y estimular tan nobles cualidades.

La verdad de las palabras que acabamos de citar y por las que Max Nettlau expresa su pensamiento, son hoy de gran interés para todos aquellos que aún no han renunciado a pensar por cuenta propia. La desaparición gradual de ese humus que es la cultura humana, y a cuya desintegración han contribuido principalmente los afanes divisionistas del nacionalismo, ha llevado a la humanidad al actual estado de irritadas rivalidades y de profundos antagonismos. El presente caos de ideas y opiniones surgido con la pretensión de asegurar una paz duradera entre las naciones, supera con mucho la confusión reinante causada por la primera guerra mundial. La creencia de que el bienestar y la paz del mundo podía ser obra de tres o cuatro grandes potencias, fracasó por completo en sus primeros intentos, fracaso que se evidenció en la Conferencia de Londres y en todas las demás que se han celebrado posteriormente. No se lograrán buenos resultados en la siembra de ideas pacifistas, si se "elige jardinero a la cabra que devasta todo lo sembrado". Sólo una federación de pueblos europeos, que podría extenderse a los demás pueblos de la Tierra, sería una verdadera solución a tan espinosos problemas. Así lo han comprendido, desde hace mucho tiempo, los pensadores más selectos; pero los egoísmos y la incompreensión nacionalista han embrollado los problemas y

conducido a los pueblos de uno a otro laberinto, haciendo cada día más difícil el hallar una salida. La terrible lección de dos devastadoras guerras mundiales no parece haber enseñado nada a los hombres ni a los pueblos. Mientras que estos últimos no se decidan a poner fin a los tenebrosos manejos de la diplomacia secreta, a la política de dominación y a las disputas por esferas de influencia política y económica, la humanidad no saldrá de este maldito círculo de odios y exclusivismos egoístas, y será la bomba atómica, tal vez, la que salde la última cuenta convirtiendo al mundo entero en un inmenso Hiroshima. Y es que en materia de ambiciones nacionalistas no hay compensación posible. Por eso Nettlau tenía razón cuando decía:

Todo Estado independiente es exclusivista y ve, en los demás pueblos, un enemigo al que debe disputar toda ventaja, o bien acepta, cuando se cree débil, a regañadientes, la superioridad de otro Estado. El tamaño de un Estado no influye en la realidad de este hecho: si el Estado poderoso es brutal, engreído por su poderío, el pequeño es más rencoroso y envidioso con relación a la presión que sobre él ejerce la soberbia del primero. Cuando los Estados pequeños se ven obligados a renunciar a su independencia, lo hacen, en la mayoría de los casos, acogiéndose a la sombra de un poderío mayor, recogiendo las migajas de la opulenta mesa, maldiciendo de su obligada servidumbre y acechando una oportunidad para su venganza o desquite.

La mezquindad nacionalista y los exclusivismos regionalistas han desviado siempre a la humanidad de la gran meta de la confraternidad internacional; a tal extremo de desorientación se ha llegado, que se han perdido de vista los grandes ideales universalistas de humanismo y de libertad. El que el movimiento

obrero se dejara, en la generalidad de los países, aprisionar en las redes de las ambiciones nacionalistas y renunciara a emplear su enorme fuerza en la consecución de la fraternidad entre los pueblos, fue un gravísimo error que ha contribuido, en gran parte, a la tragedia que vivimos. Son muchos los que, al olvidar que no es factible ajustar los procesos evolutivos a un rígido programa, y que existen, al lado de las aspiraciones propias, miles de otros factores susceptibles de apresurar o retardar la evolución cultural y social, han condenado globalmente todo lo existente; actitud que no pudo menos que aumentar los obstáculos en una labor ya de por sí difícil. Nettlau, profundo conocedor de la Historia, acusó, dolido, esta incomprensión. En la medida de sus fuerzas, trató de remediar este gravísimo error, pero sus continuas advertencias no fueron atendidas. Y es que su concepto elevado del internacionalismo demandaba mucho de los hombres, y aun más de los trabajadores; pues él sabía que no era posible la liberación social sin una perseverante fecundación en el terreno de la cultura y de la solidaridad universal. No compartía la tesis de todo o nada. Por el contrario, estaba siempre dispuesto a la defensa de toda meta, de todo grado mayor de elevación en el progreso general como un paso de transición hacia el logro de aspiraciones más transcendentales. Detestaba la servidumbre moral, el dogmatismo y sabía mantener la independencia de su criterio aun cuando estuviera en discrepancia con sus compañeros de ideas. Era esta noble actitud de independencia y libertad de pensamiento, la que impartía a su internacionalismo un peculiar carácter personal, muy superior, por lo tanto, a las teorías standard, a las consignas abstractas y a los conceptos mal interpretados.

V

NETTLAU, DEFENSOR DE LOS DERECHOS DE LAS MINORÍAS SOCIALISTAS

Nettlau conocía a fondo la historia del movimiento obrero de todos los países. Pocos le igualaban en el conocimiento de la evolución histórica de la Primera Internacional, y cuanto se ha escrito de aquel período tan fecundo en ideas del obrerismo internacional, está basado, en gran parte, en la inmensa compilación documental que nuestro amigo reunió, en una incesante tarea de largos años, para sus obras *Vida de Bakunin* e *Historia del Anarquismo*. En la opinión de Max Nettlau, la Primera Internacional había sido la única que merecía de veras ese nombre, pues abarcó las tendencias más diversas del obrerismo y del socialismo, y su organización federalista garantizaba a cada tendencia plena libertad de expresión con que sólo respetara los principios fundamentales que informaban a la gran organización obrera y que se comprometiera a laborar por la realización de los mismos. Esa convivencia de mutuo respeto persistió hasta que, una tendencia, minoritaria por cierto, pretendió imponer a las demás sus ideas y métodos, provocando con ello la escisión y el debilitamiento de la Asociación. Fue en los congresos de la Internacional, celebrados en Bruselas y en Basilea, donde se demostró que era posible la convivencia y colaboración entre las diferentes tendencias del

socialismo. Ninguno de los comicios que se han celebrado después por los trabajadores, llegó jamás a superar tal elevación de miras y de respeto a la opinión libremente expresada, como la que en aquellos congresos imperó.

Con estos procedimientos se logró un mayor desarrollo de ideas y opiniones y, como consecuencia, todos pudieron obtener enseñanza del contraste de las mismas, haciendo posible una colaboración general para los fines de la Asociación.

Lo que más tarde se designó como la Segunda, Tercera y Cuarta Internacional, no han sido más que una coalición de determinadas tendencias del movimiento obrero, cada una de las cuales pretendía dominar a las demás, y hacía patente su sañuda hostilidad a todas las minorías socialistas que rehusaban aceptar un programa rígidamente definido y preconcebido. Ese lamentable estado de cosas no ha cambiado hasta hoy. La descomposición interior y exterior del movimiento obrero se acentúa más y más teniendo como consecuencia su impotencia, a pesar de las enormes masas de sus afiliados. Así, pues, asístiale la razón a Nettlau cuando decía:

Hasta ahora no se ha salido, a este respecto, del estado primitivo de la fe ciega en la omnipotencia del propio dogma. Cada tendencia ofrece el espectáculo de creyentes religiosos, de rígidamente fanáticos, de activistas autómatas de partido, de polemistas agresivos y rutinarios, incapaces de imaginarse que pueda existir ninguna tendencia fuera de su partido que no merezca ser aniquilada. Hace cien años tales discrepancias se sostenían, entre los teóricos, en las páginas de los libros; luego, con más o menos violencia, en el seno de las organizaciones; hoy, después de que, en 1917, los socialistas conquistaron por primera vez el Poder, estos ajustes de

discrepancias se realizan, por parte del partido gobernante, por medio de los procedimientos de represión de que dispone el Estado, y el adversario socialista, sindicalista o anarquista es combatido físicamente, amordazado, encarcelado o eliminado. ¿Qué esperamos que ocurra para abandonar ese camino de imposición de un grupo sobre los demás?

Nettlau había señalado desde hacía tiempo que era imposible imponer a las diferentes corrientes del obrerismo un programa único, tal como se hace en las congregaciones religiosas con el dogma. Como anarquista que era opinaba que tal situación no era deseable, ya que la verdad no se establece si no por la libre discusión y la experiencia. Existen variaciones y matices, incluso dentro de una misma tendencia, que nunca pueden ser eliminadas, a pesar de los esfuerzos que se hicieran en tal sentido. Lenin, con sus veintiuna condiciones de obligada obediencia para sus partidarios a las órdenes de Moscú, no pudo evitar las rivalidades entre los diferentes partidos comunistas y que éstos se combatieran entre sí con la misma saña con que habían perseguido a las demás tendencias. Los tristemente famosos procesos de Moscú, puestos en escena después de la muerte de Lenin, y que llevaron al patíbulo a la mayor parte de los viejos líderes del bolchevismo, debían de haber convencido hasta al más tozudo de que la disciplina más férrea fracasa al tratar de afinar el pensamiento humano a un solo tono. Recurriendo a métodos tan abominables como los señalados, se consigue lo contrario de lo que se pretende: se siembra el odio, la exasperación y la hostilidad entre los trabajadores que, comúnmente, tienen el mismo interés de conquistar sus derechos de hombre. El fanatismo puede llegar a la eliminación del adversario; pero, con ello, no matará las ideas, las cuales sobreviven siempre a toda imposición y violencia. El pensamiento humano no puede ser encadenado

eternamente, pues ello sería la asfixia de la vida espiritual; ya que la monotonía y la falta de inspiración conducen al estancamiento intelectual.

Por otra parte, Nettlau no ignoraba que al producirse transformaciones sociales, sobre todo en nuestros días, las doctrinas más avanzadas no pueden abrigar la seguridad de ejercer, de inmediato, una influencia decisiva; razón por la cual se debe procurar que la visión social del pueblo sea lo más amplia posible en cuanto al internacionalismo, a la libertad, y la justicia. Con ello se evitará un salto atrás y se facilitarán, simultáneamente, las posibilidades de desarrollo de una transformación social. El éxito de tal movimiento depende siempre más de la madurez espiritual de las tendencias generales, que de los programas y principios ideológicos de las agrupaciones avanzadas que, al comienzo, solo inspiran a minorías más o menos numerosas e ignoradas por las masas. En aquellos países en que el movimiento libertario ha conseguido una influencia grande, la evolución hacia la libertad asumirá, naturalmente, un ritmo más acelerado que en aquellos otros donde las tradiciones autoritarias han predominado en la mente de las multitudes, originando obstáculos interiores, que sólo pueden vencerse de forma paulatina. De ahí que, en opinión de Nettlau, sea urgente un entendimiento entre las diferentes escuelas socialistas, en todos aquellos problemas que tienen importancia para todos, y así llegar a una acción solidaria, sin suprimir las peculiaridades de cada tendencia.

Fue a ese entendimiento a lo que aspiraron los elementos más activos de la Primera Internacional, dándose cuenta de que una transformación de la vida social no se lleva a término deseado solamente con teorías, sino con los ensayos más variados en todos

los campos de la vida social, lo que dará la posibilidad de corregir errores, sin perder de vista el gran objetivo de la liberación de los pueblos. Ya en el año 1872 Bakunin escribía:

A quienes me acusan de empequeñecer el carácter de la Internacional por limitar su programa y finalidades, de fiel observancia para todos sus miembros, solamente a la lucha por la liberación económica, contestaré que tratando de introducir en ella una doctrina única, ya sea política, socialista o filosófica, de obligado acatamiento para todos, sólo se consigue dividir y destruir a nuestra Asociación. Os desafío a que formuléis alguna de las doctrinas definidas capaz de unir bajo su bandera, no ya a millones, ni siquiera a decenas de miles de obreros. Y aun cuando no tuviésemos el propósito de imponer el credo de una sola secta a las demás, acabaríamos por crear una multitud de sectas; eso es, de organizar, en el seno del proletariado, un verdadero caos doctrinal, que sería la manera más segura de perpetuar el triunfo de las clases explotadoras.

En este amplio campo de acción (la Internacional), todas las ideas y doctrinas han de gozar de plena libertad de expresión, tanto las teorías autoritarias de Marx, como nuestras ideas anarquistas; siempre y cuando ninguna de ellas formule la desatinada y odiosa pretensión de imponerse como verdad oficial, ni sirvan de estorbo a la práctica de la solidaridad entre los trabajadores de todos los países en su lucha contra el capitalismo... La unidad debe buscarse allí donde existen comunes intereses. Debe buscarse no en las teorías políticas o filosóficas, sino en la coincidente aspiración del proletariado

de todos los países, y ésta no es otra que la tan anhelada liberación material o económica.

Tales palabras nos suenan hoy de manera extraña, pues fluyeron de un espíritu tolerante y respetuoso del criterio ajeno, virtudes que hoy no existen en el campo del socialismo debido a la intransigencia doctrinal que le divide. Nettlau intentó resucitar aquellas viejas tradiciones, y aunque no creía poder realizar milagros, abrigaba la esperanza, a pesar de todo, de hallar, en cada fracción del socialismo, hombres capaces de pensar por cuenta propia, y que, por lo tanto, comprenderán que el movimiento obrero y el socialismo perderán por tal división sus mejores fuerzas y su influencia incapacitándole para acciones decisivas. Existen, entre las diferentes tendencias, puntos de coincidencia, que, según Nettlau, eran factibles de posibilitar la cooperación de todos para la realización de determinadas actividades, tal como se hizo en los días de la Primera Internacional. Este espíritu de concordia existió en aquella asociación hasta que se intentó que imperara una sola doctrina y que las demás se sometiesen para poder realizar el socialismo. Fue ese dogmatismo lo que Nettlau combatió durante su vida, pues veía en él una repetición de las pretensiones de la Iglesia de ser la única salvadora de la humanidad, o de la doctrina de la mejor forma de Estado, dogmas que tanta desgracia han causado a la humanidad, sin lograr nada en definitiva por ser incompatibles con la rica diversidad de la vida y, a la larga, perecederas. El solo hecho de los orígenes varios del socialismo, debidos en cada país a tradiciones y hechos históricos diferentes, es prueba evidente de que la uniformidad en el pensamiento socialista es tan irrealizable como la uniformidad en cualquier otro terreno de las actividades humanas.

El socialismo tiene múltiples orígenes y es el resultado de diversas doctrinas sociales, por lo tanto, ¿puede revestir éste forma homogénea? —pregunta Nettlau. La homogeneidad no existe en ningún aspecto de la naturaleza, no es más que un fenómeno artificial, impuesto en interés del más fuerte. En cambio, hay similitudes, parentescos, familias y subfamilias, todo ello dentro de los más variados matices y clasificaciones. Así es la vida hoy y así continuará siendo en todos los tiempos, sea cual sea el nombre colectivo que se le atribuya. Los partidos y los sistemas no tienen vida propia; sólo expresan ciertos conceptos generales, que cada uno de sus simpatizantes acepta y practica con arreglo a su idiosincrasia. Ninguna tendencia del socialismo podrá alterar esta verdad. Siempre habrá socialistas de diversos matices y de variada interpretación, del mismo modo que no todos los hombres tienen el mismo pensamiento, igual carácter ni aptitudes semejantes.

Por eso, el sectarismo y el exclusivismo, la intolerancia y el fanatismo son anormalidades, productos de la estolidez, de la fe milagrera, del afán de dominio, o bien, de la brutalidad antisocial. Es puro delirio asimismo, la idea de verdades definitivas y absolutas, ya que hasta las llamadas leyes naturales, universalmente reconocidas y comprobadas científicamente, pueden perder su autoridad a la luz de nuevas investigaciones, como ocurre con los continuos descubrimientos de nuevas correlaciones en los elementos químicos o de los microcosmos encerrados en los átomos, en las cambiantes teorías de Einstein y de otros sabios sobre el cosmos. Cuanto más se investiga, más modestos debemos ser en nuestras afirmaciones, ya que a cada nuevo

descubrimiento se patentiza más la inmensidad de lo ignoto, cuya pequeñez infinita o inconcebible magnitud parece resistir a nuestros métodos de investigación y saber, hasta que se halla un nuevo eslabón, un nuevo puente, y así la ciencia avanza un paso más en la conquista de la verdad.

Es pues sencillamente pueril suponer que las cosas pueden ser distintas en la vasta esfera de lo social y que las afirmaciones de tal teórico socialista o los acuerdos programáticos de cualquier congreso puedan determinar la única solución posible a los problemas humanos. Nuestra labor debe consistir en abrir sendas que faciliten el camino al hombre de hoy y al de mañana hacia el socialismo, es decir, hacia una forma social de libertad y convivencia humana. Tarea que por su amplitud y complejidad sólo podrá dar resultados positivos experimentando en la vida misma. Nosotros podemos mancomunadamente, eliminar obstáculos, desembarazar el camino, facilitar la labor preliminar y sentar en labor solidaria, armoniosa y ponderada los principios; más no podemos pretender ir más allá sin violar las leyes de la naturaleza.

Aspiraba Nettlau a una especie de derecho de gentes dentro del socialismo. Fue de los primeros que rompió lanzas por el derecho de las minorías socialistas. Bien sé que muchos descartarán esta idea con una sonrisa de desdén, porque han perdido, o no han tenido nunca, el sentimiento de la libertad. Ello revela a qué bajos niveles morales ha llegado el movimiento socialista moderno, cuyos partidarios, en su gran mayoría, son incapaces de imaginar siquiera una convivencia que hace tiempo es una realidad en numerosas esferas de la sociedad humana. La Iglesia, una e indivisa, por

ejemplo, tiempo ha que dejó de poseer la autoridad de imponer a los hombres su dogma, y hoy se ve obligada a aceptar que cada cual elija el modo de salvación de su alma que mejor le plazca. Por duro que ello pareciera a sus representantes, no les quedó más remedio que resignarse ante las conquistas de la cultura, la cual inscribió en su bandera la libertad religiosa y reclamó derechos iguales para cada doctrina sin distinción del número de los creyentes. El moderno Derecho de Gentes, inaugurado por los comunistas, concede al extranjero la misma protección que la que gozan los ciudadanos en sus propios países. Gracias a las revoluciones de los tres últimos siglos, los habitantes de la mayor parte del mundo han adquirido un grado notable de libertad de opinión, que forma parte de las conquistas más preciosas de la historia moderna. Si recientemente estos derechos han sido atropellados por los artífices del Estado totalitario, tal cosa, lejos de invalidar los sanos principios en que se basan, es una prueba más del siniestro desvío hacia la barbarie cultural contemporánea, cuyas desastrosas consecuencias viene sufriendo la humanidad desde fines de la primera guerra mundial.

El que el socialismo, después de haber conquistado el poder en Rusia, contribuyera de manera destacada al retorno de la más primitiva tiranía, sólo demuestra que muchos de sus modernos exponentes están, por sus ideas políticas, más próximos al absolutismo que a las ideas liberales y humanistas que se enfrentaron al despotismo de los príncipes. Todo ello nos hace pensar en muy tristes perspectivas para el futuro, pues evidencia que las verdaderas tendencias socialistas aun no son capaces de llegar a un entendimiento, siquiera en aquellas cuestiones en que sería factible y beneficioso para todos. Especialmente ahora que el socialismo se ve amenazado por el fascismo en varios países. La

ciega fe en el predominio de una sola tendencia, no solamente ha hecho olvidar a la mayoría de los líderes socialistas los principios de la Primera Internacional, sino que ha desviado a las grandes multitudes de los ideales revolucionarios y de los principios que informaban a aquella Asociación, sustituyéndolos abiertamente por sectarios afanes exclusivistas. La Revolución Social por la que otrora se esperó acabar con la opresión económica y política, se ha convertido en guerra civil permanente dentro del campo socialista; en una lucha fratricida, aniquiladora de toda esperanza de entendimiento y tolerancia, y que persigue con mortal odio a toda tendencia socialista que disienta con el dogma y los principios prescritos oficialmente. Una situación así no puede sino terminar en la más desenfadada tiranía, como la evidencia el caso ruso, cuyas consecuencias hoy se están haciendo sentir en todas partes.

Nettlau había juzgado con sagacidad la llamada Dictadura del Proletariado desde el primer momento de su existencia. No le hizo la menor concesión, en contraste con muchos socialistas de filiación diversa, quienes se dejaron arrastrar por la corriente general, tranquilizando sus dudas con la esperanza de que aquel sistema no fuera más que una fase de transición, impuesta por las circunstancias. Bien sabía, como señaló ya Proudhon, que todo gobierno provisional aspira a hacerse permanente, y la experiencia vino a confirmar su opinión de un modo que ni los adversarios más intransigentes de la dictadura hubieran imaginado. Cuando aun la dictadura bolchevique estaba en pañales, Nettlau formuló sus objeciones en una serie de artículos. Consciente del nuevo peligro que encerraba el nuevo absolutismo disfrazado de proletario, creyó su deber hacer cuanto podía para conjurarlo, excitando a todos los socialistas sinceros de diversas tendencias a unirse para impedir tal paso hacia la barbarie.

Los socialistas de todas las tendencias —decía Nettlau— sólo impugnan seriamente a la dictadura cuando ésta ya se muestra en toda su desnudez, pero no cuando la creen un medio conveniente para lograr sus fines de predominio. Quienes sienten el deseo de imponer su opinión a los demás, con la ilusión de que tal cosa es beneficiosa, hacen el juego de la dictadura y la tiranía sin importar, los que así proceden, que se llamen marxistas, sindicalistas e incluso anarquistas.

Así como el capitalismo no constituye un sistema económico homogéneo, pues admite, dentro de su estructura, las formas de producción, de comercio y de intercambio más variadas, sujetas a una convivencia por medio de pactos y acuerdos; tampoco existirá nunca una economía socialista uniforme que sea viable por mucho tiempo. La diversidad es el principio fundamental de la naturaleza, y mientras menos se obstaculice esta diversidad, más bellos resultarán sus frutos, puesto que sólo la experiencia puede probar lo que es bueno y lo que es falso; en tanto que la rigidez programática tiende a cerrar el camino a toda evolución. En un extenso estudio titulado *Nie wieder Diktatur* [\(22\)](#), Nettlau resumió su pensamiento en la siguiente forma:

Pero ya la revolución victoriosa ¿cómo se logra consolidarla? Únicamente procurando que, desde el primer momento, ofrezca a todas las tendencias revolucionarias garantías completas para que éstas practiquen sus ideas sociales. Con la mentalidad socialista que hoy está en uso, tal garantía existe solo para una sola tendencia, para aquella que se adueñe del Poder bien por medio de elecciones o mediante un golpe de mano.

¿No estriba todo nuestro interés en prever a tiempo el peligro de toda dictadura, a fin de impedir que se repita la actual tragedia del pueblo raso? si es así, lo más conveniente sería un pacto de solidaridad de todas las tendencias anticapitalistas, para el caso de una auténtica revolución que destruya el poderío del Estado y liberte la vida social y económica del parasitismo capitalista. Una y otra son consecuencias inseparables de una revolución verdadera, la cual ha de dejar el camino libre para nuevas evoluciones y evitar que como ha sucedido hasta ahora, una sola fracción se adueñe del Poder, y, apoyándose en él, trate de imponerse.

Con semejante conducta se paraliza el progreso, se provoca el descontento de los revolucionarios engañados, a quienes se persigue sañudamente por sus justas protestas; los reaccionarios cobran ánimo y la revolución se desvía y corrompe. Ha rechazado a sus amigos y ha permitido que sus enemigos se adueñen de ella para llevarla al desastre.

El pacto de solidaridad comprometería a todas las tendencias socialistas a defender la revolución de los ataques de la reacción o de toda tentativa de dictadura; garantizaría a cada tendencia socialista, proporcionalmente a su magnitud, tierras, herramientas, materias primas, etc., etc. Así cada grupo recibiría los recursos necesarios para ensayar sus teorías sociales y demostrar, con hechos reales, la conveniencia o no de sus métodos. En tales circunstancias de libertad individual y colectiva, en lo económico y en lo social, el exclusivismo, la polémica o la propaganda rencorosa se considerarían como actos antisociales; al paso que nada

impediría adquirir las enseñanzas del ejemplo vivo que beneficiarían a todos.

La separación de las tendencias acaso sería completa en los distritos rurales y en las colonias agrícolas, mientras sus componentes así lo desearan; en las ciudades todo coexistirá de la misma manera que desde hace tiempo es habitual en los habitantes de las mismas: cada ciudadano gozará de libertad para sus ideas y prácticas, como hoy ya ocurre en relación a la existencia de esta o la otra iglesia o la de no concurrir a ninguna de ellas, sin que nadie se preocupe por lo que hace el vecino. Cada cual, entonces, seguirá por su camino, vivirá a su manera y deseo, siempre que no atropelle o lesione la libertad de los demás...

Si se opone que el reparto justo, proporcional y periódico de los medios de producción es difícil y que provocará disputa, diré que, en todo caso, nada impedirá reducir estas dificultades con la discusión serena y el estudio ponderado. Así se vería la necesidad de declarar ciertos servicios y trabajos de utilidad general y no sujetos a las cualidades e intereses de ningún grupo. Ya bajo el capitalismo se ha llegado a tal inteligencia con respecto a instituciones de interés general e internacional, como la Cruz Roja, correos y telégrafos y otras muchas más. La revolución tendrá interés en asegurar el funcionamiento libre y perfecto de numerosas instituciones útiles, tales como hospitales, centros de higiene, alumbrado público, conducción de aguas, transportes, etc., etc. Son actividades todas ellas en las que el capitalista, en cuanto individuo, ya casi no aparece y es sencillo hacer caso omiso de sus pretensiones de papel. Allí todo se hace por los

obreros, los técnicos y algún personal de oficina. Empero, estas instituciones y materias vitales no deben pasar bajo el control exclusivo de sus grupos obreros, ni bajo el de municipios, provincias, etc., lo cual las devolvería a la tutela del Estado: ni tampoco bajo el control de una sola tendencia política, pues ello la dotaría de un poderío excesivo. Por otra parte no es más admisible dividir las; en todo caso, un reparto no puede hacerse sumariamente y no siempre de una manera provechosa. Así, pues, lo más conveniente, mientras no se haya llegado a un estado de cooperación y solidaridad firmemente establecido —meta bastante lejana por hoy— se formarán, entre los obreros, los técnicos, las poblaciones locales, las diversas tendencias, los interesados en un plano internacional, etc., unos organismos rectores y técnicos con objeto de asegurar el funcionamiento de aquellas instituciones y de establecer garantías máximas contra cualquier usurpación o monopolio.

La vida práctica daría origen a toda clase de instituciones comunes: servicio meteorológico, centrales telefónicas, correos, archivos, etc., al servicio de todos y para todos. Todas las instituciones técnicas impartirían a los contactos inevitables entre los grupos de productores y consumidores, a la información estadística, al suministro y despacho de materias primas, etc., una nota objetiva.

Aquí no he de describir las realizaciones futuras; sólo deseo señalar como podrá realizarse el socialismo a pesar de la tajante división en el seno del socialismo, y a pesar de que nadie más que los anarquistas aspira a la inmediata liberación humana, aferrándose los otros grupos, en grado variable, al

principio de la autoridad. En el caso contrario, si no se acepta, no veo ninguna otra. Toda observancia dictatorial, no favorece sino su propia versión del socialismo, persiguiendo y aniquilando a los rivales. Toda, incluso la más libertaria, de obtener la supremacía absoluta, recurriría, para conservarla, a la dictadura, y obrando así contribuiría a la ruina de su propio socialismo y al de las demás tendencias. La diversidad de las tendencias socialistas es un hecho que de momento no puede ser eliminado. Conduciría a la ruina general del socialismo, si se agravase el problema de las discrepancias por la imposición de la dictadura, fuera cual fuera el grupo que la ejerciese; en cambio sería beneficioso para las diferentes tendencias socialistas la implantación entre ellas de un pacto de solidaridad como el que acabo de exponer.

Nettlau ponía aquí el dedo en una herida que acabó por convertirse en una llaga casi incurable, porque no existe hoy, aparte del nacionalismo, corriente política alguna en que el mezquino ergotismo, la brutal intolerancia y la perpetua disputa hayan alcanzado proporciones tales como en el campo del socialismo. Tal estado de cosas no nos extraña en el nacionalismo, doctrina que hace una profesión de la exageración de todo cuanto tiende a separar a los hombres, que ha perdido completamente de vista los aspectos comunes de la humanidad y, por lo tanto, no puede producir otros frutos. Pero el que el socialismo, cuyos grandes precursores han pensado siempre en los más amplios intereses de la humanidad, no supiera hacer nada mejor que imitar la conducta del egoísmo nacionalista, ha sido ciertamente la peor desgracia de nuestro tiempo, aquella que ha frustrado todos los anhelos de una evolución espiritual, tan felizmente comenzada, y que ha rebajado el socialismo al nivel de sórdidas querellas de partido.

Los representantes del socialismo autoritario, acostumbrados a tildar el anarquismo de excrecencia del liberalismo o de manía pequeño—burguesa, han olvidado por completo que lo que impartió a sus doctrinas el carácter absolutista, ajeno a las aspiraciones originales del socialismo, fueron las escuelas de las peores tradiciones de la edad feudal y burguesa. Toda corriente espiritual, sin exceptuar el socialismo, es una continuación de la cultura de períodos anteriores. No surge, a la manera del ave Fénix, de las cenizas del pasado. Más, a diferencia del socialismo libertario, que partió de las mejores tradiciones del pensamiento liberal y de los grandes humanistas, el socialismo autoritario se empeñó en resucitar el ideario absolutista el cual había sido enterrado por las revoluciones de los siglos XVII y XVIII. Así se allanó el camino a la nueva reacción, que fatalmente desembocó en el Estado totalitario. El federalismo burgués imprimió su sello al movimiento socialista de España, del mismo modo que el centralismo de los jacobinos burgueses modeló el blanquismo, el marxismo y el bolchevismo. Con la sola diferencia de que el federalismo representaba una ideología moderna, consciente del mal fundamental inherente al absolutismo monárquico; en tanto que el jacobinismo no era, en definitiva, más que una continuación lógica de las aspiraciones centralistas, mantenidas por la antigua realeza francesa y llevadas a su máxima expresión bajo la dictadura jacobina, y que permitió a Napoleón erigir su sistema de despotismo militar. Era inevitable, en tales circunstancias que la idea monárquica —como la denominara Proudhon—, la fe en el absolutismo tuviera su florecimiento en el seno del movimiento socialista. La fe en la omnipotencia de la dictadura, que hoy a resurgido en grado tan alarmante, no es, en manera alguna, un resultado del socialismo; es un antiguo concepto del despotismo más extremo, y vemos cómo éste fue ya elevado al

rango de un principio de Estado por los romanos para dar forma a su política de dominación universal. Para conseguir tal fin, la dictadura es, indudablemente, el mejor medio; pero no lo es para un movimiento que ha inscrito en su bandera la liberación social y que espera realizar esta misión por una reorganización básica de la sociedad humana.

Es la finalidad la que determina los medios, lo mismo que el instrumento es determinado por el trabajo en que se usa. Las tenazas del herrador no le son de ninguna utilidad al relojero, ya que éste emplea otras más finas. Pero la dictadura sólo conoce una sola clase de tenazas, con las que agarra indistintamente las cosas bastas y las finas, y así lo destroza todo. Es esto lo que Nettlau quiso hacer comprender a los socialistas de todas las tendencias cuando abogó por el derecho de las minorías dentro del socialismo. Todos sabemos hoy que una sola teoría científica, una sola escuela de arte significaría el fin de la ciencia y del arte. Hasta los partidarios de las diversas religiones han tenido que acostumbrarse a la idea de tolerar las sectas discrepantes y no pueden ya liquidar sus antagonismos por guerras religiosas, tormentos y patíbulos. Entonces ¿por qué no es posible esta convivencia en la esfera social, donde el socialismo, más que en ninguna otra doctrina, necesita de la cooperación y del esfuerzo de todos para realizar sus anhelos?

Para mí es incomprensible —dice Nettlau en uno de sus ensayos, *Zwischen Autoritat und Freiheit* (23)— que estas verdades no sean reconocidas por todos, y acabar con el triste espectáculo de que hasta los grupos socialistas más afines vivan, a menudo, en abierta hostilidad, hasta el punto de dividirse por cuestiones personales, cuando todos somos artesanos de la gran obra de la sociedad del porvenir. Esa fase

de rabiosa parcialidad y antagonismo ya ha sido dejada atrás en otros aspectos de la actividad humana. El desarrollo de la ciencia se propicia por los procedimientos experimentales y de investigación más diversas, lográndose con ello, en la mayoría de los casos, corregir los errores y falacias, sin que tal diversidad de lugar a enconados odios entre los hombres de ciencia y sí al estudio y discusión serena y creadora...

Una sociedad nueva habrá de originarse en innúmeras condiciones locales, y, por eso, se realizará más fácilmente dentro de unidades territoriales reducidas, es decir, de distintas esferas urbanas y rurales familiarizadas unas con otras; sus formas, por ende, serán de lo más variado. Pero es preciso que estas diversidades se respeten entre sí y que no obstaculicen la buena voluntad tendiente a la federación y al apoyo mutuo. De lo contrario, todo se perdería. Una vez que se acepte esta verdad, será necesario llevarla a la comprensión de todos los grupos. Es lo único que garantiza la seguridad de todos frente a la acción de los reaccionarios y frente a intentos de dictadura de cualesquiera de las tendencias dentro del socialismo".

Si la pretendida dictadura del proletariado en Rusia ha demostrado algo, es el hecho de que por ese camino no se logra ninguna renovación de la sociedad en sentido socialista y menos la emancipación del pueblo de la explotación y de la tiranía, no obstante que, según advierte Nettlau, los dictadores "encontraron a su disposición todos los resultados científicos del sistema capitalista y contaron con enormes cantidades de valiosas máquinas, herramientas, materias primas, etc. El resultado, en conjunto, es

sombrío, deprimente a pesar de haberse llegado a la explotación más rapaz y despótica de materiales y de seres humanos".

Opinaba Nettlau que tal resultado debía incitar a la reflexión a todas las tendencias socialistas que no aceptan incondicionalmente el principio de la dictadura, y debía enseñarles que en el socialismo todos los grupos dependen unos de otros, por lo cual están obligados a llegar a un *modus vivendi*, a fin de cerrar el camino a nuevas dictaduras y dar comienzo a una evolución susceptible de asegurar los derechos de las minorías y de permitir, de esta manera, una acción solidaria respecto a numerosas cuestiones. "Porque no nos convenceremos unos a otros de la bondad de nuestros respectivos credos, ni es posible que haya una observancia única, y si una tendencia cree poder suprimir las demás, se eliminará, al obrar así, del socialismo; pues el bolchevismo, aunque dure ciento cincuenta años, no será jamás verdadero socialismo".

Todos estamos ligados a la Tierra y no podemos salirnos del marco general de la sociedad; por eso, un entendimiento mutuo sobre aquellas cuestiones que lo ameritan, es de gran necesidad, en estos días de turbulentas crisis morales, en evitación de graves males. Ciertamente que por medio de la dictadura es posible derribar temporalmente a un adversario; pero ello no resuelve ningún problema social en cuya solución todos estén interesados por igual. La violencia es, frecuentemente, el medio adecuado para romper el yugo de la tiranía; más, cuando haya logrado su fin, nos encontraremos de nuevo en el mismo punto: despejado el camino, nos vemos enfrentados con la necesidad de alcanzar, por la subversión de las condiciones sociales, un estado que haga imposible cualquier nueva opresión. Ello, empero, sólo puede lograrse optando por el principio del libre acuerdo, ya que la violencia no crea ideas

nuevas ni aglutina los esfuerzos y cooperaciones necesarios para hacer viable la obra creadora; no hace más que destrozar los jóvenes gérmenes de lo que tiene que brotar de nuevo.

Por eso hemos de abandonar todo lo que signifique coacción e imposición, y si no sabemos ponernos de acuerdo libre y amistosamente, si continuamos pensando con criterio exclusivista e impositivo, todo seguirá de igual manera: las dictaduras, las impotentes mayorías parlamentarias, la mutua hostilidad de las organizaciones, la polémica de todos contra todos ocupará nuestros mejores años; y si realmente sucediese que el capitalismo y el Estado sucumbiesen algún día, —lo que no ocurrirá en las circunstancias existentes— veríamos entonces a los socialistas de los diferentes grupos y tendencias destrozándose entre sí como ocurre actualmente en Rusia.

Un pacto de solidaridad, entre todas las tendencias socialistas hostiles a la dictadura, como lo proponía Nettlau, no solamente sería una defensa contra la amenaza de una dictadura, sino que conduciría, además, a un acercamiento entre los diversos grupos, como sucedió en los días de la Primera Internacional. Igualmente sería posible el entendimiento en las bases generales de una economía socialista con la cooperación de especialistas en la materia, y que dichos estudios fueran accesibles a los trabajadores. Tal educación del proletariado produciría mejores resultados que las huecas consignas de la propaganda actual, pues si bien los obreros ya poseen multitud de conocimientos relacionados con sus profesiones, es indudable que en los demás problemas de la vida económica carecen de toda preparación. Una educación en ese sentido asignaría el lugar adecuado a los espíritus más aptos del

obrerismo: a los técnicos, químicos, agrónomos, ingenieros, etc., llegados al movimiento socialista, acabando así con las imposiciones de unos demagogos indiscretos, cuya ciencia, a menudo, no pasa del pobre contenido de un par de folletos. Pero ante todo contribuiría a que las crisis revolucionarias no sorprendiesen a los socialistas completamente impreparados para la acción creadora. Donde existe una comunión íntima, allí impera también la tolerancia, el respeto a la opinión ajena y la voluntad para un entendimiento mutuo, virtudes hoy por completo ausentes.

Debido al estado actual del movimiento socialista,

todo lo común hubo de extinguirse al poco tiempo, toda Internacional se desintegró necesariamente.

La polémica teórica y personal, la guerra civil socialista, de palabras orales y escritas, se perpetuó, y, gradualmente, ese lamentable estado de ánimo belicoso se extendió a la mayor parte de los trabajadores. Se llegó, finalmente, a la separación completa: existe el más absoluto aislamiento de unos frente a otros, mientras los teóricos, los líderes y las publicaciones se empeñan en eternizar esta división con sus envenenadas controversias.

Los obreros mismos contemplan esas estúpidas querellas sobre "desvíos a la derecha o la izquierda de la línea pura", con profunda perplejidad, ya que estas discusiones son sostenidas en una jerigonza peculiar comprensible tan sólo para los líderes, al igual que las justas retóricas de los teólogos y escolásticos medievales. Y los trabajadores se ven implicados, inconscientemente, en esa perpetua guerra civil socialista, no teniendo más opinión que la que les señalan sus respectivos jefes de organización o de partido.

Nettlau escribió numerosos artículos sobre el derecho de las minorías socialistas y la necesidad de un acuerdo entre los diferentes grupos, en una época en que el clamor por la dictadura se hizo en Europa cada vez más estridente, captando incluso a muchos hombres de los que se esperaba una actitud más sensata. Nettlau veía, en este estado de cosas, un síntoma de la impotencia de todo el movimiento socialista. Porque nadie se atrevía ya a realizar nada elevado, clamándose por el hombre fuerte capaz de curar todos los males de la sociedad. Al obrar así, se olvidaba por completo

en qué grado el golpe de Estado de Octubre de 1917 fundamentó la dictadura bolchevique, en qué forma ésta se realizó y fortaleció, cómo constituye el ejemplo más cínico de usurpación y cómo persigue a muerte a todo socialista disidente: anarquistas, sindicalistas, socialdemócratas, y, recientemente, a cualquier asomo de divergencia en sus propias filas. Del mismo modo que atizó el espíritu de la dictadura en todos los países y que, a los cinco años exactamente de su implantación, allanó el camino al golpe de Estado fascista, a la marcha sobre Roma en noviembre de 1922.

Siendo historiador Nettlau, penetró desde el principio en el íntimo conexo espiritual entre los dos movimientos dictatoriales. Vio que el peligro de la más desenfrenada tiranía amagaba a Europa por ambos lados, al menos que lograrse conjurarse a última hora. Por eso creía que era un deber establecer una entente intersocialista y oponer un dique a la marea de las divisiones. Trabajó por ese fin incansablemente durante los años que precedieron al advenimiento de Hitler, no sólo con los numerosos ensayos publicados en las revistas de gran número de países, sino también a través de cartas

dirigidas a sus muchos amigos. Más de una de estas misivas revelaban que no estaba muy esperanzado en un éxito inmediato de sus esfuerzos. Empero, consideraba un deber contribuir a encontrar una salida al caos divisionista, e inducir a los espíritus rectos y capaces de pensar por cuenta propia a cambiar de conducta. El que sus sugerencias no fueran debidamente atendidas, demostró el estado de completa desorientación del movimiento socialista en general de aquellos años, desorientación que hay que atribuir a la dictadura bolchevique de Rusia. Y sin embargo, es en las ideas fundamentales consignadas por Nettlau por aquel entonces, donde reside la única esperanza de una solución; pues mientras el derecho de las minorías dentro del socialismo no sea respetado, es inevitable que cualquier revolución social degenerare en una guerra civil entre los socialistas mismos, lo cual facilitará el juego de la reacción, llevará fatalmente a la derrota del socialismo y terminará en la esclavitud de la humanidad bajo un régimen de capitalismo estatal. Y es que aquí se tocan los dos extremos; el capitalismo imperialista con su predominio de los "carteles" económicos y las tendencias dictatoriales en el seno del socialismo. Las aspiraciones de uno y otro tienen un mismo origen y han de conducir, lógicamente, al mismo punto de partida. Así lo había vaticinado Proudhon hace cien años: una fusión del socialismo con el absolutismo político engendraría la tiranía peor de todos los tiempos.

Creía Nettlau que el movimiento sindicalista era el más indicado para promover una inteligencia entre los grupos socialistas, la cual resucitaría los anhelos ideológicos de la Primera Internacional. Lo creía así porque el sindicalismo constituía una fuerza aglutinadora del movimiento obrero, relacionado estrechamente con los trabajadores de todos los grupos socialistas, y porque sus ramificaciones internacionales ofrecían mejores oportunidades para

un entendimiento entre los obreros, al menos en las cuestiones económicas, demostrando a éstos la necesidad de una acción solidaria aun cuando ésta se realizara contra la voluntad de sus jefes políticos. "Por eso es de desear que los sindicalistas, en primer término, y los hombres honrados de las diferentes escuelas sociales, socialistas y anarquistas, aborden este tema y examinen detenidamente la solución que he sugerido a fin de evitar la caída en cualquier clase de dictadura".

Era inevitable que los esfuerzos de concordia de Nettlau pasaran inadvertidos en una época en que las luchas intestinas del socialismo habían llegado a su punto culminante, debido a los acontecimientos de Rusia y sus repercusiones en los medios avanzados. Aquella atmósfera de rencores y de apasionadas polémicas no era precisamente la más adecuada para la reflexión y el análisis ponderado. Y menos podía esperarse otro resultado cuando ya habían aceptado, grandes núcleos del proletariado, la disyuntiva de optar entre el bolchevismo o el fascismo, convencidos de que sólo la dictadura, de uno u otro color, podía dar solución a los problemas. Así es como la idea de la dictadura tomó tanto auge, sobre todo en Alemania; siendo la dictadura nazi la que se adueñó del Poder y arrastró al pueblo alemán y a otras muchas naciones a la más terrible hecatombe bélica que se conoce. El odio y la demagogia son abonos propicios para que florezca la planta maldita de los hombres fuertes. Bien sabemos hoy cual fue el resultado de todo aquello, y cuando los pueblos se recobren de la espantosa tragedia de muerte y ruinas, podremos saber si la humanidad sacó alguna enseñanza de tan terrible lección. El intersocialismo, como lo denominaba Nettlau, que asegura a cada tendencia plena libertad de acción, sin perder de vista los intereses de la sociedad en conjunto, probablemente sea el

primer paso a dar si se quiere llegar a la realización de una verdadera obra socialista.

Si Nettlau hablaba de un pacto de solidaridad que impidiera cualquier dictadura, estaba muy lejos de pensar en una fusión total de todas las tendencias socialistas. El sólo proponía una cooperación e inteligencia en aquellas cuestiones en que era posible tal entendimiento, pues, como ya hemos dicho anteriormente, nuestro amigo no creía en la homogeneidad del socialismo. El pacto por él propuesto sólo sería viable si era concertado voluntariamente y dejando a salvo la independencia de cada uno de los contrayentes.

Nettlau discrepó, frente a la opinión de muchos compañeros, de la idea de una organización de Consejos, por creer que era irrealizable tal idea. Sabido es que la idea de esos Consejos nació, durante la séptima década del siglo XIX, en el seno del ala federalista de la Primera Internacional, la cual fue bien acogida en Bélgica, España y el Jura suizo. Los obreros organizados de estos países, comprendiendo que el objetivo del verdadero socialismo no era la conquista del poder político y sí la de los medios de producción y distribución, intentaron hallar los medios adecuados para el establecimiento de una sociedad socialista: sustituir el sistema económico capitalista con una administración de productores y consumidores: prevenirse contra todo intento de dictadura y evitar el control económico del Estado. Creyeron haber dado con la solución al propugnar un sistema administrativo, basado en la elección de los administradores por los mismos obreros, y establecer la revocabilidad de los nombrados si resultasen incapaces de cumplir con su cometido. La nacionalización de los medios de producción no es verdadero socialismo, el cual sólo se realizará si el pueblo trabajador es, a la vez que propietario de los instrumentos de

trabajo, el verdadero administrador de la economía. Aquélla fue, sin duda alguna, una idea fecunda. Por desgracia cayó en el olvido en los medios obreros de la mayoría de los países, para resurgir solamente en la época de la revolución rusa. Los soviets rusos —consejos de obreros y campesinos— no tuvieron, desgraciadamente, libertad de acción para poner en práctica tan excelente idea, pues fueron convertidos en meros instrumentos del Estado bolchevique.

Kropotkin, en su *Manifiesto a los trabajadores de la Europa occidental*, señala lo que hay de bueno y fecundo, en las bases de constitución de los soviets, las cuales fueron deformadas por la llamada dictadura del proletariado. Anarquistas tan conocidos como Malatesta, Fabri, Berneri, Bertoni, G. Landauer, V. Orobón y otros, veían en los Consejos de obreros y campesinos una buena idea para la realización del socialismo, siempre y cuando se evitara la coacción de los partidos políticos y el avasallamiento del Estado. También nuestros compañeros en Alemania compartían este punto de vista, y sobre todo teniendo en cuenta que había que considerar el apego que tenía el obrerismo alemán por el Estado. La idea de los soviets era excelente para convencer al proletariado alemán de que la nacionalización de la economía, si conducía al capitalismo de Estado, no era la ruta hacia un socialismo verdadero. [\(24\)](#)

Como ya hemos señalado anteriormente, Nettlau tenía su criterio sobre la cuestión de los Consejos. Tuve con él una discusión oral y escrita referente al problema y, por lo tanto, conozco su opinión. Aunque no negaba abiertamente que la idea de los Consejos obreros pudiese servir de base a una edificación de índole socialista, opinaba que la desorientación y la hostilidad que imperaba entre los diversos grupos socialistas, habría de condenar la idea de los soviets a un seguro fracaso. Y, en el mejor de los casos, la idea de los Consejos

degeneraría en un estéril y burocrático parlamentarismo económico; o bien, que sería lo peor, proporcionaría al socialismo de partido, sediento de poder, un buen recurso para eliminar a las demás tendencias y preparar el camino hacia la dictadura, tal como ha ocurrido en Rusia, Hungría y Baviera.

Argüía Nettlau que, si en tiempos de la Primera Internacional se propiciaron tales Consejos, no se debía olvidar que por aquel entonces no existían aún en España, Bélgica y otros países partidos socialistas obreros y que la Internacional era el único organismo obrero existente. En tales condiciones, se podía abrigar la esperanza de haber hallado, en la idea de los Consejos, una base común para la realización práctica del socialismo. Hoy, en cambio, la situación era muy distinta. Los partidos obreros políticos y los sindicatos por ellos controlados formaban, en la mayoría de los países, el factor más importante del movimiento obrero, y de momento nada podía cambiar esa realidad. Debido a una colaboración de medio siglo en los parlamentos de los Estados burgueses, los obreros habían dejado de pensar en un auténtico internacionalismo y a dudar en la posibilidad de una acción socialista directa. Por todo lo cual era inevitable que una organización de Consejos fuera, desde el principio, influenciada por la disciplina de los partidos políticos, y dada la mentalidad actual del movimiento obrero, habría de producir los resultados más lamentables: las minorías discrepantes serían arrolladas por el solo argumento de la mayoría de votos y se fortalecería la nefasta teoría del absolutismo. A su juicio, lo que había que intentarse primero era un entendimiento sincero entre los elementos sensatos y honestos del socialismo, poner coto al sectarismo de partido y garantizar la libertad de acción de las minorías. No proceder así, era tanto como desear que el socialismo no pase de una bella aspiración.

Los anhelos de una inteligencia entre los socialistas, sugeridos por Nettlau, perseguían algo más que finalidades prácticas inmediatas. Veía en ello un acicate moral y educativo susceptible de reanimar el dormido ideal de libertad. La libertad era para nuestro amigo la idea fundamental del socialismo, sin la cual no podía prosperar ninguna empresa elevada y humanamente digna. Sólo la libertad engendra la solidaridad verdadera, el respeto a la opinión ajena y el concepto de responsabilidad individual y colectiva. Es la esencia de toda ética sana, y por lo tanto, no puede ser sujeta a la rigidez de ningún dogma o doctrina determinada. Un socialismo que renuncia a la libertad, se niega a sí mismo. Contra el escollo del dogmatismo se han estrellado hasta ahora todos los intentos de liberación. Una y otra vez se ha intentado aprisionar la infinita variedad de la vida en la jaula de las doctrinas absolutas, desviando, así las naturales condiciones para un elevado desarrollo ético. Cualquier política realista lleva a la resignación fatalista de los hechos consumados, pues en la galera de una sórdida rutina se angosta todo entusiasmo y toda fe. Y este ha sido el desastre de la mayoría de los partidos socialistas: tan trabados estaban en las redes de la política nacionalista, que perdieron de vista los amplios horizontes del verdadero socialismo, y, limitándose a los supuestos posibles inmediatos, no hicieron más que girar alrededor de su ambición de Poder.

A tan loables deseos de concordia, respeto mutuo y sincera tolerancia entre los socialistas, dedicó Nettlau los mejores años de su vida. Sus esfuerzos quizá no fueron prácticos, en la acepción habitual de la palabra, pero estaban inspirados en el más elevado humanismo y animados del más profundo amor a la libertad.

Tales tendencias siempre parecerán extrañas a los eternos prácticos, pero los jóvenes de espíritu a los cuales el doctrinarismo no ha endurecido sus sentimientos las comprenderán mejor y se decidirán más pronto o más tarde a seguir la ruta por él indicada hacia los sanos objetivos de la Primera Internacional vinculados a la causa de la libertad.

TERCERA PARTE
RECUERDOS Y CARTAS

I

MIS PRIMEROS ENCUENTROS CON MAX NETTLAU

En el verano de 1895, cuando lo conocí en Londres, Nettlau estaba en la flor de su vida. Tenía, por aquel tiempo, treinta años de edad. Su apariencia física era impresionante. Si se pudiera atribuir sentido alguno al término ario, Nettlau habría representado al prototipo del ario de pura casta, pues ostentaba todas las características que la imaginación de nuestros modernos alquimistas de la raza le han señalado al llamado hombre nórdico. Era Nettlau un hombre esbelto, vigoroso y bien formado; de cabellos y barba rubios; de ojos azules, cuya mirada, clara y serena, contemplaba al mundo con afán de saber. El rostro delgado, de finos contornos, revelaba al hombre de cultura, al pensador y al sabio. Si se compara a Nettlau con Hitler, Goering, Goebbels, Hess, Rosenberg, Ley u otros de los creadores del Tercer Reich y esforzados liberadores del pueblo alemán del oprobio de la Rassenschande —mezcla de razas—, el antagonismo antropológico, manifiesto entre aquél y éstos, nos ha de parecer como una broma pesada.

En 1895, Nettlau había llegado a Londres algo antes a la fecha acostumbrada en sus visitas a esta ciudad. Lo hizo así, llevado por su interés de asistir al Congreso internacional socialista, cuyas deliberaciones describió más tarde, en extenso y ágil trabajo, hoy completamente agotado. Le vi por primera vez en un pequeño

círculo italiano de Dean Street, en la parte oeste de Londres, cuyo edificio habían alquilado Malatesta y otros compañeros italianos para poder ofrecer a los delegados anarquistas y social—revolucionarios un cómodo centro de reunión. Reinaba allí gran animación, especialmente en las horas del almuerzo, y se veía en sus salones compañeros de todos los países, tan conocidos como Errico Malatesta, Pietro Gori, Fernand Pelloutier, Emile Pouget, W. Cherkesov, F. Domela—Nieuwenhuis, Christian Cornelissen, Gustav Landauer, Alfred Sanftleben, Oskar Kohl, A. Hamon, Toni Petersen y otros muchos; a los que, naturalmente, se sumaban los compañeros de todas las nacionalidades residentes en Londres. También Kropotkin venía a menudo a Londres, desde Bromley, para pasar con los amigos algunas horas agradables.

Fueron aquellos unos días de intensa actividad, preñados de grandes ilusiones y esperanzas. El vergonzoso fracaso del Congreso de Londres, donde se perdieron tres días y medio para expulsar a los anarquistas, quedando apenas el tiempo necesario para votar, a prisa y casi sin debate un par de resoluciones, creando así una apariencia de labor realizada, había dejado una impresión pésima y de gran resonancia en la prensa internacional. Hasta los periódicos socialistas de Inglaterra, con la sola excepción del *Justice*, de filiación marxista y que no representaba más que a una minoría socialista del país, criticaron severamente la actitud del Congreso y censuraron, con especial acritud, la casi increíble intolerancia de la delegación alemana y de sus secuaces en el extranjero. El Congreso de Londres, en efecto, fue uno de los episodios más bochornosos del movimiento socialista internacional, y Nettlau estuvo en lo cierto cuando, en su folleto, lo comparó con el Congreso de La Haya (1872), en el que ya doblaron las campanas por la defunción de la Primera Internacional.

Ya en 1891 había yo asistido al Congreso internacional socialista de Bruselas y, las impresiones que recibí, habían enfriado considerablemente mi juvenil entusiasmo. Aquella asamblea se reunió a los once meses de la derogación de la ley de Bismark contra los socialistas. Por primera vez, el movimiento socialista de mi país pudo obrar nuevamente con libertad, después de haber vivido en la clandestinidad durante doce años. En el seno de la socialdemocracia alemana [Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD)] se hizo sentir, por entonces, una fuerte influencia de la Oposición de los Jóvenes [Die Opposition der Jungen], teniendo particular resonancia en Berlín, Magdeburgo, Hamburgo, Francfort del Main y otras muchas ciudades. También en mi ciudad natal, Maguncia, se formó un grupo de Jóvenes, fruto de esfuerzos míos y de otros jóvenes compañeros. Combatíamos la táctica parlamentaria de los viejos líderes; pero, en todo lo demás, éramos buenos marxistas, opinando solamente que el partido había abandonado el sendero revolucionario y degeneraba, cada vez más, en partido reformista social. La proximidad del Congreso de Bruselas despertó en nosotros grandes esperanzas. Ante todo, deseábamos conocer más de cerca a los compañeros del extranjero; más como éramos demasiado pobres para costear los gastos del viaje, nuestro grupo decidió que mi amigo Jean Meudt y yo lo haríamos a pie. Caminamos así seis semanas hacia nuestro destino y llegamos a Bruselas pocos días antes de la apertura del Congreso. Cuando ya en la capital belga vimos, por primera vez en nuestra vida moza, la bandera roja ondear en la Maison du Peuple, formando parte del gran desfile en la víspera de la apertura del Congreso escuchando los cantos revolucionarios, nos sentimos como atolondrados por tantas emociones. En aquello no había que pensar en Alemania ni aun después de la derogación de las leyes de prescripción. Así, pues, nuestros jóvenes corazones

latieron con gran entusiasmo. Creíamos firmemente que la revolución social no se dejaría ya esperar por mucho tiempo.

El gran desengaño lo recibimos en el Congreso. La expulsión de los anarquistas, el arresto de Merlino [\(25\)](#) y, más que nada, la forma rencorosa en que Liebknecht atacó al socialista holandés Domela—Nieuwenhuis, cuando se debatió la cuestión de la huelga general como medio para impedir la guerra, tuvieron en mi mente juvenil el mismo efecto que el tizón en la siembra. Sentí que las nobles palabras “¡Proletarios de todos los países, uníos!” no era más que una frase hueca, despojada de todo sentido de tolerancia y transigencia. Si habíamos ido a Bruselas animados de mil esperanzas, emprendimos el camino de regreso con el ánimo embargado por la desilusión. El único resultado halagüeño del viaje fue la amistad que trabé en Bruselas con algunos anarquistas alemanes residentes en el extranjero. Estos compañeros me enviaron desde entonces la *Freiheit*, de J. Most, y *Die Autonomie*, publicada en Londres, ambas publicaciones prohibidas en Alemania. Así fue como nuestro grupo maguntino abandonó, el mismo año, el campo socialdemócrata y abrazó abiertamente la causa anarquista.

Y sin embargo, las desagradables impresiones recibidas en Bruselas en 1891 quedaron pálidas comparadas con las que recibí, cuatro años más tarde, en el Congreso de Londres. En efecto, en mi vida he vuelto a experimentar nada semejante. La brutal intolerancia, el mezquino rencor y la sectaria estolidez que allí se desbordaron, no pueden ser superados, dándonos una idea anticipada de lo que las tendencias libertarias podían esperar de los marxistas el día que éstos fueran dueños del Poder. Los debates asumían con frecuencia aspectos tan grotescos, que sólo dejaban lugar a la risa. Así, por ejemplo, cuando se intentó en serio expulsar

al representante de una asociación neoyorkina de cocheros que, poseyendo vehículos propios, trabajaban por su cuenta. Porque estos trabajadores disponían de medios propios de producción, fueron calificados, sin más ni más, de capitalistas indignos de estar representados en un congreso obrero socialista.

Fue en aquellos días cuando un viejo compañero alemán, Hermán Stenzleit, me presentó, en el círculo italiano, a Max Nettlau, el que se mostró muy afable conmigo. Sentados en una de las pequeñas mesas, platicamos, como era natural, de lo que pasaba en el Congreso. Cuando uno de los compañeros mencionó el cómico incidente de los cocheros neoyorquinos, prorrumpimos todos en grandes carcajadas. Sólo Nettlau se mantuvo serio, diciendo: "Sí, hoy tal cosa parece una payasada, pero algún, día puede convertirse en tragedia. Mucho me temo que semejantes contorsiones del sentido común puedan conducir, en circunstancias favorables, a un estado de despotismo que supere a cuanto hoy podemos imaginar". Diríase que presintió lo que más tarde habría de suceder en Rusia.

Todo el Congreso fue rico en incidentes pintorescos, cada uno de los cuales daba lugar, invariablemente, a largas discusiones, creando una atmósfera propia de un manicomio. Un caso de particular locura se produjo cuando cuatro miembros socialistas del Parlamento francés, que no tenían representación ni mandato, adoptaron el insólito criterio de que "siendo diputados no necesitaban de mandatos especiales". Tal pretensión dejó atónitos incluso a los plácidos ingleses. Estalló un violento debate que llenó toda una serie de sesiones. La peor impresión, sin embargo, la produjo el sañudo rencor y el ciego sectarismo de la mayoría del Congreso contra la cual no valieron argumentos ni razones. Como siempre, los delegados alemanes, se distinguieron por su sectarismo. Sus

partidarios de otras nacionalidades, por más que tratasen de imitarlos, carecían de la necesaria mentalidad rutinaria, y, sobre todo, de la disciplina férrea que el látigo prusiano les había inculcado a los delegados germanos. Sólo uno de ellos mostró estar a la altura de los alemanes, el representante del partido socialista de España, Pablo Iglesias. Este, en su filípica contra los anarquistas, se desfogó en las más venenosas insidias. Los ataques contra los anarquistas españoles eran una mezcla inverosímil de mentiras y de grotescas deformaciones, particularmente inoportunas en un momento en que millares de nuestros compañeros españoles estaban llenando las prisiones, víctimas, como ya lo habían sido tantas veces, de la feudal crueldad de la reacción monárquica y clerical, puesta de relieve, poco después, por los horribles sucesos de Montjuïc. La mayoría de los delegados de los sindicatos de Cataluña, que habían sido nombrados para el Congreso de Londres, fueron detenidos. Fue Malatesta, a quien se le habían remitido la documentación y mandatos, el que se hizo cargo de la representación. Ya en el Congreso de Bruselas, Iglesias había logrado la expulsión de dos delegados españoles porque eran anarquistas. En Londres la cosa no resultó fácil y los accesos de ira del caudillo de los socialistas hispanos no pudo impedir que se reconocieran los mandatos de Malatesta.

Fueron los delegados del "Independent Labour Party", por entonces la organización socialista más fuerte de Inglaterra, quienes dijeron a los alemanes algunas verdades amargas. No les ocultaron que la gente en Inglaterra tenía de la tolerancia un concepto muy distinto del que se practicaba en Alemania. Dándose el caso de que, en el gran mitin de protesta por la expulsión de los anarquistas del Congreso en Holborn Town Hall, al lado de Kropotkin, E. Reclus, Malatesta, Gori, Domela—Nieuwenhuis y otros muchos compañeros

destacados, intervinieran también los dos líderes más influyentes del Partido Obrero Independiente, Keir Hardie y Tom Mann. Robert Blatchford, redactor de *Clarion*, periódico muy difundido en Inglaterra, Walter Crane, el conocido dibujante socialista, y William Morris, ya aquejado de grave enfermedad, transmitieron a la asamblea su adhesión por escrito. El inmenso salón estaba tan atestado de público, que fue preciso celebrar, aquella misma noche, una segunda reunión pública en la gran sala del Workingmen Club and Institute, para dar así, a la enorme multitud de obreros que no habían encontrado acceso en el mitin principal, una posibilidad de participar en aquella manifestación. Una resolución de protesta, redactada por Malatesta y A. Hamon, en la que los anarquistas exponían su posición dentro del movimiento socialista internacional, fue adoptada por unanimidad en ambas asambleas.

Después de su expulsión del Congreso, los anarquistas, en unión de otros grupos social—revolucionarios, convocaron una conferencia internacional, que se celebró, del 29 al 31 de julio, en Saint Martin's Town Hall. Los debates allí no sólo fueron sobrios y de gran estímulo, sino que fueron, por su serenidad y alteza de miras, un contraste ante el sectarismo y la intolerancia que reinó en el Congreso de Londres. Todo esto dio sus resultados halagüeños. Los organizadores del Congreso de Londres, ante el fracaso, se vieron desde entonces obligados a convocar todas sus asambleas internas como exclusivas para los partidos socialistas y sus sindicales obreras afines, en las que los anarquistas y demás sectores revolucionarios antiparlamentarios no tenían cabida. Si hubiesen obrado así desde el principio, en vez de monopolizar el nombre del socialismo, a buen seguro que los anarquistas no les habrían creado dificultades, dejándolos que tranquilamente cocieran sus panes.

Nettlau estuvo presente en todas las manifestaciones de los anarquistas y de sus grupos afines sin intervenir en los debates, pues no era orador. Desde entonces yo le veía casi todos los años, cada vez que venía a Londres por un par de meses para continuar sus investigaciones en la biblioteca del Museo Británico. Se sumía tan profundamente en sus estudios, que no podía dedicar a sus amigos más que los domingos y algunas horas en la noche. Sin embargo, se le encontraba en todas las manifestaciones internacionales, cuando él estaba en Londres, y casi siempre en los grandes mítines convocados cada 11 de noviembre para conmemorar a los mártires de Chicago, ya que habitualmente llegaba a Inglaterra en otoño, excepto cuando sus estudios le llevaban a algún otro lugar.

Mantuvo Nettlau relaciones muy estrechas con el grupo Freedom, en cuya revista mensual colaboró, de manera regular, durante muchos años. Con anterioridad, había sido miembro de la Socialist League, fundada por Morris y otros, a lo cual probablemente le instara Victor Dave. Después de la desintegración de esa organización se adhirió al grupo Freedom, cuyos creadores habían sido Kropotkin y algunos compañeros ingleses y continentales. Que yo sepa, fueron estas dos las únicas organizaciones en las que cooperó de forma práctica. Aun en Viena, donde residía habitualmente, no había participado en ninguna actividad del movimiento. Es verdad que esta circunstancia encuentra su explicación en las penosas condiciones locales, como se desprende de muchas de sus cartas.

Además de colaborar con los compañeros del grupo Freedom, Nettlau mantuvo estrechas relaciones con Kropotkin, Cherkesov, Tarrida del Mármol y, sobre todo, con Malatesta, aunque sus ideas no coincidieran por completo con ninguno de ellos. El que acaso

estuviera más cerca de él, por cuanto a su pensamiento se refiere, fue el español Tarrida. Con Kropotkin tuvo Nettlau largas discusiones sobre cuestiones tácticas y teóricas, discusiones que continuaron a través de una extensa correspondencia. Estas discusiones no perturbaron en ningún momento sus relaciones de amistad. Tenía a Malatesta en la más alta estimación; no obstante no estar de acuerdo con él en temas de organización. Admiraba en el revolucionario italiano su intrepidez, su sereno y lúcido pensar, su carácter franco y modesto carente de toda baja ambición personal y atento siempre a la causa de redención humana a la que había consagrado su vida.

II

NETTLAU Y LOS COMPAÑEROS ALEMANES RESIDENTES EN LONDRES

Aunque Nettlau era alemán, se relacionaba con un número muy limitado de compatriotas radicados en Londres. Grandes eran las discordias imperantes por entonces en el campo socialista, pero éstas se manifestaban entre los exiliados alemanes con una falta absoluta de toda delicadeza y una agresividad muy peculiares en ellos. Nettlau había vivido personalmente las luchas intestinas entre los revolucionarios alemanes residentes en Londres durante la novena década del siglo XIX. Había visto cómo la organización iniciada por J. Most, terminó en la más completa desintegración, y como uno de los más valientes y abnegados amigos de Most, el carpintero John Neve, debido a una infame delación y a la criminal complicidad del gobierno belga, fue entregado a la policía de Bismarck. Neve, a quien Nettlau tenía gran estimación, fue sentenciado en 1887, en sesión secreta del Tribunal Imperial de Leipzig, a quince años de trabajos forzados. Falleció en 1896 en la cárcel de Berlín, habiendo sido declarado loco mucho antes de su muerte. Lo que este excelente compañero sufrió durante su cautiverio, quedó envuelto en el más impenetrable secreto, pues sus carceleros le negaron toda comunicación con el exterior de la prisión. Grandes servicios prestó este malogrado luchador al

movimiento clandestino en los días aciagos de la "ley contra los socialistas".

A causa de aquel desgraciado hecho, la situación interna del movimiento alemán en Londres se hizo más tirante. Cada fracción achacó a los otros la culpa por el arresto de Neve, contribuyendo con ello a exasperar los rencores ya existentes. El que más comprometido salió de aquel asunto fue el conocido anarquista Josef Peukert, el cual, con increíble ingenuidad, fue inducido a visitar el escondite de Neve en la frontera germano—belga, en compañía del ya por entonces sospechoso Theodor Reuss, desenmascarado más tarde como confidente de la policía germana. El proceder de Peukert fue severamente censurado tanto por los socialdemócratas como por los partidarios de Most. Peukert, faltándole valor para confesar abiertamente su grave imprudencia, intentó desviar las sospechas hacia el anarquista belga Victor Dave, el cual actuaba, por entonces, en el movimiento clandestino alemán, actuación que le costó una condena de dos años y medio de prisión. El embrollo resultante de todo esto destruyó toda posibilidad de entendimiento entre el ya dividido movimiento exiliado alemán. Nettlau trató de hacer entrar en razón a las diferentes fracciones y de que llegaran a una reconciliación, sin que tuvieran éxito sus esfuerzos. Desde entonces apenas si tuvo contacto alguno con los compañeros alemanes residentes en Londres. [\(26\)](#)

Cuando conocí a Nettlau, Londres 1895, se había llegado a un entendimiento entre los diferentes grupos alemanes residentes en Inglaterra, pero las consecuencias de aquella lamentable disputa aun se hacían sentir. En Alemania había surgido un nuevo movimiento revolucionario que, como es natural, interesó más a Nettlau que las andanzas de los emigrados. Debido a las numerosas expulsiones de

compañeros alemanes de Suiza y Francia y a la represión que se había desencadenado en el país alemán, muchos elementos jóvenes habían llegado a Londres. Estos compañeros, ignorando las disputas que habían dividido el movimiento de los alemanes ya residentes en el suelo inglés, se entregaron por completo a organizar la ayuda a los acorralados compañeros de Alemania y de Austria. Por ello se volvió a crear en Londres una organización alemana muy activa, la que atrajo a su seno muchos de los viejos compañeros que habían sido parte activa en las querellas mencionadas. Era precisamente con relación a estos veteranos, que Nettlau observó una actitud de fría reserva, ya que los consideraba responsables de haber destrozado y dividido el movimiento seis o siete años atrás. Además, como él no residía nada más que unos meses al año en Londres no tuvo ocasión de percatarse de los nuevos derroteros que había tomado el movimiento. Nettlau era un amigo leal de Víctor Dave y sintió mucho la injusticia que se había cometido con este compañero.

Nettlau intimó mucho con Bernhard Kampffmeyer, Wilhelm Werner y los jóvenes compañeros que habíamos tomado parte recientemente en el desarrollo del nuevo movimiento alemán. Sobre todo Werner le produjo una impresión muy favorable, pues tenía las cualidades precisas para atraerse las simpatías de Nettlau. Werner era el de más edad de nuestro grupo juvenil y al cual me unía una cordial amistad. Él tuvo que huir a Inglaterra unos meses antes de mi llegada a Londres. Ya en años anteriores había ocupado cargos destacados en el movimiento clandestino de Berlín. Era uno de los principales dirigentes de la oposición de los Jóvenes en las filas del partido socialdemócrata, del grupo que combatía la hegemonía de los líderes parlamentarios y centralistas. En 1891 Werner, y con él Karl Wildberger, fueron expulsados en Erfurt del viejo partido por su actitud revolucionaria, y desde entonces ponía todas sus fuerzas al

servicio del nuevo movimiento de los Socialistas Independientes de Alemania, el que tenía por portavoz *El Socialista*, con tendencias izquierdistas cada vez más señaladas, y que finalmente, bajo la égida de Gustav Landauer, profesaría abiertamente el anarquismo.

Mi viejo amigo Werner fue uno de los hombres más sinceros y honrados que me cupo conocer en el movimiento alemán. Tribuno brillante, dotado de gran humor y de una voluntad inquebrantable, unido a un elevado sentido de la justicia y de una clara inteligencia, se entregaba por completo a sus convicciones y desdeñaba los caminos sinuosos para tratar al enemigo como al amigo. Para Nettlau, que pedía a los compañeros de su íntima amistad elevadas cualidades morales, un carácter tan sincero y recto como el de Werner había de ganarse de inmediato sus simpatías. Habitualmente nos reuníamos en el acogedor chalet que Kampfmeyer había alquilado en Acton, suburbio de Londres. Allí vivimos horas deliciosas que nunca olvidaré.

No era Nettlau un gran conversador. Hablaba poco, pero lo que tenía que decir era siempre sugestivo e importante, sobre todo si nuestras pláticas giraban en torno al movimiento socialista, que él conocía como ninguno. Su papel preferido, sin embargo, era el del oyente. Le gustaba escuchar a los demás hasta que alguna observación le envolvía en la conversación o una pregunta directa le obligaba a contestar.

En los primeros años de mi exilio en Londres, me ocupé con ahínco en el estudio de la historia de nuestro movimiento, sobre todo de los acontecimientos relacionados con la Primera Internacional. Esa curiosidad había recibido sus primeros impulsos por un pequeño, pero muy substancial trabajo de Nettlau, *La evolución histórica del anarquismo*. La leí en 1891, cuando todavía estaba en Alemania,

pero no pude, en aquel entonces, aprovechar el rico material que contenía. Fue preciso que aprendiera el francés durante una estancia posterior en París. Lo que los jóvenes sabíamos de la Internacional, se limitaba, casi exclusivamente, a las caracterizaciones que había recibido en dos escritos tendenciosos titulados *Un complot contra la Internacional*, traducción alemana del panfleto de Marx, Engels y Lafargue *Contra la "Alianza"*, y *Los bakuninistas en acción*, de Federico Engels, un libelo contra los anarquistas españoles, tratando de los sucesos de la revolución española de 1873. En la época en que yo, aun muy joven, me vi arrastrado por el movimiento socialista, se tenía en Alemania ideas harto defectuosas sobre las corrientes sociales en el extranjero. Lo que informaba de ellas la prensa socialista, se refería únicamente a los grupos marxistas. Nada más natural, pues, que estuviéramos firmemente convencidos de que no existía movimiento alguno fuera del marxista. El socialismo francés se reducía para nosotros al grupo de los guesdistas y, si alguna vez, se mencionaba otra tendencia, tal alusión se hacía en forma tan malévolamente y hostil, que el inherente rencor se nos comunicaba. Cuando se hablaba del movimiento socialista de Inglaterra, se sobreentendía que el reducido círculo en torno a Hyndman y la Social Democratic Federation ocupaba el primer plano. Lo que sabíamos del socialismo español no iba más allá de Pablo Iglesias, José Mesa y sus partidarios. Los anarquistas iberos no eran, a nuestros ojos, más que unos instrumentos de la reacción o unos "utopistas" incurables.

Algo más tarde, a través del *Freiheit* de Most y del *Autonomie* londinense, nos enteramos, hasta cierto punto, de no pocos hechos del movimiento libertario en el extranjero; pero lo que supimos no bastaba para darnos una clara idea de las aspiraciones sociales en otros países. No fue sino en París cuando comprendí realmente que

ignoraba casi todo de la verdadera historia de la Primera Internacional y de los movimientos libertarios en el extranjero, y que tendría que estudiar a fondo la literatura de referencia francesa, comenzando con los pasos iniciales del movimiento. Leí en París la *Memoire de la Federation Jurassienne* y varios escritos de César de Paepe, James Guillaume, Benoit Malon, Adhémar Schwitzguebel, etc., y después de mi expulsión de Francia continué estas lecturas en Londres, ciudad que poseía para mí una atracción irresistible. Durante el primer año de mi estancia allí, sostuve en la primera sección de la Sociedad Comunista de Cultura de los Obreros una extensa serie de conferencias sobre la historia de la internacional, que atrajeron un numeroso auditorio. Los conceptos que en ellas expuse, les parecieron tan interesantes a los compañeros alemanes de Londres, que la sociedad decidió publicarlos.

El proyecto no se realizó, afortunadamente, pues siendo mis conocimientos lo que eran por entonces, hubiera sido un libro bastante defectuoso, ya que yo no conocía a la sazón el rico material sobre la historia de la Internacional en España e Italia sino de una manera muy fragmentaria.

Se comprende, pues, cuán bien venidas debían serme las ocasionales entrevistas con Nettlau, quien terminaba por entonces la primera versión de su gran biografía de Bakunin y poseía una erudición histórica sin comparación posible. Era un verdadero placer que nos contara sus viajes a través de Suiza e Italia, países en los que siguió las huellas de Bakunin, encontrándose con muchas personas que habían pertenecido al círculo de los íntimos del gran revolucionario. En sus narraciones, Nettlau mostraba un fino humor, que uno vuelve a descubrir en sus cartas, pero que aparece raras veces en sus numerosos escritos, ya que la composición concienzuda

del material de hechos le hacía descartar de su espíritu cualquier ocurrencia graciosa.

En nuestras esporádicas reuniones, Nettlau no dejaba nunca de anotar cuantos hechos interesantes sobre el movimiento se le citaban. A ese respecto Wilhelm Werner pudo serle particularmente útil, ya que había pertenecido al círculo clandestino del movimiento berlinés en los años de la "ley contra los socialistas" y estaba muy enterado de la historia de la oposición de los Jóvenes y sus luchas contra los viejos líderes del partido. Werner tenía, por aquellos días, una pequeña imprenta en Berlín, en la que muy frecuentemente se confeccionaban folletos y manifiestos clandestinos bajo las narices de la policía, por decirlo así, pues ésta mantenía su taller vigilado día y noche. De este asunto, Werner, con su original humor berlinés, supo contar más de un episodio divertido; por ejemplo, cómo los agentes de la policía habían sido engañados de la manera más astuta, de suerte que hasta los cateos imprevistos resultaban casi siempre infructuosos. Estas narraciones divertían a Nettlau, y mucho fue su regocijo cuando Werner refirió, con su seca y humorística manera de hablar, cómo se las arregló, en una ocasión, para sacar de la imprenta todo su cargamento de volantes clandestinos, ocultándolos en un ataúd.

Yo mismo recibí de Nettlau muchas sugerencias interesantes. Era siempre paciente y se alegraba visiblemente cuando sus estudios encontraban interés. Tenía una excelente memoria, sobre todo en lo que se tratara de la historia del movimiento. Era verdaderamente inconcebible la seguridad con que sabía contestar, en los más minuciosos detalles, cualquier pregunta que a tales asuntos se refería; tanto más cuanto que su fabuloso saber se extendía al movimiento en todos los países. A eso unía una conmovedora

modestia, derrochando el tesoro de sus conocimientos a manos llenas y sin concederle importancia. Es por esa razón por lo que le consideré siempre como uno de mis grandes preceptores, y más allá de su muerte le quedo agradecido por todo lo que él me enseñó.

III

LAS RELACIONES DE NETTLAU CON SUS COMPAÑEROS DE OTRAS NACIONALIDADES EN LONDRES

A mediados de la última década del siglo pasado, Nettlau se relacionó con los compañeros italianos asilados en Londres. Las actividades revolucionarias en el continente y las inevitables persecuciones, señaladamente en los países latinos, habían concentrado en Londres a muchos compañeros que no habían podido sostenerse en ninguna otra parte, y que finalmente se vieron obligados a reclamar el derecho de asilo inglés, el cual les amparaba por lo menos contra las salvajes persecuciones de la reacción internacional. Sin embargo, aunque los eternos líos con la policía inglesa distaban mucho de tener aquella brutalidad característica en la policía del continente, la miseria, en cambio, que esperaba a los fugitivos en Inglaterra, era tanto más cruel y desesperada. Para los alemanes y franceses la situación era tolerable; eran, en su mayoría, buenos artesanos y, transcurrido cierto tiempo, encontraban condiciones de trabajo, a menudo muy ventajosas. Mas para el grueso de los compañeros italianos, el asilo inglés resultó una escuela de duras privaciones y pruebas severas, por mucho que los compañeros establecidos en el país se esforzasen por ayudarles. Era muy numeroso el grupo italiano, y con cada nuevo fugitivo que

llegaba, la situación de los anteriores se hacía más precaria. Suiza había expulsado a gran número de compañeros italianos, alemanes y franceses, la mayoría de ellos se dirigió hacia Londres, porque encontraron todas las puertas en el continente literalmente cerradas. Entre los italianos que por entonces vivían en Londres, se hallaban Pietro Gori y Eduardo Milano, a quien Nettlau conoció en Lugano. Casi todos los emigrados italianos vivían en la angosta y pobre barriada que separa Islington de King's Cross, y en una miseria tan negra que Nettlau, que estaba en estrecho contacto con ellos, describió más tarde muy vívidamente en el siguiente pasaje:

En aquel entonces, el pobre Milano vivía en un tabuco, no más grande que un cajón y que había servido de palomar; Gori se alojaba en un zaquizamí que resultó ser el centro de la corporación local de rateros.

Más estos ladrones le tenían gran respeto al apuesto Gori, a quién veían a menudo vigilado por los detectives; bien puede ser que le tomasen por un auténtico bandolero que se había retirado temporalmente. Al cabo de algunos meses, Gori se marchó a América, ganándose la travesía como marinero, pues siendo un hijo de la Isla de Elba, conocía bien el mar. Después de una intensa propaganda en los Estados Unidos, regresó en el momento del congreso internacional de Londres, en 1896. También Eduardo Milano estuvo en los Estados Unidos, para trasladarse luego a Bruselas.

Su espíritu tan lúcido, al que debemos el *Primo Passo all'Anarchia*, se ensombreció gradualmente. Retornó a Grugliasco. Todavía en 1898 le vi en Turín; pero en 1907, Malatesta me contó su trágica muerte en Grugliasco.

La observación de Nettlau de que los extraños vecinos de Pietro Gori en Londres, los cuales estaban en relaciones tirantes con la policía, acaso le tomaran por un bandido oculto, fue acertada. Aun recuerdo cierta anécdota muy divertida, que Malatesta nos narró antaño en casa de nuestro amigo español Tarrida del Mármol. En la época en que Gori vivía en Londres, frecuentaba a menudo, en compañía de Malatesta, un pequeño restaurant italiano situado en un callejón del Soho, donde tomaban una comida modesta. La policía dedicaba por entonces a los dos una atención especial, y por donde fuesen siempre les seguía una pareja de agentes secretos que no los perdían de vista. Cierta día, cuando visitaron según su costumbre aquella casa de comidas, el patrón los recibió con inusitada amabilidad. Sin esperar sus órdenes les sirvió un opulento y sabroso almuerzo con una botella de vino excelente. Al interrogarle Malatesta el por qué del agasajo, el patrón dijo con una sonrisa enigmática: "Hoy, caballeros, sois los invitados de uno de mis huéspedes. Hace ya algunas semanas que me encargó os agasajara por su cuenta en la primera oportunidad" Al preguntarle los amigos quién era ese espléndido cliente, el patrón guiñó un ojo picarescamente, diciendo que no podía revelar el secreto. Malatesta y Gori no insistieron, y como una comida como aquella no les esperaba todos los días, dieron alegremente cuenta de ella.

Más tarde resultó que el generoso donador de la succulenta comida, a quien no habrían de conocer nunca personalmente, era un miembro influyente de la Mafia o de otra sociedad secreta italiana. El buen hombre había observado muchas veces con qué conmovedora solicitud la policía les seguía el paso a los dos extraños huéspedes, y es probable que sacara la conclusión de que debían ser mozos valientes, por ir acompañados siempre de semejante "guardia de honor". Deseó mostrarles su simpatía, y creyó no poderlo hacer

de mejor manera que obsequiándoles en aquella forma. Esta anécdota, narrada por Malatesta con mucha gracia, nos divirtió grandemente, sobre todo a Nettleau.

Los fugitivos italianos encontraban una acogida afectuosa en la imprenta de la revista anarquista *Torch*, editada por los tres hermanos de la conocida familia, anglo—italiana de los Rossetti. Dos de los dueños eran muchachas. Aquel taller estaba ubicado en Ossulston Street, en el Noroeste de Londres, y posteriormente pasó a ser propiedad del grupo Freedom, cuyo periódico había sido impreso allí durante largos años. Malatesta se había encargado de la instalación, y fue él quien armó la vieja y desvencijada prensa, que no estaba, precisamente, a la altura de la tipografía moderna. Se hubiera encontrado mejor en un museo, pues tenía más parecido con el armatoste de mi gran conterráneo Juan Gutenberg que con una prensa de hoy, con la única diferencia de que estaba confeccionada de hierro y la de Gutenberg de madera. Pero debía funcionar de la misma manera. Necesitaba siempre tres hombres para manejarla: uno hacía girar la pesada rueda, otro introducía las hojas blancas y el tercero sacaba las impresas. También Nettleau solía dar vueltas a aquella rueda imponente con sudoroso esfuerzo, pues no era ningún juego para un hombre que, como él, no estaba acostumbrado al trabajo físico. Pero cumplió con su deber lo mismo que los demás y se regocijaba como un niño de ser capaz de servir la buena causa no solamente con el cerebro, sino también con sus manos y sus músculos. En esa primitiva máquina se imprimieron, a más de la *Torch*, no pocos libros en italiano, y muchos de los magníficos poemas de Pietro Gori se editaron allí recién salidos de su pluma.

Nettlau tuvo también tratos cordiales con los refugiados franceses, especialmente con Emile Pouget y Lucien Gérineau. Durante los primeros años de su estancia en Londres vivían allí muchos compañeros franceses bien conocidos, obligados a huir de Francia por el acto de Caserio o porque las infames leyes de proscripción ("les lois scélérates") les hicieran la vida imposible. Pouget editó en Londres su revista *Père Peinard* en forma de folleto, pues en este formato y oculta en un sobre, podía ser fácilmente introducida en Francia, experiencia que en su tiempo se había hecho con *Lanterne* de Rochefort.

Naturalmente, Nettlau manifestó también un vivo interés por el movimiento obrero judío en Inglaterra. Cuando, en 1898, me hice cargo de la redacción de *Arbeiterfreund* [\(27\)](#) y dediqué mi labor principal al proletariado judío del Este de Londres, Nettlau se mostró muy sorprendido. En una ocasión me dijo sonriente que conocía en varios países muchos compañeros de origen judío, quienes tomaban una parte muy activa en el movimiento local; pero que le parecía un caso sumamente raro el que un compañero no judío encontrara su campo de trabajo entre el proletariado judío, y que tal hecho era ciertamente un testimonio del espíritu internacional de nuestro movimiento.

En esto no se equivocaba. Sin embargo, había sido un mero azar el que me condujo a realizar esta labor. Creo que lo que me determinó a ello fue el considerar que el anarquismo del proletariado judío de Eastend representaba en aquellos días quizás el movimiento libertario más fuerte de los que existían en Inglaterra, posición que conservaría hasta la primera guerra mundial. Mientras que nuestro grupo inglés no disponía más que de una revista mensual, los compañeros judíos se encontraban en condiciones de editar un

semanario, el *Arbeiterfreund*, que existió largo tiempo, y al que más tarde se sumó una revista mensual teórica, *Zsherminal* [Germinal]. Además, el movimiento judío creó una casa editorial poderosa, que publicó muchos libros y una gran cantidad de folletos. Ejercían una influencia notable en los sindicatos judíos, —la mayoría de los cuales debían su existencia a la infatigable propaganda de los anarquistas— e intervenían activamente en todas las luchas del proletariado. Era un movimiento puramente obrero. Sus partidarios se reclutaban, casi sin excepción, entre los trabajadores de los infames “sweat chops” del Este de Londres, cuya condición era de las más míseras y oprimidas.

Los más de los emigrados judíos habían sido expulsados de sus viejas moradas de Rusia, Polonia y Rumania, por persecuciones intolerables y tenían que conformarse, en su nuevo medio ambiente, con cualquier trabajo que les fuera ofrecido. Muchos se hallaban dominados todavía por las tradiciones religiosas y sociales, de sus pueblecitos de Lituania o Polonia. Fue gradualmente como conocieron las ideas socialistas y libertarias. Era, por lo tanto, una tarea en extremo difícil guiar a esas gentes, aun vírgenes por entero de la cultura europea, hacia nuevos caminos y familiarizarlas con conceptos que les habían sido ajenos hasta entonces. Para mí esa labor tenía grandes atractivos, y el éxito logrado me mostró que no había sido en vano el esfuerzo. En efecto, en las lóbregas y destartaladas casas del ghetto de Londres había mucho idealismo, una abnegación sin límites y un espíritu de solidaridad que nunca olvidaré, y menos hoy cuando la peste del antisemitismo ha desembocado en tan horrible y trágico desastre como la segunda guerra mundial.

Habiendo recibido en Inglaterra su primera educación libertaria, los obreros judíos, en su gran mayoría, emigraban a los Estados Unidos, Canadá, Argentina, Sudáfrica o Australia y así llevaban las nuevas ideas a otros medios, sin romper nunca su relación con nosotros. Siempre los emigrantes eran reemplazados por nuevos inmigrantes, de suerte que habíamos de contar periódicamente con núcleos nuevos. Así, el movimiento judío en Inglaterra, que además del de Londres tenía grupos activos en todas las grandes ciudades del interior, se convirtió con el tiempo en un movimiento amplio, que resultaría decisivo en muchas manifestaciones internacionales. Esta es una de las razones por las que compañeros tan conocidos como Kropotkin, Cherkesov, Malatesta, Turner, Keell y otros han conservado siempre estrecho contacto con el movimiento judío y tuvieron en alta estimación la labor que por aquellos años realizamos en el Eastend de Londres. A Nettlau le atraía las mismas simpatías y, en sus ocasionales visitas a Londres, nosotros lo manteníamos al tanto de cuanto pasaba en el seno de ese movimiento.

Nettlau tuvo un muy buen amigo en la persona del anarquista español Fernando Tarrida del Mármol, al que estimaba mucho. No hubiera podido ser de otra manera, porque todos estimábamos a Tarrida. Era imposible no quererlo, pues era siempre de una amabilidad irresistible, y su franqueza y naturalidad no tardaban en ganarle amistades en todo medio en que entraba. Tarrida fue un hombre de grandes dotes intelectuales y de una penetración crítica con la que uno tropieza raras veces. Tuvo en Inglaterra y Francia numerosas relaciones, no solamente en nuestros círculos, sino con mucha gente ajena a nuestro movimiento, pero que pertenecían a las élites avanzadas de ambos países, siempre dispuestas a rebelarse contra toda injusticia. Por eso, el movimiento hispano difícilmente hubiera podido encontrar mejor representante de su causa en el

extranjero, en los momentos en que pasaba por uno de los períodos más duros de su historia rica en sacrificios. Me refiero a las monstruosas atrocidades de Montjuïc, cuya revelación indignó al mundo entero. No hubo nadie que superara a Tarrida en la tarea de desenmascarar a los hipócritas verdugos españoles y a exponerlos ante el mundo en toda su infame desnudez. Su libro *Les Inquisiteurs de l'Espagne*, era una acusación verdaderamente anonadante contra la monarquía clerical, con la que acaso sólo se podía comparar el folleto *La barbarie gubernamental en España*, redactado por Ricardo Mella y José Prat. Pero el libro de Tarrida tuvo una resonancia más amplia que el folleto por estar escrito en francés y accesible, por lo tanto, a un público internacional mucho más grande.

Tarrida dominaba el inglés perfectamente, pero se notaba que era español en cuanto abría la boca. Era buen orador y hablaba siempre con gran calor y ademanes vivos. No se mantenía de pie e inmóvil ante el público, como es costumbre en Inglaterra, sino que se movía continuamente de uno a otro extremo del estrado, lo que impresionaba grandemente a los fríos y plácidos británicos. Así, cuando en una de las sesiones del comité encargado de la organización de asambleas internacionales, uno de nuestros compañeros propuso cierto salón, nuestro viejo amigo, John Turner, observó con humor auténticamente inglés: "Ese salón estaría muy bien, pero el estrado no es lo bastante ancho para Tarrida". Todo el mundo le tenía cariño, y cuando murió en 1915 en Londres, habiendo sólo alcanzado una edad de cincuenta y cuatro años, todos sentimos la más honda pena por la pérdida de tan leal amigo. Malatesta consagró a su memoria un conmovido artículo en *Freedom*, que concluía con estas palabras: "Yo, personalmente, casi nunca estuve de acuerdo con él, y, sin embargo, fuimos los mejores amigos. Se discutía con él, pero no se podía menos que estimarlo

porque era un hombre bueno y digno de ser querido. Y al decir esto creo rendirle el tributo más elevado que puede brindarse a un hombre".

En el momento de su muerte, yo me encontraba en el campo de concentración; pero aun recuerdo vivamente cuanto me afligió la noticia de su fallecimiento. Nettlau estaba muy cerca de Tarrida. Lo que le atraía particularmente hacia él era el deseo de procurar penetrar en medios no relacionados de una manera inmediata con el nuestro. Esa actitud coincidía perfectamente con la opinión de Nettlau, de que nosotros no debíamos limitarnos a las relaciones exclusivas de nuestros medios, sino que habíamos de pensar siempre en un progreso en toda la línea, para no quedar a la zaga con nuestras ideas. Tarrida, además, rehuía todo dogmatismo. Se llamaba anarquista, simple y llanamente, sin ningún adjetivo más. Opinaba, como Nettlau, que las formas económicas tales como el mutualismo, el colectivismo o el comunismo, necesitaban de una prueba práctica antes de que fuera posible adherirse a una u otra. Todo sistema económico le parecía bueno mientras no mermara la libertad personal y en cuanto permitiera una cooperación solidaria entre los hombres. El aspiraba a una forma cooperativa del trabajo humano, que excluyera el principio de lucro y que hiciera el producto del esfuerzo general accesible a la comunidad. Como tal cosa se habría de lograr era para él una cuestión que sólo las experiencias de la vida misma serían las indicadas a decidir. Reconocía que eran lícitas ciertas reflexiones sobre ello, más sin comprometerse a ningún programa rígido y falto de prueba práctica. Tal punto de vista se asemejaba mucho a los conceptos de Nettlau, y era natural, por ello, que éste se sintiera fuertemente atraído por Tarrida. Así escribió en cierta ocasión: "Tarrida, en efecto, poseía un maravilloso trato que hacía que en todo círculo, animado por él, se sintiera uno

más libre y más feliz". No era, en modo alguno, una exageración. La persona de Tarrida ejercía una fuerza de atracción de veras irresistible, y suyo era el raro don de predisponer a la gente en su favor sin que él se lo propusiera especialmente. Quizá fuera una cualidad, que él mismo ignoraba, algo que brotaba espontáneamente de su personalidad. La predilección que Nettlau sintió en todo tiempo por el movimiento español, sólo se hizo más entrañable por su amistad con Tarrida. Apreció en él a un hombre cuyas ideas habían madurado pausadamente en el medio más auténticamente popular, y por ser así no podían ser desviadas por los perniciosos influjos de un estéril sectarismo. Bajo ese punto de vista consideraba Nettlau a todo el movimiento español, y las manifestaciones más recientes de ese movimiento demuestran que nuestro amigo tenía razón.

IV

NETTLAU, EL HOMBRE

Ya que acabamos de hablar de los sucesos de Montjuïc, dibujaré aquí, con anticipación, algunos rasgos peculiares del carácter de Nettlau para que le conozca el lector también en su aspecto humano, Recuerdo claramente la tremenda impresión que le produjeron los espantosos sucesos de Montjuïc (1896—1897). Se quedó simplemente anonadado, incapaz de comprender como podía haber hombres capaces de perpetrar crímenes tan abominables. Las repercusiones de aquellas atrocidades aun se hacían sentir en él en años posteriores cada vez que alguien se las recordaba. Yo mismo le referí, muchos años más tarde, en Berlín, un episodio de aquella época, en el que había tenido parte durante mi estancia en Londres y que se me había grabado profundamente en la mente.

Sabido es que el gobierno español, basado en una nueva ley de represión contra los anarquistas, que consideraba delito no solamente los actos, sino incluso la convicción del ciudadano, expulsó de España a veintiocho compañeros, entre ellos Juan Montseny (Federico Urales), Teresa Mañé, (Soledad Gustavo), Francisco Gana, Teresa Claramunt, Bautista Oller y otros, quienes fueron transportados a Inglaterra en un barco viejo y ruinoso, el Isla

de Luzón. Los desterrados, en su mayoría españoles acostumbraban reunirse casi todos los días en un Círculo socialista de Tottenham Street, y como yo viviera muy cerca de ese lugar, los veía casi todas las noches al regresar de mi trabajo. Vivía yo, a la sazón, en Charlotte Street, en el Oeste de Londres. En la misma casa se alojaba un viejo compañero español, J. Vidal, y su mujer, una luxemburguesa. En su casa podía encontrar casi todas las noches uno que otro de los compañeros expulsados, pues Vidal solía invitarlos a cenar. Después de la cena venían, habitualmente, algunos compañeros de los residentes en Londres, deseosos de platicar con los españoles. Cierta noche se habían congregado, una vez más, como una docena de compañeros en casa de Vidal. Entre los tres o cuatro españoles encontrábase también Francisco Gana, que había sido torturado de la manera más horrible en las casamatas de Montjuïc. Gana no era realmente un anarquista. Era republicano, pero muy próximo, por sus ideas, con los anarquistas y en Barcelona había colaborado con ellos en los sindicatos obreros. Poseía una voluntad férrea, inquebrantable ante ningún suplicio, y sólo a ese rasgo se debió el que no le sentenciaran. El gobierno se contentó con expulsarle de España. El que lo hiciera así, en vez de mantenerlo preso a pesar de su inocencia, se debió al inmenso movimiento internacional de protesta, que inquietaba cada vez más a los verdugos hispanos. Como de costumbre, algunos compañeros londinenses derivaron la conversación hacia los sucesos de Montjuïc, que ocupaban por entonces todas las mentes, y en aquella ocasión, Gana nos contó escenas horrorosas, exhibiendo ante nosotros su cuerpo mutilado y cubierto de cicatrices. Fue algo alucinante, una de esas impresiones que se quedan grabadas en nuestra mente para toda la vida. El efecto ya es horrible cuando uno lee esas crueldades; pero es muy

otra cosa, ver y oír a un hombre que tuvo que pasar por tamaño infierno y experimentar en su propia carne tales horrores.

Este fue el episodio que narré a Nettleau. No recuerdo bien cómo habíamos llegado a hablar de aquellos tiempos. En nuestras pláticas tocábamos a menudo los días pasados, y es muy probable que él mismo orientara la conversación con alguna pregunta hacia los acontecimientos de aquellos años. Sólo al concluir mi relato advertí cuanto le había conmovido. Estaba como clavado en su silla, pálido como una sábana. Luego se puso a hablar de otro asunto con el visible deseo de librarse a toda costa de la impresión recibida. Ese hombre quieto y sereno, cuya apariencia inducía a muchos que no le conocían bien, a creerle insensible, era de una gran sensibilidad. No soportaba la injusticia ni el atropello, lo feo o lo espeluznante. Toda su naturaleza se sublevaba contra estas cosas.

Ello llegaba en él a tales extremos que nunca releía libros de horror o de guerras. Habiéndole enviado yo mi versión alemana de la novela de William Godwin, *Caleb Williams*, Nettleau me escribió: "Leí con gran interés su excelente prólogo a ese libro, y ciertamente pertenece a lo mejor que ha escrito. Pero no voy a leer la traducción. Hace muchos años, cuando leí el original inglés, me hizo el efecto de una pesadilla y comprenderá Vd. que no quiero exponerme otra vez a las mismas emociones en lengua alemana. Aguantar aquello una vez ya es bastante".

En otra ocasión hablamos de *La Guerra y la Paz*, la obra maestra de Tolstoi, que debía de tener un atractivo muy peculiar para Nettleau, profundo conocedor de la historia. "Sí —dijo— es, en efecto, una obra que ocupa un lugar único en la literatura mundial. Pero el que dejara morir de esa manera a la pobre Natacha, no he podido perdonárselo nunca. Hasta un genio debe tener más

consideración para con sus lectores". Tales rasgos de sensibilidad parecen extraños en un hombre que había elegido el estudio de la historia como profesión, y que por ello tenía un íntimo conocimiento de tantos lados tenebrosos de la naturaleza humana; mas correspondían perfectamente a su ser íntimo que instintivamente se rebelaba contra tales cosas.

En ciertas circunstancias le llamé la atención sobre un libro del romántico alemán E. T. A. Hoffman, que apareció a principios del siglo pasado en una obscura casa editorial de Prusia Oriental. Era la novela erótica *La Hermana Mónica*, que había sido impresa sin indicación del autor. No fue hasta el último decenio del siglo XIX cuando se descubrió que era una obra de Hoffman. Yo había descubierto en el libro algunos pasajes muy lúcidos sobre las esencias del Estado y las leyes, que me llamaron la atención, tanto más cuanto que el propio Hoffman había sido un jurista notable al servicio del gobierno prusiano. Como Nettlau no conocía el libro, le envié un ejemplar. Un par de semanas más tarde, me lo devolvió con una carta que contenía las siguientes frases:

Las observaciones de Hoffman sobre el Estado, etc. son, en efecto, muy significativas y pudieran ser escritas por un anarquista. Sin embargo y a juzgar por todo el contenido del libro, no son más que producto del razonamiento; el sentimiento quedaba frío.

Ese hombre era un sádico nato, y, por esta razón, no podía ser anarquista. El amor a la libertad y el gusto íntimo por lo cruel son incompatibles, aunque ese gusto era congénito en este escritor y no cabe hacerle personalmente responsable por ello, puesto que en este caso se trata solamente de una desgraciada predisposición natural.

Tales manifestaciones de Nettlau nos proporcionan conocimiento íntimo del carácter de este hombre, tolerante hacia los pequeños errores y debilidades humanas, pero que aborrecía con toda el alma todo lo soez o la inclinación natural a la brutalidad, que juzgaba imperdonables.

Cuando el ex—anarquista Paúl Pavlovich atacó en su periódico a Gustav Landauer en forma odiosa y llena de rencor personal, Nettlau se mostró indignado y escribió en una carta:

El que tal cosa sea posible, no es, de veras, un motivo de orgullo para nuestro movimiento. La vituperación, lejos de ser un argumento, es prueba de una naturaleza brutal. Quien osa denigrar los sentimientos del prójimo, y además de un correligionario, de una manera tan pérfida y brutal es un vulgar bruto, aunque se llame anarquista. Ese hombre no ha leído nunca la discusión entre Malatesta y Merlino, de lo contrario sabría como polemizar sin dejar de ser humano y sin negar al adversario el debido respeto. La ciega malicia es siempre indicio de impulsos tiránicos. El que arrastra el honor de un hombre por el lodo, al obrar así solo demuestra que él mismo no tiene sentido del honor y desconoce lo que es la dignidad humana. Un hombre puro lo es también en su actitud hacia el prójimo. Los espíritus esclavos son insensibles, pues han nacido con callos en el alma y una piel de rinoceronte, resistente a todo sentimiento elevado. La moral nada puede en tales casos; lo ético obra solamente allí donde existen impulsos éticos.

El mismo Nettlau no pensaba cada palabra que decía y sabía perdonar los excesos de temperamento. Mas respetaba ciertos límites en la conducta frente al prójimo, que sólo podían ser violados

al precio de la dignidad propia. Sostenía siempre que no se debía humillar al hombre, pues comprendía claramente que, herido el sentimiento de dignidad se hacía imposible toda inteligencia, originándose con ello antagonismos y rencores, sin necesidad. Sin renunciar jamás a sus convicciones, las defendía con tacto y respetaba las opiniones adversas siempre y cuando se inspiraran en intenciones honradas y se expresaran con sinceridad. Era, precisamente, esa pureza de corazón y humana bondad lo que hacía que le quisieran todos los que tenían la dicha de conocerle. Parecía a menudo algo anticuado en sus conceptos, mas era siempre caballeroso, un hombre de honda sensibilidad y de libertad de espíritu. En pocas palabras: un carácter verdaderamente grande y elevado.

V

AÑOS DIFÍCILES EN VIENA

El año que precedió el comienzo de la primera guerra mundial, Nettlau no vino a Londres, pues sus trabajos literarios lo retenían en otra parte. Sobrevino la conflagración, que habría de cortar por cuatro años de toda comunicación con sus amigos. Había esperado hasta el último momento que el peligro de la guerra pudiera ser conjurado una vez más; tanto más terrible fue el golpe que recibió cuando la catástrofe se convirtió en hecho, por más que la hubiera previsto desde hacía mucho tiempo. De algunas cartas posteriores suyas y conversaciones personales con él, resulta claramente que ya por entonces se encontraba, en un estado de ánimo muy deprimido. Presentía que la guerra venía a introducir en el mundo grandes cambios históricos, cuyo alcance se sustraía a toda predicción, fuera quien fuere el vencedor en esa sangrienta pugna por la hegemonía en Europa. Sólo el trabajo podía ahuyentar las angustiosas visiones del porvenir, y trabajo nunca le faltó a Nettlau.

En los últimos años de la guerra Nettlau tuvo grandes preocupaciones materiales, como tanta gente en aquellos tiempos de angustia. Más de una vez tuvo que recorrer los desolados campos en los alrededores de la ciudad, buscando algunas patatas abandonadas durante la última cosecha.

Haría unos ocho o nueve años que no nos habíamos visto cuando, por vez primera, hizo nuevamente una visita a Berlín. Había cambiado mucho y estaba visiblemente envejecido. Sus cabellos aparecían entretejidos de canas y su traje demasiado amplio para su flaco cuerpo. Se notaba a la primera mirada que había pasado tiempos duros. La impresión más triste la causaban sus ropas. En la primera época que yo conocí a Nettlau, siempre había vestido con esmero, aunque de una manera sencilla. Invariablemente le había visto envuelto en el largo redingote del sabio, cuidadosamente cepillado y de impecable limpieza. Ahora se presentó ante mí un hombre vestido con una chaqueta raída y demasiado corta. Su camisa, de color grisáceo, estaba deshilachada. No llevaba cuello y los excesivamente amplios pantalones y los gastados zapatos no se encontraban en mejores condiciones. Sus barbas, antes tan cuidadas, mostraban señales de negligencia. En todo lo demás, sin embargo, Nettlau era el de siempre. No hacía gran caso de su pobreza a la que, al parecer, ya se había acostumbrado.

En Berlín su apariencia no causó sensación, pues en aquellos años de postguerra, todo el mundo vestía trajes raídos o uniformes gastados, lo único que la guerra les había dejado. Pero yo había conocido a Nettlau en otras circunstancias y por eso me daba mejor cuenta del cambio ocurrido. Afortunadamente estábamos por aquellos días en condiciones de encomendarle algunas obras para nuestra casa editorial, lo que debió venirle bien, dada su precaria situación. Todos vivíamos estrechamente. No podíamos pagar honorarios elevados; mas los que él recibió, le sacaron de sus apuros.

Poco después de su primera visita a Berlín, mi viejo amigo Harry Kelly lo vio, (Febrero de 1922) en Viena. Kelly venía de Nueva York. A

instancias más, escribió, el siguiente informe que describe las impresiones que él había recibido en Viena de Max Nettleau:

Nettleau me esperaba en la estación. Hacía ya veinte años que no nos veíamos. Tampoco había yo visto desde hacía tiempo una fotografía de él, pero lo conocí en seguida, pues nos habíamos tratado mucho en Londres. Recordaba la figura del Nettleau de antaño: un hombre esbelto, bien formado, que no había nunca adquirido un peso excesivo. Mas en aquel momento aparecía muy enflaquecido, a causa de las miserias que la guerra había traído a Viena. Así y todo, me dio la misma impresión de un catedrático alemán cordial y miope que me había producido antes. Desde la estación, nos llevó a mí y a mi mujer directamente a su modesto hotel denominado Westminster. Permanecí quince días en Viena y vi a Nettleau todos los días. Nos enseñó toda la ciudad y sus bellos alrededores. Iba decentemente vestido, exceptuando el viejo sombrero, que en Nueva York ni siquiera un pordiosero hubiera osado exhibir. El abrigo que lucía le sentaba perfectamente y era de buena tela. Más tarde me contó que lo había recibido de la viuda de un viejo amigo muerto hacía poco. Llevaba también un par de zapatos nuevos, regalo reciente de un amigo de Marsella. En cierta ocasión, me enseñó los que había usado durante los años anteriores: estaban tan gastados que al andar, los pies se hallaban en contacto directo con el empedrado. Por eso se había visto precisado de forrarlos con viejos periódicos y pedazos de cartón, para protegerse como podía contra la humedad y el frío.

Durante mi breve estancia, dimos a diario largos paseos, comíamos juntos y platicábamos de tiempos pasados, Me habló de sus padres, quienes habían inmigrado a Viena hacía muchos años, y me enseñó el pueblecito, situado en medio del Wiener Wald, no lejos de Waldegg, donde nació y donde había pasado una infancia tan feliz. También me llevó al café que su padre había frecuentado durante diecinueve años, presentándose allí todos los días a las cuatro de la tarde. Cuando la conversación se volvía hacia las condiciones actuales en Austria, Nettleau se mostraba severo para con los campesinos, que habían acumulado por montones el papel dinero sin valor, y que luego le arrancaban a la gente las ropas del cuerpo y los zapatos y medias de los pies, a cambio de unos cuantos víveres. Cuando yo le llamé la atención y le señalé que los campesinos, en años anteriores, habrían sido frecuentemente explotados por la población urbana, lo negó enérgicamente, diciendo que semejante egoísmo no tenía disculpa en un tiempo en que el pueblo entero moría de hambre. En otra ocasión me enseñó un lugar en el bosque, donde un tropel de individuos incitados por las autoridades, según afirmó, habían hecho una bárbara tala de gran número de magníficos árboles seculares para proveerse de leña para el invierno. Si bien él mismo había sufrido hambre y frío, sin embargo veía en tales actos un vandalismo imperdonable, tanto más cuanto que en nada podían cambiar la pésima situación. Realmente le vinieron las lágrimas a los ojos cuando me enseñó los centenares de viejos troncos que cubrían melancólicamente el suelo.

Y es que Nettleau era un hombre de emociones complejas, lo que quiere decir que era sumamente humano. No le gustaban

los patriotas checos, en cambio le gustaba la cerveza de Pilsen y se burlaba de mí porque prefería la de Munich. Nos fuimos juntos a la Opera, y me confesó que la melodiosa música del vals se le antojaba ser la expresión más característica de la vieja Viena. En una palabra, amaba a Viena como a una querida y los viejos caminos le parecían, en general, los mejores.

En Nettlau se podía observar mejor que en nadie como son las contradicciones las que, precisamente, ejercen el mayor atractivo en la amistad entre personas completamente distintas. Él —biógrafo de Bakunin— acaso no quería a ninguno de los compañeros conocidos tanto como a Malatesta. Y sin embargo Malatesta era esencialmente un hombre de acción, mientras Nettlau había sido, durante toda su vida, un hombre de estudios, un historiador, que manifestaba la admiración más ardiente por los hombres de acción cuya vida había descrito con tanta satisfacción íntima.

No se había casado, pero por ciertas alusiones que me hizo y por un ocasional guiño de sus ojos comprendí que él también había tenido, en su tiempo, un romance. Mas por qué aquel romance no maduró, era un misterio que él no me explicó. Parece que, en la primavera de 1914, Nettlau se alojó en casa de una viuda que tenía una hijita de trece años. Allí vivió apaciblemente en compañía de sus libros, revistas y pájaros hasta que los nazis invadieron a Austria. En aquellos momentos, Nettlau se encontraba en Ámsterdam y ya no pudo volver a su Viena querida. La viuda había muerto durante la guerra, y él ansioso de aliviar los apuros de la hija, que mientras se había convertido en muchacha, le cedió su

grande y hermoso cuarto para que lo rentase, retirándose él a una angosta y exigua alcoba con sólo una ventana. Allí vivía, trabajaba y dormía en gran aprieto en la época de mi llegada a Viena. Nunca he visto a aquella joven, mas de algunas alusiones de Nettleau inferí que sufría privaciones y que él, pese a sus propios apuros, la ayudaba para protegerla contra lo peor.

Durante mi estancia en Viena, Nettleau, a ruegos míos, me condujo a las oficinas centrales del comité de auxilio de los cuáqueros, que en aquella época estaban realizando en Alemania y Austria su admirable obra de samaritanos. La mujercita que allí conocí era norteamericana. Me contó muchas cosas sobre las horribles condiciones en Viena. Cerca de cien mil vieneses de la clase media, desde maestros de escuela hasta almirantes, se hallaban reducidos a una sola comida diaria y en extremo pobre, que era todo cuanto el comité de los cuáqueros podía ofrecerles. Los más de esos infelices poseían tan sólo una camisa, la que llevaban puesta, y había muchos que no tenía ninguna. También visitamos la Comisión de Educación. El presidente, un socialdemócrata, nos recomendó ver una escuela que durante el imperio había servido de centro de enseñanza para hijos de oficiales retirados. Allí uno de los profesores llamó mi atención sobre una niña pequeñita y endeble, preguntando qué edad yo le calculaba. "No puede tener más que cinco años", dije. "Tiene nueve", replicó el profesor. "Ah sí —suspiró la mujercita cuáquera—, la próxima generación de vieneses será una raza enclenque".

El mismo día Nettleau me llevó a visitar a uno de sus amigos, un catedrático de la Universidad de Viena. La familia ocupaba un piso de cinco cuartos, de los que, sin embargo, sólo uno podía ser usado, pues el combustible de que ellos disponían bastaba apenas para calentar esta habitación. Al ver que yo me descubría, el profesor se apresuró a decir: "No, quédese con el sombrero puesto, hace mucho frío en esta casa". Conversamos sobre el cambio del sistema político en Austria, y Nettleau observó sagaz: "Sí, el antiguo régimen no era, por cierto, un motivo de orgullo, pero los viejos señores suelen ser más tolerantes y menos tiránicos que los nuevos; pues el poder les permitió a los primeros ser obesos e inertes. Los nuevos regentes, en cambio, no pueden saciarse de su recién adquirida dignidad y se la hacen sentir a todo el mundo para darse importancia. Mientras la humanidad se contente con un mero cambio de gobierno, me temo que las cosas sigan siendo como son, y las naciones solamente escaparán del aguacero para caer en el río".

Más tarde, habiendo yo regresado a Nueva York, mantuve correspondencia con Nettleau, hasta que en 1931 me fue posible visitarle otra vez en Viena. Por entonces Viena ya no ofrecía ese aspecto famélico y descuidado que había tenido durante mi visita anterior. También Nettleau presentaba una apariencia más próspera, aunque ciertamente no podía decirse que su situación fuera boyante. Después de la caída de la monarquía en España, había hecho un viaje a Barcelona, y se mostraba muy esperanzado en vista del poderoso desarrollo del movimiento libertario español. Nadie de nosotros sospechaba, por aquél entonces, en el terrible

desastre que a los pocos años habría de sufrir España. Pasé sólo tres días en Viena.

Desde entonces no he vuelto a ver a Nettlau.

La guerra y sus tremendas repercusiones habían cambiado radicalmente la vida de Nettlau. Su modesta renta, que le había permitido entregarse a sus estudios, desapareció hasta el último centavo en el desastre de la inflación. Fue un golpe muy duro, pues ya no era un hombre joven y las muchas privaciones que tuvo que sufrir durante y después de la guerra contribuyeron no poco a quebrantar su salud. Aguantaba su suerte con determinación y se resignaba, con filosófica serenidad de la pérdida de su pequeña fortuna. El que no tuviera dinero, no le afligía mucho. Únicamente lamentaba la circunstancia de que, en adelante, no pudiera ya consagrarse libremente, como lo había hecho durante tantos años, a sus investigaciones en las grandes bibliotecas de Europa. Pero supo aceptar también con serenidad este infortunio, y se dispuso a inventariar la inmensa documentación que había recogido en el curso de su vida, organizándola y redactando para su gran *Historia del Anarquismo*. Tampoco esto resultó tarea fácil, ya que después de la primera guerra mundial no tenía acceso sino a una parte de su enorme colección. Por suerte se encontraba en posesión de sus innúmeros cuadernos de notas, en las que había anotado, durante muchos años, sus apuntes y extractos relativos a la literatura libertaria de todos los países del mundo.

Lo que agravó, sobre todo en los primeros años de la postguerra, la situación de Nettlau, fue la circunstancia de que el grueso de su formidable colección se encontrara en el extranjero y que tuviese que pagar los gastos de su conservación si no quería perderla. A no existir esa obligación, desconocida para muchos de sus amigos, es

posible que los honorarios que recibía de nuestra casa editorial, de *La Protesta* de Buenos Aires y, después, de *La Revista Blanca* de Barcelona, le hubieran permitido defenderse medianamente como nos ocurría a nosotros en aquellos críticos tiempos. Mas la continua preocupación por el mantenimiento de sus archivos, convirtió su vida en un sufrimiento, y trató de procurarse algún trabajo en los Estados Unidos, a fin de mantenerse a flote.

Es particularmente significativa de su triste condición en aquellos años, la extensa carta que dirigiera al compañero Joseph Ishill, de Berkeley Hights, New Jersey, con fecha del 13 de julio de 1921. Nettlau le había prestado a Ishill servicios inestimables en la confección de sus magníficas ediciones de las obras completas de Pedro Kropotkin y Eliseo Reclus, resultando de esta colaboración una intensa correspondencia. Citaré de aquella carta el pasaje siguiente, que pinta un cuadro harto sombrío de su vida en Viena en el año mencionado:

Nacido en 1865, ya desde 1880 me sentí socialista y anarquista. Nunca abrigué deseos de elegir alguna carrera o de consagrarme al comercio, y el extraordinario cariño de mis padres me permitió entregarme a estudios de los que apenas podía esperar remuneración alguna. Estudié primero lingüística indoeuropea comparativa, y desde 1882 a 1887 me especialicé en investigaciones sobre lenguas célticas. Los viejos manuscritos irlandeses y cimeros del Museo Británico, fueron motivo de un primer viaje a Inglaterra, donde conocí, en 1885, a William Morris y su Socialist League, y, en 1888, a Kropotkin. Después de la súbita muerte de mi padre en 1892, me encontré en una condición económica independiente, que, aunque modesta, me permitía proseguir mis estudios célticos

o de dedicarme a investigaciones históricas sobre el socialismo, el anarquismo y, en particular, sobre la vida de Bakunin. Me decidí por lo segundo, ya que los manuscritos y documentos relacionados con Bakunin y las personas que le habían conocido, se hallaban dispersos por el mundo entero y expuestos a una gradual desaparición. Así, pues, recorrí durante los años de 1892 a 1896, varios países en busca de documentos sobre la vida y actuación de Bakunin. Compuse una extensa biografía de Bakunin (1896—1900), y fui mi propio impresor y editor. Consigné toda la obra en los mismos caracteres que en esta carta —en parte sobre hojas de tamaño estrecho— y tiré cincuenta ejemplares en autocopista. Todo ello constaba de 1281 páginas infolio, cada una de 70 a 75 renglones. Gran parte del texto eran manuscritos, documentos, etc. —todos materiales rarísimos. Esa edición la distribuí entre amigos y bibliotecas; vendí un ejemplar y otro lo troqué por ciertas cosas. Más tarde emprendí nuevos viajes y recogí más documentación, la que utilicé, en 1903, para un manuscrito que contenía aproximadamente una tercera parte de los tres tomos de la edición original.

En seguida me ocupó un nuevo trabajo tratando de las sociedades secretas desde la Revolución Francesa (Babeuf) hasta 1850 y los años siguientes. Estos estudios me condujeron a París, donde me detuve por un tiempo prolongado explorando los archivos locales. Mas esta estancia no fue sino un intervalo dentro de mis continuos viajes, y todos los años hice visitas a Viena, Ginebra, París y Londres. Entretanto coleccioné en escala grande, la literatura social más avanzada; pero de esto no hablaré aquí. Sólo señalaré

que mi colección me cuesta hoy grandes sacrificios económicos pues se ha convertido en carga pesada su conservación, de suerte que no persigo más que un sólo objetivo: lograr pronto reunirlo todo en un lugar determinado, para poderlo clasificar en forma debida...

Fue de esa manera feliz como transcurrió mi vida hace años. Visité las grandes bibliotecas y a gran número de compañeros, cacé libros raros y caminé frecuentemente por los bosques de Austria y Suiza, a través de montes y valles, o bien pasé un rato en mi pueblo natal, en medio del Wiener Waid o en la misma Viena, donde antaño mis padres habían inmigrado desde Alemania. Con esta labor, por supuesto, nunca gané un centavo y, sin embargo, estuve en condiciones de contribuir a empresas de divulgación. Todo aquello lo pude hacer con una renta anual de cerca de siete mil coronas austríacas, equivalentes, en aquel entonces, a siete mil francos o mil cuatrocientos dólares. La mitad de mis ingresos, aproximadamente, solía yo gastarlos en libros y en el alquiler para guardarlos. El resto me alcanzaba para mis viajes y una vida sencilla, pero confortable, por doquiera que fuera, pues en cualquier parte me sentía como en mi casa. Fueron aquellos unos años dichosos, sólo apesadumbrados por la muerte de mis padres, causa de mi soledad personal.

Desde abril de 1914 viví en Viena y escapé a las tribulaciones que la guerra me hubiera dado en el extranjero. Y sigo viviendo. Como no gocé de ningún privilegio, me sucedió lo que a tanta gente humilde, es decir, que vine cada vez más a menos. Hasta el otoño de 1918 todavía pude defenderme medianamente, pero después la vida se me

convirtió rápidamente en infierno, y lo sigue siendo hoy. Jamás invertí mi pequeña fortuna en negocios, ni especulaciones, sino que viví del interés que ésta me daba; tampoco hice ningún esfuerzo, durante y después de la guerra, para proteger mi economía. Debido a la revolución soviética en Hungría, mi modesta renta disminuyó hasta la suma de cuatro mil coronas, que antes de la guerra había representado unos ochocientos dólares. Hoy, al tipo de cambio de setecientas coronas por un dólar, no llega a seis dólares al año. Por lo tanto, soy un holgazán capitalista con una renta anual de seis dólares.

En consecuencia, tengo que buscar algún trabajo y me alegro cuando mis amigos, periódicamente, me mandan un poco de alimento o dinero para comprarlo. Aquí hay de todo, pero los precios son para mí inaccesibles. Así y todo, me mantengo a flote, gastando las pequeñas sumas de que dispongo exclusivamente en víveres, prefiriendo la calidad a la cantidad, en la medida en que pueda obtener aquella a un precio relativamente económico. Me sustento, a menudo, con dos libras de frijoles y tocino en latas de conservas americanas —que es casi todo frijoles y muy poco tocino— y vale veintidós coronas, o sea menos de tres centavos de dólar. Esas latas probablemente hayan sido importadas en una época en que el dólar representaba solamente 150 coronas, en vez de 720 que valía hace un año. Con los frijoles me como un poco de pan, de vez en cuando un par de patatas y, ocasionalmente, un poco de arroz o harina cocidos en agua. Todo lo demás está fuera de mi alcance, salvo, acaso, unas cuantas manzanas durante el invierno. De esta manera, vivo de unos ingresos iguales a la tercera o la cuarta parte del

salario de un jornalero joven, y la décima de lo que gana hoy un obrero especializado. Pero hasta ahora pude conservar mi salud.

No puedo moverme de aquí, pues ¿dónde podría yo vivir de manera tan económica? En cualquier parte me mirarían como a un desgraciado o a una curiosidad. Aquí hay unos cien mil seres que están en la misma situación que yo, y, por lo tanto, paso desapercibido. El coste de vida está subiendo continuamente. Leí esta mañana que el porte de correos será duplicado a partir de hoy; el precio del pan ha subido ya en un cincuenta por ciento, y sigue subiendo a diario. Debido al aumento de los precios suben, naturalmente, también los salarios y los sueldos de los funcionarios, y así continua ad infinitum. A fin de hacer frente a las necesidades de papel moneda, las imprentas trabajan día y noche. Así siguen las cosas desde hace años, un mes tras otro, con ritmo cada vez más febril, con el resultado de que gente como yo, quienes, por decirlo así, están viviendo fuera de ambiente, se ven reducidas a la alimentación más humilde, que, sin embargo, debo considerar como deleite; pues existe todavía un peldaño más bajo que aun no he alcanzado, aquel donde se come remolacha o cosas parecidas, que ya han causado la muerte de muchas personas.

Los socialistas y los comunistas, que se hallan en posesión de los cargos públicos, no viven mal; es esta una clase de gente de la que me siento aun más alejado que de los burgueses y los obreros de condición mediana. También los capitalistas y los acaparadores están haciendo de las suyas. Tampoco los campesinos lo están pasando mal, y el ejército de

funcionarios se hace cada día más numeroso y arrogante. Únicamente los capitalistas de a seis dólares como yo y los obreros sin calificación, exclusivamente intelectuales, entre quienes me cuento yo, pues no he pasado un momento de mi vida sin libros, sólo éstos se ven en la más completa miseria.

En tales circunstancias no queda más que una salida, la de buscar trabajo, y es lo que hago yo. No tengo otra solución que dirigirme a mis amistades en el extranjero y explicarles lo que puedo y quiero hacer. Conseguí ya algún trabajo de esa índole, pues de lo contrario apenas estaría ya con vida. No poseo conocimientos comerciales o técnicos. Podría hacer, hasta cierto punto, trabajos literarios determinados, especialmente lo que se llama trabajo de biblioteca. He visto en el Museo Británico a mucha gente ocupada en tal labor, haciendo copias, extractos, traducciones, etc., para personas domiciliados en otras partes que preparaban libros o ensayos. Viena no ha dejado de ser rica en bibliotecas, archivos, etc., y las obras históricas, filológicas y otras, aun cuando están siendo preparadas en América, requieren frecuentemente consultas de libros, manuscritos o revistas, a los que el autor allí no tiene acceso. Hay también trabajos económicos y estadísticos de esa naturaleza, o sobre historia moderna, literatura política, etc. No soy experto en todos estos temas, excepto en el terreno del socialismo; mas sé manejar libros, conozco varios idiomas, poseo instrucción científica, método, minuciosidad, y paciencia. Sé por eso lo que puedo hacer y lo que no, y no dejaría de decirlo. Por cuanto a artículos de colaboración, siempre he adoptado un punto de vista anarquista, pero no hay necesidad de señalarlo tratándose de temas históricos o nacionales. Lo que no puedo hacer es

escribir en un sentido favorable a la patriotería de la Entente, ni opinar en oposición a mis ideas. Tampoco soy un escritor elegante ni siquiera hábil. Escribo en inglés, como ve usted, y lo escribiría en mis trabajos con mayor esmero; escribo, además, en francés y en alemán, y se leer otros muchos idiomas, excepto los muy exóticos.

Así, pues, si se le presenta una oportunidad de ver a universitarios o a gente que trabaja en bibliotecas, a personas a quienes se pide con frecuencia consejo en tales asuntos, o a colaboradores de revistas, o a escritores dedicados a los problemas europeos (y tales personas por desgracia no faltan hoy), mucho le agradecería mencionara mi caso, pues estoy dispuesto a cumplir lo mejor que pueda. Hay aquí también colecciones extensas de literatura socialista antigua

No le pido que se aparte de su camino para ayudarme. Sólo quise exponerle lo apremiante de mi caso, pues ¿qué menos puedo hacer si no explicar mi situación a gente comprensiva? Usted, en sus cartas, ha manifestado interés por mí, por eso solicito su consejo. Sencillamente he de ganar un poco de dinero para mejorar en lo posible mi situación. Al mismo tiempo, continuaría trabajando por nuestras ideas, lo que no he dejado de hacer en todo ese tiempo. Es lo único que hago con verdadera satisfacción. Los viajes espirituales al pasado son todavía posibles sin pasaporte ni dinero. Así, pude recorrer los países en compañía de Kropotkin, y me hizo mucho bien; pues de todas maneras siempre es una excelente compañía. [\(28\)](#)

No ha debido ser fácil para Nettleau, revelar sus miserias de una manera tan franca y verídica. Tenía mucho pudor en estas cosas.

Sólo la más dura necesidad pudo haberle impelido a tal confesión. El que se dirigiera a amigos norteamericanos se explica por el hecho de que sólo de los Estados Unidos podía esperar el pedido de los trabajos deseados. En la Europa de aquel triste período apenas había perspectivas para ellos, ya que los más de los países estaban gravemente afectados por la depresión económica provocada por la guerra. Por desgracia, aun aquella esperanza resultó ser una ilusión, pues en América se encontró, por entonces, todavía menos empleo para un hombre como Nettlau que en Europa. De cualquier modo, su correspondencia con los amigos norteamericanos surtió sus efectos: Nettlau se vio, por lo menos en parte, libre de la pesada carga que representaba para él los gastos de conservación de sus grandes archivos, y los frecuentes envíos de víveres que desde entonces recibió, le protegieron contra la miseria.

VI

VISITAS A BERLÍN

Durante el periodo entre 1922 y la subida al poder de Hitler, Nettlau venía casi todos los años a Berlín, Visitaba entonces a sus parientes residentes en el vecino Potsdam, y trabajaba, con el ahínco de siempre, en archivos y bibliotecas. Yo le veía a menudo y sus visitas eran para mí verdaderas horas de fiesta, pues Nettlau era un compañero muy amable en el trato con sus viejos amigos, un hombre caballeroso sobre todo en sus relaciones con mujeres, y una personalidad magnífica y original, dotada de un sentido de independencia innato, que se rebelaba contra la menor imposición.

Con respecto a este último rasgo de su carácter, lo hubo de experimentar nuestro ya finado compañero Dr. M. A. Cohn, de Nueva York, quien tuvo con Nettlau el siguiente incidente divertido. Cohn, de visita en Berlín con su esposa, había convenido por correspondencia con Nettlau una entrevista en Munich, pensando discutir con él lo que podía hacerse para la conservación de sus archivos en el extranjero. Nunca había visto a Nettlau y sólo le conocía de nombre. Emma Goldman, A. Berkman y yo le habíamos informado sobre la angustiosa situación pecuniaria de Nettlau, y como en aquel entonces Cohn era un hombre adinerado, le encarecimos pagase de su bolsillo los gastos de resguardo de aquella

colección, depositada, en su mayor parte, en Londres y París en manos de agentes de transporte.

Cohn, en efecto, había escrito a Nettlau, enviándole el dinero para el viaje de Viena a Munich. Al mismo tiempo le pidió hiciera reservar en cierto hotel dos cuartos para Cohn y su señora y un tercero para él mismo. Cuando Cohn llegó a Munich, se encontró con que Nettlau lo había arreglado todo tal como él lo deseó, sólo que no había tomado para sí mismo habitación en aquel hotel, prefiriendo hospedarse en otro, más modesto, que conocía de frecuentes estancias anteriores. Al día siguiente, al presentarse Nettlau en el hotel de Cohn, éste se sintió muy molesto, pues no había esperado ver un hombre pobremente vestido, con camisa remendada y sin cuello, y cuya miseria se le notaba a primera vista. En el primer momento no supo qué hacer; pero luego recobró su ánimo e invitó a Nettlau a acompañarle a una tienda para comprarle un traje, ropa interior, calzado, etc. Probablemente faltara tacto a Cohn, pues Nettlau, que era muy delicado en estas cosas, rechazó su invitación con brusquedad, y cuando Cohn insistió, tratando de explicarle que ello no representaba para él ningún sacrificio, le contestó con fina ironía: “No, mi querido doctor, de veras no puedo. Hoy me compraré un traje y mañana acaso pediré que me haga cortar las barbas. No, no, es imposible”. Y en eso se quedaron las cosas.

Cohn se sintió completamente anonadado. Siendo un americano práctico, no pudo comprender la conducta de Nettlau. Cuando más tarde, en Berlín, me refirió aquel gracioso episodio, no sabía qué pensar. Señaló que Nettlau era un hombre muy extraño. Tenía razón, pues con seres como Nettlau no suele uno tropezar más que una vez en la vida. “Pero, ¿por qué no me preparaste para lo que me esperaba? —se quejó ofendido. Hubiera sabido a qué atenerme con

él". "Porque no pude prever que ocurriría aquello —contesté—, sencillamente, has tenido poco tacto". "¡Tacto! —protestó Cohn. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer? Cuando un hombre anda tan harapiento, es muy natural que se le haga una proposición como la mía, tanto más cuando sabía perfectamente que yo podía permitirme ese insignificante gasto".

Un caso como aquel no le hacía ocurrido al bueno del Dr. Cohn en toda su vida. Y es que no conocía a Nettlau. En un hombre que hacía realizado cosas tan extraordinarias, aquella peculiaridad constituía precisamente uno de sus lados más bellos. Revelaba que el hombre y la obra se complementaban de manera perfecta. Del mismo modo que su obra era algo único en su género, así también el creador de la misma era todo menos una persona trivial, de aquellas con las que uno tropieza en cualquier esquina de la calle. Todos quienes le conocían íntimamente lo amaban y lo estimaban justamente por esa peculiaridad de su carácter y no hubiera querido verlo cambiado por nada.

Cuando Nettlau se encontraba en Berlín, estaba naturalmente, ocupado siempre con sus estudios. Acostumbraba trabajar en la "Preussische Staatsbibliothek" o en el "Sozialdemokratisches Parteiarchiv". Solía visitarme a horas avanzadas de la tarde o de la noche, y así combinaba lo útil con lo agradable, de la misma manera que siempre lo había hecho en Londres. Teníamos pláticas muy amenas, ya que nuestros intereses concordaban en más de un aspecto. Su opinión me era siempre muy preciosa, aunque difiriera en ciertas cuestiones mucho de la mía, sin que esta circunstancia haya turbado jamás nuestra amistad. Nettlau era todo menos un hombre terco y respondón; respetaba todas las opiniones ajenas mientras no iban en contra de la razón y se apoyaba en argumentos

cuerdos. Su familiaridad de toda la vida con las cuestiones históricas le había enseñado en qué grado las opiniones sobre personas y cosas se contradicen frecuentemente, y, el saberlo, le hacía prudente y tolerante. Por eso, conversar con él era siempre un placer espiritual, de sumo provecho para su interlocutor. Su memoria precisa e infalible permitía dar peso a su opinión, haciendo resaltar los puntos decisivos, y si se daba el caso de que él se encontraba mal informado sobre alguna cosa, nunca se avergonzaba de confesarlo con una modestia realmente conmovedora.

En cierta ocasión, cuando hablamos sobre el trágico fin de Gustav Landauer, Nettlau me dijo con visible emoción; "Una cabeza como aquella nadie la puede crear y menos reemplazar; pero cualquier bestia estúpida puede apagar el cerebro más sublime como una candela, como si no hubiese existido nunca. Existen seguros contra el incendio y las tempestades; pero desgraciadamente no hay seguros que protejan contra la estupidez y la bestialidad humana".

Le agradaba hablarme de sus trabajos. Bien sabía cuánto me interesaba su obra, y la alegría le bailaba en los ojos cuando me explicaba como muchas veces había encontrado la solución de un problema difícil gracias a un hallazgo feliz, permitiéndole aclarar cosas que le habían ocupado durante años. De esta manera aprendí mucho de él y le estoy profundamente agradecido. El imperio de su erudición histórica era, en efecto, tan vasto que despertaba asombro. Y sin embargo, nunca hacía gran caso de su saber, y cuando una vez le dije que me estimaría dichoso si poseyera la centésima parte de sus conocimientos, él protestó enfáticamente: "No, querido Rucker, nadie de nosotros sabe mucho y nunca lo bastante, y en el preciso momento en que comienza el tiempo de nuestras mejores experiencias y nos sentimos capaces de dar la

medida de nuestro saber, la muerte nos pone el pie y acaba con toda nuestra sabiduría. Por eso hemos de recoger tanta ciencia como nos sea posible, para que los otros puedan continuar edificando sobre lo que dejamos. Ello, creo, no se hará sin risas, cuando nuestros continuadores se pongan a examinar nuestro pretendido saber, y quizá no lleguen a comprender por qué nos costó tanto seso adquirirlo".

A menudo venían a nuestras reuniones compañeros veteranos como Fritz Kater, Wilhelm Werner, Alwin Rohmann, algunos compañeros jóvenes, y también Erich Mühsam, después de que la amnistía le sacó de la fortaleza donde pasó más de cinco años. En aquellas veladas no se hablaba, tan sólo de cuestiones históricas, sino de mil cosas diversas, que por entonces emocionaban a los espíritus. Nettleau escuchaba casi siempre en silencio y con atención hasta que alguno de los presentes le pedía su opinión. Sólo cuando Mühsam estaba presente, Nettleau intervenía más intensamente en las polémicas, pues los dos resultaban antagonistas en casi todas las cuestiones prácticas del movimiento. Uníanme a Mühsam lazos de amistad entrañable. Vivíamos a corta distancia uno del otro y nos veíamos a diario, excepto cuando yo me encontraba fuera de Berlín. Erich era un rebelde nato, un hombre de gran valor personal, sincero y leal, y de una vida íntima poderosa de emociones profundas. Era un enemigo jurado de toda aquella mezquindad que caracteriza al filisteo, y su delicioso humor, tan mordaz en ocasiones y tan parecido al ingenio de Enrique Heine, animaba cualquier medio en que apareciera y le conciliaba las simpatías de toda persona que lo tratara.

Mühsam había sido introducido en el movimiento anarquista por Gustav Landauer. Landauer le quería mucho, y por más que en sus

cartas le reprendía severamente cuando Erich se dejaba arrastrar por su buen corazón, le conservó hasta su trágica muerte la más cálida amistad, pues le conocía a fondo. Mühsam había tomado parte destacada en la insurrección de Munich de 1919, y escapó a una muerte segura debido a su arresto, varias semanas antes de la entrada de las tropas "blancas", por agentes del gobierno de la Baviera septentrional, quienes le llevaron al presidio de Ebrach. En julio del mismo año, compareció con otros participantes de la sublevación ante un tribunal militar. Pronunció un discurso audaz, en el que defendió su conducta con gran valor, y fue sentenciado a quince años de fortaleza. Aun aquella corte tuvo que admitir sinceramente que "no había procedido impulsado por deseos deshonestos".

Cuando gracias a la amnistía de 1924 recobró la libertad, intervino inmediatamente en el movimiento revolucionario, aunque sólo le habían soltado "a prueba" y le podían volver a arrestar en cualquier momento. Lo mismo que tantos compañeros de aquella época, Mühsam estuvo completamente bajo la impresión de la revolución soviética rusa, y firmemente convencido de que la revolución mundial no era posible sin una alianza de todos los grupos libertarios con los bolcheviques. En sus años de prisión tuvo poca oportunidad de observar los sucesos de Rusia; por eso era muy natural, en un revolucionario tan fogoso como Erich, que después de su salida de la cárcel continuara abrigando las mismas ilusiones. Tardó en dejar estas ilusiones, pero cuando se libró de ellas lo hizo de manera radical y completa.

Nettlau que, como yo mismo, había previsto la suerte de la revolución rusa poco después de la subida de los bolcheviques al poder, y que por esa razón se negó a hacer la menor concesión a los

nuevos gobernantes del Kremlin, tuvo, en sus periódicas visitas a Berlín, más de una discusión con Erich Mühsam, y estas controversias se prolongaron, a veces, en un cambio de cartas. Dos cuestiones principales predominaban en aquellas discusiones; Erich sostenía que la llamada dictadura del proletariado debía considerarse como período de transición, que había de conducir inevitablemente a una sociedad libre basada en fundamentos federalistas una vez vencidos todos los obstáculos y aplastados los enemigos de la revolución.

Nettlau tenía una opinión diametralmente opuesta.

Permítame, mi querido Mühsam, que tenga en este punto una opinión muy distinta —le dijo en una ocasión—. Su concepto contradice todas las experiencias de la historia. Si la palabra transición ha de tener algún sentido, entendemos por ella un estado que concede a todas las tendencias sociales la posibilidad de desarrollarse libremente y de contribuir, con sus experiencias prácticas, al adelanto de la evolución general. Pues bien, esto es precisamente lo que la dictadura impide y debe impedir si es que ésta quiere existir. Al imponer a la vida social entera normas rígidas, se convierte en enemigo mortal de todo desenvolvimiento social, el cual sólo puede resultar de experiencias prácticas y multilaterales. Quien posee el poder abusa de él, y quien posee todo el poder, abusa aun más de él. La dictadura, en consecuencia, no podrá ser nunca un estado de transición, ya que sus exponentes se mostrarán siempre ansiosos de convertirla en estado permanente, lo cual es fácil lograrlo en un país como Rusia, sometido por muchos siglos al absolutismo de los zares. Usted mismo, mi querido

Mühsam, sería el primero que acabaría aplastado bajo las ruedas de la dictadura.

Cuando Mühsam oponía que la dictadura del proletariado no significaba el poder de un individuo o de una camarilla, sino una manifestación de la voluntad de la clase proletaria, y que, justamente por esas características, no podía ser comparada con las dictaduras de tiempos pasados; Nettlau le contestaba en su acostumbrada calma:

Su proletariado, mi querido amigo, no es más que un producto de espuma, una abstracción, una palabra sin sentido concreto, como todos los conceptos colectivos. Lo que cuenta en materia de progreso y de evolución general es el hombre y no la clase. Los obreros, en cuanto clase, han prestado a todas las tiranías los mismos servicios que cualquier otro grupo social, y, en muchos casos, lo siguen haciendo. El modo de sentir reaccionario o la estúpida indiferencia de un obrero no cambian de valor porque sea un proletario.

Quien quiera que acepte la providencia terrenal del Estado como cosa inevitable y se someta voluntariamente a ella, es, a todas luces, un reaccionario aunque no llegue a darse cuenta de ello. Su concepto de la "dictadura del proletariado" no es sino un engaño óptico, un fuego fatuo, que titila sobre un pantano. No ha existido tiranía alguna que no haya intentado justificar sus usurpaciones con el "nombre del pueblo". Mucho me temo, querido Mühsam, que vaya a tener sorpresas desagradables con la dictadura proletaria.

Erich creía, con un entusiasmo de iluminado, en los innatos instintos revolucionarios y el natural amor a la libertad del

proletariado, y causábale verdadera pena cuando alguien le contradecía en ese punto. Tenía mucha estimación a Nettlau y su actitud escéptica sobre la revolución rusa le hirió muy hondamente. A veces le escribía largas cartas intentando exponerle su punto de vista en forma detallada; más cada vez que Nettlau le contestaba en su tono tranquilo, venía a verme, muy deprimido me enseñaba la respuesta y me preguntaba consternado si había dado motivo a Nettlau para que éste se ofendiera. Yo procuraba calmarle explicándole la posición de Nettlau, y él, entonces se sentía algo aliviado. Bien sabía yo, por demás, que Nettlau no le reprochaba nada y que le estimaba mucho, especialmente como poeta, pues en más de una ocasión habíamos hablado de Mühsam. Una vez, Nettlau me dijo:

No se pasará jamás al campo bolchevique. Tiene demasiado carácter, pero desgraciadamente sufrirá desengaños amargos. Es poeta y hay que perdonarle mucho. A veces, me da coraje, pero no puedo guardarle rencor, pues tiene en sus entrañas no poco de ese diablo que Bakunin advertía en todo revolucionario auténtico.

No podía decir nada más justo. Nadie como yo sabía cuán cierta era esa observación, pues tuve la oportunidad de conocer a Mühsam a fondo. No había en Erich huella de doctrinario. Estaba dispuesto a unirse a cualquier acción revolucionaria por pocas probabilidades de éxito que ofreciera y por ello, juzgaba a hombres e ideas con excesivo optimismo, teniendo que lamentarlo luego. He tropezado con más de un individuo que creía firmemente estar llamado a ser el guardián del "principio puro", pero que en su vida privada y en su relaciones con sus compañeros no daba la menor prueba de practicar ese principio. Erich Mühsam era todo lo contrario: no era

pedante ni doctrinario y, en sus actos, todo un hombre, un fiel compañero, lleno de cálida simpatía y honda comprensión hacia los demás; un anarquista nato, que no soportaba ninguna imposición, pero que tampoco pretendía imponerse a los demás. Su fogoso espíritu se rebelaba contra toda injusticia o toda humillación. Lo que más le indignaba eran las bajezas y la perfidia. Tenía un alma alegre de niño y su optimismo no tenía límite. Por cierto que, a veces, corrió alocado en pos de meras ilusiones; pero siempre lo hacía con la mejor y la más honrada de las intenciones, y frecuentemente tenía que pagar caro el haber medido y juzgado a los demás por su propia medida. Nunca perdía su equilibrio moral y, en cualquier situación demostraba ser todo un hombre. Amaba a la juventud y ella le amaba a él, y muchos de sus llameantes himnos eran cantados entonces por los jóvenes en todos los lugares de Alemania.

Bien recuerdo las palabras que dijo en cierta ocasión cuando hablamos del abominable asesinato de Gustav Landauer. Acababa yo de regresar de Munich, donde por vez primera había visto el imponente monumento erigido por los obreros en memoria de Landauer en un cementerio que se halla en medio de un bosque. Referí a Mühsam mis impresiones. "No —dijo con voz alterada—, aquello fue demasiado feo. La muerte no me inspira horror y estoy perfectamente seguro de no temblar si algún día me colocan ante la pared. Pero morir pisoteado por unas bestias borrachas, como le sucedió a Landauer, es realmente horrible". Pobre Erich. No sospechaba el espantoso fin que él tendría diez años más tarde. Durante dieciocho largos meses tuvo que soportar insultos, ultrajes y suplicios de los que le hicieron víctima unos canallas; hasta que al fin, en la noche del 9 al 10 de julio de 1934, lo asesinaron en la forma más bestial. Soportó su martirio con calma estoica y supo morir dignamente, como había vivido.

Como Nettlau visitaba Berlín siempre en verano, dábamos frecuentes excursiones por los alrededores de la capital. Algunos de los compañeros jóvenes conocían un lago solitario, en medio de los bosques y tan apartado que, aun durante el estío, apenas si uno encontraba gente allí. Nettlau se había enamorado de aquel lugar. En uno de esos paseos tuve yo un accidente que me hubiera podido ser fatal. Era buen nadador, pues había pasado mi infancia en el Rin, y podía recorrer a nado varias millas sin sentir el menor cansancio. Como de costumbre, había atravesado solo el lago, hasta la orilla opuesta, pero al regresar, de repente me sentí cogido, a medio camino, por violentos calambres en la pierna izquierda, cosa que nunca me había pasado antes. Habiendo oído decir que en tales casos era aconsejable echarse de espaldas y tender las piernas, lo hice, sin otro efecto que el de aumentar la violencia del dolor. Inmediatamente volví a mi posición anterior, dejando mis piernas verticalmente suspendidas en el agua y nadando con los brazos. Al poco tiempo el dolor se calmó un tanto, mientras no movía las piernas, y así avancé penosamente hacia la orilla. Lo esencial en tales trances es no perder la calma. Toda aquella escena se desarrolló sin llamar la atención de nadie, y mis amigos no sospecharon en ningún momento que mi vida corría peligro.

Cuando felizmente había llegado a la orilla, conté a los compañeros lo ocurrido y todos me abrumaron de reproches por mi imprudente proceder. Nettlau se puso muy pálido y me hizo un terrible sermón. Repliqué sonriente que él exageraba la gravedad de lo ocurrido, puesto que yo estaba ileso, pero mi respuesta le excitó todavía más. “Esa no es ninguna excusa. La próxima vez, hará usted exactamente lo mismo. ¿Cómo puede un hombre sensato exponerse, sin necesidad, a semejante peligro? Ya que tiene el capricho de nadar largas distancias, hágalo siquiera a lo largo de la

orilla donde puede fácilmente ser auxiliado. ¡Piense usted en su pobre mujer y en sus dos hijos! Además, no debe olvidar nunca que nosotros también tenemos derechos sobre su persona". Y así prosiguió reprendiéndome por largo rato.

Desde entonces, cada vez que llegaba el verano, me suplicaba invariablemente en todas sus cartas que fuera razonable y que no volviese a exponerme a tal peligro. Continuó sus advertencias incluso después de mi huida de Alemania, cuando ya me hallaba en América. En nuestros años mozos, los dos habíamos sido lectores entusiastas de los cuentos de indios de Cooper, y *Lederstrumpf* fue el libro predilecto de nuestra infancia. Desde mi llegada a los Estados Unidos, pasé casi todos los veranos algunas semanas con mis parientes residentes en Towanda, una pequeña ciudad del Estado de Pensilvania, a orillas del Susquehanna, en los Montes Allegheny, es decir en los mismos parajes que habían sido el teatro de muchos de los acontecimientos descritos por Cooper. Había muy cerca un pequeño lago de montaña, al que todos los días solía dar la vuelta a nado, lo que me tomaba apenas dos horas. Naturalmente envié a Nettlau descripciones entusiastas de aquel hermoso paisaje, que a él le era tan familiar por los cuentos de *Lederstrumpf*.

Pero tuve cuidado de indicar que mis amigos me acompañaban en una barca de remos durante mis diarias proezas de natación.

Sus parientes de Towanda son gentes sensatas —me escribía. Siga siempre así, mi querido Rucker, no haga natación sin tener cerca un bote. Espero que cuando llegue a San Francisco, la gente tenga tan buen sentido como sus parientes, y, si no, que al menos lo tenga usted. Las aguas quedan eternamente jóvenes, usted, en cambio, envejecerá;

conviene que no lo olvide nunca, para no apenarnos sin necesidad.

La muerte puso fin a los paternos consejos. Mi amigo ya no sufre penas ni inquietudes. Para recordarle leo con deleite sus viejas cartas, que el transcurrir del tiempo les ha dado un tinte amarillo, pero que para mí es como si estuvieran recién escritas.

VII

LA GRAN COLECCIÓN DE NETTLAU

Lo que más deprimía a Nettlau después de la primera guerra mundial, fue el destino de su inmensa colección de libros, folletos, revistas y documentos raros que durante su larga vida había reunido en todos los países, hasta que la guerra puso fin a su incansable afán de coleccionista. Esta colección, única en su género, la más grande y variada en el campo del socialismo libertario, comprendía más de 40.000 impresos en los diversos idiomas. Muchos son los que han oído hablar de ella. —yo mismo he visto gran parte en Londres—, pero contados son los que sospechan con que celo y cuan metódicamente Nettlau se empeñó en reunirla. Por eso vale la pena saber por su propia boca de qué manera aquella enorme colección llegó a formarse.

En una larga carta que dirigiera al compañero Siegfried Nacht, el 13 de junio de 1920, Nettlau describió en detalle la historia de sus actividades de coleccionista, tan significativa de la forma en que procedía en sus investigaciones.

He cargado con una cantidad enorme de documentos que adquirí de la manera más varia y compleja —escribe. He ensanchado excesivamente los límites de ese campo, primero a causa de mis estudios, en segundo lugar por la propaganda

que encontraba en torno mío, y, finalmente, por una natural disposición para conservar todo cuanto me caía entre las manos.

No llegué a tales resultados inmediatamente, sino paso a paso. Veía cómo en las bibliotecas muchas veces sólo se encontraban las obras principales sobre tal asunto, y cómo el deseo de ahondar tropezaba inmediatamente con infinitos huecos; cómo la literatura de folletos, revistas, volantes, las más de las veces se pierde o se dispersa y sólo puede ser reunida laboriosa y fragmentariamente, sin hablar de manuscritos, cartas y demás documentos, ni de la tradición oral que tan pronto se pierde. Por eso he procurado, desde un principio, coleccionar ese material tan difícilmente obtenible, y muchas veces he dejado de adquirir obras principales porque éstas no se pierden y son fáciles de hallar en las grandes bibliotecas. Ambicionaba reunir "expedientes", de las innúmeras partes que forman el conjunto del progreso de la historia humana; todo lo relativo a las diversas ideas, movimientos, destinos individuales, etc.: comenzando con los primeros artículos o folletos, con toda la polémica, las discusiones, todos los periódicos, y terminando con las obras definitivas, con revistas, cartas, apuntes históricos, bibliográficos, etc., y con recortes, representaciones gráficas tales como caricaturas, incluyendo el más insignificante cartel o volante. Naturalmente, no me era posible lograr mi meta sino hasta cierto punto y en unas pocas materias; más al principio había esperado que, una vez ordenado en esta forma mi cuantioso material, su existencia pudiera impulsar a otros a incorporar el suyo a tal archivo común e internacional, en cuanto hubiera perdido su importancia momentánea que les

obligara a protegerlo en vista de posibles persecuciones; archivo que yo siempre concebía como cosa que separar lo más pronto posible del accidente pasajero de mi persona, a condición de que hubiera una base segura para tamaña empresa. Por de pronto continué comprando y lo sigo haciendo hoy en la medida de mis reducidísimas posibilidades. Esto le explicará el volumen exorbitante de la colección, pues no trataba yo de conservar el material tan sólo en su última fase, como folleto o libro de carácter ya definido, sino incluso en su estado de iniciación, de difusión y en todas sus ramificaciones. Muchas veces he pensado en aquellos modelos fracasados de locomotoras, que no se deben a Stephenson y que pueden verse en el "South Kensington Museum" de Londres. Debido a que el sistema de Stephenson prevaleció, todos los demás quedaron ignorados. Y sin embargo, se les coleccionó. Lo mismo sucedió con todos los movimientos sociales fracasados y olvidados, excepto unos cuantos que finalmente supieron imponerse. La solución me parece ser la siguiente: Cualquier educación y formación progresiva deberán ser iniciadas con los movimientos principales y el material más moderno; pero no obstante debe haber lugar, en la enormidad del universo, para una o algunas colecciones históricas en las que se diera asilo a los socialismos fracasados, semejantes a aquellas locomotoras no inventadas por Stephenson. Siempre he sentido mayor simpatía por las causas perdidas que por las triunfantes, y por eso no he menospreciado ninguno de estos testimonios por insignificantes que pareciesen. Nunca he aspirado a la homogeneidad; bien al contrario, solía alegrarme de lo diverso, y esto beneficiaba a la colección, que diríase

remontábase en esa especie de sistema fluvial socialista hasta sus más ínfimos arroyos, dirigiendo su interés ora hacia las corrientes que se van enarenando en las estepas, ora a aquellas que parecen tragadas por las rocas, para reaparecer de pronto en un lugar inesperado. En cambio, siento disminuir mi interés por el movimiento tan pronto como lo veo convertido en un río grande, porque entonces ya no corre peligro de perderse y no necesita ya de mis débiles esfuerzos.

La colección se amplió más por el hecho de que yo dejé de limitarla, como hice al principio, a la literatura anarquista y revolucionaria en un sentido estrecho. Durante años había yo renunciado a los antiguos testimonios, y así perdí la ocasión de adquirir datos valiosos, pérdida tanto más sensible cuanto que, en las últimas décadas del siglo pasado, esta literatura aun podía adquirirse a precios modestos. Me desquité luego, allá por el año 1900, en Londres y París, pero ya era tarde para comprar impresos alemanes de aquel período. Así y todo, hice cuanto pude para conseguir antiguos documentos y mi colección los tiene en gran número. Después concentré mi atención sobre la literatura socialdemócrata, por lo menos la de los principales países, teniendo que renunciar a innúmeros libros por ser caros o carecer de gran interés histórico o teórico. El sindicalismo resultó bien representado gracias al gran número de revistas que yo recibía a través de los años y por medio de los cuadernos de intercambio, y que he ordenado con arreglo a sus especialidades: la pedagogía, el antimilitarismo, el neomaltusianismo, la literatura moderna, etc. Luego, particularmente en París, tuve la oportunidad de coleccionar, en forma más intensa, la literatura radical francesa a partir de la Gran Revolución hasta 1870, y la inglesa

desde el siglo XVIII. Después recogí todo lo referente a las reformas sociales, todo lo descriptivo en el terreno de la sociedad, los librepensadores las mujeres, la paz, las cooperativas, las nacionalidades, temas sociológicos de cualquier índole, como también toda huella de ideas libertarias, todo lo relacionado con la historia de las revoluciones, etc., mostrando siempre predilección por salvar cosas olvidadas, relegadas a la oscuridad a expensas de las bien conocidas.

En esto la guerra, la que me sorprendió en Viena, donde residía desde abril de 1914, procedente de París. Y fue en Viena donde pasé todos los años de la conflagración mundial. Así, pues, me vi alejado de mi colección; afortunadamente, esos años los amigos de París y, según creo, también los de Londres, continuaron conservando para mí muchas cosas, en particular revistas; de modo que el hilo no quedó roto por completo.

A continuación Nettlau relata cómo durante y después de la guerra había descubierto y puesto a salvo gran número de libros, folletos y viejos documentos de gran valor, los que depositó en el desván de su casa. De esta manera, su colección se vio aumentada por piezas descubiertas, a menudo, en las bodegas de traficantes con papel de desecho, donde hubieran desaparecido para siempre. Ahora bien, aquel imponente caudal de documentos, reunido en el curso de tantos años, se hallaba distribuido en cuatro países. Ciento veinte y una cajas estaban almacenadas en Londres a cargo de un agente de transportes; treinta cajas de gran tamaño, en París; treinta y cuatro cajas de menor tamaño se encontraban en Munich, y el resto lo guardaba en su casa de Viena. A eso deben añadirse los

grandes bultos de libros que había confiado a no menos de setenta y cuatro amigos suyos.

Siempre había tenido la intención de incorporar esa enorme colección a una biblioteca especializada del continente europeo, y varias veces había dado pasos en este sentido, siempre sin resultados, pues no pudo nunca decidirse en cuanto al lugar más conveniente. Así, pues, pagó durante todos aquellos años el almacenaje en Londres, París y Munich, hasta que la inflación que siguió a la guerra le privó de los medios para continuar pagando. Finalmente, en 1920, no le quedó más remedio que dirigirse a Siegfried Nacht y Harry Kelly, de Nueva York, quienes, en unión de otros amigos norteamericanos cubrieron gran parte de los gastos de almacenaje y salvaron la colección. Posteriormente, Emma Goldman, A. Berkman y yo logramos persuadir al Dr. M. A. Cohn, de Nueva York, para que se hiciera cargo de estos gastos; pero al cabo de algunos años, Cohn, duramente afectado por la gran depresión económica que había estallado en los Estados Unidos, ya no pudo seguir suministrando los fondos necesarios. Y otra vez Nettlau volvió a pasar por trances penosos, hasta que por fin pudo ser depositada la mayor parte de la colección en la finca de un amigo acomodado, que vivía en Suiza, de donde pasó, en 1936 o 1937, si no me equivoco, al Instituto de Historia Social, en Ámsterdam.

Durante todos aquellos años sufría Nettlau verdaderos suplicios por la suerte de su preciosa colección. Durante la primera guerra mundial toda propiedad alemana en Inglaterra o en Francia fue confiscada o puesta bajo control del Estado, y Nettlau vivía en continuo temor de que la atención de las autoridades de aquellos países pudiera fijarse en sus cajas de libros, almacenadas en las agencias de transportes de Londres y París. Por eso tuvo que

observar, aun después de la guerra, el mayor secreto en todo cuanto emprendió respecto a la colección, temiendo que cualquier paso decisivo pudiera conducir a la pérdida de la misma. Quizá obrara con prudencia excesiva, pero tal cautela es harto comprensible, pues se exponía a perderlo todo. Aquellos años fueron de verdadera angustia para él. En la citada carta, escribía a Siegfried Nacht:

Ya ve Ud. cómo mi pequeña colección ha resultado ser un mueble grande y embarazoso —no ya un solo caballito [\(29\)](#), sino toda una manada de caballitos bravíos, que me están aplastando a causa de la horrenda reducción del poder adquisitivo de nuestra moneda en el extranjero. Se divide aproximadamente de la manera siguiente: Anarquismo: libros y folletos, 3.200; revistas, 1.200. Literatura libertaria (incluyendo el sindicalismo revolucionario, etc.): 1.300 ediciones y 600 revistas. Socialismo: 10.500 ediciones y 2.750 revistas. Reforma social: 2.000 ediciones y 2.300 revistas. Literatura política radical: 13.000 impresos, incluyendo las revistas.

Son, pues, en total unos 36.850 impresos, sin contar varios miles de publicaciones de tendencias menos marcadas, con lo cual la colección asciende —cuando no excede— a los 40.000 impresos. Y aun queda por sumar a eso, miles de impresos de menor cuantía.

Hay más de 10.000 periódicos y revistas, representados algunos con un solo número, con varios ejemplares o en series completas, todo lo cual llena cajas enteras. Todo lo expuesto da una ligera idea del verdadero volumen de la colección.

Bien se comprende cuanta preocupación debíale causar a Nettlau esta colección, cuando, al terminar la primera guerra mundial, se encontró con que ya no podía costear su almacenaje.

Tan pesada carga no dejó de angustiarle durante todos aquellos años, hasta 1936. Intentó más de una vez incorporar la colección a alguna gran biblioteca extranjera, donde podía esperar que se conservara intacta; mas en las difíciles circunstancias de entonces, también ésta resultaba una empresa arriesgada, ya que Nettlau no quería confiar su tesoro sino a una institución que, además de garantizarle la buena conservación del mismo, lo dedicase al uso que él le había destinado.

Allá por el año 1931 ó 1932 se le ofreció una solución al problema. El Instituto de Historia Social, en Ámsterdam, se declaró dispuesto a custodiar la colección en las condiciones deseadas por Nettlau. Le ofreció una suma muy aceptable, dado las circunstancias de entonces, pagadera a plazos anuales, y que de un golpe le hubiera librado de todos sus apuros pecuniarios. Además se le concedía el derecho de disponer libremente, hasta su muerte, de cuanta documentación necesitase para su trabajo, y aun el de guardar una parte de su colección en Viena. Cuando el trato quedaba ultimado satisfactoriamente para ambas partes, y el director del Instituto, profesor Posthumus, se había trasladado a Viena, surgió un obstáculo inesperado.

Nettlau había informado al profesor Posthumus de la existencia de un testamento suyo, en el que legaba la colección a la "Preussische Staatsbibliothek" de Berlín. Por consiguiente, el profesor Posthumus insistió en que modificase o revocara aquel testamento durante su estancia en Viena, demanda perfectamente legítima, puesto que actuaba como representante de una institución pública, cuyos

intereses debía defender. Si hubiese conocido mejor a Nettleau, es probable que hubiera tomado en cuenta ciertas peculiaridades de su carácter, y le habría explicado la razón de su demanda evitando herir la sensibilidad de nuestro amigo. Lo cierto es que Nettleau, delicado en exceso en estas cosas, lo entendió mal, interpretando como prueba de desconfianza lo que no era más que una formalidad legal. Se disgustó y rompió el contrato ya firmado. Puede imaginarse la impresión que le causó al profesor Posthumus tan precipitado gesto. Nettleau se mostró sordo a todos sus requerimientos y tuvo el profesor que regresar a Ámsterdam sin haber llegado a ningún arreglo.

Posteriormente, el Instituto, deseoso de llevar a Nettleau a una consideración más serena del asunto, envió a Viena otro representante, conocido por Nettleau como correligionario suyo. También esta tentativa resultó infructuosa. Como consecuencia de todo esto Nettleau tuvo que cubrir; durante cuatro años más, los gastos de conservación de su colección. Al fin se logró poner las cosas en su lugar después de las debidas explicaciones, y la colección fue incorporada al Instituto de Ámsterdam, y así, en 1937, Nettleau, por vez primera en su vida, pudo ver seguro y reunido en un lugar adecuado su querido tesoro.

VIII

NETTLAU TRABAJANDO

Causa asombro el que Nettlau desarrollara las actividades literarias más fecundas de su vida precisamente durante aquel período de zozobra, cuando tuvo que luchar continua y desesperadamente por la mera existencia. Trabajando se olvidaba de todo lo sórdido y triste que le rodeaba, pues poseía en alto grado el don de sumirse completamente en su labor. Como la falta de medios le obligara a abandonar sus extensas investigaciones en los grandes archivos y bibliotecas de Europa, decidió redactar el material recogido, pues preveía que por largos años se hallaría imposibilitado de completarlo con nuevos documentos. El primer impulso para ese trabajo lo recibió al proponerle el compañero Siegfried Nacht encargarse de una biografía de Malatesta, cuya edición había planeado con el director de la revista *Il Martello* de Nueva York. Nettlau aceptó gustoso, y así nació la primera biografía de Malatesta en lengua italiana, de la que poco después se publicó una edición alemana más completa. Aparecida ésta, Diego A. de Santillán, que por entonces vivía en Berlín, emprendió su versión castellana, que contiene otras adiciones de la pluma de Nettlau.

Desde aquella fecha, es decir, de 1921 a 1936, Nettlau compuso, en rápida sucesión, catorce tomos grandes. Entre ellos la *biografía de Élisée Reclus*, un tomo sobre *Miguel Bakunin y la Internacional en*

Italia; otros dos documentos interesantes sobre el movimiento español, y nueve volúmenes dedicados a la historia del anarquismo. A eso se sumaron numerosos estudios e infinidad de colaboraciones en el *Suplemento de La Protesta* de Buenos Aires, la *Internationale* de Berlín, el *Freie Arbeiter—Stimme* de Nueva York, la *Revista Blanca* de Barcelona y varias otras revistas. En una carta a Siegfried Nacht, describe Nettlau muy gráficamente en qué ambiente y circunstancias realizó esta labor literaria:

Y así va pasando el tiempo. A veces llega un poco de dinero, suficiente para mi modo de vivir, que no alcanza el nivel "mínimo", —todavía no tengo preocupaciones por la renta de mi casa, y, siendo esencialmente un individuo que circula entre la cama y el escritorio, mis relaciones con el mundo se reducen a idas a la salchichonería y a la panadería, a proveerme de petróleo y de tinta y a recibir del cartero mi alimento espiritual en forma de periódicos y de correspondencia. Así pues, me entretengo, leyendo y escribiendo, comiendo, y comunicando con el mundo a través de los periódicos y del cartero.

No he de ver mucho de lo que me gusta ver, digo lo que pienso y hago lo que me agrada hacer; recorro en sueños el mundo entero, no solamente en el espacio, sino también en el tiempo, y de cualquier modo soy muy feliz porque el triste presente no ha podido, ni puede, desmoralizarme. Para mí es, tal presente, desde 1918, una sola sucesión indivisa de enfermedades causadas por el horrible envenenamiento moral de la humanidad de 1914 a 1918 y de muchos años antes del 1914.

En otra carta, fechada el 26 de marzo de 1935, Nettlau vuelve a [sic] detallada de toda la extensión de sus trabajos literarios, escribe así:

Usted es quien, en verdad, tiene la culpa por todo aquello, al proponerme la biografía de Malatesta, Ud, con su iniciativa, ha puesto en marcha todos estos trabajos. Otro aliento lo debo a Santillán, de Buenos Aires; también han contribuido las gentes del *Syndikalist*, de Berlín, —por los libros que me mandaron. Pero todos estos afanes se ven paralizados—, los de Buenos Aires por las disputas intestinas y los de Berlín por la indigencia de los obreros alemanes que no les permite comprar libros.

En otra carta, fechada el 26 de marzo de 1935, Nettlau vuelve a hablar de sus actividades literarias:

Acabo de terminar el trabajo que me mantuvo atado desde mediados de agosto, y ahora dispongo de un rato de respiro que aprovecharé para repasar y poner orden en las cosas y para recuperar lo mucho que hice a un lado. El trabajo histórico, o sea los tres tomos hasta 1886, ya tiene un tamaño de cuatro volúmenes manuscritos, y he calculado hoy que comprenderá probablemente unos ciento treinta y tres capítulos, de los que tengo ya listos ciento veinte y nueve, representando seis tomos de cerca de 375 a 400 páginas impresas, del tamaño del tercero (1881—1886), que tiene páginas de a cincuenta y dos renglones, y son renglones largos.

No pudo ser más breve, y he aquí, al lado de las 1281 páginas infolio de la biografía sobre Bakunin, de 1896—1900,

que representa como seis tomos del mencionado tamaño, ese nuevo mueble de nueve volúmenes si la mencionada biografía tiene las dimensiones de un sillón, esta última obra ya se asemeja a un sofá.

Me dio mucha satisfacción esta labor, pero necesita enormes adiciones por los documentos que tengo en mi colección y los que podré sacar del Museo Británico y de otras bibliotecas. En todo caso, los primeros cimientos están colocados y espero hacer también los cuatro capítulos que todavía faltan, así como los innúmeros apéndices y correcciones, tarea que no emprenderé de inmediato. De momento no solamente tengo que escribir un par de artículos y cartas rezagadas, sino coser y lavar mi ropa, limpiar las botas, hacer componer lo que yo no puedo remendar con mis propias manos, barrer, poner los libros en su lugar, en una palabra, salir a la luz después de siete meses, sacar el polvo y otras muchas cosas. Luego, quizá dentro de cuatro semanas, podré hacer una vez más el agradable viaje de los años anteriores. Mi presente dirección ya la conoce Ud. y la de allí, para mayo, será la de siempre: Calle Guinardó 37, Barcelona; mi nombre y care of R. B. Es mi mayor alegría el realizar ese viaje. Como allí todos los amigos son tan activos, yo tengo que serlo también, de modo que no habrá para mí un recreo como sus vuelos al Sur de los Estados Unidos de América. Tengo que recoger más y más material, lo que hace cada vez más largos mis manuscritos. Ya preveo que se necesitarán para acabar con el papel de los cuatro manuscritos de la obra arriba mencionada dos vendedores de queso [\(30\)](#), para uno es mucho.

Mientras tanto empleé exactamente cincuenta y dos días, de 12—15 horas de trabajo cada uno (enero—febrero), en escribir un legible libro sobre Bakunin en francés, que originalmente debía tener trescientas cincuenta páginas. El editor en perspectiva está encantado por cuanto al contenido se refiere, pero calculó que llegaría a quinientas páginas, y ahora está poniendo esas quinientas páginas y la crisis mundial en un platillo de la balanza, y su entusiasmo en el otro, así que creo que el resultado será un “lo siento”, que el cartero me puede traer hoy mismo. Este manuscrito, dicho sea de paso, no lo tendrá tan pronto, aún el más activo de los editores. Alguien acaso un día lo transformará en un Bakunin joven y un Bakunin viejo; en este caso habrá enseguida dos tomos de 250 páginas, lo malo es que Bakunin haya quedado siempre joven, lo mismo que nosotros dos (*si parva componere licet magnis*), por eso no le gusta ser partido en dos mitades y tiene razón.

Así de alegre vive uno en Viena —a cada instante puede llegar esa sentencia de muerte para Bakunin y muchas cosas más. Yo creo que en un par de siglos seremos excavados todos una civilización nunca sospechada, desconocida y antiquísima por la nueva raza humana que vendrá al mundo con caretas antiguas y con innatos instintos marxistas, mussolinianos o de clásica servilidad alemana.

La única alegría que hoy le queda a uno son las hojas verdes, los gorriones y una que otra expresión bella de la vida. Pero eso no es en modo alguno una razón para ponerse melancólico. Tenemos en las entrañas el siglo XIX y ni miramos al malogrado XX. Nadie puede robarnos el pasado y

los sueños del futuro. Ese punto matemático que a cada instante se disuelve en nada, esa pura ficción, el presente, está continuamente muriendo en torno nuestro, y nosotros, en cambio no nos vamos todavía.

Fue con este temple como Nettlau vivió en aquellos años de angustia, acorralado por la pobreza y la congoja, pero con espíritu joven e inquebrantable. El trabajo sin descanso que siempre le agradó, fue entonces para él una necesidad. Mientras día tras día llenaba páginas in folio, creando obra tras obra, lograba olvidarse de su miseria y del presente sombrío, bañando el espíritu en los tiempos pasados como un filósofo que con la mirada vuelta hacia atrás, encuentra fuerza y elevación en su trabajo y "vence al tiempo".

En el verano de 1927, mi joven amigo el español V. Orobón Fernández hizo un viaje a Viena para desempeñar por algún tiempo, un empleo de profesor de español. Con anterioridad, Orobón había editado en París la revista española *Acción*. Más tarde estuvo en Berlín, donde nos unieron estrechos lazos de amistad. Me visitaba con frecuencia y pronto se sintió muy a gusto en el círculo de jóvenes compañeros alemanes, rodeado de profunda simpatía y sincera amistad. Era, Orobón, un joven de grandes dotes, que al cabo de breve tiempo aprendió el idioma alemán y que ha traducido al castellano la biografía de Reclus y otros muchos escritos de Nettlau, los cuales fueron publicados en la *Revista Blanca*. Orobón mostró un vivo interés por la historia del movimiento libertario en los diferentes países, y platicamos a menudo de tiempos pasados y de personas eminentes que yo conocí en el curso de mi vida. En estas ocasiones le hablé de Max Nettlau y sus grandes trabajos históricos, dejándolo muy impresionado. Cuando se trasladó a Viena le di unas

letras de presentación para Nettlau. Orobón consignó posteriormente las impresiones que había recibido de mi viejo amigo, en un excelente artículo publicado en el *Almanaque de la Novela Ideal* de 1928 en el que describe, con notable veracidad los rasgos originales del carácter de Nettlau y su infatigable afán creador, A Orobón, durante su breve estancia en Viena, no le faltaron ocasiones para visitar a Nettlau o para emprender con él, los domingos, prolongadas excursiones a los encantadores alrededores de la capital. Admiró entonces una y otra vez el pasmoso saber y los vastos conocimientos de Nettlau en las disciplinas más variadas, e incluso en terrenos distantes de su especialización,

¡Max Nettlau! La figura de este Heródoto del anarquismo me interesaba poderosamente. Si su obra fecunda, veta incomparable de riqueza histórica, era parcialmente conocida y apreciada, su personalidad constituía una cerrada interrogante, principalmente para los jóvenes militantes. ¡Ni un artículo biográfico, ni una noticia personal, ni siquiera una fotografía o un dibujo! El biógrafo laborioso de Bakunin, de Reclus, de Malatesta había recatado siempre, con obstinada modestia, todo lo concerniente a su propia biografía,

El movimiento anarquista —me dijo Rocker— no ha sabido aun apreciar debidamente lo que tiene en este hombre, Afirmación amarga de cuya certidumbre tuve ocasión de convencerme más tarde,

Al ver por primera vez a Nettlau en Viena, pensé indominablemente en la figura de Eliseo Reclus, pensamiento que fue tomando arraigo a medida que lo fui conociendo más de cerca, Quizá no acierte a explicar el por qué de este paralelo, intuitivamente establecido por mi imaginación.

Porque no se trata de un parecido físico, sino más bien subjetivo, algo así como una analogía moral de los dos hombres. La sencillez, la tolerancia y la bondad, cualidades características que ha dejado Reclus impresas en sus obras, y, particularmente, en su Correspondencia, son también inherentes a la naturaleza serenamente anárquica de Max Nettlau. Y sobre todo, su idéntica manera de amar al ideal, poco espectacular, pero fuerte y resuelta, con esa firmeza de pasión interior que no retrocede ante las fronteras del sacrificio. Nettlau ha debido transponer frecuentemente esas fronteras. Que su vida ha sido un esfuerzo tenaz y constante por y para la anarquía, lo proclaman las obras suyas generalmente conocidas; que ha sido una entrega sin reservas, una abnegada consagración a la causa, tan sólo lo saben aquellos que han podido acercarse un poco a su círculo íntimo.

Más de una vez, ojeando la producción inédita de Nettlau, que no es la parte menor ni la menos importante de su obra, hemos recordado las palabras sentenciosas de Rocker, ¡Qué formidable caudal de energía, tiempo, talento y voluntad contienen esos manuscritos, que hasta ahora —doloroso es decirlo—, no han reportado a su autor ni siquiera la modesta satisfacción de verlos publicados! Producir manuscritos sin editor en perspectiva inmediata es un trabajo ingrato, capaz de desalentar al más voluntarioso y optimista. Ello no ha hecho mella, sin embargo, en la autodisciplinada laboriosidad de Max Nettlau. Indiferente a esos obstáculos penosos, consciente de la inmensa significación presente y futura de su labor, continúa investigando hechos, exhumando y analizando documentos, compulsando datos y resumiendo, con un

método *ad probandum*, el desenvolvimiento histórico del anarquismo. Semejante actividad tiene ya tras sí un pasado de casi 40 años y se halla quizá en su etapa más fructífera. Y es así como este trabajador infatigable va construyendo, piedra a piedra y con mano segura, la historia de nuestras ideas.

Preciso es también decir que la realización de tan magna empresa estaba reservada a un hombre del temple, la cultura y la delicadeza de Max Nettlau. Su juicio sereno, su espíritu de continuidad, su retentiva singular y sus vastos conocimientos filológicos y de orden general le designaban para tal obra. Lo que Compere—Morel y Franz Mehring hicieron por el socialismo autoritario rodeados de medios abundantes y sostenidos en todos los terrenos por partidos ricos y numerosos, lo ha hecho Nettlau por la anarquía abandonado a sus propias fuerzas y recursos, asistido únicamente por un amor acendrado a sus convicciones. Él, sin familia cercana se ha identificado de tal forma con las grandes figuras del pasado anarquista, que se diría le une a ellas estrecho parentesco carnal, espiritual y afectivo. En las horas, para mi gratas y provechosas, que he pasado a su lado, le he oído hablar con cariño y familiaridad de Bakunin, Guillaume, Reclus, Kropotkin y otros, cuyas vidas y acciones se hallan detalladamente impresas en su memoria extraordinaria. Aun no hace mucho tiempo me relataba con una expresión visible de placer las ocurrencias graciosas del viejo Francois Dumartheray —uno de los primeros teóricos del comunismo anárquico en 1876— ya octogenario, pero aun vivaz y mentalmente ágil, a quien Nettlau visitara hace algunos meses.

Eso sí, os habla de los demás pero evita cuidadosamente hablaros de sí mismo. Sabréis de la historia, más no del historiador. Y si intentáis traspasar a preguntas el muro infranqueable de su modestia, os responderá evasivamente, a lo sumo os dirá, con una gracia fina y un poco irónica: ¡No os preocupéis de notas necrológicas! Todavía pienso vivir algunos años.

Lo que Orobón escribió con respecto a Nettlau, era absolutamente cierto. Es, en efecto, asombroso cuán poca gente estuvo informada sobre la vida privada de Nettlau. Sólo ocasionalmente, en cartas y conversaciones con amigos íntimos retiraba él el velo de su pasado, pero aun entonces hablaba casi siempre de hechos relacionados con su trabajo. Cuando cierta vez me reveló noticias de su mocedad y yo le sugerí que escribiera acerca de ello, lo declinó diciendo: "Es inútil. Nunca he participado en forma activa en el movimiento, como no fuera con mis artículos, donde he expresado mi opinión sobre cuestiones diversas. Mi vida estuvo consagrada por entero a la historia del movimiento y todas mis opiniones respecto a ella se encuentran en mis escritos. Algún día, cuando ya no tenga nada mejor que hacer, quizá escriba apuntes personales; pero no será pronto".

Nettlau quería mucho a Orobón, quien, con D. A. Santillán y sobre todo, Federica Montseny, fue el que estuvo más cerca de él entre los compañeros españoles jóvenes. Poco después de la llegada de Orobón a Viena, me escribía: "Me envió usted un muchacho magnífico, querido Rucker. Un auténtico español, vivo, inteligente y educado en las mejores tradiciones del movimiento libertario español. Este, a buen seguro, prestará muchos buenos servicios a nuestra causa".

Ni Nettlau ni yo sospechamos por entonces que Orobón ya estaba marcado por la terrible tuberculosis, de la que habría de sucumbir, ocho años más tarde, en la flor de su vida. Nettlau se hallaba a la sazón en Barcelona. El 28 de junio acompañó a Federica Montseny que iba a dar conferencias en Berga y en las poblaciones vecinas. En una carta fechada el 9 de julio de 1936 me describió la impresión maravillosa que le causaba la antiquísima Berga y sus hermosos alrededores, y cómo de pronto le alcanzaron simultáneamente dos noticias infaustas, la muerte de Orobón y la de Alexander Berkman, fallecidos el mismo día.

A las seis de la mañana murió el pobre Orobón, que ha estado enfermo de los pulmones durante veintiséis meses. La noche del sábado todavía estuvo sentado en un sillón. En la madrugada tuvo un horrible ataque de tos que casi le ahoga... Sin embargo, mira sonriente a su madre, a su mujer y a sus hermanos, para tranquilizarlos... Ha dejado de existir.

Murió con una sonrisa. El mundo ha perdido a un hombre magnífico.

Y al anocheecer murió, absurdamente, Berkman.

El 21 (de junio) llegó a Villefranche el Dr. M. Cohn y Berkman se fue allá en coche, cosa que no debiera haber hecho. El 24 la herida del vientre volvió a abrirse.

Había salido del hospital poco antes del 12 de junio (cuatro meses; dos operaciones). Padecía además cólicos de los riñones (arenillas). El Dr. Cohn lo examinó el 23 o el 24, lo encuentra todo en perfecto estado y observa que el enfermo tiene un cuerpo increíblemente vigoroso. El 24 tiene que encamarse a causa de las arenillas. El 26 dicta una carta alegre

para mí, con detalles y preguntas. El 25 vio por última vez al Dr. Cohn, quien salió el 26 en barco para Saint—Tropez.

¿Qué tendría el sábado, 27? La herida abierta y los cólicos de los riñones. Estos fueron tan violentos, que la señora corrió a ver al médico. Fue en aquellos momentos cuando Berkman se levantó, se arrastró hacia su revólver, regresó a la cama y debajo de la manta se disparó en el corazón, pero lo erró en un par de dedos —apuntó demasiado bajo— la bala atravesó el abdomen y la parte inferior del pulmón y se clavó en la espina dorsal, paralizando los pies. Cuando regresó su mujer, él no dijo nada. Sólo al presentarse el médico, descubrieron la sangre. Le transportaron al hospital más cercano. Anestesia. Sacaron la bala. Pero ya estaba muy debilitado y sufría dolores atroces. (Mientras tanto detuvieron e interrogaron a su mujer, pues no quisieron creer que él pudiera haberse infligido la herida con su propia mano. Pero afirmó en una breve declaración, redactada por el Dr. Cohn, confirmando que él mismo se hirió y con esto quedó el asunto aclarado).

El 27 era el día de cumpleaños de Emma Goldman. A las dos de la madrugada llaman al Dr. Cohn por teléfono: Berkman está moribundo. Cohn y E. G. fueron a verle. Estaba consciente y sufría mucho. Le dieron una inyección; se durmió, y murió, veinticuatro horas después del disparo. Así, pues, fue un acto de desesperación enteramente impulsivo, provocado por los grandes dolores. Las penas se agravaron todavía por el tiro errado, y el sueño y la muerte vinieron como un alivio.

Fue una cosa innecesaria; pero él creía que ya no podría aguantarlo. Su pobre mujer va a sufrir también una peligrosa

operación, por lo del hundimiento de su estómago, etc. No debía dejarla sola. Además, la pobre no existe realmente a los ojos de nuestros compañeros. *Solidaridad Obrera* escribe tranquilamente: “los cuales (A. B. y E. G.) han vivido unidos hasta el momento de la muerte de A. B.”— ésta parece ser la creencia general.

Mientras Nettlau, en los años que siguieron a la primera guerra mundial, realizaba la labor más imponente de su vida, componiendo, infatigable, obra tras obra, no dejaba de observar el curso de los acontecimientos con vigilante atención, y en largos mensajes a sus amigos dispersos por el mundo entero les comunicaba sus impresiones personales y juicios respecto a la situación. En una carta a Siegfried Nacht, fechada a 14 de noviembre de 1927, al excusar su largo silencio, hace una vez más una detallada descripción de su trabajo:

 Mi única excusa es que tengo que hacerlo todo solo, el trabajo y la casa, y que los viajes no son un recreo, sino que sirven para reunir documentación. Ello explica el que me retrase con los artículos escritos para ganarme un poco de dinero (*Protesta, Freie Arbeiter—Stimme, Revista Blanca*). A veces escribo largos artículos con anticipación, para ganar tiempo, y además los libros. Ahora, por ejemplo, me he librado algo de los artículos y estoy escribiendo el libro sobre Elíseo Reclus.

 Este libro ya lo había escrito en 1925. Durante dos años, el manuscrito se quedó en el cajón de la editorial, en Berlín. Desde entonces, naturalmente, ha perdido para mí todo su valor, porque descubrí una buena cantidad de nueva documentación, de modo que ahora lo estoy escribiendo de

nuevo. No dejo ni un sólo renglón tal como estaba. Tengo que incorporar el nuevo material y, además, darle una nueva redacción a lo viejo. Como resultado, el libro tendrá el mismo tamaño que mi último, *De Proudhon a Kropotkin*. Al fin (el 9 de noviembre) recibí la noticia de que ahora sí lo van a componer enseguida, y he aquí que no está completo. Es decir que tengo 185 páginas de manuscrito listos, de las 260 que tendrá, —no tendré más, pues corresponden a 500 páginas impresas y serán páginas grandes. He llegado ya a la nota 512. Así que tengo que trabajar a todo vapor, pues no puedo hacer más que cinco o, a lo sumo, seis páginas al día; entre tanto me toca otra vez escribir un artículo para *Revista Blanca*, y a más de esto, las muchas cartas rezagadas, de las que escribo una cada noche.

Al anochecer me siento algo cansado. Entonces como y leo con avidez, y así comiendo y leyendo en la cama, luego apagando la lámpara con mis últimas fuerzas, procuro transitar hacia el dormir y el sueño. Me despierto en la semioscuridad y lentamente se me viene al espíritu cómo repartir mejor lo que tengo que escribir, y heme otra vez trabajando, sólo interrumpido por media hora de descanso, con mucho café, leche, el *Neue Freie Presse* y el cartero.

Luego continuo hasta las seis, después hago las compras, voy por el periódico, me leo el noticiario de la noche, y otra vez a escribir, como lo estoy haciendo en estos momentos, con la carta a usted. Una actividad tras otra, como en una cadena Ford, sólo que allí son cincuenta los que forman la cadena y yo estoy sólo; Ford se hace rico con este procedimiento y yo no.

Cuando haya terminado, quisiera tener en diciembre un par de días de descanso; pero ahí están otra vez los artículos, y después, en enero, el trabajo español, la compilación preliminar del material español sobre Engels, recogido este año en Berlín: todas las cartas de Lafargue, Mesa y Mora a Engels, y otras cosas más. Es éste el *fond du sac* de la historia (o porquería) de Engels y Lafargue de 1872, que bien conoce usted. Esta vez vamos a poner los debidos puntos sobre las íes —toda una vía láctea. Será un libro para Buenos Aires del tipo de la Alianza (Bakunin), que usted ya tiene. [\(31\)](#)

Mientras —ya hace mucho, en octubre— revisé la versión italiana de *M. Bakunin e l'Internazionale en Italia dal 1864 al 1872*, que está listo para la imprenta, si es que Bertoni encuentra un impresor (ya me pagó 750 francos suizos por ella; pero parece que le falta todavía el dinero para imprimirla, es decir, un impresor barato. En Suiza, como también en Francia, la impresión resulta cara).

Ya ve usted, soy un hombre abrumado. Si tuviera mi colección en buen orden, y pudiera disponer del Museo Británico, de algunos corresponsales en otras bibliotecas y de algún personal para escribir, podría ahora hacer mucho más, pero ello es una ilusión. Por lo tanto me veo reducido a sacarlo todo de mi rinconcito, y ya es milagro el que lo logre. Aquellos veranos en Berlín me han sido útiles. También lo fueron las varias semanas en Ginebra, en mayo, y durante los tres días de mi estancia en Neuchâtel examiné los últimos restos de las cosas de James Guillaume, reteniendo mucho para mí, tanto material para la colección como para el trabajo.

El libro sobre Reclus seguirá como monografía a los tomos *Vorfruehling* y *Proudhon—Kropotkin* (1859-1880). Reclus al lado de la monografía sobre Malatesta (1922), al lado de Bakunin (cuatro tomos; aun no están) y al lado del *Johann Most*, de Rocker. Falta todavía un gran libro sobre Kropotkin, que yo, sin embargo, no escribiré nunca. Entonces solamente quedaría el terreno un poco *déblayé* y pudiera seguir un tercer volumen de la *Historia*, desde 1881, pues de otro modo habría de atestar el tomo histórico con demasiadas cosas. Así, gracias a las monografías, ya se ha anticipado gran parte de ello. Espero que llegue algún día a rehacer (mi) *Malatesta*. Eso también lo escribiría enteramente de nuevo, suprimiendo muchas cosas y agregando otras.

“Con los ya existentes libros tolerables sobre Godwin, Warren, Proudhon, Max Stirner y Tolstoi, ya tendríamos reunidos una docena de tomos, de los que podría sacarse algo para la historia de la anarquía. A eso habrá que sumar tales historias del movimiento como *Bakunin, la Internacional y la Alianza en España 1868— 1873* y la proyectada continuación, —el mencionado libro italiano, 1864—1872—, *cum grano salis* o acaso con la mitad de Wieliczka, luego el *Proletariado militante 1868—1880*, de Anselmo Lorenzo, y un inminente libro español de Buenacasa sobre el período de 1886 a 1926 [\(32\)](#), que le interesará a usted. Como sea que el autor me pidiera le escribiese el prólogo, lo que hice, supongo que me enviará dos o tres ejemplares; uno será para usted como viejo español... Así, pues, ya dispondremos de alguna documentación sobre la historia del movimiento.

Sentiría que todo esto le aburriese. Usted mismo desencadenó el torrente al inspirar el libro italiano sobre Malatesta, (esa, por desgracia, colección más espantosa de erratas de todos los tiempos); si ya los muertos se agitan en sus tumbas ante tamaño espectáculo, ¡cómo se habría agitado Malatesta vivo! Bueno, fue una cosa bien intencionada, y de cualquier modo existen las ediciones española y alemana.

En la misma carta, Nettlau hizo algunas observaciones interesantes sobre recientes trabajos rusos dedicados a Bakunin. Juzgó, en la siguiente forma, la biografía de Bakunin del conocido marxista Steklov:

Steklov: su biografía en tres tomos acaba de aparecer. Es un historiador inexacto, arbitrario y tosco, incapaz de representar ninguna cosa de una manera objetiva y completa. Polonski: es muy distinto. Es concienzudo, de buena fe y entra en la materia. Pero no he tenido tiempo para leer este capítulo y dudo de que sepa penetrar debidamente en ese tema difícil [\(33\)](#). Primero: esos rusos se aferran demasiado a la letra de los documentos, y, a menudo sacan de lo que tengan ante sí conclusiones exageradas. Los documentos históricos tienen una significación múltiple. No son como las monedas de oro. que poseen un valor fijo. Segundo: los rusos se interesan mucho por Bakunin y, a ese respecto, dan muestra de gran diligencia: pero conocen poco lo demás de la anarquía, a los hombres en torno y al lado de Bakunin; por eso carecen del ángulo de vista debido. Steklov es terrible en uno y otro; Polonski es mucho mejor, pero no puede suplir a todos.

Es esta carta, y otras parecidas, las que nos permiten hacer una clara idea de lo penosas que fueron las circunstancias materiales en

las que Nettlau, en aquel entonces, tuvo que realizar su labor, y de lo grandiosa que era la meta que él se propuso. Pocos han sido los historiadores que han tenido que trabajar en condiciones tan lamentables y que, sin embargo, se sobrepusieron con tan firme voluntad a todos los obstáculos como lo hizo Nettlau.

IX

NETTLAU, LA SITUACIÓN EUROPEA Y EL MOVIMIENTO LIBERTARIO EN ESPAÑA

Mientras reunía pieza por pieza el material para su gran *Historia del Anarquismo*, en las circunstancias más duras, encarándose, con abnegación verdaderamente heroica, a toda clase de dificultades personales, Nettlau seguía al día el curso de los acontecimientos en Europa, tratando de obtener una visión clara de las consecuencias probables de lo que pasaba en torno suyo. Percibía claramente que se encontraba ante un cambio decisivo en la historia mundial, pero contrariamente a tantos otros, no se hacía en aquella época ninguna ilusión en cuanto hacía referencia al porvenir inmediato. Ello, tal vez, se debió al hecho de que se hallase alejado de la actualidad práctica, contentándose con observar los acontecimientos, sin tomar parte activa en ellos, lo que le permitía juzgar la situación con mayor independencia que los que se hallaban dentro del torbellino de los sucesos políticos y sociales. En muchos ensayos suyos, y sobre todo en sus extensas cartas dirigidas a sus amigos en Europa y América, encuéntrase innúmeras observaciones reveladoras de cuán lúcida era su visión, y cuántas veces predijo lo que realmente llegó a producirse. Al repasar esas cartas, de las que afortunadamente dispongo en gran parte, recuerdo involuntariamente las palabras

que Bakunin dirigiera a su viejo amigo Orgayov después de la guerra del 1870—1871 y la Comuna de París:

También esta vez, mi viejo amigo, y ahora definitivamente, me mantuve alejado de toda actividad práctica, de toda conexión con empresas inmediatas.

En primer lugar, porque los momentos actuales ofrecen, decididamente, demasiados inconvenientes.

El bismarckianismo, eso es, el militarismo, el régimen policíaco y los monopolios financieros, reunidos en un solo sistema, que lleva el nombre de estatismo nuevo, han vencido por todas partes. Puede ser que esa poderosa y científica negación de todo lo humano se mantenga victoriosa por diez o quince años más.

No pretendo que no haya nada que hacer por ahora, pero esta nueva situación exige un nuevo método de combate, y, sobre todo, fuerzas jóvenes y vigorosas.

Yo, en cambio, siento que ya no tengo fuerzas para nuevos combates, y es por eso que me retiro sin esperar que algún impertinente Gil Blas me diga: *Plus d'homélies, Monseigneur*.

También Nettlau se dio cuenta del cambio ocurrido, pero él, al contrario de la gran mayoría de sus compañeros de entonces, que bajo la influencia de lo que sucedía en Rusia, soñaban con una inminente revolución mundial, veía los hechos de una manera muy distinta. Advertía en los acontecimientos de Rusia, Alemania, Austria e Italia y en las repercusiones que tuvieron en los demás países europeos, señales claras de una reacción social de caracteres generales, que amenazaba devorar los últimos restos de libertad, y

cuyas consecuencias se sustraían a toda previsión. Ya me había escrito el 2 de junio de 1925:

Si no me engañan todas las señas, lo que hoy día se espera, con una fe ardiente, como la revolución mundial, es, en realidad, algo muy diferente. Es el principio de la reacción mundial, parecida al sistema Metternich y a la Santa Alianza después del congreso de Viena. sólo que ahora la reacción no vendrá de la derecha, sino de la izquierda. Los hombres de Estado de 1814—1815 se sentían aún lo bastante fuertes para organizar la contrarrevolución a su propia manera. Esto ya no es posible hoy, porque el ocaso de los antiguos poderes en Rusia, Alemania, Austria—Hungría, etc., lo impide. Rusia ha puesto ya los cimientos de un Estado de termitas, y el fascismo ha tomado mucho del procedimiento, ya que no existiría sin el ejemplo de Rusia. Porque el fascismo también es un movimiento de la izquierda; no busca su fuerza en los Gabinetes, sino en las masas populares, que él engaña y emplea para sus propios fines. Los nuevos hombres ya no son aquellos aristócratas del 1815, sino unos advenedizos provistos de un magnífico apetito, de sólidos órganos para devorar, y que desconocen la indigestión; no dejarán ni una hoja verde, devorarán cuanto hay en la tierra, porque saben que los que pagarán el pato, serán los pueblos.

El socialismo ya dejó pasar su hora, que fue en los días anteriores a la guerra y cuando todavía era posible salvar algo; la volvió a perder cuando la guerra tocaba a su fin, cuando la época exigía grandes nombres y no encontró ninguno. Se suele achacarlo todo a las condiciones exteriores, pero las condiciones no madurarán nunca, si uno no las ayuda a

madurar. Los que desperdician tales oportunidades, no deben extrañarse de que las cosas se pongan cada vez más negras. La realidad tiene causas mucho más profundas. El socialismo se organizó, se reglamentó, se centralizó y arraigó en tal grado en el Estado nacional que olvidó andar por sí mismo, y ya no sabe mantenerse sobre sus pies. No hace más que utilizar las muletas de la vieja política del Poder, y cojea alegremente en rededor suyo, hasta que un día ya no podrá ni cojear. Mucho me temo que sus felices herederos se lo paguen algún día en una forma que nos dejará boquiabiertos. Pero también nosotros desperdiciamos muchas ocasiones, desoímos muchas advertencias. Atribuimos a las condiciones económicas una importancia mucho mayor de la que les corresponde. Quienes piensan únicamente con su estómago no serán nunca capaces de nada decisivo. La economía no es, después de todo, sino un medio al servicio de una finalidad más elevada, y, desprovista de toda visión ética, esa economía no hará más que desarrollar el egoísmo brutal, acabará en el más feroz canibalismo.

La historia lo ha demostrado una y otra vez, pero pocos han aprovechado la enseñanza. Ahora se trata de salvar lo que se pueda, si es que no queremos caer hasta el fondo más bajo del infierno, donde, a buen seguro, muchos sabrán instalarse cómodamente, ansiosos de no perder la última miga de ese pan al que sacrificaron su libertad y dignidad humana. No soy un pesimista empedernido, mi querido Rucker, bien lo sabe usted, pero no puedo caminar hacia el abismo con los ojos cerrados, cual sonámbulo; tengo que gritar, aunque mi grito no fuera más que un grito en el desierto. Preveo tiempos negros, más próximos, quizá, de lo que sospechan las más de

las gentes. Y es precisamente esa ceguera la que hoy le hace el juego al enemigo. Tampoco soy lo bastante cínico para desinteresarme con un *après nous le déluge*. Como hoy veo las cosas, el diluvio no vendrá después de nosotros; nos ahogará a todos, de no sobrevenir a última hora algún cambio que impida la ruptura de los diques.

¡Proféticas palabras! Es asombroso cuán lúcidamente preveía Nettlau lo que ocurriría. Y sin embargo no era pesimista, y aun el más hondo desaliento no podía hacerle dudar de sus convicciones. Testimonio de ellos son sus cartas de aquel período, en las que no se cansó de poner en guardia a los demás, de arrancarles a la modorra, de explicarles el significado verdadero de lo que acaecía. Padecía frecuentes depresiones, cosa bien comprensible si se piensa en su situación personal, a la que se sumaban las condiciones políticas más angustiosas de día en día. Veía poca gente, y, como siempre, estaba sobrecargado de trabajo. Sólo podía comunicarse con sus amigos más íntimos por correspondencia. Más tarde, recibió de vez en cuando visitas del extranjero, y así pudo por lo menos aliviarse el alma hablando de sus ideas y sus temores.

Ofreciósele una agradable diversión en la primavera de 1928. Su ininterrumpida colaboración en *Revista Blanca*, de Barcelona, condujo a una correspondencia amistosa con Federico Urales (Juan Montseny), editor de la revista, con el resultado de que éste y su familia le invitaron a pasar algunos meses con ellos. Lo que le determinó a aceptar la invitación fue, en primer lugar, la perspectiva, anunciada por Urales, de encontrar en Barcelona gran número de documentos de los días de la Primera Internacional, y que, en su mayor parte, aun no habían hallado ningún redactor. Efectivamente, Nettlau descubrió en Barcelona muchos más documentos viejos y

olvidados de lo que había osado imaginar. En una carta, fechada el 13 de noviembre de 1928, escribe gozoso:

Imagínese que todavía existen carpetas conteniendo copias de miles de cartas de los años 1870—1874 del Consejo y de la Comisión Federal. Le cuesta a uno trabajo abrirse paso a través de ellas, lo que ya he comenzado a hacer (están bien guardadas en una biblioteca pública, así que son inaccesibles para coleccionistas del tipo de Riazanov; ya se lo avisé). Y la tinta es, las más de las veces, tan pálida, cuando no completamente invisibles, que se precisa trasladarse a aquella época para encontrar el hilo de los hechos en estos papeles. En suma, este y otro material raro me permite trabajar y me da placer, pero me toma un tiempo muy grande, pues tengo que tener a mano, en el momento oportuno, cada uno de los innúmeros detalles.

A base de aquella documentación compuso Nettlau su *Historia de la Internacional y de la Federación de Trabajadores de la Región Española (1868—1888)*, concebida como complemento de su libro sobre Bakunin y la Internacional en Italia. Esta obra, escrita en castellano, nunca se publicó por entero; pero extensos extractos de la misma aparecieron, de 1928 a 1929, en *Revista Blanca*. El texto completo constituía un tomo de 430 páginas, según me dijo Nettlau. Pensó revisar el manuscrito a fondo, y completarlo con nuevos documentos, mas ignoro si ha podido hacerlo. El libro, junto con los dos tomos sobre el movimiento español publicados en Buenos Aires, y los numerosos ensayos históricos que aparecieron en *Revista Blanca* y en *Suplemento de La Protesta*, constituyen una de las más valiosas contribuciones a la historia del socialismo español, merecedora de la eterna gratitud de los compañeros. Gracias a los

nuevos hallazgos de Barcelona, Nettlau pudo añadir a su *Historia del Anarquismo* un tomo más.

Desde 1928, Nettlau hacía casi todos los años un viaje a España, hasta que el triunfo del fascismo puso fin a esto también. Sus escasos medios le obligaban a hacer el largo recorrido en los trenes más económicos y, por ende, los más lentos, de suerte que el viaje le tomaba siempre varios días. Era todo menos placer, pero Nettlau supo amenizarlo, aprovechándolo para visitar a algunos amigos en Suiza y en Francia y así no tenía que pasar todo el tiempo sentado en el tren.

Sus visitas a Barcelona no solamente le abrieron un nuevo campo de actividades, que hasta entonces había quedado sin investigar; también le brindaron una oportunidad de conocer, por experiencia propia, el movimiento español, cuya historia, llena de colorido, le era tan familiar que hasta su muerte le atrajo de una manera especial. Las vividas impresiones que recibió en España, le confirmaron aun más en las conclusiones a que había llegado en el curso de sus estudios históricos. Vio allí un movimiento basado en una larga tradición, y que había acabado por asumir las formas de un auténtico movimiento popular, contando con numerosos y convencidos partidarios tanto entre el campesinado y los intelectuales como entre el proletariado industrial. La historia peculiar de España había favorecido singularmente su desarrollo. Imprimió desde un principio su sello a las aspiraciones libertarias del pueblo español. En una larga carta, con fecha de 1930, Nettlau describe de una manera muy detallada y convincente sus impresiones del movimiento hispano. Esta carta, por desgracia, cayó en manos de los nazis junto con tantos otros papeles; pero su contenido se me quedó grabado en la memoria, ya que yo mismo me he interesado vivamente por las

cosas de España. Así, pues, sin poder citar textualmente aquella interesantísima misiva, estoy en condiciones de transcribir con fidelidad los conceptos que en ella expresó nuestro amigo.

En opinión de Nettlau, España era el único país de Europa donde las tradiciones liberales del pasado, se asociaban tan íntimamente a las ideas libertarias y socialistas modernas que en ningún momento se producía una ruptura violenta entre unas y otras. Mientras en Alemania la agitación de Lassalle, por ejemplo, y de sus partidarios se empeñó enteramente, desde un principio, en despejar las mentes obreras de todas las ideas liberales para disponerlas a favor de la ideología nacionalista del Estado unitario alemán, inaugurado y consagrado luego por Bismarck, en España al contrario, ha existido siempre un estrecho nexo espiritual del movimiento revolucionario con todos sus predecesores que en tiempos pasados desafiaron a la monarquía papista y que lucharon por un nuevo orden político y social. El socialismo español, sin aferrarse servilmente a las ideas tradicionales, sin embargo rendía tributo a lo progresista que contenían y procuraba partir de ellas al transitar hacia aspiraciones modernas. Así se explica, por ejemplo, que el federalismo de Pi y Margall retuviese hasta hoy día su actualidad, siendo perpetuado y ampliado a la vez, de una manera consciente, por el movimiento obrero socialista de épocas posteriores. Es un hecho el que, desde 1840, los comienzos del sindicalismo catalán y del socialismo en Cataluña, Madrid y Andalucía ya se hallaban impregnados de ese mismo espíritu federalista, tan característico del movimiento libertario de España. Cuando, más tarde, gracias al viaje de Fanelli, empezaron a penetrar en la Península las ideas de la Internacional (1868), encontraron allí un medio propicio para su desarrollo. Lo que Fanelli llevó a los españoles fueron los conceptos del anarquismo colectivista tal como éste se reflejaba en las doctrinas de Bakunin y

en el ala federalista de la Internacional. Sólo a aquella circunstancia feliz se debe el que la Internacional haya arraigado en tan poco tiempo en todo el país, llegando a ser el punto de partida del moderno socialismo libertario, mientras que la tendencia de Marx no tuvo, durante muchos años, importancia alguna. Fue ese parentesco íntimo del nuevo movimiento con las tradiciones federalistas lo que favoreció tal evolución.

Como el socialismo anarquista de España rehusaba categóricamente toda colaboración con la política nacionalista del Estado, no corrió nunca peligro de ser absorbido por ella, tal como ocurrió con los movimientos socialistas en casi todos los otros países después de la disolución de la Internacional. Por esa misma razón, conservó siempre su carácter original y su sello libertario. La forma de organización federalista de las uniones obreras y el cambio periódico de sus representantes en la administración interna, impidieron la formación de un liderato sindical, y salvaguardaron la independencia ideológica de los agremiados. Es esta la causa de que en España las tradiciones de la Primera Internacional se hayan conservado vivas, a diferencia de la mayoría de los otros países, donde gradualmente han caído en olvido resultado de la participación de los socialistas en la política nacionalista del Estado y de una centralización del movimiento obrero cada vez más acusada. Estas consideraciones convencieron a Nettlau de que era en España, donde un cambio social de alguna importancia tenía las mejores perspectivas de éxito, ya que contaba con el apoyo entusiasta de las grandes multitudes.

Las impresiones personales que Nettlau recibió en sus primeras visitas a Barcelona reanimaron sus esperanzas, tan decaídas ante el amenazador espectáculo del resto de los países de Europa. En el

acogedor círculo de la familia Urales y de los compañeros que la frecuentaban, pronto se sintió muy a gusto, encontrando el clima de comprensión y cordialidad que necesitaba. De todas sus cartas de aquella época se desprende, claramente, cuán agradables y moralmente reconfortantes han sido para él aquellos meses de su estancia en España. Concibió un afecto particular y verdaderamente paternal por Federica Montseny, la hija de Urales y de Soledad Gustavo, y la mencionaba en todas sus cartas. La energía e incansable actividad que la joven mostró en la propaganda oral y escrita, y, sobre todo, su gran fuerza de voluntad, la hicieron aparecer a los ojos de Nettlau como el símbolo mismo de la juventud española, juventud guiada por altos ideales, a los que estaba dispuesta a sacrificar bienes y vida. Esa juventud debió impresionarle profundamente por ser tan diferente a la de los otros países. En los años que siguieron a la primera conflagración mundial, Nettlau se había ocupado detenidamente del problema de la juventud moderna, y en uno de sus mejores ensayos, titulado *Die heutige Jugend und das heutige Elend* (1930), intentó analizar las causas de la actual degradación juvenil.

En Italia —escribía—, siguieron a los años de relativa libertad de 1919 a 1921, las eras de D'Annunzio y de Mussolini, quienes ejercieron en la juventud una atracción formidable que aún persiste. En España nos vemos frente a una rara excepción: A los años de grandes anhelos de libertad, de 1917 a 1922, siguió la dictadura de Primo Rivera, soportada casi sin resistencia, aunque a regañadientes, y a la que, entre 1929 y 1930, se opuso la juventud universitaria, mientras la juventud obrera le había sido hostil desde el primer momento. En Francia e Inglaterra, la juventud, en su mayor parte, tiene opiniones burguesas, antisocialistas y fascistas. En Rusia, se

somete al bolchevismo y se deja amaestrar por él con miras de medro en las filas del partido gobernante. En otras partes, se entrega a los deportes más rigurosos, a la autoorganización militarista, a la fanática propagación de consignas nacionalistas, racistas, antisocialistas, y es sumisa a cualquier Fuehrer de algún prestigio. Parece que en los Estados Unidos, el adelanto material —entre las clases menos acomodadas y el deporte y demás diversiones— entre las acomodadas llenan por completo la vida de los jóvenes. El nacionalismo en los países eslavos, el antisemitismo en Rumania y Hungría, el comunismo, concebido como *friegas proletarias en Alemania* (34), etc., son los únicos problemas que ocupan hoy a los grandes núcleos de la juventud.

Huelga enumerar aquí los grupos minoritarios de espíritu libre e independiente, cuyo valor no niego.

Sólo que nos enfrentamos a la dura realidad de ver que las tendencias autoritarias han aventajado, de una manera extraordinaria, a las libertarias durante el período que comenzó en 1918, y si queremos remediar tal estado de cosas, es preciso, por lo menos, darnos clara cuenta de las causas y circunstancias que lo originaron.

Cuanto más ahondaba Nettlau en las causas y circunstancias de tal decadencia, mayor era su simpatía y respeto por aquella juventud española que había sabido evitar el embrutecimiento y la modorra mental, y que era capaz de entusiasmarse por ideales humanos y libertarios.

Aquí me siento rejuvenecido —escribíame desde Barcelona—, en medio de estos magníficos jóvenes, en

quienes no se advierte el diente roedor del cinismo ni la pose del filósofo escéptico cuya hastiada sabiduría ya no le permite ningún acto creador. Estos valientes mozos aun son capaces de brindar su corazón entero a una elevada causa. A ese respecto, no parece que haya habido cambio en España desde 1868, y ese hecho revela que nuestro movimiento hispano se halla por buen camino.

Después de la caída de la monarquía española, Nettlau escribió algunos artículos para *Syndikalist e Internationale*, de Berlín, en los que refiere sus impresiones de Barcelona. En uno de sus artículos, del 21 de abril de 1931, escribe:

Acabo de ver a Pedro Mateu [\(35\)](#), el día mismo de su retorno (18 de abril), rodeado de su familia y de los amigos que han acudido a saludarle. Es el de siempre, más firme que nunca, un hombre verdaderamente apto, cuya vida yo conocía ya de relatos que me habían hecho años antes. No quiere descansar, rehúsa los ofrecimientos de puestos cómodos que hoy podría tener; prefiere volver dentro de pocos días a su antigua fábrica, donde ocupará su antiguo lugar de mecánico. Ello basta para caracterizarlo: el día en que la organización necesite hombres, podrán contar con él.

Vi también a los primeros de los quince presos libertados en Figueras, dos jóvenes de unos treinta años. A uno de ellos lo habían condenado a sesenta y ocho años de presidio, hace ocho años; el otro, fue condenado a muerte. Ya estaba en capilla, oía cómo levantaban el cadalso, cuando una coartada vino a salvarle la vida, conmutándosele la última pena por "sólo" treinta años de cárcel. El primero, con todavía sesenta años por purgar, fue encarcelado de nuevo después de una

segunda tentativa de evasión, y lo mantuvieron encadenado día y noche en un calabozo subterráneo, y no supo nada de lo que pasaba en el mundo exterior, hasta que el pueblo irrumpió en la mazmorra y lo libertó, verdadera repetición del cuento de Edgar Allan Poe [\(36\)](#), en que un prisionero de la Inquisición es libertado por los franceses a su entrada en Madrid. Ahora los dos jóvenes estaban entre nosotros riendo como unos niños y contándonos sus penalidades con el mejor humor del mundo. Ni una sola vez he visto aquí manifestaciones de ira. Esos buenos compañeros saben cómo obrar con el enemigo en el momento oportuno, pero, en la vida común, son la gente más alegre que se puede imaginar.

Pons y Blanco, presos en Francia desde largos meses, se encontraban bajo la amenaza de ser entregados al gobierno español. Como sabe usted, se hicieron todos los esfuerzos imaginables para impedirlo, todo en vano, Pons fue entregado a España, quien ahora, por supuesto, está libre. El pobre Blanco, que aun no ha sido entregado, se encuentra en una prisión francesa, y actualmente está pidiendo a gritos su extradición; si tarda, tal vez tengan que organizar nuevos mítines para acelerar su extradición ¡a la libertad! Esperemos que la nueva España se muestre hospitalaria y generosa para todos los perseguidos por ideas.

Estos hermosos días se oscurecieron para mí por la muerte de Teresa Claramunt, la tan conocida oradora anarquista de las últimas décadas del siglo pasado. Enjuiciada en el horrible proceso de Montjuïc de 1896—1897, fue condenada, y expulsada luego del país, se refugió en Inglaterra. Se había criado en la ciudad fabril de Sabadell, en las ideas

republicanas y librepensadoras de su padre, y, recién casada, oyó, allá por el año 1886, a Tarrida y otros oradores barceloneses explicar las doctrinas del anarquismo. Desde entonces profesó estas ideas, y fue la primera mujer española que hablara ante un auditorio de obreras. Entre 1928 y 1929, cuando cierto día mostré curiosidad por la historia de la vida de esa mujer, tan enferma desde hacía años que ya no salía de su casa, me contó muchas anécdotas dando pruebas de magnífico humor y de excelente memoria. Así me refirió que, en cierta época, cada vez que ella pronunciaba uno de sus revolucionarios discursos arrestaban a su insignificante esposo, porque las autoridades pensaban que era él quien le sugería tales ideas y durante mucho tiempo la policía se negaba a admitir que una mujer pudiese tener y expresar ideas propias. Todavía en 1929 estaba tan llena de esperanzas y con ánimo tan decidido, que pedía que cuando se produjese el anhelado acontecimiento del derrocamiento de la monarquía la llevaran a la calle para que pudiera hablar al pueblo y excitarle a la lucha. El año 1931 fue decisivo para la monarquía española; pero nuestra buena amiga no llegó a verlo, pues murió una semana antes, y fue enterrada el 12 de abril, —el mismo día de las elecciones— en el cementerio municipal. Su cortejo fúnebre pasó junto a Montjuich, donde se hallan las tumbas de Ferrer y de otros ejecutados; memorable lugar que aun me queda por ver.

La tarde del 20, según acabo de saber, se llevaron a Pedro Mateu en coche: el presidente Maciá y Companys, el gobernador civil (de Barcelona), quisieron verle. Con la costumbre que tenía de ser detenido así por la policía, ello debe haber sido una gran sorpresa para Mateu.

En la misma carta Nettlau hizo una breve, pero muy sugestiva descripción de la situación en España:

Cuando el *Vorwärts* habla de absoluta tranquilidad y orden, tiene razón en lo superficial; pero no es la tranquilidad resignada de la obediencia, ni la sosegada del goce, sino la aparente calma de un hormiguero, que desde fuera presenta un aspecto de tranquilidad y en el interior hierve de actividad, con innúmeras fuerzas que hacen lo necesario sin estorbarse mutuamente y sin esperar órdenes: una especie de acción directa de todas las fuerzas del bien tratando de eliminar el mal en un trabajo de aseo, tranquilo y firme, hasta donde es posible hacerlo inmediato, y dejando atónitos a los, sin duda aun existentes, elementos reaccionarios.

Todo aquello fue sólo gesto del gigante dormido, un simple estremecimiento del cuerpo de Gulliver, que rompió, cual débil hilo, las trabas que le habían impuesto los liliputienses monárquicos, ahuyentándolos de un golpe, y sobre todo al rey Alfonso, que tomó la ruta más corta, la de Cartagena—Marsella. Así, pues, no se habla de combates revolucionarios sencillamente porque no hubo ningún adversario que combatir; tampoco se prestaba la situación a un avance con miras de cambiar el orden social, ni habían de temerse actos de venganza. La dictadura de P. Rivera y, más tarde, la de Berenguer, no hizo más que dilatar toda mejora verdadera, fueron causa de que la paciencia de los ciudadanos se agotara, lo cual, unido a los fusilamientos de los oficiales Fermín Galán y García Hernández, que habían sido el alma del alzamiento de Jaca, hizo totalmente impopular al rey Alfonso XIII. Alfonso sobrevivió al asesinato de Francisco Ferrer, en 1909; con las

ejecuciones de Huesca cavó su propia tumba: fue la gota que hizo desbordar el vaso; las elecciones fueron aprovechadas por el pueblo para expresar su desprecio colectivo para con el trono. Y como el rey siguiera haciéndose el desentendido para con la voluntad del pueblo, le dieron un plazo de veinticuatro horas para largarse, lo que hizo entonces, con gran apresuramiento. El caso de los fusilamientos de Huesca se parece al del asesinato de Victor Noir al comienzo de 1870 a manos de Pierre Bonaparte, que le rompió el pescuezo al Empire. Rochefort escribió en la *Marseillaise* que Victor Noir (que se había presentado ante aquel Bonaparte para retarle a duelo) tuvo la debilidad de creer que un Bonaparte podía ser otra cosa que un bandido y un asesino. Pues bien, esa misma verdad sobre sí mismo la imprimió Alfonso a martillazos a todas las cabezas aquel día 14 de diciembre, y la tomaron por lo que valía.

Todos estos hechos han forjado una unanimidad moral en el pueblo que nadie desea romper, de momento con una acción dictada por exclusivismos. Los del proletariado serán todo lo preciso, los de la burguesía todo lo poderoso que se quiera, ello no obstante hay momentos que los particularismos han de retroceder ante el interés humano en su acepción general, y, éste prevalece ahora —¡cuán raramente se presenta!— demostrándonos cuán felices podríamos ser si procediéramos siempre tan razonablemente. Gocemos con esos bellos días, a los que han de seguir no pocos días tristes. Los monárquicos ya están acechando los yerros que acaso se cometan. Fuera de ellos hay sólo los comunistas para hacer de aguafiestas en el regocijo del pueblo español. Las docenas de anarquistas, de los más destacados, que vi ayer, —quienes han participado en

todas las acciones y que han llegado directamente de la prisión o del destierro—, coinciden en que la temporal época de libertad debe ser aprovechada, en la forma más inteligente, para una propaganda de aclaración de ideas. Lo mismo opinan los sindicalistas, quienes se proponen hacer uso de las oportunidades ofrecidas, para consolidar y ampliar sus organizaciones y llevar a cabo muchas cosas socialmente útiles que hasta ahora no han podido realizar. Menciono, como curiosidad un camión con consignas comunistas, que recorrió ayer las calles principales de Barcelona, excitando la hilaridad general.

Los trabajadores españoles saben bien lo que es el bolchevismo por lo que está pasando en Rusia; y que por siete años han podido darse cuenta, en propia carne de lo que es la dictadura, no estando dispuestos a ver con buenos ojos una grotesca invitación de volver a meter la cabeza en el nudo corredizo. A los barceloneses los comunistas les parecen gentes atrasadas. Parece ser que en Madrid hay algunos estalinistas, en Barcelona un par de trotskistas, en Sevilla una mezcla de los dos, y eso es todo en cuanto a los grandes contingentes bolcheviques de que hacen mención los cables y corresponsales extranjeros.

Esperemos que las cosas evolucionen en España de tal manera que los hipnotizados por Rusia, se libren de su encantamiento y que el sol de la libertad española les haga despertar a una nueva vida espiritual. Sólo es creador lo perfecto; lo imperfecto es lo estéril. No basta, por eso, el énfasis sobre lo meramente social, cuando falta lo libertario. La sofocante atmósfera de Rusia —he aquí lo exclusivamente

social— no lleva a la libertad. Una libertad estrictamente formal, conforme a la acepción burguesa, no es sino aire, sin elementos nutritivos. Sólo la libertad y el socialismo, asociados en el grado más beneficioso para cada uno, ofrecerán la base de un orden viable. El ejemplo español es una brillante enseñanza en apoyo de esa verdad, y la atmósfera del mundo entero comenzaría a purificarse si todos tratásemos de imitarlo.

Nettlau juzgaba la situación de España en relación con la que prevalecía por entonces en el resto de Europa. Ello impidió que se entregara a ilusiones excesivas. Bien se daba cuenta que España se hallaba completamente abandonada a sí misma, y que un cambio social de mayor envergadura no podía contar, en ningún momento, con ninguna ayuda del exterior. El advenimiento de la revolución rusa había sido para los pueblos de Europa, cansados de la guerra, una señal de fuego, la que hubiera podido provocar grandes cambios políticos y sociales, si la llamada dictadura del proletariado no hubiese destruido todas aquellas posibilidades al allanar el camino al Estado totalitario. La caída de la monarquía española, en cambio, sobrevino en una época en que los pueblos ya estaban quebrantados moralmente por los desengaños sufridos, cuando la depresión económica se propagaba cada vez más, y la contrarrevolución había vuelto a recuperar su poderío. Por eso, según creía Nettlau, la revolución española no podía, de momento, lograr más que despejar el camino de los obstáculos más embarazosos, colocar los primeros cimientos para nuevas condiciones de vida y prepararse adecuadamente para ir a la conquista de nuevas etapas, si es que no quería hacerle el juego a la reacción. En una crónica para *Die Internationale* de Berlín, de fecha junio de 1931, Nettlau hace exposición de su punto de vista:

Aunque, teóricamente, es nuestro deseo y consejo no tolerar la reconstitución del gobierno y avanzar más allá, — escribía—, sin embargo, hemos de preguntarnos si tal cosa es factible por ahora y en un futuro próximo. Acontecimientos de esa naturaleza habrían de afectar de una manera inmediata a todos, incluso a los círculos alejados de nosotros; y, hablando en términos generales, no creo que sea posible emprender más que acciones de envergadura mediana, de las que no se apoyan en una propaganda especial, ni corresponden a un programa de partido. Tal opinión coincide con la experiencia histórica, la cual nos ha enseñado que las acciones importantes no pueden tener éxito en el primer momento y de un golpe. En cuanto Italia se liberte del fascismo, la situación allí según creo, será la misma que en España, o sea, de júbilo general. Y se formará un gobierno de coalición, y no un gobierno de partido, ni un orden social sin gobierno alguno, que hoy sólo concebimos los anarquistas. Las revoluciones de carácter general no hacen más que iniciar la libertad de movimiento. Para que haya frutos tangibles se necesita una labor especial. Un estado de cosas aceptado espontáneamente y por un tiempo indefinido constituye o un marco ancho dentro del cual hay sitio para todos, o bien la imposición de un partido de fanáticos. De ahí que la revolución no sea nunca más que un nuevo punto de partida, y tan creadora y avanzada como nosotros desearíamos.

Por esta razón, deberíamos prepararnos para situaciones análogas más probables que las grandes revoluciones sociales que esperamos. Somos demasiado ambiciosos ideológicamente hablando, y menospreciamos los adelantos pequeños. Fuera de las zonas de los seísmos sociales, de la

arruinada Europa central y oriental, el mundo vive tranquilo e insensible, y lo mismo que la caída de la dictadura española, la del fascismo sólo conducirá probablemente a un cambio político. En Francia, e Inglaterra, en Holanda, Bélgica y Escandinavia no hemos de esperar ni eso. Pero sí tendremos la oportunidad de contrarrestar las aspiraciones fascistas, de extender ampliamente nuestras ideas y organizaciones y de impedir cualquier retroceso hacia el comunismo autoritario, con el mismo vigor con que esta labor se hace hoy en España. Es preciso devolver previamente, a las mencionadas zonas arruinadas por la guerra, a un estado normal.

No digo estas cosas en un arrebatado de desesperación y de desengaño. Muy al contrario, he vuelto a encontrar en España, siquiera una vez en mi vida, el camino hacia la naturaleza, hacia la vida, que las teorías, los libros y los folletos me habían cerrado. No sé de ningún movimiento tan antiguo, tan grande y empeñado en la lucha por la libertad como lo es el español desde 1840 y 1868 y, sin embargo, veo cómo él también no tiene más remedio que ajustarse a las condiciones generales, y lo hace de la manera que expuse. Hay que decir abiertamente que el proletario moderno —y se trata de millones de seres— ha perdido mucho de su fuerza combativa y de sus aptitudes para el socialismo, por cuanto sigue a los grupos reformistas, tales como socialdemocracia, y hasta a los cristianos, por una parte, y al comunismo ruso, por otra. Estos millones, o son antirrevolucionarios resueltos, en cuanto socialdemócratas, o no sabrán nunca, junto con sus simpatizadores, producir otra cosa que algo semejante al sistema ruso: una desgracia para la humanidad. Hasta en España, donde los comunistas no cuentan, los socialistas

políticos resultan ser, en grandes partes del país, una masa antirevolucionaria que divide y paraliza a los obreros. Son los mismos que en los años de la dictadura se habían dejado conducir dóciles como borregos, por su líder Largo Caballero, por entonces consejero de Estado de la monarquía y hoy ministro de la República. Y cuando las perspectivas de la dictadura bajaron, se agarraron a los republicanos. Si en España ocurren estas cosas, ¿qué será en otros países, donde el sindicalismo es más débil y el anarquismo apenas si tiene importancia? De veras parece que las masas proletarias no desean otra cosa.

Mientras ponderaba así las perspectivas de la revolución española, Nettlau no perdía ninguna oportunidad para informar a los compañeros del extranjero la nueva situación creada allí, de la que apenas nada se sabía fuera de España. En 1932, cuando una vez más se encaminaba hacia Barcelona, la situación de España había sufrido cambios considerables. En un artículo titulado *Spanische Eindrücke aus dem Fruehjahr 1932* (Impresiones españolas en la primavera de 1932), que apareció en la edición de junio de *Die Internationale*, resumió Nettlau su impresión de la península ibérica, escribiendo del siguiente modo:

España, que visité nuevamente un año después del 14 de abril, sigue relativamente menos afectada por la crisis general que los demás países, lo que, claro está, es mucho decir, ya que ningún país puede escapar completamente a las inquietudes actuales del mundo. Esa gran nación se sustrajo, por más de cien años, a las guerras europeas; fue tratado por el capitalismo internacional casi como si fuera una colonia, y hoy el pueblo español se esfuerza por sacudir ese yugo. La

monarquía, el clero y, bajo muchos aspectos, el Estado en cuanto tal, incluso el conjunto territorial, son considerados como elementos negativos y como una pesada carga. Tiene en la América hispana un mundo consanguíneo y rico de fraternales relaciones. Pese a todos los males, los que, en muchos casos, escapan al pueblo, porque no tiene la posibilidad de comparar, es esta la parte de Europa menos domeñada, menos mecanizada y menos embrutecida por el capitalismo; es, sobre todo, un país donde existen viejas tradiciones revolucionarias, federalistas y sindicales; el país de la más estrecha y más firme continuidad del socialismo anarquista, hoy llamado comunismo libertario por su carácter económico, pero generalmente designado como anarquismo, constituyendo una fuerza moral nunca igualada por el socialismo político (socialdemócrata), y, frente a la cual, el comunismo bolchevique nada tiene que hacer.

Desde julio de 1931 hemos leído mucho sobre los sucesos de España que nos interesan de una manera muy especial, y, a menudo, fueron aquellas nuevas muy tristes, confirmadas por las mismas revistas españolas. A veces, incluso, me sorprendieron a mí, pero nunca perdí la confianza que expresé en la primavera de 1931. Nunca esperé lo que no podía realizarse en el momento actual, y por eso no sufrí decepción alguna. Si se tiene presente la relación de las fuerzas antagónicas existentes, entre liberales y reaccionarios, federalistas y centralistas, anarquistas y autoritarias, CNT y UGT, resultado de una historia de varios siglos, entonces se comprende que tales diferencias no pueden ser equilibradas ni suprimidas en el acto, y sí auguraban fuertes luchas, cuyo desenvolvimiento presenciamos ahora y que nos demuestran

lo que hemos de esperar en todos los países, donde el pueblo no quiere someterse a ninguna clase de dictadura. Es seguro que en todas partes, los socialdemócratas, coligados con la burguesía y los funcionarios del Estado, o bien los comunistas bajo las órdenes de Moscú, si les ofreciesen oportunidades similares, se lanzarían a implantar su dictadura, tal como lo hicieron los socialdemócratas españoles, coligados con la burguesía republicana, en abril de 1931, y todos los anarquistas y socialistas habrían de sostener primero las mismas luchas que las que fueron libradas por la CNT y la FAI, antes de madurar unas soluciones que, aun en España, no pueden ser logradas en un período de trece meses. Estas soluciones no pueden ser previstas. Los trabajadores libertarios ¿acabarán por conquistar la autonomía social y económica? ¿Se producirán separaciones territoriales? ¿Se establecerán autonomías locales? En esta lucha, que no se perfila siquiera en otros países, los obreros libertarios españoles se ven empeñados desde el primer día de la República, continuando una milenaria guerra de autonomía, en la que está toda su fuerza. En los otros países, las masas populares han perdido, en los más de los casos, sus anhelos de autonomía debido a las aspiraciones unitarias y es de prever que acabarán por constituir Estados socialistas centralizados.

Nettlau había juzgado la situación en España con mayor lucidez que muchos de los que interpretaron su actitud como una cautela exagerada. Comprendía que el movimiento libertario, después de los siete años de la dictadura militar de Primo de Rivera, durante la cual se había visto reducido a una existencia clandestina, necesitaba, ante todo, de un período de reorganización que le permitiese prepararse

para nuevas luchas, las que, en efecto, no tardaron en estallar, hasta que finalmente, en julio de 1936, la conjura de la camarilla militar fascista enfrentó al movimiento libertario unido de la CNT y la FAI el problema más grande de su historia.

Para Nettlau, los meses que pasó en España todos los años, de 1928 a 1936, fueron los más felices de su vida en el intervalo entre las dos guerras, recompensándole por las horas de tristezas y congojas, de las que tantas hubo en aquellos días.

Este es mi cuarto viaje que hago a invitación de mis amigos de Barcelona —me escribía en la primavera de 1932.— Respondo a su llamada con verdadera alegría, pues para quienes salen, como yo, del desierto de los países europeos, se sienten en España como en un bosque joven y verde, en medio de un pueblo que aun no ha olvidado la libertad y la dignidad humana. Lo que más deseo es quedarme en España para siempre, pero por desgracia estoy ligado a Viena y al trabajo que allí tengo. Cuando regreso a la miseria gris de mis cuatro paredes, me sostengo con mis recuerdos de Barcelona y gozo, por anticipado, del placer de mi próximo viaje.

X

NETTLAU TEME POR LA OBRA DE SU VIDA

Nettlau se sintió muy solo en Viena en los años que siguieron a la primera guerra mundial, y aun el trabajo más intenso no pudo siempre hacerle olvidar su soledad. La pérdida de su modesta fortuna no sólo le obligó a la lucha cotidiana por el pan, sino que también limitó sus actividades en una forma que nunca había conocido antes. Sin embargo se hubiera conformado con su estrecha situación por penosa que fuera, tanto más cuanto que estas nuevas circunstancias le impelían a redactar y a preparar para la imprenta el inmenso material recogido tan infatigablemente durante toda su vida.

Lo que acaso más le oprimía, porque le mostraba más que ninguna otra cosa su profundo aislamiento, era el innegable hecho de que después de la guerra se señalaba el principio de una nueva era, que habría de renovar los conceptos en el dominio de lo espiritual. Como todo cataclismo social, la primera guerra mundial había interrumpido bruscamente la natural continuación de los acontecimientos y nadie podía prever cuándo serían reanudados los hilos rotos, haciendo posible una selección de los espíritus. Surgieron condiciones y hombres nuevos, indiferentes al pasado, y que cifraban sus esperanzas en soluciones universales, ansiosos de escapar de la manera más rápida posible a un malogrado presente.

Aun en tiempos normales no ha sido nunca muy vivo el interés por las investigaciones históricas. Entre los componentes de los movimientos sociales fue tan solo una minoría insignificante la que sintió estas inquietudes. En los años que siguieron a la primera guerra mundial, tal preocupación histórica se consideró como algo secundario y exento de importancia frente a los innúmeros problemas del día. Por esa razón, Nettlau sintió, con una angustia cada vez mayor, que la obra de su vida corría peligro, y el temor de que todo cuanto en largos años había laboriosamente reunido y compuesto pudiese caer en olvido, o, incluso, perderse, le oprimió con creciente angustia, sobre todo después de que el advenimiento del nazismo paralizó bruscamente toda nueva publicación de sus obras en los territorios de habla alemana. Muchas de sus cartas escritas en aquellos días a sus amigos de Europa y de los Estados Unidos, en las que llamó la atención de los compañeros sobre el valor histórico de su obra, son verdaderamente patéticas por la fuerza de persuasión que expresan, y, sin embargo, no tuvieron el resultado deseado. Así escribía a Harry Kelly, de Nueva York, a quien poco antes había enviado el segundo tomo de su *Historia del anarquismo*, titulado *De Proudhon a Kropotkin*, que en 1927 había sido publicado por nuestra casa editorial de Berlín:

A propósito: no menciona usted en su carta mi nuevo libro sobre historia en lengua alemana (los años de 1859 a 1880), que por indicación mía le enviaron desde Berlín. Como no puede leerlo, naturalmente no era necesario que lo mencionara; pero quisiera saber si lo ha recibido. Es el mismo libro que ha sido anunciado en *Road to Freedom* con una nota de un renglón en la sección de los libros recibidos. *Adunata*, nuestro periódico italiano de Nueva York, insertó también una línea con el título. *Cultura Obrera* (en español) y *Germinal* (en

italiano), de Chicago, no gastaron un solo renglón para avisar que lo habían recibido. El *Freie Arbeiter—Stimme* lo recibió, según J. Cohen me escribió, pero no parece haberlo mencionado, pues de lo contrario yo lo hubiera sabido por un compañero judío de aquí que lee este periódico. La opinión anarquista de América se muestra, pues, bastante lacónica; dos renglones en cinco periódicos no es mucho que digamos. Sin embargo, usted probablemente habrá visto que Owen, que lee el alemán, le ha dedicado al libro una página entera en *Freedom* (Londres), de modo que al menos estará usted enterado de qué se trata.

Es muy probable que los editores de los mencionados periódicos no tuviesen en aquel momento a nadie que supiera leer el alemán y que, por esta razón, no prestasen al libro la debida atención. Pero para Nettlau esto era un desconsuelo, pues se trataba de una de las obras más notables de la literatura anarquista internacional, cuyo rico e interesantísimo contenido debía ser aclamado por los compañeros de todos los países. Bien se comprende, pues, que ya por entonces Nettlau se sintiera muy desalentado y no previera para su valiosa obra el porvenir que merecía.

Aun antes de la primera guerra mundial, los grandes trabajos históricos de Nettlau eran poco conocidos en el movimiento, y en muchos países apenas sabían de la existencia de su autor. Hasta en los países de vasta difusión del movimiento libertario, tales como España y Argentina, muchos de sus libros y escritos menores se introdujeron después de la guerra, gracias a la infatigable labor de traducción de V. Orobón Fernández y, principalmente, de D. A. Santillán. Lo que antes de esa fecha se conocía de Nettlau en lengua castellana, se reducía a unos pocos ensayos. En cambio, había

recibido, en tiempos atrás, un apoyo moral y práctico de hombres como Élisée Reclus, Peter Kropotkin, Errico Malatesta, Saverio Merlino, F. Domela—Nieuwenhuis, F. Tarrida del Mármol, Victor Dave y otros, familiarizados con su obra, pues todo el mundo en nuestro círculo íntimo se sentía feliz de poseer en la persona de Nettlau un talento destinado por la naturaleza misma a escribir la tan ramificada historia de nuestro movimiento en los diversos países del globo, —cometido inmenso con el que ningún otro hombre de nuestras filas se hubiera atrevido. Indudablemente la situación económica de que gozó antes de la guerra y la agradable conciencia de realizar una empresa elevada, única en su género y apreciada en su justo valor por nuestras mejores cabezas, ha debido impartirle poderosos impulsos y dar alas a su afán creador.

De todos estos acicates careció después de la guerra. Los viejos amigos y compañeros se iban uno tras otro; la situación particular de Nettlau se hacía cada vez más precaria, y nadie, a excepción de unos compañeros de la Vieja Guardia, mostraba ya verdadero interés por su labor. Esto fue lo que más profundamente le hirió, causándole no pocas horas tristes. En una extensa carta a Harry Kelly, del 6 de noviembre de 1935, Nettlau resumió sus ideas sobre la gran decadencia del socialismo y anarquismo en la mayoría de los países, agregando las siguientes observaciones:

Todo esto lo expresé en 1919 en mis artículos, con escaso éxito. Despertaron interés en un reducido número de compañeros, y éstos hubieran llegado a las mismas conclusiones sin mi intervención. De cuando en cuando consignaba yo mis ideas en voluminosos manuscritos alemanes e ingleses. Uno de ellos fue enviado a los Estados

Unidos para regresar a mis manos; otro, que envié a Berlín, corrió suerte idéntica.

En octubre pasado (1932) lo escribí todo de nuevo en francés y lo mandé a Buenos Aires. Allí lo tradujeron, y como hoy todo el movimiento local está suprimido, lo publicaron en Barcelona, en la editorial del diario anarcosindicalista *Solidaridad Obrera*. Es el libro titulado *De la crisis mundial a la anarquía*. Aquellos amigos me proporcionaron así una oportunidad para expresar mis ideas, y en este momento, precisamente, tengo ante mí cuatro reseñas (dieciséis columnas de folletín) sobre mi libro, aparecidas en el mencionado diario español. Si desaparezco algún día, mis conceptos, recogidos en aquella versión castellana, perdurarán y podrán ser de alguna utilidad en el día de mañana.

Es extraño ver que en otra parte el interés por mi obra parece haberse extinguido. Nadie me escribe, aunque mi correspondencia, si me llega, no corre aquí ningún peligro. Tengo la impresión de que la gente en el extranjero cree que la situación en Austria es como en Alemania y que ya han acabado conmigo de una u otra manera, del mismo modo que lo hubieran hecho en Alemania. Se me ocurre a veces abrir el periódico con cierta curiosidad, esperando encontrar allí una breve necrología. Sencillamente, he dejado de existir, y como apenas unos pocos han seguido mi trabajo con verdadero interés, ello no es una pérdida para nadie. He sido olvidado por todos; sólo los amigos de España hablan de mí con grande e inmerecida estimación, y los que me conocen personalmente me tratan con espíritu de auténtica amistad.

¿He renunciado por eso a mi labor? Continuo escribiendo artículos anarquistas de los que nadie, fuera del mundo español, se muestra dispuesto a leer. El 19 de septiembre envié al Dr. M. A. Cohn un manuscrito de más de treinta y cuatro páginas in folio, tratando de las metas y métodos revolucionarios de Kropotkin, y expresé el deseo de que ese estudio no fuera sepultado bajo letras hebreas, sino que debía ser aprovechado por alguna publicación norteamericana. Ninguna respuesta recibí. Este ensayo en manera alguna representaba un examen crítico de las ideas de Kropotkin, era la defensa de su actuación y pensamiento revolucionarios a través de cincuenta años, hasta 1914. Lo defendí contra quienes hoy lo quieren reducir a simple sindicalista o le hacen aparecer como comunista extremado, o se complacen en presentarlo como pequeño burgués o cosa parecida. Y sin embargo, ni Kropotkin ni su ideal están *dead as a doornail*, como solía escribir Tom Bell. Persiguió una meta verdaderamente revolucionaria, como nos lo revelan con especial claridad sus escritos y cartas menos conocidas. Creo que hoy no existe nadie que emprenda —como lo he hecho yo en aquel trabajo— investigaciones sobre un material literario tan disperso. Ahora mismo, el 6 de noviembre, a las 11:45 de la mañana, me llega una carta del Dr. Cohn —hablo del diablo y aparece. ¿La abro? Bueno, ya sé qué me dice: “Es imposible para el *Freie Arbeiter—Stimme* insertar el ensayo in extenso. Frumkin está trabajando duramente para sacar un breve extracto”, y me asegura que se hará cargo del buen regreso de mi manuscrito. Espero que así sea. He aquí, pues, un gran diario, para el que antes Joseph Cohen solía traducir cada renglón mío, y que hoy reduce un trabajo, lleno del más

precioso material y en su mayor parte con las propias palabras de Kropotkin, hasta una pobre quinta esencia ¡y ni una palabra sobre mi ruego de que el contenido no se pierda para los lectores norteamericanos! ¿Somos realmente tan ricos de tales trabajos, en los que habla el mismo Kropotkin (no obstante mi insignificante persona)? Considero esto como algo muy triste y una falta completa de comprensión. Bueno, ya no está lejos el momento en que el movimiento se vea libre de la carga que represento, —o habré perdido la vista o preferiré retirarme aun antes de que esto ocurra, o que haya gastado mi último centavo. Ya hay centenares de mendigos sin mí y no tengo el menor deseo de aumentar su número en uno más.

Aquí estoy con mi enorme colección que no vendí para conservarla al servicio de la comunidad, rodeado de todos esos documentos, de los manuscritos históricos sobre los que he estado trabajando cada día de los últimos meses (estoy escribiendo los capítulos españoles de 1891 a 1925 y acabo de terminar lo relacionado con Ferrer, de 1909). Y bien, todo esto perecerá conmigo, si nadie me ayuda. Cuando el estudio más cuidadoso sobre Kropotkin no vale más que un “extracto”, entonces yo mismo ya no tengo ningún valor, y sólo el pensar en mis amigos españoles, que no han dejado de ser anarquistas, me ayudará a olvidarme de las miserias humanas y a proseguir mi obra, que siempre me procura algún alivio espiritual.

Si usted puede hacer algo consiguiéndome trabajo o un poco de dinero —no de su propio bolsillo ni de colectas públicas— se lo agradeceré. Este año envié toda una serie de

bien compuestos artículos a Noruega, que no me han producido apenas nada; todo el trabajo ha sido inútil. Créame todo cuanto me han enviado mis amigos, y lo que aun me envíen, no es sino una remuneración por la labor que realicé durante todos estos años, y que sigo realizando. Pero ahora, con los manuscritos históricos quedando inéditos y sin perspectivas de cobrar por otros trabajos para periódicos y editores que antes pagaban, he llegado a los límites de mis fuerzas. De haber continuado estos pagos, como se ha hecho durante varios años, no molestaría yo a nadie, como tampoco lo hice por entonces. Hoy sólo una ayuda inmediata de mis amigos puede salvarme, y si algunos se juntan para tal efecto, el sacrificio para cada uno no resultará excesivo. Si ello no es posible, todo se acabó para mí. ¿Qué otra cosa me queda?

Esta carta, realmente patética nos muestra a Nettlau en todo su desaliento y abandono, situación que se hizo más penosa para él debido al triunfo de la reacción en Alemania y en Argentina, acontecimientos que le habían cortado de un golpe los recursos económicos que aun venía recibiendo de esos países. Lo que más le angustiaba no era tanto el continuo empeoramiento de su situación económica como el saber que en los países donde existía aún cierta libertad de movimiento y donde era posible hacer algo, nadie se molestaba en lo más mínimo para permitirle continuar una labor que él había iniciado y proseguido con tanto cariño y perseverancia. Quizá Nettlau, en su aislamiento, no fuera siempre justo respecto al decreciente interés por sus trabajos históricos. El movimiento libertario tuvo que enfrentarse por doquier, con nuevos y graves problemas planteados por la guerra y sus devastadoras consecuencias. Se vio, además, en grandes dificultades por la creciente y general desmoralización del movimiento obrero y por la

fe ciega en la dictadura sembrada en todas partes por el bolchevismo. Era, pues, fatal el que la gran obra histórica de Nettlau, sólo conocida, aun en épocas anteriores, de una pequeña minoría, fuese a caer en un olvido cada vez más profundo. La desesperada lucha del presente no permitía, sino a unos pocos, interesarse por el pasado, y menos a la juventud, que se había formado durante y después de la guerra y que no se percataba de la continuidad estrecha de los acontecimientos históricos.

Hasta los estudios menores de Nettlau solían ser voluminosos. Se prestaban más a ser publicados en revistas grandes que en los semanarios del movimiento, hechos, esencialmente, para la propaganda. Y tales revistas no abundaban en aquellos tiempos. A esto vino a sumarse la circunstancia de que Nettlau no era un escritor ameno: su estilo es denso y poco ágil, típico de los investigadores alemanes. Además, incluso sus ensayos de menor extensión, estaban tan repletos de datos históricos que sólo lograban digerirlos los espíritus atraídos, de manera especial, por la historia, y éstos, por desgracia no abundan.

Todo esto, naturalmente, no contribuía a mejorar su situación personal. Nettlau estaba tan absorto en su trabajo que no podía comprender que otros no compartiesen el interés que le animaba a él. Historiador nato, sabía que existe cierta continuidad íntima de los hechos, que es lo que sólo permite apreciar correctamente los problemas del presente. Allí donde falta tal continuidad del pensamiento, es fatal que se produzca una confusión mental que excluye cualquier actividad fecunda. Esta opinión de Nettlau se refleja en muchas de sus observaciones críticas sobre el desenvolvimiento del anarquismo contemporáneo.

Mi *Historia* (del anarquismo) —escribía a Harry Kelly, el 8 de diciembre de 1934— toca a su fin, y la hubiera terminado en este invierno si no fuera por el otro trabajo literario (no remunerativo) que me mantendrá ocupado de enero a abril. En los meses de agosto a diciembre estudié nuestra historia en todos los países desde Argentina hasta México, trabajo multilateral y muy complejo. A eso debe añadirse Portugal y Australia, y el movimiento libertario en Francia de 1895 a 1914. La parte que abarca el período de 1895 a 1900 ya la tengo lista y espero llegar, para Navidad, hasta el año 1908. Luego tengo que despejar el escritorio para aquel otro trabajo. A los tres tomos impresos de la *Historia*, las tres biografías (Bakunin, Malatesta, Reclus), los volúmenes separados sobre la Internacional (Italia y España), y un estudio que, hasta la fecha, sólo existe en forma manuscrita (España, 1868—1889), vienen a sumarse, pues, otros cinco tomos manuscritos de la *Historia del Anarquismo*, de los que quedan terminados cuatro y medio. La segunda mitad del quinto tomo tendrá que esperar. Hay que contar, además, la nueva documentación que completará los primeros tres tomos impresos después de su revisión. Esta historia contiene también una verdadera biografía de Kropotkin, de 1895 a 1914. Estoy analizando su actuación paso a paso a base de sus artículos, de numerosas cartas y de experiencias personales. Así habré creado una biografía documental de Kropotkin, de 1876 a 1914, que descansará, principalmente, sobre la correspondencia publicada o inédita, etc.

Bueno, todo esa caerá, probablemente, en manos de un traficante en papel de desecho, el día que se hayan cerrado mis ojos para siempre, pues los compañeros, excepto unos

pocos amigos, parece que no tienen gran interés en editarlo. Se sienten felices de no tener que cargar con esta tarea, y la guerra y la depresión económica suministran una excelente excusa para no ocuparse ya del pasado.

Empero, creo y sé, que en todos los terrenos de la ciencia, del pensamiento y de la vida práctica se está intentando compensar la interrupción causada por la guerra, en el trabajo y en los negocios. Un sabio o un mecánico se creería un completo idiota si ignorase todas las investigaciones y experiencias logradas hasta 1914. Pero mucha gente que se arroga el derecho de intervenir como pensadores y protagonistas en asuntos sociales y políticos, va tan lejos en su audacia como para proclamar que todo cuanto ha precedido al año 1918 o al 1914, ya no es de ningún interés. Es esto lo que los convierte en completos ignorantes, incapaces de enfrentarse a los reaccionarios, quienes nada han olvidado y se empeñan en incorporar todo el pasado reaccionario en el presente. Esos campeones de la nueva reacción se han visto enfrentados a unos hombres nullos, estólidamente seguros de todo, pero perfectamente inofensivos, y eso les ha permitido triunfar, al menos de momento.

La ruptura ocurrida en la cadena del pensamiento humano ha dado resultados funestos. Sólo los elementos libertarios de los países de habla española se guardaron de perder la continuidad íntima de los fenómenos y por eso, precisamente, no han enterrado la cabeza en la arena. Por cierto que tal o cual de sus actos a menudo les ha valido críticas severas; más como esas censuras procedían únicamente de los recién llegados al movimiento, no tienen ninguna importancia.

Es de veras una tragedia el que mientras por doquiera se hacían esfuerzos por armarse espiritualmente y por reparar los miembros rotos, nuestros amigos se pusiesen a edificar castillos de naipes anarcosindicalistas, sin darse cuenta de que todas estas teorías ya habían sido practicadas, examinadas y desechadas por insuficientes antes de 1914. En efecto, estamos desarmados en cuanto a ideas, por ello hemos resultado incapaces para contener la marea de la reacción, cosa que logramos de 1850 a 1900, gracias a la magnífica educación ética de los revolucionarios de aquella época. Pero la presente oleada de reacción ya no pudo ser detenida por unos hombres que ignoran las lecciones del pasado, menosprecian las advertencias, coquetean con la dictadura (Rusia) y obran exactamente como si ya no existiera enemigo alguno y el mundo entero fuera a unirse a ellos.

Todo esto que comenzó en comedia, hoy se ha vuelto tragedia. Yo he cumplido con mi labor histórica y mucho más, sin otro resultado para mí que una existencia mísera, y que cada día que pasa se hace más agobiante y calamitosa. Algunos de mis libros, según sabrá usted, han sido editados en varias partes del mundo, —en Berlín, Buenos Aires, Ginebra y Barcelona— pero en otros países más importantes no se ha publicado ni traducido nada, ni en Londres, París, Ámsterdam, Estocolmo o en los Estados Unidos. Ahora todo —excepto en los países de habla española— se acabó. En años pasados, mi labor se ha visto alentada, apoyada, estimulada y aplaudida por unos hombres que usted sigue amando y apreciando, por Reclus, Malatesta, Kropotkin y otros muchos, el recuerdo de los cuales viene a mí al revisar mis anotaciones. Pero aquellos que se han persuadido a sí mismos de que la labor científica y

el saber datan sólo desde 1918, han de resentir necesariamente mi trabajo como espina en su ojo y como molestia, pues nunca conceden el darle un solo vistazo.

Yo no puedo cambiar las circunstancias y no me quejo siquiera. Sólo lamento que la poca preparación de nuestros amigos (no piense por favor, que yo esté decepcionado o que sea egocéntrico) da una explicación del por qué hoy somos tan débiles. Encontramos todavía algún sentido de la continuidad entre pasado y presente en los españoles y en unos cuantos individuos más, entre los que le cuento a usted. Precisa fortalecer y ensanchar esos nexos delicados. Si es que queremos reanudar la marcha. Esta debería ser nuestra tarea de hoy y no el jugar con planes de una reconstrucción para la que nos falta el verdadero material y sobre la cual actualmente sólo podemos formar conjeturas vagas e infructuosas. Y es que no somos vendedores ambulantes de panaceas para curar la presente crisis, como acaso se imagina el hombre de la calle. Siendo la vanguardia del progreso, ya que éste no tiene amigos más leales, tenemos ante nosotros una misión magnífica, que no podemos cumplir como doctrinarios pedantes ni como profetas baratos y populacheros voceadores de un remedio universal para todos los achaques. Al fin y al cabo no nos queda otra alternativa que la de elevarnos laboriosamente y de alentar a los demás a seguir por el mismo camino espiritual y moral, despejando por doquiera el terreno para el progreso humano. Sólo de esta manera se creará un tipo de acción auténtica que defienda lo conquistado, confronte las lecciones de la historia como factor eficaz, al que unos aprenderán a respetar y otros, los bien intencionados, quizá lleguen a apoyar y a imitar con el tiempo.

En todo caso, usted, querido Kelly, se habrá convencido de que en modo alguno me siento desesperado, sino que tan sólo le digo con franqueza lo que pienso del actual estado de cosas.

Nettlau, en efecto, no estuvo nunca desesperado ni quebrantado mentalmente. Sus numerosas cartas de aquellos días angustiosos revelan claramente que siempre se esforzó por resucitar un espíritu desaparecido por buscar nuevos puntos de partida, fortaleciendo en sus amigos la confianza en sí mismos y animándoles a trabajar. Esta lucha tranquila y heroica contra el propio destino, nos muestra el verdadero carácter del hombre a quien el movimiento libertario tanto debe moral y culturalmente.

XI

LOS AÑOS DE MISERIA Y DE REACCIÓN

En sus cartas a los compañeros alemanes, Nettlau no aludía con una sola palabra a sus apuros personales. Aun en sus esporádicas visitas a Berlín de aquella época y en su intensa correspondencia conmigo, raramente hablaba de las desconsoladoras condiciones en que vivía. No ignoraba cuan penosamente nosotros mismos estábamos afectados por la inflación, el desempleo y demás repercusiones de la depresión económica que por entonces azotaba el país, y se percataba de lo inútil que hubiera sido en tales circunstancias apenarnos con lamentaciones sobre sus tribulaciones. Le pagábamos por la publicación de sus libros los mismos honorarios que a los otros autores, y además una modesta remuneración por sus colaboraciones en nuestras revistas. Ello, por desgracia, era todo cuanto podíamos hacer para él. Los compañeros en Alemania sabían que su situación no era buena; pero nosotros no sospechábamos la magnitud de su miseria, ya que nos ocultaba lo que confiaba a ciertos amigos norteamericanos.

Yo, desde luego, sabía que estaba abrumado de preocupaciones y que, en particular, la conservación de su preciosa colección en el extranjero le causaba constante angustia. Así, pues, cuando entre 1925 y 1926 me encontré en una gira de conferencias por los Estados Unidos y el Canadá, se me ocurrió que podría aprovechar el

viaje para equilibrar un poco la ruinosa situación de Nettlau. No ignoraba yo, que mi amigo carecía en absoluto de dotes de orador público, pero pensé que no le sería difícil componer una serie de disertaciones y leerlas ante un círculo de compañeros y simpatizadores. Ello, además, le hubiera proporcionado una oportunidad de investigar sobre el antiguo movimiento de los individualistas y mutualistas norteamericanos, ventaja que debía serle muy útil para la composición de su *Historia del Anarquismo*.

Por consiguiente, discutí el proyecto con compañeros de diversas nacionalidades, y todos lo acogieron con simpatía. Algunos meses antes, de mi regreso a Alemania, le escribí exponiéndole mi idea y rogándole se decidiese cuanto antes acerca de ella, ya que se precisaba formar un comité organizador especial mientras yo todavía me encontraba en los Estados Unidos. Un par de semanas después recibí su respuesta. Me agradeció sinceramente mi solicitud, pero opuso a mi plan una resistencia obstinada.

Su proyecto, querido Rocker —escribía— por bien intencionado que sea, es para mí absolutamente irrealizable. Bien sabe usted que no tengo ni la menor capacidad de orador; y, peor todavía, soy incapaz de leer ninguna cosa en forma inteligible incluso ante un círculo íntimo, de manera que sólo conseguiría aburrir a mi auditorio. Por grandes que sean mis deseos de conocer ese interesante país para mis investigaciones históricas, me es imposible hacerlo de la manera que se me propone. No dudo de que pudiera desenterrar allá —como usted tan justamente observa— más de un tesoro oculto, por nadie advertido, ya que la gente en América —tal es al menos mi impresión— muestra todavía menos interés por las cuestiones históricas que el que hay en

Europa. Tal vez algún día otros se encarguen de esa tarea, y espero que no sea tarde, pues en América precisamente ya se han perdido, para la historia, importantes fuentes de información. En cuanto a mí, ¿qué quiere usted?, he nacido para ser mudo, y me alegro vivamente cuando se presta un poco de atención a mis escritos.

Nettlau, en efecto, era un orador pésimo, aunque en asuntos históricos tenía más que decir que la gran mayoría de nosotros. Todavía recuerdo un pequeño episodio que tuve con él en Barcelona. Fui a España por entonces para asistir al congreso de la CNT, en Madrid, en julio de 1931, al que, a poco tiempo, siguió allí mismo otro de la Asociación Internacional de Trabajadores. Para saludar a los delegados extranjeros, los compañeros de Barcelona habían convocado un mitin monstruo. Nettlau, que a la sazón se hallaba en Barcelona, estuvo sentado con algunos amigos en el centro del espacioso salón. Alguien probablemente informara al presidente de la asamblea de su presencia, pues éste aprovechó un breve intervalo en los discursos para anunciar la noticia a la concurrencia e invitar a Nettlau a subir a la tribuna para saludar a los congresistas. A buen seguro que la cosa no era del agrado de Nettlau, quien prefería siempre pasar inadvertido; pero no tenía más remedio que atender el requerimiento hecho por el Congreso. Su aparición en la vasta tribuna dio lugar a una calurosa salva de aplausos, que le probó su gran popularidad entre los compañeros españoles. Sin duda alguna todos esperaban de él una arenga, y es probable que él mismo tuviera la intención de decir un par de palabras. Completamente encogido de pánico ante aquel auditorio de millares de personas que fijaban en él su atención, sólo se inclinó ligeramente y profirió: "¡Gracias, compañeros, gracias!" y en seguida desapareció entre la multitud.

El triunfo del fascismo en Alemania fue para Nettlau un golpe duro, no solamente por afectarle personalmente privándole de un vasto campo de actividad literaria, sino, en primer término, porque con la caída de la República alemana, la reacción en Europa había dado un paso formidable hacia adelante que debía tener consecuencias funestas, tanto más, cuanto que las fuerzas revolucionarias y socialistas se hallaban desesperadamente divididas en todos los países, habiéndose combatido, desde hacía años, entre sí en una lucha de vida y muerte, circunstancia que proporcionó al enemigo una oportunidad inmediata para dar un golpe decisivo.

Es interesante observar cuán acertado había sido, desde un principio, el juicio de Nettlau sobre el fascismo. Mientras el mundo socialista, enfrentado a ese nuevo fenómeno, daba muestras de una completa falta de comprensión, e, influenciado por conceptos marxistas, se consolaba con la ilusa esperanza de que el amenazador movimiento no fuera, en definitiva, sino una suprema tentativa de las clases medias para salvar el quebrantado sistema capitalista, Nettlau vio inmediatamente que el fascismo era el resultado lógico de la misma guerra y de las desastrosas repercusiones que tuvo en todos los terrenos de la sociedad, y que recibía el apoyo de vastos sectores de la población y de núcleos considerables del obrerismo, hasta que su empuje acabó por sustraerlo a todo control. Conocedor consumado de la historia, asió los nexos íntimos del sorprendente fenómeno y no dudó de que la creciente centralización de las fuerzas sociales, la reacción nacionalista y el estancamiento gradual del movimiento socialista habían sido, desde hacía tiempo, los factores inconscientes que favorecieron el advenimiento del fascismo y el estado totalitario.

Eso ya no es un juego al escondite —me escribió el 13 de marzo de 1933. Nosotros somos seres humanos y ellos son bestias, y por lo tanto hoy ya no hay posibilidad de lucha ideológica: no es posible contener con un par de puntapiés a un alud de diecisiete millones de bárbaros que salta de un volcán de fango. Lo único que puede salvarnos es un elevado nivel ético, cima de hombría que aun la masa más formidable de esa índole no puede alcanzar, porque no puede moverse cuesta arriba —eso es, aquel nivel auténticamente libertario, que aconsejé incansablemente, hasta el último momento, y que ha sido descuidado por unos sueños de Poder y por unas fantasmagorías económicas y de organización.

Desde que se abandonó o se atrofió en el socialismo el concepto de libertad, progresó la degradación ética y social. La cosa comenzó ya con Wilhelm Weitling, cuya *República de los trabajadores*, publicada en Nueva York durante la sexta década del siglo pasado, lo muestra como entusiasta de la dictadura y admirador de Napoleón III. Marx combatió el liberalismo alemán, atacó el humanismo desde 1843 y lo desacreditó públicamente en 1848—1849. Lasalle hizo sistemáticamente la misma labor funesta.

El partido —ambas tendencias— hizo el resto, hasta la última hora, durante setenta años. Todo sentimiento liberal y humanista fue combatido, siendo sustituido por un grosero doctrinarismo y un orgullo de partido, que no ha ejercido, ni ejerce ninguna atracción. Este era y es el primer escalón: siete millones de hombres inmovilizados y puestos fuera de combate de la forma más absurda. [\(37\)](#)

La segunda etapa era la megalomanía comunista que se hizo la ilusión de que el milagro de Octubre de 1917 se repetiría y se instalaría en todas partes con mucho ruido. Tal creencia influenciaba a cinco millones de electores, y eso era todo. El Partido clerical tenía cuatro millones y los conservadores también de cuatro a cinco millones.

La tercera etapa fue el fascismo italiano, la primera gran advertencia para el mundo socialista, indicando que las tendencias socialistas sin libertad y sin sensibilidad ética pueden ser vencidas por un movimiento en el cual existe todavía menos libertad y más indiferencia ética. Donde reinan autoridad, brutalidad y afán de dominar (como ocurre con las tendencias dictatoriales del socialismo) la victoria será para aquellos que saben servirse de estos malos medios con la mayor eficacia, es decir para el fascismo, que en Alemania se presenta en una cuarta graduación que se sitúa en forma mucho más baja que el fascismo italiano.

¿Es posible descender más? Los de 1917 y 1922 aun han tenido algo que gastar; los de 1933 se ven reducidos a devorar, primero, a los otros y luego a sí mismos. Es una caída acelerada de cien años: de los deseos y apetitos sociales, corrompidos por la falta de libertad e independencia de criterio, hasta perder todo sentido ético, y que ahora se han vuelto delirio de Poder.

Incluso el socialismo libertario, por desgracia, ha perdido, en tal ambiente, algo de su carácter libertario, —salvo en España donde existía una verdadera corriente liberal y humanista, y donde Lafargue en 1872 y sus secuaces más tarde no tuvieron éxito.

En los demás países surgieron dominadoras las olas autoritarias, por las que se perdieron para las ideas libertarias Bélgica (De Paepe), Italia (Costa), Francia (Guesde) y Suiza. Luego, después del auge libertario de 1889 a 1894 — sobrevino el sueño de poderío del sindicalismo, de 1895 a 1908—, que tan completamente hubo de disolverse en humo, y en lo de Jouhaux. Desgraciadamente lo han repetido en Alemania desde 1919, y aunque han podido ver que de ello resultó, no el éxito sino un proceso ininterrumpido de atrofia, se han aferrado a aquel fantasma y han hablado en nombre de un poderío y una voluntad puramente ficticia. Si durante los catorce años transcurridos, estas grandes fuerzas orgánicas hubiesen recibido una educación verdaderamente libertaria y humanitaria y se las hubiera permitido obrar con independencia, es muy posible que se hubiera llegado a una coalición de todos los elementos afines por sus aspiraciones; cuya coalición representaría hoy una fuerza ética y una esfera de atracción, conocida y respetada en el mundo, lo que actualmente, por desgracia, no existe. Es usted casi el único que no ha descuidado aquel aspecto libertario y ético; pero también sus fuerzas se agotaron, en gran parte, en aquella noria de quimeras de organización. ¿Es un callejón sin salida? No para usted, mi querido Rocker, pero ¿y los demás?

En la misma carta hizo Nettlau una serie de sugerencias de cómo actuar en las nuevas circunstancias; pero estos consejos muestran claramente que ni siquiera él, que desde hacía años juzgaba la situación con tanta lucidez, sospechaba toda la extensión del desastre caído sobre Alemania, y, con ella, sobre el mundo entero, y aun abrigaba esperanzas de cambio inminente de la situación, que

ya por entonces me parecían casi inexplicables. Así, me escribía él a Zurich:

Ruégole, pues, que interprete todo esto a base de su experiencia y penetración, y de presentarse alguna manifestación internacional, no omita señalar este hecho: de cómo el abandono del sentido de libertad ha dejado al socialismo en el hoyo en que hoy yace.

Como he dicho; dejemos que las masas de fango se escurran por abajo, *in the gutter*; remontémonos a un terreno más elevado y más libre. Escribí recientemente (en febrero) a Berlín: ¡ignoremos a esa gente!; ya se están colocando, ellos mismos, en la picota y no irán muy lejos. Causarán daños, pero siendo diecisiete millones, no habrá botín para cada uno de ellos, y pronto verán lo que han ganado. Entretanto, elevémonos nosotros y ayudemos al pueblo a pensar; la meta debe ser otro 1905 (octubre en Rusia), un ya no queremos seguir general. Más esto implica, como no me canso de decir que hablemos como representantes de la humanidad y no como representantes de unas grandes potencias inexistentes (también el proletariado sueña con esas ficciones huecas de poder, pues está infinitamente estratificado)... Demos pruebas de realizaciones propias. y así impartiremos fuerza de atracción hacia nuestras buenas ideas. Esta es nuestra más perentoria tarea. No hablemos ya de proletariado, sino de la humanidad, de los hombres; no de Poder, sino de libertad. Ni siquiera de venganza, sino de la separación de los perdidos para la humanidad por sus ideas y procedimientos inhumanos.

Lo que Nettlau expresó en estas palabras, era ciertamente bien intencionado y sentido profundamente. Sin embargo, la tarea no era

tan sencilla como él veía. Ciertamente que con los nazis no podía haber lucha doctrinal ni ética; pero ignorarlos simplemente, como lo pedía Nettlau, era menospreciar la gravedad de la situación. Aun si tal cosa hubiera sido posible, a buen seguro que ellos no hubiesen ignorado nuestra existencia; realidad de la que, tanto Nettlau como todos nosotros, no tardamos en darnos cuenta. El año que precedió a la subida de Hitler al poder fue uno de los periodos más penosos para nuestro movimiento alemán, tanto más cuanto, que, durante las épocas precedentes, tuvimos que luchar contra una herencia espiritual que había hecho a los obreros alemanes insensibles a las ideas libertarias. El veneno que el marxismo y la realidad ruso—germana habían inoculado al pueblo en el curso de decenios, no era posible eliminarlo en unos cuantos años, y menos en un periodo tan agitado como lo fue la postguerra. El que Nettlau estuvo en lo cierto a más de un respecto, tratando de destruir unas ilusiones que por entonces dominaban a muchos espíritus, es indiscutible; pero la existencia misma de tales ilusiones obedecía a varias causas, harto tangibles y fácilmente explicables por las condiciones generales de la época. Cuando en cierta ocasión le expuse mi modo de ver, recurriendo a argumentos un tanto rudos, me contestó en una larga carta, que hoy todavía leo con mucho placer, porque en ella palpita ese sentido de humor delicioso y muy suyo que aparece raramente en su obra de historiador.

Querido Rucker: —escribía— he llegado, en la lectura de su carta, a las palabras: *Y ahora sobre la idea de los soviets*, y voy a escribirle ahora mismo, dejando el resto para luego. Primero tengo que componerme a mí mismo de los *smithereens* (38), a los que me ha reducido usted. ¿De veras evita usted el buen humor? Pero si es lo único que nos queda, y ¡siempre me ha parecido usted tan jovial!, ha comprendido con tan cordial

benevolencia a Johann Most, y es un conocedor de los hombres tan sagaz. Durante decenios se ha mostrado usted a la altura de los espíritus más inteligentes y más críticos, desde el Eastend (Londres) hasta Nueva York, y por largos años, incluso, ha sido domador de fieras (en ambos lados del alambrado de púas) en el circo de Alexandra Palace [\(39\)](#). Debería, pues, encontrar usted algún rinconcito donde colocarme con la clasificación de un hombre en quien se hallan escasamente desarrolladas las consabidas bóvedas cráneas, bajo las cuales se abrigan la *reverence* y la *austerity*, y otras cualidades bellas y graves. Proveo de notas a centenares de libros y manuscritos, pero ¿de veras es necesario cuando le hablo a usted y arremeto contra algo que mencione, al modo de nota, todos los méritos y aspectos buenos que me sean conocidos de ese algo? Reconozco todo cuanto usted quiera de bueno en los sindicalistas y en nuestros compañeros de Berlín, y aprecio plenamente y agradezco de corazón el que me hiciesen caso y fueran tan pacientes, quizá todavía lo sean con mi persona, ¿Es necesario que así lo haga constar cada vez que se me escapa alguna observación en una charla informal con usted, para mi señor del Meno y Rin, que sabe a qué atenerse y que tiene buena correa?

Me gustaría reproducir aquí todo el contenido de aquella deliciosa carta; pero como abunda en observaciones humorísticas, aunque atinadísimas, sobre conocidos compañeros de Francia y de otros países, quienes aun están con vida y activos en nuestras organizaciones, no quiero dar lugar a malas interpretaciones ajenas a la intención del propio Nettlau. Con él podía uno hablar sin rodeos ni reservas; nunca se sentía ofendido y aceptaba de buen grado cualquier crítica honrada. Respetaba toda opinión y, aun allí donde

le parecía ver errores y conceptos falsos, no juzgaba con acritud al que los emitía, sino que rendía tributo a los méritos que tuviese y a la sinceridad de sus opiniones. La tolerancia que siempre predicaba, no era para él una palabra sin sentido, sino la condición primera de un trato amistoso de hombre a hombre, y que nunca dejaba de observarla en grado extremo cuando la ocasión lo requería. Defendió frecuentemente a individuos cuya bajeza moral descubriera más tarde. En tales casos, empero, rompió con ellos de una manera definitiva.

Nettlau, según he dicho, penetró con lucidez la esencia y los orígenes del fascismo. Sigo creyendo, sin embargo, que aun cuando sus bien intencionados consejos se hubiesen cumplido al pie de la letra en nada hubieran cambiado el curso de los acontecimientos. La degeneración del movimiento socialista había progresado en grado tal, que ninguna minoría, por muy nobles que fueran sus propósitos, hubiera sido capaz de contener el mal. Era ya tarde, y la desmoralización general y la atomización del movimiento obrero habían alcanzado proporciones demasiado grandes para que, en medio de aquel caos de odios de partido, de hostilidad mutua y de confusión de ideas, hubiera podido surgir un espíritu nuevo y lo bastante vigoroso para desafiar a la reacción unida y poderosa.

Nettlau, por otra parte, se daba cuenta de que el triunfo de la nueva reacción del fascismo no quedaba limitado a determinados países, sino que sería una epidemia general de toda Europa, como un mal propio de la época. Esta reacción que estallara primero en ciertas naciones, debido a circunstancias particularmente favorables, no era, a sus ojos, prueba de su vinculación con cualidades de raza o caracteres nacionales específicos. Cuando después de mi huida de Alemania, le escribí desde París que él juzgaba la situación con

excesivo optimismo, opinando que los hombres del Tercer Reich no tardarían en cavarse su propia tumba, y que acaso habrían de transcurrir diez años hasta que se pudieran prever algún cambio, me contestó Nettlau desde Barcelona:

Si perdura (la situación en Alemania) es, principalmente, porque se permite a los alemanes arruinarse por completo, y también a causa de la incapacidad de todos, con la sola excepción, quizá, de los católicos que tal vez esperen recoger la herencia. Venganza por lo del año 1519 [\(40\)](#). Todos han sido unos locos desde 1918: los socialistas, los sindicalistas y, también, los anarquistas. Yo solía llamarlos, cortésmente, excitados. Es esta conducta la que ha preparado, moral y materialmente los actuales y bárbaros excesos. Histerismo general, allí donde se necesitó cordura y estudio.

Yo no contribuiré a propagar el concepto de la inferioridad alemana; hemos visto la era de Dreyfus y de la *Action Française*, a Sorel, e innúmeros fenómenos recientes; a Rusia, a Polonia, a Servia, ahora, y corrientes y tentativas similares por doquier. Todo es posible en todas partes. Lo que acaso no hubiera sido posible en otra parte, a plazo tan breve, es esa resignación borreguil para aceptar, sin ninguna resistencia, la esclavitud más odiosa. Pero ¡lo mismo ocurrió en Italia! Así, pues, ni en esto es una excepción el pueblo alemán.

El que la barbarie hitlerista llegase a asumir formas tan monstruosas y se extendiera a toda Europa, debía, según Nettlau, atribuirse a la guerra, la que había eliminado, en los desnaturalizados advenedizos, todo sentimiento humano, desembocando en el salvajismo más abominable de todos los tiempos.

Mientras el desarrollo de los sucesos hacía cada día más agobiante la situación personal de Nettlau, la suerte de los compañeros y amigos, víctimas de las persecuciones y del salvajismo fascista, vino a causarle la más honda pena. Particularmente profunda fue su indignación ante el asesinato de Erich Mühsam:

El pobre Mühsam vivió para mí un par de semanas más — me escribía el 11 de septiembre de 1934—, porque, sencillamente, no pude creer lo de su muerte, ya que en abril oí que le habían puesto en libertad. Pienso que el triste hecho ocurrió en relación con lo del 30 de junio, y tal vez estoy en lo cierto. Acabo de ver en el *Neue Freie Presse*, del 10 de julio, este cable de la Oesterreichische Amtliche Nachrichtenstelle: “Berlín, 9 de julio. —La guardia de las S. A. en el campo de concentración de Oranienburg ha sido relevada por un destacamento especial de las S. S.”. La noticia de la muerte de Erich llegó aquí el mediodía del 12 de julio, (Berlín, de julio, según el *Deutsches Nachrichtenbureau*). Así, pues, los recién llegados verdugos de las S. S., lo asesinaron entre el 9 y el 10 de julio. Lo cual explica la versión de que al tomar posesión del campo los de las S. S. le dijeron a Mühsam que les causaba extrañeza verle con vida y que le daban un plazo de 24 o de 48 horas para que se suicidara. Y fueron los bárbaros S. S. los que pusieron fin a la vida de nuestro amigo.

Fue Erich, con Landauer, que tenía también vena humorística, el único dotado del buen sentido del humor. En toda la socialdemocracia no han reído nunca y, a decir verdad, los otros tampoco. Sólo estos dos hombres han sido capaces de elevarse por encima de aquella estrechez. (Usted sólo lo puede hacer mentalmente o en la más estricta intimidad, y,

por desgracia, lo hace muy pocas veces en público; lo mismo ocurre con Kater). Por eso, precisamente, los mataron a ambos, como hubieran matado con el mayor placer a Böhme y a Heine. Sus punzadas herían profundamente y su desprecio era manifiesto.

Pero me estoy sumiendo en reflexiones inútiles.

Quise decir que la indignación, la ira, la patética requisitoria no pueden nada contra los espíritus de lodo y los corazones de rinoceronte; que la mordaz sátira y el desprecio absoluto son todavía lo único que llega a herir a esa gente haciéndoles sentir que no son más que unos pobres locos, que han caído, del seno de la familia humana, en el arroyo, en el fango, y que están siendo arrastrados hacia el desagüe. ¡Que los mate la soledad!

Los infortunios de los demás no dejaban de oprimir a Nettlau mucho antes de que sobreviniera en Alemania el verdadero cataclismo. Empeñado en una lucha desesperada con la miseria, no olvidaba nunca llamar la atención de sus amigos en América sobre las angustias ajenas, suplicando que impidieran lo peor. Cuando después del triunfo de la dictadura, el movimiento en Argentina se vio perseguido, Nettlau exhortó, espontáneamente, a los compañeros de los Estados Unidos a acudir en ayuda de los compañeros argentinos, para salvar lo que se pudiese de la gran casa editorial de La Protesta. En su excitativa, expuso, con todo cariño, la labor realizada por esta editorial, ignorada casi completamente fuera del mundo de habla española.

Siempre había para él motivos de preocupación, ya sea que se tratara de la suerte de tal o cual compañero o de la del movimiento

en general. Después del desastre alemán, sus llamados de auxilio se hicieron cada vez más apremiantes. Y nunca olvidaba contribuir con su óbolo, aunque literalmente tenía que quitárselo de su propia boca. Cosa curiosa: todas sus cartas, en aquellos tiempos tristes, respiran, sin embargo, un optimismo insólito, que no pudo menos que causar profunda extrañeza. Tal actitud indujo a algunos a creer que Nettlau contemplaba los acontecimientos con perfecta ingenuidad y que no se percataba del alcance que habrían de tener. No era así. Nettlau, quien había juzgado con tanto acierto las causas de la nueva reacción, no se hacía ilusión alguna acerca del próximo futuro de Europa. El tono esperanzado de sus cartas, sólo se explica por el deseo de impedir que los amigos en el extranjero considerasen el caso de Alemania como una causa perdida y que ninguna ayuda podía ya salvar. Es esto lo que él quiso evitar a toda costa, ya que estaba firmemente convencido de que precisamente en aquellos días, en que el número de víctimas se multiplicaba, una ayuda rápida era tanto más necesaria para aliviar, en lo posible, la desgracia que se había abatido sobre tantas vidas.

XII

REFLEXIONES SOBRE LA DECADENCIA DE EUROPA

Cuando a los pocos días del incendio del Reichstag informé a Nettlau desde Basilea que mi mujer y yo habíamos logrado huir de Alemania, me escribió lleno de alegría:

Sus amistosos renglones me quitaron un gran peso del alma. Yo me temía lo peor y me alegro infinitamente de saberle a usted y a su esposa a salvo. Sobre todo, no se desanime, pero esto no lo hará usted sin mi consejo y ahora menos que nunca. Fue un golpe duro para usted y para todos nosotros: pero todo no está perdido todavía. Esa gentuza se ahogará en sus propios excrementos y tendrá un límite tanta maldad. O el mundo padece de ceguera incurable, o bien hemos de esperar para pronto un cambio, puesto que todo el mundo puede ver ahora a dónde va el viaje.

¡Ay!, el mundo padecía de ceguera. Cuántos de los que hoy tienen palabras duras para condenar los crímenes nazis y que achacan la responsabilidad de ello a todo el pueblo alemán, no desdeñaron por entonces reconocer diplomáticamente, como a sus iguales, a una pandilla de vulgares incendiarios, ladrones y asesinos, haciéndoles concesiones exorbitantes, hasta que, ahogados en sangre los últimos

restos de libertad y dignidad en Alemania, se vieron, a su vez, en peligro de sucumbir.

Aunque Nettlau sabía que yo había perdido la mayor parte de mi valiosa colección y un tesoro irremplazable de correspondencias y demás documentos, nunca lo mencionó en sus cartas posteriores, porque creía que cualquier alusión a ese asunto me sería penoso. Porque en sus mensajes a otros amigos, hablaba con visible emoción de mis vicisitudes y lamentaba mi infortunio más amargamente de lo que yo mismo hubiera podido lamentarlo. Sí, era el hombre más delicado que uno podía imaginarse. En cambio, me hizo toda clase de sugerencias, me alentó a escribir mis memorias y, con conmovedor afán, trató de darme ánimo, cuando era él quien a la sazón, necesitaba más que nadie de aliento. Al mismo tiempo, todas sus cartas estaban impregnadas de una serenidad filosófica, difícilmente compatible con la sombría realidad de los hechos. Y es que consideraba un deber reavivar la esperanza y hacer olvidar las cosas que ya no podían ser cambiadas. Así, con motivo de mi sexagésimo aniversario, que celebré a pocas semanas de mi fuga de Alemania en un estado de ánimo muy distinto de la alegría, recibí la siguiente encantadora esquela:

Viena, 11 de marzo de 1933.

Mi querido Rucker, ya que tengo la impresión de que los montes y los bosques aun se mantienen firmes en su hogar, que los días incluso se están haciendo más largos y que también en este año los árboles se cubrirán con hojas verdes, en fin, que las flores volverán a florecer y los pájaros a cantar, supongo que una parte del globo quedará donde está hasta su próximo sexagésimo aniversario, me apresuro, pues, a expresarle mis mejores deseos. La luz de la alegría resulta más

brillante cuanto más negras son las tinieblas del mundo en que vivimos. La mía es, pues, muy grande de verle cumplir los sesenta en plena fuerza.

Yo también los tendré pronto detrás de mí, si he de vivir los años que faltan. Es una edad bien agradable, en la que contempla uno con placidez los años pasados y se vive tan solo de hoy para mañana. No voy a biografíarle, ni a cantarle elogios, ni someterle a un estudio crítico. Ha realizado cosas bellas y con ello ha gozado. Todavía existe, como ha existido hace cuarenta y hace cincuenta años, y seguirá existiendo por mucho tiempo. Ha sido una vida feliz, y aun lo es. También le cupo la dicha de encontrar, en la señora Rocker, la mejor mujer del mundo y de tener hijos excelentes. Y nos está dando a todos la alegría de seguir viviendo, de un modo más frívolo, al lado de una roca inquebrantable. [\(41\)](#)

A propósito, tengo un manuscrito de un hombre grave, de profundo sentir, —es Fr..., de aquí— que no adjunto a esta carta, porque no sé si contiene su saludo de cumpleaños o si es sólo manuscrito. Si alguien le quiere a usted, es él y, desde luego, nosotros. Conque volvamos la mirada y los pensamientos hacia la bella, siempre viviente, naturaleza, y alegrémonos de la vida como humanos entre humanos.

Con los mejores saludos para su esposa y usted.

M. Nettlau.

Al leer esos alegres y fraternos renglones, no se le ocurriría a nadie que habían sido escritos en un momento en que ya se había desvanecido para Europa toda esperanza de tranquilidad, y aun los más optimistas entre nosotros, miraban al porvenir con corazones

apesadumbrados. Por doquier reinaba el desaliento. Hasta el tan valiente y perseverante Fritz Brupbacher, me dijo en Zurich, que consideraba el triunfo del fascismo en Suiza, en fechas no muy lejanas, como inevitable. El diluvio pardo en Alemania había roto los últimos diques; ya por entonces se presentía la proximidad del cataclismo universal, y muchos abandonaban la lucha antes de que se disparara el primer tiro, aceptando los venideros sucesos con fatalista resignación, pues ya no creían en ninguna posibilidad de salvación.

El encumbramiento del fascismo fue una desgracia también para Austria. El fascismo clerical del régimen de Dollfus, implantado, pretendidamente, para cerrarle a Hitler el camino de Austria, en realidad no hizo más que abrir el país a la invasión alemana. Allí, como en el Reich, el peligro fascista había alcanzado proporciones arrolladoras e incontenibles, y la insurrección socialista del 1934 estuvo, de antemano, condenada al fracaso por su deficiente preparación y la indiferencia completa de grandes núcleos del país. Una vez sofocada a sangre y fuego la resistencia obrera, la reacción supo obrar con rapidez, nada ya hubo que esperar para el futuro inmediato y todo sucedió exactamente tal como debía suceder en aquellas circunstancias.

Nettlau se encontraba, en los momentos de la insurrección, en Viena; mas no habiendo tomado parte activa en ningún movimiento y entregado enteramente a sus estudios, era ignorado por todos. En consecuencia, no tuvo que sufrir molestia alguna. Una vez solamente, en diciembre de 1936, lo llamaron a la policía, donde lo soltaron tras breve interrogatorio, para ya no ocuparse más de él. En Alemania, el asunto probablemente hubiera tenido consecuencias

más graves, pero en Austria, aun en aquellos momentos, las cosas se tomaban con menos severidad.

En Viena —me escribía Nettlau a Nueva York, en una carta desde Barcelona, del 30 de abril de 1935— para contarle algunas cosas (pero estrictamente entre nosotros, se lo ruego) se sigue viviendo con tranquilidad. Es un tiempo de inactividad absoluta. Los gobernantes hablan más que todo un parlamento y están decretando leyes con una rapidez más asombrosa que la de la procreación de los conejos. Nadie dice nada; lo que ha de ser aceptado por la forma, lo aceptan. Las cosas no mejoran con esto, pero, por otra parte, ya no pueden empeorar, y los aprovechados, los especuladores y los arribistas, ya sabrán hacer de las suyas, como lo han sabido hacer anteriormente. Varios cientos de miles de obreros forman los sindicatos oficiales. Otros se mantienen separados de todo, escuchando las bonitas cosas que les cuentan los socialistas de partido desde Brünn. Otros todavía se inclinan un poco hacia los comunistas, y otros más, por desgracia, prestan oídos a los agentes de Berlín. El hombre de la calle dice: Bueno, ese sistema vienés es en todo caso mejor que el infierno berlinés, y tienen mil veces razón. Y es que en todo momento se ha de temer lo peor de Baviera, y así un Mussolini se convierte en salvador, como, en efecto, lo ha sido en julio de 1934. [\(42\)](#)

Todo aquello, pues, sería soportable, si existiera seguridad alguna contra agresiones por parte de Berlín. Como curiosidad le contaré que, durante mi viaje vía Suiza (en tren mixto, no en expreso), contrariamente al reglamento, no pidieron, en el lado austríaco de la frontera, ver mi pasaporte ni el dinero que

llevaba conmigo. Salí del país exactamente como en los buenos tiempos pasados. El funcionario suizo, en cambio, sacó ese libro gordo, distintivo de todo gendarme y en que lleva por orden alfabético los nombres de millares de anarquistas, criminales, vagabundos y demás individuos sospechosos. Con profunda pena por su parte, el funcionario no encontró allí el mío. Esto me pasa por primera vez en Suiza. El control de pasaportes francés y español se hizo sin palabras, en un par de segundos.

Cumplía Nettlau en aquellos días su septuagésimo aniversario rodeado de los amigos de Barcelona, y con este motivo me escribía:

Mi querido Rucker, hoy llegó su carta vía Viena, de modo que recibí sus felicitaciones en la mañana del mismo día de mi cumpleaños. Lo acertó usted mejor que los de *Freie Arbeiter—Stimme*, a fines de marzo, donde parece que me toman por una broma pesada de primero de abril. Friedman me comunicó que había escrito unas líneas conmemorativas. Se las agradezco sin haberlas leído: no habrán resultado peores que sus cordiales renglones de hace diez años, en *Syndikalist —jtempi passati!*— Ayer escribí al Dr. Cohn, para pedirle el envío de ese ejemplar. Nací, pues, el treinta de abril, a unas veinte horas del primero de mayo. Bueno, estos setenta años ya no me los pueden robar, y han sido muy hermosos. Ahora estoy una vez más, desde el 27, con mis buenos amigos de Barcelona. Por desgracia, cosa que yo ignoraba, Urales se halla muy afectado por una enfermedad gravísima; pero parece que está mejorando. Su esposa de usted no debería apenarse tanto. Es un tiempo malogrado por doquiera que se mire, una humanidad que se sabotea a sí misma, que no desea vivir

mejor; luego ha de vivir miserable y mal. Nosotros todavía podemos elevamos por encima de todo esto y seguir siendo lo que éramos. No hemos escatimado las advertencias; por desgracia, no fueron bastante convincentes, pues ya al borde del abismo jugamos hasta el último momento con la mecha encendida y, cual niños, nos divertimos con juegos, como a la organización y otros por el estilo, hasta que el techo se nos cayó encima.

Sólo los españoles han tenido y tienen elementos sólidos, que no lo aguantaron todo, que supieron dar la réplica y que, aun vencidos y aplastados, siempre se levantan de nuevo, siempre están, como lo estuvieron, presentes. Esto ha faltado en otras partes, y así, pues, muchas cosas, en lo moral y en lo físico, quedan aun en pie en España. —sin importar las tendencias, y presentes están los hombres y la voluntad, que es lo que cuenta...

Si los hombres de ética, de cultura internacional y de carácter no se deciden por fin a hablar abiertamente de todo aquello, las cosas no harán más que empeorar. Somos gobernados por microcéfalos y, muy pronto, incluso lo seremos por cabezas de alfiler, y presenciamos la estandarización de los espíritus. Basta con que un solo zopenco del brain trust tenga cerebro de gorrión: los 99 o 999 o 999.999 restantes ya no necesitan entonces cerebro de ninguna especie, y se sienten muy a gusto así; ¡pues la gente tiende a olvidar el ejercicio de pensar!

Ante tal estado de cosas habría que reaccionar culturalmente, —sobre el intelecto y el sentimiento ético— y siempre hemos apuntado sobre el estómago; el apetito

movilizó los puños, pero los cerebros se atrofiaron. Ahora hay puñetazos de sobra, pero cayendo sobre nosotros, al servicio de la reacción, la que acechó el momento en que nuestra locura llegó a sus límites. El día en que recuperemos la razón y tengamos algo nuevo que decir, aquel día nos volverán a escuchar y habrá un nuevo auge. Pero mientras seamos legitimistas, no conseguiremos nada. Siempre éramos tantos (...) y la reacción y las masas, tantas (...); el prestigio de 1789, 1848, etc., se agotó, no fue debidamente renovado en 1871, y se hundió en el descabellamiento general de 1917—1918. ¡Ahora vengan las nuevas realizaciones! La vieja lámpara se apaga, ¿Cuántos años han de transcurrir, qué más ha de suceder para que comprendan? Todos los gobiernos ven su ideal en el nuevo Estado de esclavos, y la reacción siente por doquier llegar su hora. Los socialistas, los sindicalistas y ¡ay! cuantos anarquistas, se conducen en cualquier parte como rutinarios incorregibles, sin voluntad ni aptitud para nada, nada hemos de esperar de ellos. Pero aun existen hombres capaces, y es a ellos a quienes debemos buscar, despertar, alentar y procurar que rindan.

Nettlau permaneció fiel a esta idea hasta el último momento. Comprendía que el triunfo del fascismo marcaba un gran punto de cambio, que no podía ser salvado por el dogmatismo ni por consignas necias, como tampoco mediante organización mecánica de grandes multitudes, autómatas que sólo repiten lo inculcado por la violencia, siguiendo a ciegas a sus caudillos, porque habían renunciado, desde hacía tiempo, a pensar por sí mismas y vueltose inútiles para cualquier esfuerzo creador. Con anterioridad habíase percatado Nettlau de que las ideas y las nuevas visiones de la vida sólo cumplen con su finalidad cuando estimulan en forma inmediata

la acción, cuando son concebidas por el hombre como necesidad íntima, no menos urgente que la satisfacción de las necesidades materiales. Solamente entonces permiten crear un ambiente propicio, donde prosperan y abren nuevos caminos de progreso. Su fuerza real no se mide por el número de miembros de tal o cual organización, sino por las influencias que lleguen a ejercer sobre las condiciones generales de la sociedad. Si pierden esta fuerza, ya no tienen más que una existencia tradicional, que, por decirlo así, se perpetúa fuera del pensar y sentir humanos; se asemejan a esas oraciones latinas, que nadie entiende y que sólo se recitan de una manera mecánica, porque ello entra en la rutina de la fe. Tales ideas marchitas siguen vegetando en las sectas y movimientos aislados como dogmas y símbolos políticos, mas han perdido toda importancia para la vida social.

Las grandes corrientes ideológicas de 1789 sólo pudieron ejercer tan poderosa influencia sobre el proceso de transformación espiritual y social de la era, porque habían arraigado en el sentimiento vivo de la humanidad, arrancándole al adversario ciertas concesiones que no podía negar éste sin el riesgo de perder su prestigio. Y esto se hizo a pesar de que los partidarios o simpatizantes de aquellas ideas progresistas en los diversos países, no pueden compararse, por su pequeñez numérica, con las enormes organizaciones de nuestros días. Es evidente, pues, que las ideas no influyen sobre la formación del sistema social, sino cuando encuentran una resonancia viva en las conciencias, influencias que aun las ideas adversas no pueden sustraerse a su ascendiente. Así, y sólo así, se operan los cambios sociales verdaderos. Hasta las fuerzas enemigas se ven, en este caso, compelidas a tomarle empréstitos a la nueva concepción de la vida y a asimilarla a la suya si no quieren quedar definitivamente aplastadas. En esta forma es como se realiza

todo progreso social y todo cambio del pensamiento y del estado general.

A la evolución lograda en todas partes como consecuencia de los sucesos de 1789, siguió desde 1870, un poderoso retroceso espiritual; el que, en el transcurso de los años, produjo efectos cada vez más funestos, formando el punto de partida de una nueva reacción. Esta no provocó, en la mayoría de los países, ninguna corriente de oposición capaz de contenerla por medio de una actuación consciente y solidaria. Gran parte de las fuerzas progresistas de Europa, en vez de comprender y apreciar debidamente el peligro, se dejaron arrastrar por la nueva tendencia, la cual hallaba su expresión en un creciente nacionalismo, en la militarización del continente, en una centralización política cada vez más extensa y en los monopolios económicos. En tales circunstancias, gradualmente se estancó aquel sentido de la solidaridad internacional de las naciones, tan vivido aun después del año 1848. Muchos, incluso se resignaron ante el nuevo sistema político y social, creyendo que constituía una fase inevitable del progreso. El joven movimiento obrero, que tan vigoroso desarrollo había experimentado durante la séptima década del siglo XIX. sucumbió en casi todos los países ante el impulso del nuevo fenómeno social, y así perdió su significado moral, a despecho de las poderosas organizaciones que se habían creado en todas partes.

Si después de 1789 los partidarios del antiguo absolutismo se vieron obligados a hacer de aprendices de los campeones de la nueva ideología y adoptar unos principios que antes habían aborrecido, ahora el socialismo y el movimiento obrero contemporáneo hacen lo mismo con respecto a los ideólogos del Estado nacional, ajustándose cada vez más a las nuevas aspiraciones;

adoptaron la doctrina de la centralización política e imitaron la estructura del Estado moderno en sus propias formas de organización. Sus agrupaciones crecían de año en año, mas como no eran animados por ningún concepto vivificante y renovador, se convertían cada vez más en un peso muerto. De ahí que ya no cumplieran ninguna tarea de envergadura, y que fuesen al fracaso más completo al tener que enfrentarse al nuevo golpe de la reacción y del Estado totalitario, que precipitó al mundo a una catástrofe de consecuencias incalculables.

Tal era la opinión de Nettlau frente al nuevo estado de cosas, y la expuso, como grito de alarma, después de la primera guerra mundial. No fue escuchado. Puede haberse equivocado en algunos detalles, pero ello no resta valor alguno a su concepto de que la organización más grande del mundo no puede reemplazar la idea viva. Es una verdad indiscutible, y ha sido corroborado, en casi todos sus conceptos, por los hechos posteriores. De ahí que Nettlau le brindara una admiración tan profunda al movimiento libertario español, el cual se inspiraba en grandes ideas éticas, y que, no obstante sus defectos técnicos y orgánicos, supo irradiar, sobre el desenvolvimiento espiritual y social del país, influencias duraderas y vivificantes lo bastante poderosas para impulsar a los hombres a la acción, cuando llegó la hora de la lucha decisiva.

XIII

NETTLAU Y LA GUERRA CIVIL EN ESPAÑA

El 19 de julio de 1936 sorprendió a Nettlau en Barcelona. Quedó entonces de manifiesto lo que era capaz de realizar un movimiento que por cierto no había conocido nunca la disciplina férrea y la rutina técnica del organizador, motivos de gran orgullo en el resto de Europa; pero que, precisamente por carecer de ellas, se hallaba compenetrado por el más hondo sentido de solidaridad y un espíritu libertario muy audaz. El heroísmo de que dieron muestras, en aquella gran hora de la decisión, los trabajadores, campesinos e intelectuales agrupados en torno a la CNT y la FAI, reveló lo justificada que era la confianza que Nettlau había tenido en el anarquismo español. Al mismo tiempo que sus numerosos partidarios se batían, por más de dos años, con heroica determinación en todos los frentes contra las hordas de Franco respaldadas por Hitler y Mussolini, con sacrificios de vidas, superiores a los brindados por ninguna otra tendencia social comprometida en la guerra civil, sus sindicatos obreros, en las ciudades y en el campo, cumplieron en los terrenos de la reorganización industrial, la producción agrícola y la educación, una labor digna de las hazañas más admirables realizadas hasta entonces por movimiento alguno al servicio de la reconstrucción de la sociedad humana. Lo que la llamada dictadura del proletariado no

pudo lograr en siete años, porque había eliminado sistemáticamente, toda iniciativa personal, toda actividad estimuladora de concurso espontáneo, sacrificando el espíritu inquieto en aras de una momificada rutina estatal, el movimiento libertario de Cataluña lo hizo en los primeros siete meses de la guerra civil. Y eso que el anarquismo español tuvo que enfrentarse, desde un principio, a obstáculos inmensos, tanto internos como exteriores. Pero en ningún momento se dejó amilanar. Aun cuando se tomen en cuenta todas las deficiencias y yerros inevitables en semejante situación, no es posible opacar la brillantez de los valores fecundos que ha dado a luz. Y queda a su crédito el merecimiento imperecedero de no haber recurrido, un solo instante, al arma de la dictadura, no obstante que desde el principio se le había ofrecido la plena oportunidad de usarla, y de haber desarrollado su obra de construcción en un ambiente de libertad abierto a todas las críticas.

El que un movimiento popular tan espléndido haya podido ser sofocado en la sangre de cientos de miles de hombres tras larga y heroica lucha, no ha de atribuirse, en último término, sino al completo fracaso del obrerismo internacional, el que ya había fracasado bochornosamente cuando aún era posible salvar la situación de España, y que no hizo la menor tentativa de cerrarle a Franco el acceso al material bélico extranjero, abandonando fríamente al pueblo hispano a su suerte. También a ese respecto, Nettlau había sido buen profeta, pues a excepción de las simpatías de unas minorías cuya influencia no bastó para movilizar las multitudes en sus respectivos países, España se encontró sola en aquella lucha desigual contra un mundo hostil o indiferente, que no comprendía, o no quiso comprender, que la sangrienta derrota del pueblo español había de lanzar a Europa y a la humanidad entera al desastre más grande de la Historia.

Nettlau procuró en aquellos días ser útil dondequiera que se le ofrecía una oportunidad para ello. Los compañeros iberos y el pueblo español encontraron en él uno de sus defensores más fieles y más constantes hasta el trágico final. En numerosos mensajes enviados a sus amigos de Europa y América, Nettlau se desvivió describiendo la gravedad de la situación y exhortando a los destinatarios a sacudir la opinión pública en sus países y a convencer a las masas obreras de la apremiante necesidad de una ayuda práctica. Ya en octubre de 1936 se publicó en Londres, anónimamente, un folleto de treinta y dos páginas, titulado *The Struggle for Liberty in Spain* ("La lucha por la libertad en España, desde 1840 hasta 1936"), en el que divulgó, en forma admirable, la larga historia del movimiento obrero español, exponiendo las circunstancias que habían motivado la guerra civil, y refutando las innúmeras mentiras de la prensa reaccionaria sobre las pretendidas atrocidades de los obreros y campesinos revolucionarios. Concluía aquel folleto con estas palabras sugestivas y conmovedoras:

Al amparo de la cortina de humo de una confusión general respecto a lo que pasa en España y creada por los rotativos, Italia y Alemania están enviando a los generales felones cantidades incalculables de material bélico, y son muchos los que han acabado por ver en el llamado bloqueo una farsa más en perjuicio del pueblo español, adornada de frases bonitas sobre la justicia y principios elevados de la causa obrera. Después, los estadistas representaron la inocente comedia de la neutralidad, con la que se perdieron otras semanas. El invierno pasado, inventaron otra farsa: las sanciones, que en el caso presente les sirvió tan bien como cuando se trató de impedir cualquier defensa eficaz de Etiopía, que fue la primera víctima del fascismo. Naturalmente todo aquello sólo se hizo

para salvaguardar la paz. Tiempos hubo en que la paz estaba unida al honor y al derecho; hoy la paz va unida a la esclavitud impuesta por el fascismo.

¿Qué vendrá mañana?

¿Cuáles son las repercusiones de esos sucesos en los partidos y tendencias socialmente avanzados? Ni los sindicatos obreros, poseedores, como en Francia, de la poderosa arma del boicot, ni los comunistas respaldados por todo el poderío de Rusia, ni los sindicalistas con su acción directa, ni los anarquistas cuyos compañeros más próximos están empeñados en una lucha de vida o muerte, ni los humanistas cuyos sentimientos expresó antaño León Tolstoi, cuando con voz poderosa gritó al mundo su: ¡No puedo callar más!; ni ninguno de los tan finos y éticos escritores de la especie de Romain Rolland, como tampoco aquellos hombres de libre pensamiento que, a pesar de todo, aun quedan en el mundo; nadie, nadie en absoluto, parece tener nada que decir ni que hacer para intervenir en ayuda en la presente lucha, o para impedir unos crímenes sin nombre si la buena causa sucumbe; catástrofe ésta que yo sigo esperando que no sobrevenga, pues si tal cosa ocurriese, la vida ya no valdría la pena de ser vivida. Bien sé que aquí y allá algo se ha hecho y aun se está haciendo: muchos de nosotros creen tener la conciencia tranquila por su actuación al elevar unas cuantas protestas y prestar un poco de ayuda. Mas todo esto no es nada comparado con la ayuda suministrada a los generales traidores por las grandes potencias europeas que hoy están jugando a la neutralidad.

¿Qué más puede decirse? La causa de esa apatía en Europa y en América es harto conocida, y se llenarían tomos enteros explicándola en detalle. Estas causas no pueden ser eliminadas de un golpe. Pero la nobleza y la humanidad sí que podrían alzar sus voces; el sentido común y la más elemental honradez deberán ser despertados.

¿Se dará a los fascistas todo cuanto codician? Vastos países continentales, Etiopía ayer, ¿España hoy?

¿Se mantendrá la paz entregando un pueblo tras otro a la esclavitud, dejando siempre que los fascistas se salgan con la suya? España tiempo ha que dejó de ser el único campo de batalla; Europa entera se verá pronto arrastrada por la vorágine; se trata de la vida y muerte de nuestra civilización, del ser o no ser de todo progreso social. *Est periculum in mora*. El desperdicio de tiempo, las eternas vacilaciones, ¡resultarán funestas! *Discite moniti*. ¡Preparaos, ya estáis prevenidos!

Pero el mundo estaba sordo; no quiso oír ni ver. Unos estadistas y políticos, no llegados a la mayoría de edad, hicieron con él su juego infame; y unos pueblos, necesitados todavía de tutela, sufrieron que la estupidez y la insensibilidad gobernaran sus destinos. Trataron de eludir el peligro a toda costa, sin importarles que un pueblo heroico sucumbiera a sangre y fuego. Táctica de suicidio, a la que debemos el que, más tarde, el mundo entero haya sido arrastrado, durante cinco años, por un infierno de sangre, destrucción e indecible miseria. El destino de España se convirtió en el destino del mundo. Nos dejó una herencia preñada de nuevos cataclismos, a menos que los pueblos vuelvan a la razón y que tomen su suerte entre sus propias manos.

Lo que Nettlau sintió cuando el pueblo hispano, con determinación, se alzó contra las bárbaras hordas de Franco en defensa de su libertad y dignidad humanas, lo consignó en una extensa carta a Joseph Ishill, fechada el 13 de enero de 1937.

Estuve allí (en Barcelona) —escribía— durante siete semanas antes y después de la explosión del 19 de julio, hasta el 29 de agosto y sólo regresé a Viena cuando creí que el peor peligro había pasado. Así lo sigo creyendo hoy; pero se avecinaban tiempos terribles. A principios de septiembre cayó Irún; luego, a primeros de noviembre, siguió el asalto sobre Madrid; y en estos momentos, a comienzos de enero, se está llevando a cabo la segunda embestida contra la capital, cuyos primeros ataques han sido rechazados. Mas se preparan nuevas oleadas de la peste fascista. Desde un principio he tenido esperanzas, lo mismo que tantos compañeros, y aun no he perdido esa esperanza. Vi el primer gran triunfo de los anarquistas, en julio, y, poco después, los primeros ensayos libertarios y constructivos en Barcelona. Vivir vale más que los libros: ¡todo resulta con tanta facilidad y armonía de la misma vida libre y de la espontánea voluntad de hombres buenos y felices! En cuanto a libros y teorías se refiere, queda por saber si un siglo de literatura socialista ha sido favorable al desenvolvimiento general o si lo obstaculizó, si ha despejado los cerebros o si solamente los abrumó. El sentimiento de una verdadera libertad se levanta triunfante por encima de todos esos soportes y radios de rueda postizos.

¿Quiénes son los que hoy realizan esta labor en España? Hablando en sentido figurado, sencillamente es Don Quijote. Los hombres de ese país sienten y actúan exactamente como

sentía y obraba aquel hidalgo manchego. Asestan golpes duros y acometen al enemigo, con el mismo valor que él. Son magnánimos y están poseídos de ideales hermosos, virtudes características del genial personaje de Cervantes.

No sería, ciertamente, una tarea ingrata para usted publicar un librito con los mejores pasajes de *Don Quijote*, como el discurso sobre la *Edad de Oro* y otros muchos pensamientos de crítica social y de profundo sentimiento libertario e igualitario. Sólo ciertas páginas de John Ball y del *News from Nowhere* de William Morris y, acaso, algunos de sus poemas me parecen dignos de ser agregados a tal selección cervantina. También encajarían una que otra cita de las *Baladas de Robin Hood*.

Sea lo que sea, Don Quijote ha salido de nuevo a la lucha y se bate valientemente. Todos nuestros amigos saben desde hace tiempo que es su mejor amigo, un anarquista como ellos, y están tratando de igualarle.

Los socialistas de aquí, forman un organismo de adormideras; algo más activos que sus congéneres de otros países, pero que no representa, a mi juicio, ninguna preocupación real. Los comunistas de ambas tendencias, en cambio, son hierba venenosa: no sirven para nada bueno y sólo pueden causar daño. Tanto el fascismo como el comunismo, Rusia a la vez que Italia y Alemania han de ser vencidos, y Don Quijote no meterá su espada en la vaina hasta que esta meta haya sido alcanzada, o bien perecerá, si la repugnante cobardía de ese mundo cruel y desalmado tolera tal cosa.

De veras no sé qué se pueda hacer en los Estados Unidos por España, la mejor de todas las causas. Supongo que leerá usted *Spain and the World*, el nuevo periódico de Londres, y que acaso haya leído también el reciente folleto londinense, el que lleva cubierta roja.

Buen número de los mejores luchadores han caído, como Ascaso y Durruti. Los que mejor conozco son muy activos y están todos en su puesto. Hombres, mujeres y muchachos, luchan y trabajan hasta el agotamiento, pues no han tenido un solo momento de respiro desde el 19 de julio que comenzó la lucha contra el fascismo.

Suceda lo que suceda, el anarquismo ha avanzado aquí al primer plano del prestigio y la eficacia revolucionaria. En el anarquismo español va unido el carácter de la poderosa personalidad de Bakunin, la bondad de corazón y amor a la belleza de Élisée Reclus y el fuego de aquel genio magnánimo y de visión grande que en todo tiempo ha animado a las minorías selectas, aunado a mucho sentido común y comprensión para lo práctico. Hombres que piensan y que ven, que comienzan a sentir que un socialismo libre, anhelante de belleza es lo verdadero, en contraste con ese socialismo disciplinado, mezquino y doctrinario que encarnó en la socialdemocracia y el comunismo ruso y que ha sido hasta hoy día el peor enemigo de todo socialismo auténtico.

Nos toca a nosotros ahondar más en este fenómeno. Ha llegado la hora de los Voltairine (De Cleyre), Landauer, Reclus, Ricardo Mella, del viejo Godwin y de todos los socialistas libertarios, pues son todos, como Bakunin, los hijos legítimos del gran Don Quijote.

No era casual el que el *Don Quijote* fuera el libro predilecto de Nettlau. El noble caballero de la Mancha fue para él un símbolo de la vida eternamente en lucha, precisamente porque, al querer lo imposible, creaba nuevas posibilidades, abría caminos al porvenir y ofrecía sus ensueños para que otros tejiesen de ellos realidades insospechadas. Siguió siendo para Nettlau el genio siempre inquieto, que confundía el ideal con la vida porque no había manchado las alas de su pensamiento con la mediocridad de la rutina y no dejó de soñar hasta su muerte. Por eso pudo levantarse por encima de la estrechez de los tiempos y las debilidades de los hombres, y correr en pos de los ideales más elevados.

Cuando un día le envié a Nettlau mis Seis [\(43\)](#), me escribió en tono alegre:

Querido Rucker: Ha interpretado usted magníficamente al noble Caballero de la Triste Figura, que sólo se ve tan triste, porque los tristes ojos de los filisteos se han posado por demasiado tiempo en él. Y es que los filisteos forman la gran mayoría de la humanidad, sin distinción de clases. Si es que la palabra burgués encierra sentido alguno, éste no se refiere a la condición de clase, sino a determinado modo de pensar y de sentir. Es el pensamiento de las oportunidades mezquinas y de la sórdida satisfacción con lo existente, con tal que los platos en la mesa queden bien llenos y la buena digestión durante el sueño no sufra molestias. Todo aquel que considera la tranquilidad es el primer deber cívico, es un burgués, sin importar que disponga o no de bienes terrenales. La mayoría de los obreros no son sino burgueses sin dinero. Lo decisivo es la alternativa: espíritu o anti—espíritu. Sólo el que aspira a elevarse éticamente sobre las realidades mezquinas y

desprecia el mundo de los filisteos y de los pedantes, es un revolucionario auténtico, como Don Quijote, para quien la acción y el pensamiento eran una misma cosa. Bakunin era de esa raza: por eso los filisteos de todos matices lo consideraban como un enemigo. Y sin embargo, la vida no valdría un comino si este espíritu, al que debemos todo lo mejor, hubiera de extinguirse por completo entre los hombres. Contra esta noble virtud del hombre nada puede el escarnio y la fría perfidia de los filisteos. Quien sabe soñar en la belleza de un ideal, no renuncia nunca a este deleite. Ciertamente es más digno del hombre correr en un Rocinante hacia lejanías ignotas, que ir en un Ford, por carreteras bien pavimentadas, derecho al infierno, lo que, dicho sea de paso, no sería ninguna desgracia para la humanidad.

Lo que Nettlau más admiró en la revolución del 19 de julio en España, y que destacó una y otra vez, fue la circunstancia de que, los miles de luchadores anarquistas que arriesgaban a diario sus vidas en la pelea, no lo hacían impulsados por mezquinas ambiciones, sino que luchaban heroicamente en defensa de la libertad y la dignidad humanas, amenazadas ambas por una pandilla de militares traidores con el apoyo de toda la reacción extranjera. Ninguno de aquellos heroicos luchadores pensó en intereses personales; fue el hondo sentimiento ético de la dignidad ultrajada lo que inflamó ese espíritu maravilloso de rebeldía y amor a la libertad el que hizo posible una resistencia de cerca de tres años, que de otro modo ya se hubiera derrumbado en las primeras semanas.

No son las consideraciones económicas las que han obrado este milagro querido Rucker —me escribía en marzo de 1937—, es el todopoderoso espíritu libertario el que anima a

esta gente magnífica, haciendo que no retrocedan ante ningún sacrificio. La economía no puede crear este elevado espíritu; en cambio, un movimiento inspirado en la libertad y la dignidad humanas puede poner los primeros cimientos de un orden económico más justo al proclamar el trabajo cooperativo, como hoy lo observamos tan claramente en España. Lo puramente económico no es más que un peso muerto, e incapaz de impartir el espíritu de sacrificio tan necesario en tales combates. Bueno, este espíritu existe en España y el mundo se hallaría mejor si un poquito de él se agitase también en el extranjero. Por eso no tengo paciencia con los archisabios de nuestras propias filas, que no tienen ojos sino para las faltas y son ciegos para la gran tarea de conjunto. En un momento en que se ha impuesto a un pueblo una lucha de vida o muerte, convendría hacer a un lado las reflexiones puramente teóricas. En España se están decidiendo los destinos de Europa, y el que se mantenga aparte o no sepa más que criticar, no comprende las gigantescas dimensiones del drama que allí se desarrolla, y que del éxito o fracaso en el primer acto de esta tragedia han de depender todos los siguientes sucesos, los cuales, con toda seguridad, serán representados en un escenario más vasto, en el del mundo entero.

En una carta escrita en Viena, del 14 de abril de 1937, vuelve Nettlau a hablar del mismo asunto. Aprovecha los sucesos de España para demostrar cuán insignificantes son, en tales luchas, las influencias de las ideas puramente económicas:

No he recibido ninguna carta de usted. ¿Se perdió la que me escribiera? ¿Habría sido censurada? ¿O se quedaría en la casa

de Barcelona? Pero allí han anotado cuidadosamente mi dirección presente en todas las cartas. De cualquier modo, no sé nada de usted. Lo siento mucho. Pero sé que ha hecho y que hace cuanto puede: con esto me basta, también sé que no es de aquellos, hoy cada vez más numerosos, que no encuentran más que pelos en la sopa y que nos están aleccionando con su elevada crítica. A éstos nada les gustaría tanto como escribir necrologías, y se asemejan a los caballeros de *I told you so* [\(44\)](#). No tengo paciencia con esos sapos agoreros, tampoco la tengo con los *pacifistes intégraux*, que se han multiplicado igualmente. Esta gente ha echado a perder nuestra causa entre 1917—18 y 1936 y ahora les agradaría enterrar también a España, como ya lo hicieron con Rusia, Italia, Alemania, etc. A éstos no tengo paciencia para aguantarlos. Los conozco tan a fondo que no voy a concluir mi *Historia* con el año 1914 (la guerra), sino que la continuaré hasta el 19 de julio de 1936. (Despertar; Vuelve Bakunin; Crepúsculo de Marx). Por desdicha esos desgraciados siguen metiendo la pata en todas las cosas; pero la razón se ha levantado y prosigue su camino a pesar de todo...

El resto de Europa es una miseria, pero el *Manneken piss*, de Bruselas, le dio el 11 de abril, un buen puntapié a la canalla de Degrelle... El señor Lansbury, antiguamente del *Daily Herald*, está llevando la comedia tan lejos como para presentarse en Berlín (la semana que viene). La armada inglesa protege los barcos ingleses, pero al hambriento Bilbao le arrebatan, por escrúpulos de neutralidad, los pocos alimentos que tratan de traer... ¿Se enmoheció la flota británica y son fascistas todos los generales franceses?

Haga usted cuanto pueda. Los obreros americanos (lo mismo que los franceses) no deberían ocuparse en estos momentos de asuntos de dólares y de centavos, de otro modo perderán toda estimación por los problemas morales. El inducirlos deliberadamente a actuar como lo están haciendo, obedece también a un sistema, pues con ello se pretende mantenerlos alejados de todo gesto rebelde. Es triste, pero los Estados Unidos dan la impresión de no querer o no poder hacer nada (lo segundo es lo más probable). México resulta más eficiente, porque tiene aun espíritu y voluntad, además del estómago vacío. Allá en Barcelona, desde el 19 de julio (en realidad, desde una semana antes, cuando ya nadie durmió en previsión de un asalto), los hombres de verdadero valor no han conocido el sueño durante muchos días (para que el fusil no se les deslizase de las manos); apenas han probado bocado, andan en ropa de faena, pensando en el enemigo y no en la Economía. Lo económico se resolvió por sí solo, en forma automática, cuando la burguesía desapareció y cuando terminó la servidumbre voluntaria. Pensé entonces en la increíble ingenuidad de Kropotkin, quien repitiendo una opinión de Blanqui, dijo que la revolución está perdida si no alimenta, viste y aloja al pueblo humilde en un plazo de veinticuatro horas. Los de Barcelona no regresaron a casa durante diez días, se quedaron, por decirlo así, en traje de baño, y se olvidaron de comer. Con colchones en vez de planchas de blindaje; en taxis en vez de tanques, es como los primeros luchadores, hace varios días se fueron con Durruti a Aragón y tomaron Caspe media hora antes que el enemigo y trazaron aquel frente aragonés que desde entonces protege a Cataluña contra la invasión. Creó que Kropotkin, al ver esto, se

hubiera cogido de las narices, y hubiera archivado al viejo Blanqui y lleno de regocijo, lo mismo que todos nosotros, tendría fe en la capacidad del pueblo.

Los escépticos ahora todo lo admiten. El espíritu, la idea, el ideal, la voluntad: Bakunin, Malatesta, el íntimo pensamiento de Kropotkin. la bondad de Reclus: todo esto ha producido frutos, y la *Revista Blanca* ha obrado milagros en este sentido contra tantos obstáculos, como usted lo sabe. Federica es un espíritu animador: es toda razón, sagacidad, tacto, bondad, energía, humor, paciencia, aplicación, voluntad, en cualquier ambiente desde la primera hora, como lo ha sido antes durante largos años.

¿Volveré a ir por allá? A decir verdad, no lo sé. Aquella vida trágica, tanto valor y sacrificio, y mirarlo así, de espectador, no es muy edificante; luchar o ayudar no lo hago, creo que no. Allí se vive en un solo aliento desde la mañana del 19 de julio, sin respiro ni tregua. Una continua tensión nerviosa de nueve meses, Y en Detroit y París la gente se disputa por dólares y centavos. La economía no es mejor que la socialdemocracia; una y otra son soporíferos de primera. Bueno, basta ya de herejías, me dirá usted.

Aquí (en Viena) un anónimo me ha denunciado a mi regreso, y la policía me ha interrogado en diciembre y en marzo. Les digo siempre lo mismo: que soy lo que soy desde el año 1881, —bonito tiempo ha transcurrido—; que en manera alguna he sido seducido por las agitaciones modernas o cosa por el estilo; que me han dejado en paz durante cincuenta y seis años y que espero que sigan como antes por cincuenta y seis años más. ¡Ojalá lo hagan! Mi correspondencia no es

interceptada. Ese detalle debe quedar estrictamente entre nosotros, se lo ruego, no se lo cuente a nadie, me haría daño si se supiera. *This is private*, como lo es mi vida inofensiva.

En agosto y septiembre de 1937, Nettlau se vio gravemente afectado por una afección en la laringe, y como su resistencia física se debilitaba de día a día, finalmente se decidió a ir a Suiza para consultar a su viejo amigo el doctor Fritz Brupbacher, que como médico y como hombre le inspiraba la mayor confianza. Brupbacher me escribió, a la sazón, que se trataba de una dolencia crónica muy agravada debido a las malas condiciones de vida de Nettlau y a un trabajo excesivo. Aunque no había peligro inmediato, los incesantes trastornos de la respiración le causaban penosas molestias y era preciso librarle de ellos para que volviera a ser el de antes. Pero no obstante su mala salud, sus cartas no dejaban de tener interés, revelando que la cuestión española le preocupaba día y noche. Así me escribió el 26 de septiembre, desde Ascona, Tesino:

Mi querido Rocker, estuve este mes en Zurich y ahora me encuentro aquí con médicos buenos, amigos y los hombres más simpáticos de Suiza, desde que Jacques Gross dejó de existir (1928)... Me están componiendo un poco, pues el cochino tiempo desde agosto me estropeó por completo. Regresaré pronto a Viena, según espero. Recibí aviso de que me mandaron de Nueva York su obra inglesa (*Nationalism and Culture*), ¿supongo que directamente de la editorial? Muchas gracias. Así, pues, la encontraré en casa. Puedo imaginarme cómo será, después del primer tomo español, que recibí antes de julio de 1936 de la "guilda": un panorama amplio de las evoluciones progresistas y de los obstáculos con que tropezaron. Espero que no hayan sacrificado mucho el original

a las necesidades y consideraciones norteamericanas, a cierta frugalidad intelectual y tendencias de contentarse con poco. Quién sabe si ha aparecido algo más en español, ya que Santillán, el traductor más fiel, estuvo muy atareado, con cosas tan urgentes, desde el mes de julio. Un libro así debería recibir una divulgación extensa en los Estados Unidos, y, muy especialmente, en círculos universitarios, estudiantiles y entre los intelectuales, comprensivos —hay también otros sin comprensión— para que quede y no se pierda sin dejar huellas al cabo de un par de meses, como tantos libros abandonados por sus editores tan pronto como hayan cumplido con su deber, es decir, una vez que se hayan dispersado. Ya sé que va usted a mantener el libro vivo por nuevas publicaciones, *Memorias Internacionales*, etc., ¡mucha suerte! ¿Acaso le seguirán *Imperialism and the Ruin of Culture o Italy, Germany, Japan and Russia at Work*? Porque la migración de las naciones ha vuelto desde hace tiempo; Madrid, Abisinia, Nanking y Shanghai están en llamas. Describa usted a Atila, Tamerlán, Gengis Khan, y las presentes devastaciones materiales y culturales desde Portugal hasta el Pacífico. Y América, la del Norte como la del Sur, excepto México, no es más avisada.

No son más avisadas, por desgracia, otras muchas gentes. Rompo con las más y las odio. Sin creer en la infalibilidad del hombre, juzgo que la CNT y la FAI están haciendo lo mejor que pueden y que lo que no han hecho o no hacen les ha sido imposible, pues se enfrentan a un mundo, infinito de enemigos, además de los Estados de esclavos, los Estados burgueses, prácticamente a la totalidad de los socialistas autoritarios, a mucha gente inconstante y débil, al bloqueo

por mar y tierra y a la bajeza y estupidez de aquellos que ahora, en medio de la lucha más desesperada, no pueden ser combatidos en forma abierta...

En España aún quedan en pie muchas cosas buenas. La causa está teniendo repercusiones cada vez más vastas y aun puede convertirse en la *lutte finale*, por lo menos contra la infamia fascista; con esto ya nos damos por satisfechos... Aun le queda al mundo muchísimo que conocer, aprender y comprender de lo que sucede en España... Mientras aquellos melancólicos no saben más que recitar necrologías anticipadas, porque las cosas no marchan enteramente conforme a sus ideas...

Hubiera deseado que el doctor Cohn hiciera mayores esfuerzos. Bien sé que ha escrito, con el mejor espíritu, en yiddish, y, allí donde ello fue posible, en inglés, y que seguramente lo sigue haciendo. Pero *somehow* yo esperé milagros de él en América, y no ha podido obrarlos, ya me doy cuenta de ello. Esta circunstancia me desalentó, a fines de otoño, a escribirle nuevamente a Niza, ni a Nueva York, en este caso sin más causa determinada que mi pereza, ya que no conozco su dirección allí. Por favor, explíqueme las cosas en este sentido y que tenga indulgencia conmigo. Que siga ayudando a la buena causa; que si le parece ver errores, ya no es tiempo para críticas, y ¡tanto más necesita la causa de impulsivo, *broadminded* y *cheeful apoyo!* (*Cassandras need not apply*). Lástima, mucha lástima que nos falte Berkman.

En todo lo demás pienso que estamos más o menos de acuerdo. Alemania. Italia y el Japón están llevando sus fechorías demasiado lejos, y así, quizá, la paciencia del mundo

se agotará más pronto de lo que pensamos. Ya no cometen más que incendios, asesinatos y la destrucción en los intereses de todos los demás, cada día dan pruebas de mayor desenfreno, y puesto que no pueden obrar en otra forma, es inevitable la colisión. Entonces todo habrá acabado, o bien las cosas irán un poco mejor.

Esperar que todo se ponga bien, sería tan estúpido como si yo padeciendo, como lo estoy padeciendo, un poquito de debilidad del corazón, desease poder ascender el Mont Blanc en la semana que viene. Me daré por satisfecho si puedo subir desde el lago a la colina. Las curaciones locales presuponen un estado general satisfactorio. La existencia de aire enrarecido en una localidad requiere ventanas abiertas y aire fresco. Así, después de nuestra magnífica abertura, en Barcelona el 19 de julio, será preciso conquistar primero una mejora general antes de que sea posible afianzar los logros locales. En esta empresa abajo con Stalin y Trotsky es una consigna tan necesaria como la de abajo con Franco y sus compinches. En cuanto a los otros, habrá que llegar a algún *modus vivendi* con ellos, porque de no hacerlo así, iremos todos a la ruina. Así lo deberían comprender hoy abiertamente los hombres rectos, en vez de entregarse al nuevo dictador en acecho, Trotsky, o de limitarse exclusivamente a la política de salarios, como en los Estados Unidos...

Nettlau conservó sus esperanzas hasta el último momento. Al menos trató, en todas las cartas a sus amigos, de atizar las esperanzas en el extranjero y de procurar que la causa de España no se diera por perdida. Nadie sabe cómo pensaba y sentía realmente durante aquellos meses espantosos que precedieron a la caída de

Barcelona y Madrid, y que han sido los momentos más amargos de su vida. Debió saber mucho antes que ya no quedaban esperanzas y que una heroica nación era arrastrada cobardemente al dolor de la esclavitud. Lo que ha debido exasperar sus angustias era la suerte de sus íntimos amigos de Barcelona, que tanto quería y admiraba. Y no tenía en su vida solitaria de Viena a nadie para aliviar su corazón. Tuvo que arrastrar solo el peso de su pena, prueba doblemente cruel para un hombre tan sensible como Nettleau.

XIV

AÑOS POSTREROS Y MUERTE

A medida que la gran tragedia de España se precipitaba hacia su desenlace, se hizo más amargo el tono de las cartas de Nettlau. Sencillamente, no comprendía cómo en el extranjero se podían reprochar yerros, imaginarios o reales, a unos hombres empeñados en combatir contra un enemigo implacable y de quien había que temer lo peor; y eso cuando los que criticaban resultaban impotentes para prestarle a España una ayuda eficaz, o siquiera facilitarle los medios de defensa a aquel pueblo en lucha. Lo que más que nada le indignaba era la circunstancia de que algunos se atrevieran, sin tratar siquiera de ponerse en su desesperada situación, a tildar de traidores a unos amigos suyos que él estimaba y de cuya lealtad y devoción revolucionaria estaba profundamente convencido. No cabe duda de que si la revolución española hubiese podido contar con un apoyo poderoso en el extranjero, muchas cosas habrían tomado allí un sesgo diferente y se habrían evitado no pocos errores explicables, precisamente, por el aislamiento de España, en medio del cual se podía creer sinceramente que mediante tales actos aun sería posible salvar la situación. Bajo este aspecto, la crítica de Nettlau, que por cierto, desbordaba la intimidad de la correspondencia con los amigos, era perfectamente legítima. Sin embargo, hirió también a más de una persona animada

de las mejores intenciones. En repetidas ocasiones señalé yo a Nettlau la injusticia que cometía, y en una de sus cartas me contestó así:

Puede ser que tenga razón. Admito que soy injusto con respecto de uno que otro, mas aquí se trata de la causa general, donde todo, absolutamente todo, está comprometido. En tales momentos se lucha y no se parlotea, y si uno no se halla en condiciones de hacerlo, que por lo menos se abstenga de atacar por la espalda a quienes combaten exponiendo su vida. A otros tiempos, otras canciones. Con el doctrinarismo hoy ya no se llega a ninguna parte. Si sucumbe España, entonces el fascismo triunfará en toda la línea, en toda Europa y, probablemente, también fuera de Europa.

El Estado totalitario representa hoy el mayor peligro, y mientras no sea vencido, es necio hablar de progresos sociales. Esto debería ser evidente para todo aquél que no sea un reaccionario convencido y ansioso de hacerle el juego al fascismo. El movimiento español ha sido hasta ahora el único que ha demostrado lo que quiere y lo que puede, y si no puede todo lo que quiere y se ve compelido a hacer concesiones que, por lo pronto no puede evitar, es porque ha sido completamente abandonado a sí mismo y —como lo demuestran desgraciadamente los hechos— nada puede esperar de sus afines del extranjero. Yo tampoco soy ciego ante los errores cometidos; pero me doy cuenta de que nadie, por sabio que fuera, lo hubiera hecho mejor en semejantes circunstancias. Confieso de buen grado que a veces parezco algo amargado en mis juicios; pero nadie mejor que usted, mi

querido Rucker, comprenderá que lo que me amarga es el amargo tiempo y las amargas experiencias.

Mientras tanto la situación de Nettlau en Austria se tornaba cada vez más precaria. Cualquiera podía ver que la invasión alemana ya no era más que una cuestión de meses. En 1937, al encontrarse Nettlau en Ámsterdam, donde vio, por vez primera, reunida toda su colección documental, le supliqué que se quedara allí, o si tal cosa no era posible, que se estableciera en Suiza, con buenos amigos, para evitar el ser cogido de improviso por los acontecimientos. Tal vez él menospreciaba por entonces la inminencia de este peligro, pues regresó al cabo de algunos meses a Viena. Aun en febrero de 1938, cuando hizo otro viaje a Suiza y de allí se trasladó a Holanda, estuvo firmemente decidido a retornar pronto a Viena. Entretanto aconteció la entrada de los alemanes en Austria y, quisiéralo o no, tuvo que permanecer en Holanda. Había dejado en su casa muchos documentos valiosos, y se desesperaba al pensar que se iban a perder. Afortunadamente, los administradores del Instituto de Ámsterdam no tardaron en encontrar una solución: inmediatamente despacharon a Viena a la señora Adama van Scheltema, y ésta, con la ayuda de la embajada neerlandesa, obtuvo la entrega de todos aquellos documentos, los que luego fueron enviados a Ámsterdam.

Así, pues, nuestro amigo se residió en Ámsterdam. El que no fuera sorprendido por la invasión nazi, se debió a un mero azar. Se puso a trabajar como antes, pero la desesperada situación en España, la invasión de Austria, las tinieblas que cubrían a Europa entera, le abatieron. El alud se había puesto en movimiento. Presintió, sin duda, que no había que esperar salvación alguna por largo tiempo. No volví a saber de él durante varios meses, pero sabía que se encontraba a salvo. Una carta mía quedó sin respuesta, cosa

contraria a sus hábitos. Luego, habiéndole escrito otra vez y con cierta insistencia, recibí de Ámsterdam una tarjeta postal fechada el 22 de septiembre de 1938, que no contenía, aparte de una breve observación de carácter personal, más que una sola frase: "Querido Rucker, ¿qué tenemos que decirnos hoy los dos?" Esa frase lacónica decía más de lo que hubiera podido decir la carta más prolija. Debía encontrarse en un estado de profunda depresión, pues nunca antes lo he conocido tan resignado. Pero tenía razón: ¿qué podíamos decirnos en aquellos días aciagos en que se quebrantaban los fundamentos mismos de la civilización, y la humanidad corría, con los ojos cerrados, hacia el abismo que poco después engulliría a millones de seres de todas las naciones, convirtiendo al universo en campo de ruinas?

En febrero de 1939 recibí de Nettlau una carta más extensa, fechada en Ámsterdam el 15 de este mes, y que da a conocer su estado de ánimo en aquellos días:

Querido Rucker, le agradezco su carta (la enviada desde el tren). Le notifico que Federica Montseny y sus familiares más íntimos se han podido salvar en el último momento y con pérdida de todas sus pertenencias. La vieja señora [\(45\)](#) (nacida en 1866) ha muerto poco después en una ciudad francesa. Los demás miembros de la familia Urales procuran reunirse, pues están separados temporalmente. Se lo digo muy confidencialmente a usted y a su esposa, no es para los compañeros, los mítines o la prensa. No es un secreto, pero no quiero contribuir a que la arrojen a las fieras desde París hasta San Francisco, después de que ha escapado a las otras fieras. De manera que esto debe quedar entre nosotros, se lo

ruego. Los auténticos amigos ya están informados o lo sabrán pronto.

¿Qué más le diré? La miseria general la verá usted desde ahí como yo la veo aquí. Por una vez deberíamos ser sensatos y ampliar nuestras bases. No hacerlo será exponer toda la causa. Cuando año tras año no hace uno más que vegetar celebrando algún que otro mitin, llegando a grandes penas a sacar y distribuir un par de impresos y periódicos, para luego, saberlo todo mejor que los demás es como disparar guisantes con fusiles para niños, y por mucho que nos organicemos o agrupemos no será nunca otra cosa que adiestramiento de plaza de armas o marchas de maniobras.

Otras partes de esta carta ya han sido citadas en un capítulo anterior. Fue el último mensaje que recibí de Nettleau. La invasión alemana de Holanda puso término a su correspondencia. Durante mucho tiempo traté de saber de él, pero Holanda quedó herméticamente aislada del mundo entero hasta fines de la guerra; así que no tuvimos ninguna noticia de Nettleau ni de otros buenos amigos que vivían allí. Mis viejos amigos, Mollie y Senya Fléchine, que a la sazón se encontraban en la zona libre de Francia, intentaron, por conducto de la Cruz Roja, obtener una señal de vida de Nettleau, y como ellos se disponían a salir de Europa, dejaron en las oficinas de la Cruz Roja mi dirección caso que se recibiera una respuesta.

Catorce o quince meses después, recibí por la vía indicada las siguientes veinticinco palabras, fechadas el 9 de noviembre de 1941:

Recuerdos gratos y tranquilos. Descuiden. Vivo en casa. Vieja bronquitis crónica con enfisema, sin agravación; casi sin cambio. Tengo ánimo. No necesito nada. Feliz Año Nuevo.

Max Nettlau.

Estos renglones me llegaron el 24 de marzo de 1942, precisamente la víspera de mi sexagésimo noveno aniversario. Ciertamente han sido el más hermoso regalo de cumpleaños que yo hubiera podido desear. ¡Veinticinco palabras! no era mucho. Pero estaban escritas de la mano de Nettlau. Aun vivía, y las elocuentes palabras: "vivo en casa" me decían a la vez que estaba en libertad y no había sido recluido en un campo de concentración. Fue la última señal de vida que tuve de él.

Poco después yo le envié, por mediación de la Cruz Roja, veinticinco palabras informándole que había recibido su mensaje; mas ya no llegó ninguna respuesta y ni siquiera se si recibió o no el mío. No volvimos a saber de él durante los últimos años de la guerra. Dudé que aun estuviera con vida, puesto que era ya septuagenario. Cierta día, poco después de la terminación de la guerra, leí una breve noticia en *New Leader*, de Nueva York, diciendo que Nettlau había muerto en julio de 1944 en Ámsterdam. Poco tiempo después Mollie Flechine me envió la siguiente carta que ella había recibido de la señora A. Adama van Scheltema—Kleefstra, de Ámsterdam:

Ámsterdam. 23 de julio de 1945.

Estimada señora, su carta dirigida, por mediación de la Cruz Roja, al "Instituto de Historia Social", me llegó con gran retraso, y como la huelga de los ferroviarios se prolongara, pospuse mi respuesta hasta después de la liberación de Holanda. Ya comprenderá usted que en las primeras semanas

después de la salida de los alemanes no haya tenido tiempo para escribirle.

Por lo que al Dr. Max Nettleau se refiere, lamento informarle que murió el 23 de julio de 1944 en Ámsterdam. Era yo la única persona a la que veía con regularidad; aun venía a comer todos los sábados; charlábamos y él me contaba sus pequeños asuntos.

En julio del mismo año tomé dos semanas de vacaciones. A mi regreso, el miércoles, 19 de julio, encontré una carta de la señora, en cuya casa se hospedaba el Dr. Nettleau, y en la que me comunicaba que estaba enfermo. Inmediatamente fui a verle. Le encontré encamado, pero perfectamente lúcido. Se quejó de que no le dieran bastante de comer, pero vi en la mesa, junto a la cama, varios comestibles que él no había tocado. Traté de conseguirle leche; tomó un poco y me prometió beber el resto. Mas cuando le volví a ver al día siguiente, no había probado bocado, ni tomado la leche. Antes de acostarse, se había desmayado varias veces; la señora le encontró tendido en el suelo. Por eso creí que había padecido un ligero ataque de apoplejía, aunque no estaba paralizado. Llamé a un médico, y entre ambos le llevamos a un hospital, donde por fortuna había una cama vacante, lo que era mucha suerte en aquellos tiempos. En el hospital, los médicos diagnosticaron un tumor de vientre, pero no se decidieron a operar. Eso fue el sábado, y él se mostró muy contento de estar en el hospital. Cuando me presenté el domingo, la enfermera me dijo que haría bien en quedarme a su lado porque se estaba muriendo. Me quedé, pues. En los primeros momentos todavía me conocía. Estaba tranquilo, pero su

corazón se debilitó gradualmente. Falleció a las siete de la tarde...

Yo arreglé todos sus asuntos y mandé incinerar sus restos en Westerveld, pues pensé que sus amigos tal vez desearan sepultar sus cenizas en alguna parte. Juzgué más prudente, en aquel entonces, no publicar la noticia de su muerte. Así se explica que no hubiera más que cinco personas presentes en su incineración en Westerveld. El profesor Posthumus, director del Instituto, pronunció algunas palabras muy impresionantes, diciendo que de no encontramos en medio de la guerra, su muerte hubiera sido llorada por muchos como una pérdida irreparable y sus funerales habrían sido un acontecimiento internacional.

Siempre tuve la impresión de que el Dr. Nettlau se sentía a gusto en Holanda. Llevaba una vida pobre, más pobre de lo que era necesario, pero él lo quería así. Venía cada semana para escoger algunas novelas, y durante el resto del tiempo escribía sus *Memorias*, por desgracia sin sus muchas notas, que se encontraban en el Instituto cuando los alemanes lo ocuparon.

Ya durante los últimos dos años que precedieron a la guerra, se había ocupado en componer sus memorias utilizando sus innúmeras notas; pero aquel manuscrito se quedó en nuestra biblioteca y fue robado por los alemanes.

Después de su muerte, mandé sacar una fotografía del Dr. Nettlau. De interesarle ese retrato, que salió bien, se lo enviaré en cuanto sea posible enviar tales cosas. Creo que esto es, por el momento, todo cuanto puedo decirle, y espero

que su dirección siga siendo la misma que indicó a la Cruz Roja. Si desea saber algo más, estoy a su entera disposición. Atentamente,

Anie Adama van Scheltema—Kleefstra.

Al recibir este mensaje, me dirigí directamente a la señora Van Scheltema, suplicando me comunicara todos los hechos importantes relativos a los últimos años de vida de Nettlau en Ámsterdam, a fin de que pudiera incorporarlos en el presente libro. Me contestó con amable cortesía en la carta que sigue:

Ámsterdam, 2 de octubre de 1945.

Mi querido señor Rucker: Perdóneme que no le haya contestado en seguida. No estuve bien de salud. Naturalmente, su carta me interesó mucho. Desgraciadamente, no puedo proporcionarle muchos informes respecto a las cosas que menciona. Contestaré a sus preguntas a base de su carta.

1) El manuscrito de las *Memorias* de Nettlau es seguro que no estaba terminado. No sé a ciencia cierta hasta qué año él había llegado a redactarlas. La reconstrucción de sus memorias llega hasta 1937.

2) El Dr. Nettlau tenía todos sus manuscritos y demás cosas personales empacados en cajas. Todavía en 1940 le aconsejé depositar las cajas con un agente de transportes. Pero prefería guardarías cerca de él, y así se quedaron en uno de los patios del Instituto. Comprenderá usted que ya no tuviéramos ninguna oportunidad de sacar las cajas después de que el

Instituto hubo sido clausurado por los alemanes. Han caído todas en manos de los nazis.

3) Como sabe usted, el Dr. Nettlau vino a Ámsterdam en 1937. Allí vio, por vez primera, reunido en un lugar todo cuanto había coleccionado en el curso de más de cincuenta años. Se quedó un par de meses trabajando en el Instituto. Volvió en 1938 y entonces se vio retenido en Holanda por las circunstancias políticas. Estaba muy preocupado por sus cosas en Viena. En consecuencia, me trasladé en marzo de 1938 a Viena, en avión, y logré, no sin dificultades, sacar todos sus papeles con la ayuda de la embajada holandesa. Puede imaginarse cuanto se alegró. Vivía aquí muy retirado, primero en un gran hotel obrero, donde se sintió muy a gusto. Apenas ocupada Holanda, ese edificio fue incautado por los alemanes, y tuve que buscarle al Dr. Nettlau alojamiento en una casa particular. Durante los últimos cuatro años, ocupaba él una buhardilla soleada y donde, afortunadamente, tenía una buena estufa. Allí pasaba el día leyendo y escribiendo. Apenas salía de casa; venía a verme una vez a la semana, eso era todo. Siempre traté de persuadirle de que diera un paseo una hora cada día; no quiso. Al principio, su patrona le cuidó bien. La comida, naturalmente, empeoró y escaseó cada vez más. Yo le pude dar alguna cosa todas las semanas para que se lo llevara, pero no era suficiente. Hubiera podido comprarse algo; pero desgraciadamente calculaba demasiado. De lo poco que yo le remitía aun apartaba algo, de manera que cuando murió descubrí en su cuarto cajas enteras de bizcocho que él no se había atrevido a comer. Vivía muy solitario. Los pocos correligionarios que tuviera aquí, probablemente se ocultaran. De cualquier modo, se han interesado poco por él y se lo he

reprochado. Sin embargo, siempre me pareció que el viejo doctor Max se sentía satisfecho aquí. No fue molestado por los alemanes; pudo vivir y trabajar en paz. Los pocos asuntos de trámite los podía discutir conmigo, y puede decirse que no tenía más preocupaciones que las que le inspiraba la suerte de sus amigos en el extranjero. En particular, temía mucho por sus amigos de Barcelona. ¿Sabe usted por casualidad dónde están? Quisiera escribirles. Como habrá usted leído en mi carta a la señora Fléchine, su enfermedad se declaró de repente. La víspera de mi partida, todavía comió conmigo y no le noté nada de particular. Es verdad que en los últimos tiempos comía muy despacio; pero lo atribuí a su edad. Cuando regresé al cabo de diez días, lo encontré en su cama, de la que ya no se levantaría. Puesto que el Dr. Nettlau no dejó ninguna disposición testamentaria acerca de su entierro, hice incinerar su cadáver, para darles a sus amigos una oportunidad de sepultar la urna en alguna otra parte.

4) Por lo que atañe a la actitud del Dr. Nettlau con respecto a la guerra, no la discutí conmigo en detalle. Sin embargo, creo deber decirle que sus muchos años, así como el completo aislamiento en que vivía, le han apartado, en cierto modo, de los acontecimientos. Puede ser que tuviera miedo de hablar. No obstante puedo decirle que no dejó de observar con gran interés el curso de los sucesos. Así, cada vez que venía a verme, lo primero que hacía era buscar el atlas para seguir los progresos de los aliados. Cualquier éxito de la causa de las Naciones Unidas despertaba su alegría. No se despedía nunca antes de que yo hubiera escuchado las noticias de mediodía de la Radio de Londres. Naturalmente, no era, Nettlau, un

nacionalista; pero tampoco era pacifista, ya que veía en el fascismo el enemigo más grande.

Los últimos dos párrafos de esta carta ya los cité al final de la primera parte del presente libro, ya que trataba exclusivamente de los trabajos literarios de Nettlau durante los años postreros de su vida.

Además de las cartas de la señora Adama Scheltema sobre los últimos años de vida de nuestro llorado amigo, recibí una extensa carta de mi viejo compañero y correligionario holandés, A. C. Bakels, la que por coincidir enteramente en sus informaciones con las de la mencionada señora, no la reproduzco aquí, como no sea en su parte final, que contiene la siguiente observación de interés:

Para terminar, voy a contarle sobre Nettlau lo que sigue: yo no sospechaba que todavía estuviera en Holanda, pero poco antes de su muerte tropecé con él en una calle de Ámsterdam y, claro, me alegré mucho de verle así, inesperadamente. El también parecía visiblemente sorprendido. Platicamos unos veinte minutos. La primera pregunta que me hizo fue: "¿Es usted bueno?". Esa pregunta inofensiva significaba, durante la ocupación alemana: ¿Es antinazi? "Por supuesto", contesté. "Entonces, todo está bien", dijo. "Sostengo hoy —le expliqué— la misma posición de Kropotkin y Jean Grave en 1914. En mi opinión, Alemania ha provocado esta guerra y es la defensora y pregonera de la doctrina nazi y de todos los crímenes que se cometen en los países ocupados". Tuvo una tranquila sonrisa y dijo: "Esta es también mi opinión..."

Como la señora van Scheltema me pidiera la dirección de los amigos españoles de Nettlau, le envié la de Federica Montseny,

observando que Barcelona me parecía ser el lugar mejor indicado para los restos de Nettlau si habían de ser sepultados en alguna parte. Amaba él al pueblo español y había tenido particular apego al movimiento hispano. Durante los negros años por los que atravesó después de la primera guerra mundial, sus visitas a Barcelona habían sido para él casi los únicos días de alegría. Había presenciado el 19 de julio en Barcelona, sin duda el momento más grandioso y más feliz de su vida. Sintió en lo más profundo de su alma los fervorosos anhelos que animaban en aquel entonces los corazones de nuestros compañeros españoles, y esperaba, de la revolución española, que produjera un cambio importante en la situación de Europa. La caída de Barcelona fue la tumba de sus últimas esperanzas en cuanto al futuro próximo. El movimiento ibero tuvo en él uno de sus más fieles y más sinceros amigos. Por eso, una vez que sea libertada España, su último lugar de reposo debe ser Barcelona, la ciudad que tanto amó y donde su gran corazón había echado tan hondas raíces.

Triste fue el fin de su vida, como el de Kropotkin en Rusia y el de Malatesta en Italia. Tuvo que apurar el cáliz hasta el más amargo residuo. Tras la desesperada lucha por la desnuda existencia, que llenó todos sus días desde fines de la primera guerra mundial, sobrevino la catástrofe de Alemania, luego la gran tragedia de España, que le conmovió profundamente y que destruyó sus últimas esperanzas por el porvenir de Europa. Después siguió la invasión de Austria, cerrándole el camino de vuelta a Viena, donde había conocido tantos años dichosos y otros de gran angustia. Finalmente, se desencadenó la avalancha de la barbarie fascista a través de toda Europa; la segunda guerra mundial y el último golpe: la pérdida de todo aquello a lo que había consagrado su vida. La obra de una vida grande y fecunda fue despiadadamente aniquilada. No sólo perdió Nettlau sus muchos y valiosos manuscritos y anotaciones, sino

también su inmensa colección, cuya conservación tantas horas de angustia le había costado después de la primera guerra mundial. Los bárbaros pardos se la llevaron a un lugar desconocido, junto con tantos otros tesoros literarios del Instituto de Ámsterdam, —mil seiscientos armarios llenos de libros y documentos. Nada quedó, excepto las piezas más raras, que los directores del Instituto, en sabia previsión de lo que había de suceder, enviaron a tiempo a Inglaterra. Por entonces, se ofreció también a Nettlau la oportunidad de mandar a Oxford las partes más preciosas de su colección. Incluso se lo propusieron; pero no podía separarse de lo que tanto tiempo había echado de menos. Acaso menospreciaba el peligro o no creyera que los nazis se atrevieran a invadir Holanda.

El que tuviera que pasar aun por esto y presenciar cómo su preciosa colección y gran parte de la obra de su vida le eran robadas por unos caníbales, sin que lo pudiera impedir, fue verdaderamente doloroso para él. Aunque siga existiendo la posibilidad de que los tesoros robados sean descubiertos en algún lugar y devueltos al Instituto de Ámsterdam, tal esperanza, por lo pronto, no es grande dadas las condiciones actuales en Alemania, con las cuatro diferentes autoridades de ocupación, cuyos reglamentos y prescripciones militares no son, precisamente, para facilitar semejantes investigaciones. Fue una verdadera desgracia y casi se inclina uno a desear que nuestro viejo amigo, al que tan cruelmente hirió esta pérdida, hubiera muerto antes, para no sufrir aquel último golpe.

La dirección del Instituto de Historia social de Ámsterdam laboró durante largos años, con el fin de recuperar su propiedad. Estos esfuerzos fueron, finalmente, coronados por el éxito. Una parte de las colecciones de libros se encontraron en Holanda, aunque la

mayor parte fue hallada en Alemania. Actualmente, toda la valiosa biblioteca está reunida nuevamente en Ámsterdam, donde se efectúa el trabajo de ordenamiento y clasificación. Tomando en cuenta que Nettlau había depositado los manuscritos de sus últimos libros en el mencionado Instituto, cabe suponer que esos originales se hayan salvado.

En la persona de Max Nettlau, el movimiento libertario del mundo entero perdió uno de sus más leales y eminentes paladines. Ha desaparecido de nuestras filas un hombre difícilmente reemplazable, dado las actividades a que se dedicó. La labor de su vida se plasmó en una obra de importancia verdaderamente internacional. Su existencia no fue aventurera, pero sí de trabajo incansable y de vasta investigación. Muy raras veces puede realizarse una tarea tan magna como la que él se impuso, con tanto amor, tanto celo, tanta tenacidad, paciencia y ejemplar honradez. Hombre de rectitud impecable, de grandes y nobles convicciones y de profundo sentimiento humano nunca renunció a su independencia personal y libertad de pensamiento, y no es aventurado decir que en su larga vida jamás escribió un renglón que no estuviera de acuerdo con su conciencia. Indulgente hacia los demás, severo consigo mismo, se trazó una vida según su propio diseño, sin pedir que sirviera de modelo a otras personas.

Con Nettlau descendió a la tumba el último gran internacionalista, el hijo tardío del humanismo europeo.

BIBLIOGRAFÍA DE LA PRODUCCIÓN DE MAX NETTLAU

Esta relación de la obra literaria de Max Nettlau no es completa. Faltan muchos artículos de Nettlau publicados en revistas como *Le Révolté*, *Freedom*, *Les Temps Nouveaux*, *La Société Nouvelle*, *Dokumente des Sozialismus* y otras publicaciones francesas, italianas, suecas y españolas. No me fue posible procurarme estas revistas. También faltan sus trabajos publicados en la *Enciclopedia Anarquista* de Sebastián Faure, Paris, que no fue posible conseguir. Así mismo, el trabajo de Nettlau publicado en 1927 en Barcelona en un certamen de los amigos españoles. No obstante, esta relación bibliográfica contiene la mayor parte de los trabajos literarios de Nettlau. A pesar de las deficiencias mencionadas, puede uno darse cuenta de la inmensa cantidad de obras que durante su larga vida produjo nuestro amigo.

I

Die historische Entwicklung des Anarchismus (El desenvolvimiento histórico del anarquismo). Apareció como n° 16 de la *Internationale Bibliothek*, editada por Johann Most; Nueva York, 1890 (16 p.).

Zivotopis Bakuninův. Versión checa de la serie de artículos *Zur Biographie Bakunins* (Sobre la biografía de Bakunin), publicada en el *Freiheit*, de Most. Ed. Dálnické Listy, Nueva York (102 p.).

Der Londoner Kongress: Zur Beleuchtung der Vorgänge auf demselben (El Congreso de Londres. Lo que allí ocurrió). Ed. Der Sozialist, Berlín, 1896 (71 p.).

Bibliographie de l'Anarchie. Préface d'Élisée Reclus (Bibliografía de la Anarquía. Prefacio de Élisée Reclus). Apareció como n° 8 de la *Bibliothèque des Temps Nouveaux*: Bruselas. 1897 (XI y 294 p. grandes).

Michael Bakunin. Eine Biographie. (Miguel Bakunin. Una biografía). Primera versión de la gran biografía de Bakunin en tres tomos. Edición de cincuenta ejemplares mimeografiados, impresa por el mismo Nettlau. Londres, 1896—1900 (1281 p. manuscritas in folio).

Michael Bakunin: Eine biographische Skizze. Mit einem Nachwort von Gustav Landauer. Miguel Bakunin: Un esbozo biográfico. Con epílogo de Gustav Landauer). Ed. Paul Pawlowitsch, Berlín, 1901 (64 p.). Una edición italiana con prólogo de Élisée Reclus apareció en 1904 en Mesina; una edición rusa, en las ediciones Golos Truda, Leningrado, 1920.

Miguel Bakunin. Un Esbozo Biográfico, México, D.F., 1925 (32 p.).

Michael Bakunin: Eine Biographie. Revisión completa de la primera versión manuscrita, en cuatro tomos de 350 p. impresas. En esta nueva versión faltan muchos de los documentos históricos incorporados en la primera edición de 1896—

1900; en cambio contiene una cuantiosa documentación nueva. Escrita de 1924 a 1927. Una edición española debía ser publicada en folleto por *El Suplemento de la Protesta* de Buenos Aires, traducción de D. A. Santillán, de la que sólo se publicaron 64 páginas en agosto de 1930; la dictadura en Argentina hizo imposible continuar su publicación.

Unser Bakunin: Illustrierte Erinnerungsblaetter zum 50. Todestag von Michael Bakunin. Geb. 30. Mai 1814, gest. 1. Juli 1876 (Nuestro Bakunin. Páginas conmemorativas ilustradas con motivo del 50 aniversario de su muerte. Nacido el 30 de mayo de 1814, m. el 1 de julio de 1876). Redactado por Max Nettlau. Editorial Der Syndikalist, Berlín, 1926 (56 p.).

Nachtrage zur Biographie Bakmins (Apéndices a la biografía de Bakunin). Cuatro tomos manuscritos in folio, no destinados a la imprenta, sino a servir de fuente para investigaciones ulteriores. 1903—1905.

Die Beichte Bakunins (La confesión de Bakunin). Manuscrito de 32 p. in folio, compuesto en 1923 para el grupo de editores Golos Truda, de Moscú. Se perdió en Alemania.

Michel Bakounine. Versión abreviada en francés de la Biografía de Bakunin, escrita en 1935, para un editor de París. Tomo manuscrito de unas 500 p. impresas.

Responsability and Solidarity in the Labor Struggle; Also a Review of the Policy Latelly Discussed by the German Social Democracy and Edward Bernstein (Responsabilidad y Solidaridad en la lucha obrera; también un examen de la política recién discutida por la socialdemocracia alemana y Eduard Bernstein). Apareció como *Freedom Pamphlet n° 12*,

Londres, 1900 (24 p.). Este folleto ha sido traducido a numerosos idiomas europeos.

Zur Geschichte dergeheimen Gesellschaften zwischen der Zeit von Babeuf bis zu den Jahren nach 1830. (Notas sobre la historia de las sociedades secretas entre la época de Babeuf y los años posteriores a 1830). Un manuscrito de aproximadamente 500 a 550 paginas, todavía no publicado. Fue escrito entre 1901 y 1903.

Vita e Pensieri di Errico Malatesta. Editorial Il Martello, New York 1922 (84 paginas). Primer concepto de la biografía sobre Malatesta.

Errico Malatesta: Das Leben eines Anarchisten. Editorial Der Syndikalist, Berlín, (178 paginas grandes). Segunda edición ampliada.

Errico Malatesta: La vida de un Anarquista. Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1923. Esta edición es la más completa, conteniendo 264 páginas.

La Vida de Enrique Malatesta; con un prólogo de Federica Montseny; Editorial Revista Blanca, Barcelona, 1933, (48 páginas). Este libro fue publicado después de la muerte de Malatesta, haciendo una descripción de los últimos años de su vida, terminando con ésta la biografía de Malatesta.

Notas de la correspondencia entre Johann Most y John Neve, manuscrito de 164 páginas publicado en 1921.

Crítica Libertaria. Colección Inquietud, Vol. VIII, Editorial Moderna, Barcelona 1922 (127 páginas).

Fernand Pelloutier y el Sindicalismo. Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1927. (44 páginas).

Élisée Reclus. —Anarchist und Gelehrter, 1830—1905. Editorial Der Syndikalist. Berlin 1928. (346 páginas grandes).

Eliseo Reclus: La Vida de un Sabio justo y rebelde. Edición en español, ampliada por Nettlau mismo. Editorial Revista Blanca, Barcelona, 1928—1928 (dos volúmenes de 294 y 312 páginas).

Der Vorfrühling der Anarchie: Ihre historische Entwicklung von den Anfängen bis zum Jahre 1864. Erster Band dergrossen Geschichte des Anarchismus. Editorial Der Syndikalist, Berlin, 1925 (235 grandes páginas). (La Primavera de la anarquía: su desarrollo histórico desde el comienzo hasta el año de 1864. Primer volumen de la gran *Historia del anarquismo*).

Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin: Seine Historische Entwicklung in den Jahren 1859—1880. Editorial Der Syndikalist, 1927, (312 páginas). (El Anarquismo desde Proudhon hasta Kropotkin. Su desarrollo histórico entre los años 1859 hasta 1880).

Anarchisten und Socialrevolutionäre: Die historische Entwicklung des Anarchismus in den Jahren 1880—1886. Editorial Der Syndikalist, 1931 (409 páginas grandes). (Anarquistas y social revolucionarios. El desarrollo histórico del anarquismo desde 1880 hasta 1886).

Die erste Blütezeit der Anarchie: Die historische Entwicklung des Anarchismus in den Jahren 1886—1894. (Este cuarto

volumen del mismo tamaño que el tercero, debía publicarse en 1933 por la misma casa Editorial, lo que fue imposible por los acontecimientos en Alemania).

Nettlau escribió cinco volúmenes más, todos del mismo tamaño que el tercero, dando a conocer la historia del anarquismo hasta 1936. Un décimo volumen con anexos, rectificaciones, etc., debía haber sido el final de este trabajo, pero no fue terminado. Existen, por tanto, tres grandes volúmenes publicados de la obra total de 10 volúmenes manuscritos.

La Anarquía a través de los Tiempos. Una breve historia del anarquismo en un volumen; editada por la Guilda de Amigos del Libro, Barcelona, 1935. (343 páginas).

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1925. (132 páginas).

Bakunin e L'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872. Con un prefacio de Errico Malatesta. Editorial Il Risveglio, Ginebra, 1928, (XXXI y 397 páginas).

Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España. Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1930 (210 páginas).

La Paix Mondiale et les Conditions de sa Réalisation. Editada por Le Groupe de Propagandepar la Brochure, Paris, 1931, (31 páginas). Este escrito, más tarde mejorado y ampliado, es una contribución de Nettlau para contestar un cuestionario presentado por Eugen Relgis (1930) sobre la paz y publicado en francés, inglés y alemán.

Historia de la Internacional y de la Federación de Trabajadores de la Región Española de 1868 a 1889. El manuscrito fué planeado por Nettlau para un tamaño de unas 450 páginas. Partes considerables de este manuscrito fueron publicadas en la Revista Blanca de Barcelona en 1928 y 1929. Nettlau tenía la intención de completar este trabajo añadiendo nuevo material.

Origen del Socialismo. Montevideo, 1934. Este trabajo es probablemente la publicación de una serie de artículos publicados por Nettlau en el Suplemento de La Protesta de Buenos Aires.

Esbozo de Historia de las Utopías. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1934 (101 págs.).

The Struggle for Liberty in Spain. (La lucha por la libertad en España). Sin mencionar el nombre del autor Editado por Free Italy, series n° 1, Narod Press, London, 1936 (31 páginas).

De la Crisis Mundial a la Anarquía. Publicado por Solidaridad Obrera, Barcelona, 1934 (346 páginas).

Biographische und bibliographische Daten, (Datos biográficos y bibliográficos.) Un manuscrito escrito por Nettlau en 1940. Será publicado en el nuevo volumen de la International Review for Social History, editado por The International Institute for Social History, de Ámsterdam. En esta edición se insertará una fotografía de Nettlau en su lecho de muerte.

Erinnerungen. (Memorias). Un manuscrito que contiene, según las indicaciones de la Sra. A. Adama van Scheltema—Kleefstra,

3.500 páginas manuscritas, no terminado, habiendo caído en manos de los nazis.

Erinnerungen. (Memorias). Después de haber perdido el manuscrito original de sus memorias, Nettlau reconstruyó las memorias de su vida. El manuscrito de estas memorias, hasta la fecha del año de 1937, está en posesión del Instituto de Historia Social de Ámsterdam.

II

Prefacios, contribuciones anotaciones, etc., de Nettlau sobre otros trabajos.

Notice Bibliographique sur Ernest Coerderoy. (Notas bibliográficas sobre Ernest Coeurderoy). Escrito por Nettlau para la edición nueva de tres volúmenes de *Jours d'Exil*. Editorial P. V. Stock & Company, París, 1910—1911.

Peter Kropotkin at Work. Contribución para el volumen colectivo: *Peter Kropotkin the Thinker, Rebel, and Humanitarian;* (Pedro Kropotkin, el pensador, rebelde y humanista). Recopilado y editado por Joseph Ishill, Berkely Hights, New Jersey, 1923, (11 a 18 páginas).

Prólogo para El Humanisferio, de J. Déjacque, editorial La Protesta, 1923.

Nachwort zu Der Paneuropa—Wahn. Epílogo sobre la quimera de Paneuropa, por Dr. Walther Borgius. Volumen 15 de la serie de libros Praktischer Sozialismus. Editorial Neue Gesellschaft, Berlin—Hessenwinkel, 192g (página 23—26).

Élisée Reclus and Michael Bakunin. Contribución de Nettlau para el volumen colectivo *Élisée y Élie Reclus in memoriam*, recopilado y editado por Joseph Ishill, Berkely Hights, New Jersey, 1927, (página 197—208).

Bakunin y Garibaldi en 1864. Almanaque de la Novela Ideal, Barcelona, 1928 (página 53—56).

Prólogo para el libro de Manuel Buenacasa, *El Movimiento Obrero Español 1886—1926.* Impresos Costa, Barcelona, 1928, (página 7—13).

Respuesta de Max Nettlau. Contribución de Nettlau a la encuesta del Grupo español Los Iconoclastas de Steubenville, Ohio, sobre la situación actual revolucionaria, provocada por la crisis del capitalismo y los deberes de los anarquistas para la reconstrucción de la sociedad (1926). La mayor parte de las contestaciones de muchos compañeros conocidos fueron publicadas en 1927 en el Suplemento de La Protesta. Otra parte de la contestación de Nettlau fué publicada en la Revista Única del mismo grupo de Steubenville, en 1928, bajo el título: “Algunas palabras con motivo de la conclusión de la encuesta de Los Iconoclastas”.

Contribución a la Bibliografía Anarquista de la América Latina hasta 1914. Colaboración de Nettlau para el Certamen Internacional de “La Protesta”, Buenos Aires. Este trabajo, muy importante, contiene 36 páginas.

Briefe Kropotkins an Jean Grave. (Cartas de Kropotkin a Jean Grave.)

Das letzte Wort Kropotkins über die russische Revolution. (Las últimas palabras de Kropotkin sobre la Revolución Rusa.)

P. A. Kropotkins Blick auf Leben und Erziehung aus seinen Briefen 1876-1914. (La opinión de Kropotkin sobre la vida y la educación, expuestas en sus cartas). Colaboración para la Edición Conmemorativa publicada en Rusia por la Editorial Probužhdenia, de Detroit, Mich., 1931; (los escritos de Nettlau contienen 89 grandes páginas).

Introduction pour les Oeuvres de Michel Bakounine. Volumen 1 de la edición completa que más tarde fué continuada por James Guillaume. Editorial P. V. Stock, Paris, 1895. (40 páginas).

Prefacio para los volúmenes II y III de la edición alemana *Michael Bakunin Gesammelte Werke*. Colección completa de sus obras en 3 volúmenes. Editorial Der Syndikalist, Berlín, 1921—1924. Aparte de los prefacios, estos volúmenes contienen también gran cantidad de valiosas notas.

Prólogos para los cinco volúmenes de *Obras Completas de Miguel Bakunin*. Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1924—1929. Esta gran edición era calculada en 10 volúmenes, pero fué interrumpida por la dictadura militar en Argentina. En el volumen quinto, que se publicó por vez primera, *Estatismo y Anarquía*, un trabajo de Bakunin que hasta entonces existía únicamente en ruso. El prefacio de Nettlau para este volumen contiene 57 páginas. Durante la guerra civil española, D. A. Santillán, el traductor de esta edición española quiso editar las *Obras Completas* en Barcelona, pero la derrota de la República Española hizo imposible la

continuación de la edición, habiendo sido publicados 6 volúmenes.

Annotations, (40 páginas) para la edición francesa de *Michel Bakounine, Confession* 1851; Les Editions Rieder, París, 1932.

Illustrierte Bakuninnummer des Syndikalist, (número especial ilustrado sobre Bakunin, *Der Syndikalist* redactado por Max Nettelau). Berlín, 26 de junio, 1926.

Crítica para la edición alemana de *Michael Bakunins Beichte aus der Peter Pauls—Festung an Zar Nikolaus I, gefunden im Geheimarchiv des Chefs der Dritten Abteilung der Kanzelei der früheren Zaren zu Leningrad, herausgegeben von Kurt Kersten*. La crítica de Nettelau fue publicada en *Der Syndikalist*, Berlín, 2 de febrero de 1927.

Otras contribuciones sobre la *Confesión de Bakunin* han sido escritas por Nettelau entre 1922 y 1925 para *Freie Arbeiter— Stimme*, *Freedom*, *Humanita nova*, *Le Libertaire* y *Roda Fanor*.

III

Artículos de Nettlau publicados en diversas revistas

Los primeros artículos sociales e históricos de Nettlau fueron publicados en *Freiheit*, de John Most, en New York, pero sin el nombre del autor.

Joseph Déjacque, ein Vorlaufer des Kommunistischen Anarchismus,
25 de enero hasta 15 de febrero de 1890.

Zur Geschichte des Anarchismus, 19 de abril hasta 17 de mayo de
1890.

Zur Biographie Bakunins, de enero a abril de 1891. Una traducción
checa de este trabajo fue publicada, en 1895, en *Delnické
Listy*, New York, y publicada en el mismo año como folleto.

Zur Beurteilung der deutschen Sozialdemokratie, 1891-1892.

Der Londoner Kongress und die Anarchie. Publicado en *Der Sozialist*,
Berlín, 8 de agosto hasta 15 de octubre 1896.

Der Anarchismus und die menschliche Sprache. *Der Sozialist*, Berlín
1894.

Zur Vorgeschichte der Internationale. Dokumente des Sozialismus,
Berlín, de julio a agosto, 1905.

Marx and Engels and the International Working Men's Association, 1872—1876. Freedom, Londres, de febrero hasta abril de 1907.

The Awakening of the Orient. Freedom, enero de 1909.

The Continuation of Ferrer's Work. Freedom, noviembre, 1909.

A General Survey. Freedom, enero, 1910.

The Great French Revolution. Crítica del libro de Kropotkin sobre la revolución francesa, publicado en *Freedom*, diciembre de 1909.

Another Point ofview. Freedom, marzo, 1910.

More Heretical Views. Freedom, agosto, 1911.

Muchos otros artículos de Nettlau antes y después de este tiempo no he podido conseguirlos. Es de creer que durante años Nettlau ha escrito igualmente las notas internacionales para *Freedom*.

Contribuciones de Nettlau en el Archiv furgeschichte des sozialismus und der arbeiterbewegung, Leipzig

Ernest Coeurderoy. 1911.

Bakunin und die Internationale in Italien, 1864—1872. 1912.

Bakunin und die Internationale in Spanien, 1868—1873 (páginas 243-303). 1913.

Bakunin und die russische revolutionäre Bewegung in den Jahren 1868-1873. (página 357—422), 1915.

Estudio sobre el tercer volumen de la correspondencia de Élisée Reclus, París, 1923, y crítica del volumen colectivo: *Élisée and Elie Reclus in memoriam,* publicado por Joseph Ishill in Berkely Hights, N. J. (páginas 420—426). 1927.

Zur Geschichte der spanischen Internationale und Landesfoderation 1866—1889, página 1—66, año de 1929, y página 73—125, año 1930.

Lettres de Vienne. Les Temps Nouveaux, París, 15 de febrero de 1920.

La Ruine Décrétée en Autriche et le boycottage inoportun de la Hongrie. Les Temps Nouveaux, 15, julio, 1920.

Le socialisme en Autriche. Les Temps Nouveaux, 15 de octubre y 15 de noviembre de 1920.

L'homme une vie. Les Temps Nouveaux; número especial consagrado a Pedro Kropotkin, marzo 1921.

Miguel Bakunin. Roda Fanor, Estocolmo, 1921.

L'ídée anarchiste dans le passé et le future. Una serie de artículos publicada en la revista *L'ídée anarchiste,* (Editada por Lucien Haussard, París, 1923.

Ein Rückblick aufdie Internationale Idée in der Arbeiterbewegung. (Una ojeada retrospectiva sobre la idea internacional en el movimiento obrero). Publicado en la revista *Die Internationale,* del Secretariado de la Asociación

Internacional de Trabajadores. Edición alemana, Berlín, marzo, 1924.

Nationalismus und Internationalismus (Nacionalismo e Internacionalismo). Publicado en la misma revista en junio de 1924.

Victor Dave. Serie de artículos publicados en *Freie Arbeiter—Stimme*, New York 1924, números 28, 29, 30 y 31.

Die anarchistische Idee in der Vergangenheit und Zukunft. Serie de los mismos artículos ya publicados en *L'Idée anarchiste*, ampliados por Nettelau para *Freie Arbeiter—Stimme*, 1924.

Ueber die Rolle des Anarchismus in der kommenden Revolution. (Consideraciones de la misión del anarquismo en la revolución), publicado en *Freie Arbeiter—Stimme*. Septiembre, 1929.

Internazionale collectivista e Comunismo anarchico. Publicado en *Pensiero e Volontá*, Roma, 25 de agosto de 1926.

Anarchismo Comunista o individualista? l'uno e l'altro. *Pensiero e Volontá*, 8 de abril de 1926.

Desiderata Bakunin. *Pensiero e volontá*, 1° de marzo de 1926.

Colaboración de Nettlau en la revista mensual *Die Internationale; zeitschrift für die revolutionäre arbeitbewegung, gesellschaftskritik und sozialistischen neuaufbau*, editado por la FAUD Berlín

Fernand Pelloutiers Platz in der Entwicklung des Syndikalismus. (La posición de Fernand Pelloutier en el desarrollo del sindicalismo). Noviembre de 1927 hasta marzo de 1928.

Michael Bakunin und der Syndikalismus. Mayo y junio de 1928.

Nie wieder Diktatur! (¡Nunca dictadura!). Agosto hasta noviembre de 1928.

Die nächsten intellektuellen Aufgaben des Sozialismus. (Las próximas tareas intelectuales del socialismo). Febrero y marzo de 1929.

Sozialismus und Antimilitarismus. Agosto, 1929.

Die Völkerwanderungszeit im Lichte moderner Forschung und sozialer Gedanken. (El tiempo de la migración de los pueblos a través de la investigación moderna y del pensamiento social). Septiembre y Octubre de 1929.

Ueber die Möglichkeiten des freiheitlich—revolutionären Fortschritts. (Anotaciones sobre las posibilidades del progreso libertario revolucionario). Noviembre de 1929.

Lebende Probleme der Anarchie und der Kongress von Santa Fe. (Problemas actuales de la Anarquía y el Congreso de Santa Fe). Diciembre de 1929.

Arbeit für Arbeitslose — Erholung für Arbeitende. Kann dies vereinigt werden? (Trabajo para los sin trabajo — descanso para los que trabajan; ¿es posible conciliar estos dos puntos?). Enero de 1930.

Einige Worte über konstruktiven Sozialismus. (Unas palabras sobre el socialismo constructivo). Febrero de 1930.

Die naechste Ausbreitungssphaere des freiheitlichen Sozialismus. (La próxima esfera de expansión). Marzo de 1930.

Autoritaerer und freiheitlicher Sozialismus. (El socialismo autoritario y el literario). Abril de 1930.

Die heutigen Aufgaben der freiheitlich—sozialistischen Organisationen (Los problemas actuales de las organizaciones socialistas libertarias). Mayo de 1930.

Anarchisten und Sozialrevolutionaere. 1880—1886. Publicado en junio de 1930.

Der geistige Faktor im menschlichen Befreiungskampf (El factor espiritual en la lucha emancipadora de la humanidad). Julio de 1930.

Die Weltkrise — eine Weltwende und der freiheitliche Sozialismus. (La crisis mundial. Una transformación mundial y el socialismo libertario). Agosto de 1930.

Aeltere und neuere Arbeiten über Bakunin (Trabajos antiguos y nuevos sobre Bakunin). Septiembre de 1930.

Ein Erinnerungsblatt für den alten Anarchisten Francesco Saverio Merlino 1856—1930. (Anotaciones conmemorativas para el viejo anarquista Francesco Saverio Merlino, publicadas en 1930).

Die heutige Jugend und das heutige Elend (La juventud actual y la miseria actual). Noviembre de 1930.

Russland und der Sozialismus. Diciembre de 1930.

Erwachende Volker und erstarrte Programme (Pueblos en levantamiento y programas de estacionamiento). Enero de 1931.

Anarchismus im Wörterbuch der Volkswirtschaft 1930 (Anarquismo en el diccionario económico). Febrero de 1931.

Geistige und moralische Grundlagen und Bedingungen unserer Zukunftshoffnungen (Fundamentos y las condiciones espirituales y morales de nuestra esperanza en porvenir). Abril de 1931.

Aus Barcelona (Desde Barcelona). Mayo de 1931.

Minderheitsrechte im Sozialismus und das Raetesystem (Los derechos de las minorías dentro del socialismo y el sistema de los Soviets). Mayo de 1931.

Zur Beurteilung der Möglichkeiten der spanischen Revolution (Las posibilidades de la Revolución Española). Junio y julio de 1931.

Klassenkämpfe und Menschheitsentwicklung (La lucha de clases y la evolución de la humanidad). Agosto de 1931.

Noch ein Wort über das Raetesystem (Unas palabras más sobre el sistema de los Soviets). Octubre de 1931.

Geistige Befreiung oder autoritaere Organisationsversuche (La liberación del pensamiento o experimentos de organizaciones autoritarias). Diciembre de 1931.

Luigi Galleani 1861—1931. Enero de 1932.

Nationalismus und Internationalismus. Febrero y marzo de 1932.

Emma Goldman's Selbstbiographie (Autobiografía de Emma Goldman). Marzo de 1932.

Die erste Blütezeit der Anarchie 1886—1894, (El primer florecimiento de la Anarquía). Abril de 1932.

Eine Arbeiter—Internationale in Kropotkins Auffassung (Una internacional obrera en el concepto de Kropotkin). Mayo de 1932.

Spanische Eindrücke aus dem Frühjahr 1932. (Impresiones españolas de la primavera de 1932). Junio de 1932.

Quantitaetskrise und schwindender Kulturboden erfordern neue Mittel der Abwehr (La crisis de las masas y el eclipse del fundamento cultural, exigen nuevos medios de defensa). Julio de 1932.

Zwischen Autoritaet und Freiheit (Entre autoridad y libertad). Agosto de 1932.

Errico Malatesta; 4 de Diciembre de 1853 hasta el 22 de Julio de 1932. Publicado en septiembre de 1932.

Malatesta's Stellungnahme zum Weltkrieg (La posición de Malatesta ante la guerra mundial). Enero de 1933.

Colaboración en el Suplemento Semanal de "La Protesta" de Buenos Aires

La muerte de tres viejos anarquistas: Jorge Herzig, 16 de julio de 1928, Víctor Dave, 23 y Frangois Dumartheray, 30 de julio de 1923.

Los anarquistas y las revoluciones futuras. El derecho a la libre experimentación social. 23 de julio de 1923.

La esfera de acción libertaria. ¿Puede ampliarse? 26 de noviembre y 3 de diciembre de 1923.

Después de seis años de revolución autoritaria. 1917 a 1923. 17 diciembre de 1923.

Algunos precursores del anarquismo moderno. Esbozos biográficos. Ernest Coeurderoy (1825—1862). Desde el 14, de enero hasta el 11 de febrero de 1924.

Unas palabras más sobre la tolerancia mutua y la convivencia. 10 de marzo de 1924.

La Anarquía: su pasado, su porvenir. Desde el 17 de marzo hasta 1° de septiembre de 1924.

M. A. Bakunin. Un esbozo biográfico. Del 8 de septiembre al 6 de octubre de 1924.

Karl Kautsky y Johann Most. Consideraciones sobre la crítica de Kautsky sobre el libro de Rodolfo Rocker Johann Most. 3 de noviembre, 1924.

Las hipótesis de Ernest Coeurderoy en 1854 y de Bertrand Russell en 1923.

De la guerra al socialismo. Del 16 de Febrero al 16 de marzo de 1925.

La revolución rusa y el bolchevismo reinante: su efecto descrito e interpretado por Emma Goldmann. Del 6 de abril al 3 de mayo de 1925.

Esbozo de Historias de las Utopías. Del 1 de julio al 3 de agosto de 1925,

Sobre los orígenes de la libertad y de la autoridad. Agosto 10 de 1925.

La historia del primer libro anarquista. (En ocasión de la nueva biografía de William Godwin). 21 de julio, 1926.

La obra de Miguel Bakunin. 28 de junio, 1926.

Escritos principales de Bakunin. 5 de julio, 1926.

Atentado. 19 de julio, 1926.

Ricardo Mella y el anarquismo sin adjetivos. 9 de agosto, 1926.

Respuesta de Max Nettlau. 16 de agosto, 1926,

Nuevas Investigaciones sobre la vida de Miguel Bakunin. 6 y 13 de septiembre de 1926.

Internacional colectivista y comunismo anárquico. 4 de octubre, 1926.

Cuarenta años de vida de un periódico anarquista. 18 de octubre, 1926.

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo.
Desde diciembre 1926 a enero de 1927.

Colaboración en el Suplemento Quincenal de “La Protesta”

Como ampliar la propaganda anarquista. 30 de marzo, 1927.

Observaciones sobre la historia de la anarquía. P. J. Proudhon y la Internacional frente al nacionalismo y a las guerras nacionales. 18 de abril, 1927.

William Morris y su utopía “Noticias de ninguna parte”. Del 2 al 18 de mayo de 1927.

Oriente y Occidente. 1° de junio, 1927.

Observaciones sobre la historia de la anarquía. El antiestatismo en los años anteriores a 1870 y la necesidad de restablecerlo como fuerza colectiva. 18 de julio, 1927.

Los últimos años de Proudhon: de 1859 a 1864; federalismo y mutualismo. 20 de agosto de 1927.

El colectivismo anárquico en España. 25 de octubre y 14 de noviembre de 1927.

Cartas inéditas de Pedro Kropotkin a James Guillaume, sobre las tierras comunales (revolución francesa) escritas en junio y julio, 1911. Desde el 26 de diciembre de 1927 al 6 de febrero de 1928.

Más sobre la Internacional en Buenos Aires; algunas noticias de los años 1870—1873. 20 de enero de 1928.

Algunas reflexiones sobre la autoridad, 29 febrero, 1928.

Sobre la “Nueva Utopía” de Ricardo Mella. 25 de marzo de 1928.

En recuerdo de Voltairine de Cleyre, anarquista americana. (1866—1912). 31 de marzo y 16 de abril de 1928.

El buen acuerdo anarquista. 14 de mayo de 1928.

Miguel Bakunin desde sus comienzos hasta 1864. Junio 30 y 19 de julio 1928.

Más sobre los orígenes de la Internacional en Buenos Aires. Documentos nuevos e inéditos. Septiembre 3 de 1928.

Colectivismo antiautoritario en la concepción de P. Kropotkin. Septiembre 20, 1928.

La fase actual del combate entre la libertad y la autoridad. Octubre 29 de 1928.

El libre pensamiento y la Italia del pasado y del presente. Noviembre 10 de 1928.

El pueblo, los autoritarios y los libertarios. Diciembre 17 de 1928.

Consideraciones sobre la organización y sus límites. Diciembre 31 de 1928 y 14 de enero de 1929.

La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera. 18 de febrero, 1929.

La prehistoria y la fundación de la Internacional. (28 de septiembre de 1864). Abril 22 de 1929.

Algunos documentos sobre los orígenes del anarquismo comunista, 1876-1880. Mayo, 6 de 1929.

El salario único y la lucha contra la racionalización. 27 de mayo de 1929.

La vida de Gustavo Landauer según su correspondencia. Julio 31 de 1929. (Este número es dedicado a Gustavo Landauer escrito completamente por Nettlau y tiene 40 páginas de gran formato.)

¿Cómo sacar al socialismo de su callejón sin salida? Con algunas consideraciones sobre la obra de Gustavo Landauer. Agosto 12 de 1929.

De la organización a la asociación. Agosto 31 de 1929.

Después de un siglo de esfuerzo socialista. Septiembre 16 de 1929. Bakunin, la Baronata y la insurrección de Bolonia (1874) en un "romanzo storico". 30 septiembre y 14 de octubre de 1929.

La Memoria Justificativa de Bakunin sobre la Baronata. (28—29 de julio de 1874). Publicada y anotada por Max Nettlau. Octubre 31 y 14 de noviembre de 1929.

Unámonos contra el fascismo político y social. Diciembre 9 de 1929.

Las mentalidades y las revoluciones. Diciembre 23 de 1929.

De la anarquía desunida a la anarquía integral. 15 y 30 de abril de 1930.

Anarquistas y Socialistas Revolucionarios. 30 de mayo y 15 de junio 1930.

Pasemos por encima de nuestros fetiches. 30 de junio al 15 de julio de 1930.

Saverio Merlino. Algunos materiales sobre su vida y sus ideas. Agosto, 30 y 15 de septiembre de 1930.

Sobre el aniversario de “La Protesta” y sobre una conversación con François Dumartheray. La Protesta del 13 y 14 de julio de 1927.

Los comienzos del comunismo anárquico. La Protesta. Número extraordinario del 1° de mayo de 1927.

Algunas palabras sobre el socialismo constructivo. La Protesta, Mayo 1° de 1930.

Marx y Bakunin, en 1864—1865. Orto, Valencia, 14 de abril de 1933.

El primer año de la Internacional (1864—1865), La conferencia de Londres, (Septiembre 1865), y la Cuestión de Polonia. Orto. Septiembre de 1933.

El capitalismo mundial y la crisis presente. Nervio, Buenos Aires, julio 1933.

Una primera sazón de la obra de Elíseo Reclus. Extractos de un manuscrito inédito del año 1851. Tiempos Nuevos, Barcelona, 14 y 24 de enero de 1935.

En torno al pensamiento de Merlino. Timón. Barcelona, julio de 1938.

Tom Keell. September 24 th 1866—June 26 th. 1938 (Spain and the revolution). 15 de julio de 1938.

Colaboración en “La Revista Blanca” de Barcelona

La lucha de nuestros días. Abril, 15 y 1° de mayo de 1924.

La idea anarquista, su pasado, su presente y su porvenir. De 15 de noviembre de 1924 hasta el 1° de mayo de 1926. Este gran trabajo de Nettlau, cuya publicación ya fué empezada en *L’Idée anarchiste* de París, nuevamente publicado en forma más amplia en *Freie Arbeiter—Stimme*, New York y en el suplemento de *La Protesta*, obtuvo una nueva publicación más amplia todavía en *Revista Blanca*.

Cartas de Miguel Bakunin sobre la Alianza y la Internacional en España. (Borradores sacados de sus manuscritos). Desde 1° de mayo hasta 15 de junio de 1926.

El esfuerzo revolucionario de Bakunin en los años 1864—1870. 1° de julio de 1926.

La crisis y la solidaridad interhumana. Agosto 1° de 1926.

Las fuerzas progresivas de América antes y después de la guerra. (Según la encuesta del *New York Survey*). Septiembre 15 y 1° de octubre de 1926.

- Un poco de historia. Alrededor de Miguel Bakunin y Gaspar Sentiñón.* Noviembre 1° de 1926.
- ¿Cómo volveremos a obtener la libertad? ¿Una utopía a realizar?* 1° de diciembre de 1926.
- Nuestros muertos durante estos últimos años.* 1° de enero de 1927.
- La guerra, el socialismo y el proletariado.* Desde 1° de febrero a 1° de marzo de 1927.
- Algunas consideraciones sobre el nacionalismo moderno.* 15 de marzo y 1° de abril de 1927.
- Los orígenes de la civilización europea.* (Una ojeada sobre la obra de Henry Thomas Buckle). 1° de mayo de 1927.
- La última palabra de Kropotkin añadida a “Palabras de un Rebelde”* en 1919. 1° de junio de 1927.
- Algunos documentos de la Internacional en España, 1870—1881.* 1° y 15 de julio de 1927.
- Elías y Elíseo Reclus vistos por sus amigos y sus camaradas.* Agosto 1° de 1927.
- Elíseo Reclus y Miguel Bakunin.* 1 y 15 de septiembre de 1927.
- Lo que nos enseña la última tragedia.* Noviembre 15 de 1927.
- La América moderna vista por Sinclair Lewis. Una ojeada sobre Main Street Babbit y Elmer Gantry.* Diciembre 1 de 1927.
- La ilusión religiosa juzgada por el psicoanálisis.* (Una ojeada motivada de “La Educación” a la Realidad por el Profesor Freud). 1 de enero de 1928.

Comunismo autoritario y comunismo libertario. 1 y 15 de febrero de 1928.

¿Cómo aproximar el socialismo a la vida real de la humanidad? Abril 1° de 1928.

Sobre algunos trabajos de historia social. Abril 15 de 1928.

Impresiones de Max Nettlau sobre Cataluña. 15 de junio de 1928.

La racionalización capitalista y una racionalización del socialismo. 1° de agosto al 15 de septiembre de 1928.

La Internacional en España de 1869 a enero de 1874. Octubre 1° de 1928.

Impresiones sobre el desarrollo del socialismo en España. (La Internacional subterránea de 1874 a 1881 y la Internacional y la Federación Regional Española en los años 1881—1882). 1° de noviembre al 1° de diciembre de 1928.

Impresiones históricas sobre el socialismo en España. Tendencias al margen de la Federación Regional: Comunistas anarquistas y los desheredados en los años 1883—1885. Enero 15 de 1929.

Impresiones históricas sobre el socialismo en España. (Los años 1882-1885). La Federación de Trabajadores de la Región Española. 15 de febrero y 1° de marzo de 1929.

Impresiones históricas sobre el socialismo en España. (Años de decadencia de la federación Regional de Julio 1885 a Mayo de 1887). Marzo 15 de 1929.

Alrededor de la “Síntesis Anarquista”. 1° de abril de 1929.

Impresiones históricas sobre el socialismo en España. Última fase de la Federación Regional (1887—1888). La Federación de Resistencia al Capital, Mayo 1888 y la Federación Anarquista de la Región Española, otoño de 1888. Abril 15 y 1° de mayo de 1929.

¿Se halla el socialismo internacional en un callejón sin salida? Mayo 15 de 1929

Cómo sacar al socialismo de su callejón sin salida. Con algunas consideraciones sobre la obra de Gustavo Landauer. Junio 15 de 1929.

Después de un siglo de esfuerzo socialista. Julio 15 de 1929.

Impresiones retrospectivas de decenio en decenio, de 1879 hasta 1929. 15 de agosto y 1° de septiembre de 1929.

De la caída de la antigua Roma a la transformación del porvenir. 15 de septiembre y 15 de octubre de 1929.

El lugar de la Anarquía en la serie de las liberaciones humanas. 15 de noviembre de 1929.

La solidaridad recíproca como base del socialismo del porvenir. Diciembre 15 de 1929.

Desde Viena; La anarquía y el individualismo. Enero 15 hasta 15 de marzo 1930.

En el alba de un renacimiento libertario. Abril 15 y 1° de mayo de 1930.

Sobre las biografías modernas en general y una biografía de Bakunin en particular. 15 de mayo y 1° de junio de 1930.

- Vías de evolución de la idea anarquista.* 15 de junio y 15 de julio de 1930.
- Luigi Bertoni y “Le Reveil—Il Risveglio”.* (Treinta años de vida de un período anarquista). Agosto 15 de 1930.
- La crisis mundial del capitalismo y del socialismo rutinario.* Septiembre 15 de 1930.
- Ojeada histórica a propósito del Congreso de la AIT en Madrid.* (Noviembre de 1930). 15 de octubre y 1° de noviembre de 1930.
- La crisis mundial y la juventud de esta época.* (Cincuenta años después del llamamiento “a los Jóvenes” de Kropotkin). 15 de noviembre de 1930.
- Observaciones sobre “La más horrible de todas las guerras” de José Caillaux.* Diciembre 15 de 1930.
- El comunismo anarquista de Pedro Kropotkin (1876—1920).* Enero 15 de 1931.
- Los tres componentes de la “Ética” de Pedro Kropotkin: Apoyo mutuo, justicia y generosidad.* Febrero 15 de 1931.
- La anarquía y la gran causa del progreso humano.* Marzo 15 de 1931.
- El socialismo individualizado y la ciencia social: (Del origen de los sistemas sociales).* Abril 15 de 1931.
- Después de un siglo de socialismo 1830—1930: Sobre la necesidad de un nuevo punto de partida.* Mayo 15 de 1931.
- ¿En qué condiciones podrían cooperar útilmente el anarquismo y el sindicalismo?* Junio 15 de 1931.

Los antecedentes del movimiento anarquista español. (Relaciones con la Internacional de 1864). Junio 15 de 1931.

Las tareas inmediatas del socialismo libertario. Los tratados de 1919, la causa del progreso y el socialismo mundial. 15 de septiembre de 1931.

Socialismo y anarquismo. (Puntos de divergencia y puntos de unión). Octubre 15 de 1931.

Las fuentes del ideal anarquista. (Esbozo Histórico). 15 de noviembre de 1931.

Propaganda y práctica de la libertad anarquista. (La existencia del momento). 15 de diciembre de 1931.

Pedro Kropotkin y su concepción de la Internacional. Enero 15 de 1932. Hacia la vida libre del mañana. (Ruta Libertaria). 15 de febrero de 1932.

Actividad anarquista en 1931. Marzo 15 de 1932.

Los recursos de la reacción moderna y el cometido de los anarquistas. Abril 15 de 1932.

La actividad libertaria tras la revolución. (La primera piedra de la sociedad futura). Mayo 15 y de junio de 1932.

Diferencias locales de los movimientos anarquistas. (El anarquismo Francés, el Italiano y el Español). Julio 1°. de 1932.

Tres períodos relevantes del anarquismo mundial. Agosto 1°. de 1932.

En memoria de Enrique Malatesta. (4 de Diciembre de 1853 a 22 de Julio de 1932). 1° agosto 1932.

Una opinión de 1912 sobre la posibilidad inmediata del comunismo libertario en los municipios libres. Noviembre 1° 1932.

Enseñanzas libertarias que ofrece la revolución de 1848 en Europa. 1° de diciembre de 1932.

Labor actual de los anarquistas. (Europa a fines de 1932). 1° enero 1933.

El sindicato y la sociedad del porvenir. 1° de febrero y 1° de marzo de 1933.

Los principales soportes de la reacción europea. 1° abril de 1933.

Documentos de 1848 a 1851 que preceden a la "Confesión" de 1851. (Nuevas publicaciones sobre Bakunin y Kropotkin). Abril 15 de 1933.

Los necesarios fundamentos intelectuales y éticos de la libertad del porvenir. Mayo 15 de 1933.

Sobre los caracteres de la lucha final entre el Socialismo y el Capitalismo. 15 de junio de 1933.

Del ideal socialista autoritario al ideal popular anarquista. Julio 15 de 1933.

Las fuentes de la cultura popular y el autodictatismo del pueblo. Agosto 15 de 1933.

Progreso y reacción en la Historia: Como destruir la fatalidad de su acción conjunta. Del 15 de septiembre al 15 de octubre de 1933.

El periodo revolucionario y la revolución según Pedro Kropotkin. Desde 15 de noviembre de 1933 al 18 de enero de 1934. (n° 252—261).

La reacción que siguió a 1871, juzgada por Bakunin y la reacción moderna. 1° al 22 de febrero de 1934. (n° 263—265).

Evolución de la solidaridad entre los factores del progreso humano. 8 y 15 de marzo de 1934.

Juan Grave, octogenario. 19 y 26 de abril de 1934.

El socialismo autoritario mundial y los campesinos. Mayo 11 de 1934.

¡Salvemos al género humano! Mayo 25 de 1934.

Origen, apogeo y decadencia del socialismo en Inglaterra. 8 y 15 junio 1934.

Bosquejo histórico del esfuerzo libertario en Francia. Junio 22 y 6 de julio de 1934.

Socialistas libertarios y dictadura capitalista en los Estados Unidos de América del Norte. 20 y 27 de julio de 1934.

La actividad de los libertarios en Italia. Pisacane, Bakunin y Malatesta. 10 y 17 de agosto de 1934.

Las ideas libertarias en Suiza, Bélgica, Holanda y Escandinavia. Agosto 31 y 14 de septiembre de 1934.

Veinte años después de la guerra mundial. ¿Hay en el mundo más probabilidades de resistencia contra el peligro bélico que en 1914? 28 de septiembre de 1934.

Tendencias autoritarias y libertarias en los pueblos eslavos. 19 de octubre y 9 de noviembre de 1934.

Más sobre el concepto de autoridad a través de los siglos. Sus enseñanzas y medios de contrarrestar la actividad autoritaria. 23 de noviembre de 1934.

Viaje libertario a través de la América Latina. 21 y 28 de diciembre 1934.

Cómo reconstruir el camino del progreso. Enero 18 de 1935.

El odio nacionalista y los judíos. 15 de febrero de 1935.

Raíz de las ideas de Marx y Engels, y raíz de las ideas de Proudhon y Bakunin. 15 de marzo al 26 de abril de 1935.

El humanismo de los Reclus. (En memoria de Elíseo Reclus, que murió el 4 de Julio de 1905), 17 de mayo de 1935.

Origen del pensamiento humano. (Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre y en el sentimiento ético de los pueblos de la antigüedad oriental y europea). 31 de mayo y 7 de junio de 1935.

¿Es posible la convivencia entre socialistas autoritarios y socialistas libertarios? 28 de junio al 19 de julio 1935.

Fascismo, socialistas autoritarios, trabajadores y libertarios. Agosto 2 de 1935.

El nacionalismo económico y la Internacional de la solidaridad humana. 23 y 30 de agosto de 1935.

El espíritu ruso en el mundo socialista europeo históricamente considerado. 20 y 27 de septiembre de 1935.

La presión económica y la lucha por la libertad. 11 y 18 de octubre, 1935.

La misión de la anarquía y los anarquistas contemporáneos. 1° y 8 de noviembre de 1935.

La necesidad del momento actual y la renovación de las actividades progresivas. 20 de diciembre de 1935 y 13 de enero de 1936.

El estado y la sociedad. Añagazas de la reacción moderna. 15 y 25 de enero de 1926.

Respuesta a una interrogante vital. 14 y 21 de febrero de 1936.

El reino fatal de la abstracción, una de las fuentes de la autoridad. La libertad en la sociedad del mañana. 15 de julio de 1936—

La versión en papel de este libro se diagramó con herramientas de software libre corriendo sobre el sistema operativo Debían GNU/Linux.

Se terminó de compilar en el mini taller de Editorial Lxs Nadie durante Diciembre del 2019. Su encuadernación es manual y en la composición se uso la fuente libre (y salvaje) Alegreya. Versión 1.0

Notas

1 Quisiéramos dejar constancia de nuestro agradecimiento con lxs compañerxs del Ateneo de Constitución que permitieron usar uno de sus ejemplares para digitalizar el libro, y a Jo, de Caballito, que no sólo nos facilitó alojamiento sino que nos permitió el uso del escáner.

2 *Ett liv for Friheten. Max Nettlau anarkismens historiker* (traducción por Holger Carlsson, Estocolmo: 1956, 350 pp.).

Max Nettlau Biographie: Leben und Werk des Historikers vergessener sozialer Bewegungen (prólogo por Rudolf de Jong, Berlin: Karin Kramer, 1978, 336 pp.)

Max Nettlau, Une mémoire anarchiste, Éditions du Monde Libertaire, 2015, 416 pp.

3 Rodolfo Selke (1902-?) nació en Odesa, Ucrania. Se mudó junto con su hermana Ángela (1903-1993) a Alemania antes de la Primera Guerra Mundial.

Miembro del Partido Comunista de Alemania (KPD) entre 1921 y 1928. Debido al ascenso del nacionalsocialismo se exilió en España junto con su hermana en 1934, instalándose en Ibiza donde abren un bar por el que pasan todo tipo de antifascistas, su círculo social-político está en constante vigilancia por el KPD en su fase estalinista que los considera “enemigos del partido” y espías de la Gestapo.

Al iniciar la revolución en 1936 se traslada al frente y eventualmente trabajará en el Departamento de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Al caer la República en 1939 cruza la frontera a Francia y queda recluido en el Camp de Gus -un campo de refugiados construido en 1939 en la comuna homónima que muy pronto se convirtió en campo de concentración. Por medio de su cuñado Antonio Sánchez Barbudo (1910-1995) que ya se encontraba en México logra encontrar refugio en ese país.

El 12 de agosto de 1940, Rodolfo se casa con Sita Thalheimer (1918-1992) -hija de Agust Thalheimer, teórico del KPD hasta 1924- el matrimonio facilitó la salida de ambos de Francia.

Su vida errante le permite aprender cinco idiomas que le facilitarían trabajar con Friedrich Pollock en el Instituto de Investigación Social (Institut für Sozialforschung) de Frankfurt. Tradujo múltiples obras del ruso para la editorial Malik. Colaboró con revistas alemanas en el exilio como la *Neue Weltbühne*, ilegalizada en 1933. Fungió como intérprete para el escritor soviético Ilja Ehrenburg durante la Revolución española.

Entre los múltiples títulos que tradujo se encuentran *La tragedia del movimiento obrero* de Adolf Sturmthal, *La bestia humana* de Émile Zola (junto a su cuñado) y *La República de los piratas* de Colin Woodard.

Su hermana Ángela emigró a los Estados Unidos desde México en 1945. No hemos podido encontrar más información.

4 Déjacque fue el autor de la utopía anarquista *L'Humanisphere*, publicada por primera vez en su periódico *Le Libéraire*, que habiendo caído en el olvido de sus compatriotas, fue Nettlau quien le dio a conocer de nuevo en los medios libertarios.

5 El que Guillaume no recibiera, desde el primer momento, con efusión a Nettlau es comprensible. El también era muy dado a las investigaciones de carácter histórico, y tan minucioso y metódico como el propio Max, como lo atestigua su memoria de la Federación Jurasiense y su monumental historia de la Primera Internacional.

Cuando Guillaume se percató de la altura moral del joven historiador, le ayudó, dentro de sus posibilidades, con toda fidelidad y afecto.

6 V. Orobón Fernández, uno de los más inteligentes y jóvenes compañeros de España, que había traducido algunas de las obras de Nettlau a un castellano perfecto, sucumbió víctima de la tuberculosis en Madrid, un día antes de la guerra civil.

7 “La Alianza”, sociedad secreta en el seno de la Internacional española, fue creada principalmente para conjurar el peligro de una ley de represión contra esta última, que el gobierno se proponía dictar. A “La Alianza” se debe que después de la caída de la primera República (1874), se perpetuaran las secciones de la Internacional en forma de células clandestinas, resucitando, inmediatamente después de ser revocada la infame ley de represión (1881), como Federación de Trabajadores de la Región de España. La conducta de Lafargue y de sus partidarios no podía ser más despreciable, máxime cuando ellos también tenían constituida, dentro de la Internacional, una sociedad secreta –“Los defensores de la Internacional”– la cual sin embargo no tenía la finalidad de defender a la Internacional de los ataques de la reacción, como lo hacía “La Alianza”, sino la de intentar, por los medios que fuera, la división de los internacionalistas; y al fracasar sus aviesos planes, maniobraron para producir la ruina de la Internacional.

8 El *Neue Rheinische Zeitung*, dirigido por Marx, publicó, el 6 de julio de 1848, la siguiente carta recibida de París: “A propósito de la propaganda paneslavista, ayer nos informaron que George Sand posee ciertos documentos muy comprometedores para el ruso M. Bakunin, expulsado de aquí, pues lo presentan como instrumento, o uno de los más recientes agentes de Rusia, al que le corresponde la mayor parte de la culpa atribuida a los infelices polacos que acaban de ser arrestados. George Sand mostró estos documentos a algunos de sus íntimos”.

El 3 de agosto, Marx se vió obligado a insertar en su periódico la siguiente nota aclaratoria de la ilustre escritora francesa George Sand, fechada el 20 de julio de 1848: “Los hechos comunicados por su corresponsal son falsos. No he tenido nunca la menor prueba que apoyase las calumnias por usted propaladas sobre Bakunin.

Por consiguiente no tengo el más leve motivo para dudar de la rectitud, honestidad y sinceridad de las convicciones de este hombre. Apelo a su honor y conciencia, suplicándole publique en su periódico, sin demoras, esta carta”.

El mentís de Sand apareció con este comentario escrito por Marx: “Cumplimos así con el deber de la prensa de vigilar severamente a las personalidades públicas, ofreciendo al señor Bakunin la oportunidad de disipar una sospecha que, en efecto, surgió en ciertos medios de París”.

9 G. Steklov. *Miguel Bakunin. Un retrato biográfico*. Stuttgart, 1913.

10 Según me refirió mi amigo Schapiro, Nettlau le había entregada un extenso manuscrito sobre la “Confesión” en alemán, que debía ser publicada en idioma ruso, pero que desgraciadamente se extravió. No es probable que Nettlau expusiera en aquel trabajo nuevos puntos de vista no dados ya en otros trabajos suyos.

11 Estos estudios fueron transformados luego en las ya mencionadas ediciones españolas e italianas.

12 De los procesados de aquel memorable juicio hoy sólo vive Max Metzkow, un anciano de noventa y cuatro años. Reside en Brooklyn, Nueva York.

13 El valor de este pequeño folleto fue reconocido además por el Dr. Paul Eltzbacher, que en su conocido libro *El Anarquismo*, dice lo siguiente: “Los libros anarquistas son muy raros en nuestras bibliotecas públicas. Son tan raros, que es muy difícil de encontrar hasta los más conocidos. Por ello no es de extrañar que de todo lo que se ha escrito sobre el anarquismo sólo exista un trabajo que se base en un vasto conocimiento de la materia. Se trata de un folleto de autor anónimo titulado “El Desarrollo Histórico del Anarquismo” editado en New York en 1890. Este folleto condensa en sus diez y seis páginas importantes conocimientos sobre la innumerable

bibliografía anarquista”. [Como no tengo a mano el original alemán de esta edición, me veo obligado a transcribir el texto de la edición inglesa. R. R.]

[14](#) Deseo llamar la atención del lector sobre la magnífica labor realizada desde hace muchos años, por Joseph Ishill. Este hombre, muy estimado por Nettlau, hizo en el curso de los años de su vida un número asombroso de ediciones, grandes y pequeñas, de escritores de pensamiento libertario. Esta enorme labor la hizo solo, realizando la composición y la impresión sin la ayuda de nadie. Su trabajo es una verdadera obra de arte de la tipografía. Sobre el propio Ishill se podía escribir un libro, que podía titularse: “Lo que puede realizar la energía y el buen gusto de un hombre”.

[15](#) Nettlau estaba equivocado. En diciembre de 1932 y en enero de 1933, cuando la situación en Alemania se hizo casi insostenible, nuestra editorial envió algunos ejemplares de cada una de nuestras publicaciones a un compañero alemán residente en Zurich. Cuando en marzo de 1933, durante mi fuga de Alemania, visité a aquel viejo amigo, vi todas nuestras ediciones amontonadas en su casa. Nuestro compañero –su nombre es Marx– me llevaba cuando menos seis o siete años y no tenía familia. Razón por la cual le pregunté si no había hecho algo así como un testamento para impedir la pérdida de los libros. Contestó que no lo había hecho, pero prometió hacerlo pronto, pues se dio cuenta de lo razonado de mi sugerencia.

Murió un año después y todas sus pertenencias y nuestros libros pasaron, con arreglo a la ley, a la propiedad de la ciudad de Zurich. Supe más tarde, por un amigo suizo, que L. Bertoni había intentado, sin éxito, recuperar los libros.

Nunca he llegado a saber la suerte que nuestras ediciones tuvieron en manos de las autoridades de Zurich. Creo, sin embargo, que no sea tarde hoy para aclarar este asunto.

[16](#) Nettlau escribió este ensayo en 1929.

[17](#) Yo había recibido de F. Brupbacher una carta en la que juzgaba la situación con mucho pesimismo, lo cual era de comprender en aquel entonces. Como mi estado de ánimo por aquellos días no era de color de rosa precisamente, la referida carta me impresionó, y así se lo comuniqué a Max Nettlau. Este estaba de viaje a Amsterdam para poner en orden su valiosa colección de libros, que había incorporado al Instituto de Historia Social de esa ciudad.

[18](#) Alusión a Gustavo Landauer y al autor, oriundos de la Alemania del Sur. El primero nació en Kalsruhe y el segundo en Maguncia.

[19](#) Se trata de mi escrito La tragedia de España, Nueva York, 1937.

[20](#) Nettlau hace aquí algunas observaciones muy desprecitivas sobre algunas personas que aun viven. A unas las calificó como se merecen; otras, en mi opinión, no las juzgó con imparcialidad, lo que es excusable dado su estado de ánimo en aquel entonces.

[21](#) R. Rocker y Erich Mühsam.

[22](#) “Nunca más dictadura”.

[23](#) “Entre autoridad y libertad”.

[24](#) Yo mismo había publicado, en 1919, un pequeño folleto, Organización soviética y dictadura, en el que intentaba demostrar la incompatibilidad de los dos principios.

Dos años después, amplié ese folleto y le titulé La bancarrota del capitalismo estatal ruso, donde señalé que los soviets rusos no eran más que una fachada destinada a servir de hoja de parra de la dictadura del proletariado. Este folleto tuvo una gran difusión y fue traducido a varios idiomas. Una edición española apareció en Buenos Aires con el título Bolchevismo y Anarquismo, y, posteriormente, se hicieron varias ediciones en España. Por conducto de un amigo que visitó Rusia, logré enviar un ejemplar del folleto a Kropotkin. Recibí más tarde una carta de él, por conducto del compañero Souchy que regresaba de Rusia, y en la que Kropotkin manifestaba su completa conformidad con las opiniones que yo expresaba en el referido folleto.

La última frase se refiere a su colaboración en el libro sobre Kropotkin, que a la sazón estaba preparando Ishill.

[25](#) Francesco Saverio Merlino acudió al Congreso con un nombre falso por estar buscado por la policía, un periódico socialdemócrata (?) publicó su verdadera identidad por lo que fue detenido y expulsado a Inglaterra. Tierra y Libertad 248, agosto 2008, p. 5. [N. del e.]

[26](#) En mi libro *Juan Most, La Vida de un Rebelde*, publicado en Berlín en 1925, y, más tarde también en lengua española, me esforcé en explicar en dos capítulos las causas de este hecho penoso a base de datos detallados, para que el lector pueda darse cuenta del asunto. R. R.

[27](#) En 1898 se hacía cargo del periódico semanal Dos Fraye Vort (El mundo libre) y por invitación de Thomas Eyges vuelve a Londres y se hace cargo del periódico en yiddish *Arbeiterfreund* (El amigo del trabajador), en ocasiones escrito como Der Arbeter Fraint. [N. del e.]

[28](#) La última frase se refiere a su colaboración en el libro sobre Kropotkin, que a la sazón estaba preparando Ishill.

[29](#) Caballito (Steckenpferd) significa en alemán la chifladura de los coleccionistas [N. del T.].

[30](#) Nettleau encontró un día en una tienda de un vendedor de queso de Viena unos importantes documentos históricos que allí sirvieron como papel para envoltura de queso. Habló en otra ocasión del asunto y se refiere aquí a ello.

[31](#) Se trata de Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, Buenos Aires, 1925, obra a la que siguieron, en 1930, los *Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España*.

[32](#) Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español*, 1886-1926, Barcelona, 1928.

[33](#) Nettleau se refiere a la conocida *Confesión* de Bakunin.

[34](#) Friegas proletarias (Proletarische Abreibungen) se denominaba por entonces, en los medios comunistas, a los ajustes de cuentas por la agresión con el adversario político, argumento contundente de que se enorgullecían, ya que no requería esfuerzo mental alguno y elevaba la brutalidad al rango de un principio.

[35](#) Mateu fue uno de los autores principales del atentado de que fue víctima el Primer Ministro Dato.

[36](#) Se trata del cuento de Poe, *El pozo y el péndulo*.

[37](#) Nettleau se refiere a los resultados numéricos de las últimas elecciones alemanas antes del advenimiento de los nazis.

[38](#) Palabra inglesa que significa añicos o fragmentos.

[39](#) Alusión a mis experiencias en el campo de concentración, durante la primera guerra mundial, y a mi libro *Hinter Stacheldraht und Gitter* (Tras el alambrado de púas y las rejas).

[40](#) Fecha en que comenzó la Reforma en Alemania.

[41](#) Juego de palabras, basado en la similitud de mi apellido, Rocker, con la voz inglesa rock, o sea, “roca”.

[42](#) Nettleau alude aquí a la histórica amenaza de Mussolini de ordenar la entrada de sus tropas en Austria si Hitler trataba de anexar el país, como ya por entonces lo tenía proyectado.

[43](#) Libro de R. Rocker publicado en la Argentina por la Editorial Argonauta con el título de *Artistas y Rebeldes*. [N. de Ediciones Estela]

[44](#) Te lo he dicho.

[45](#) Teresa Mañé, conocida como “Soledad Gustavo”, madre de Federica Montseny.